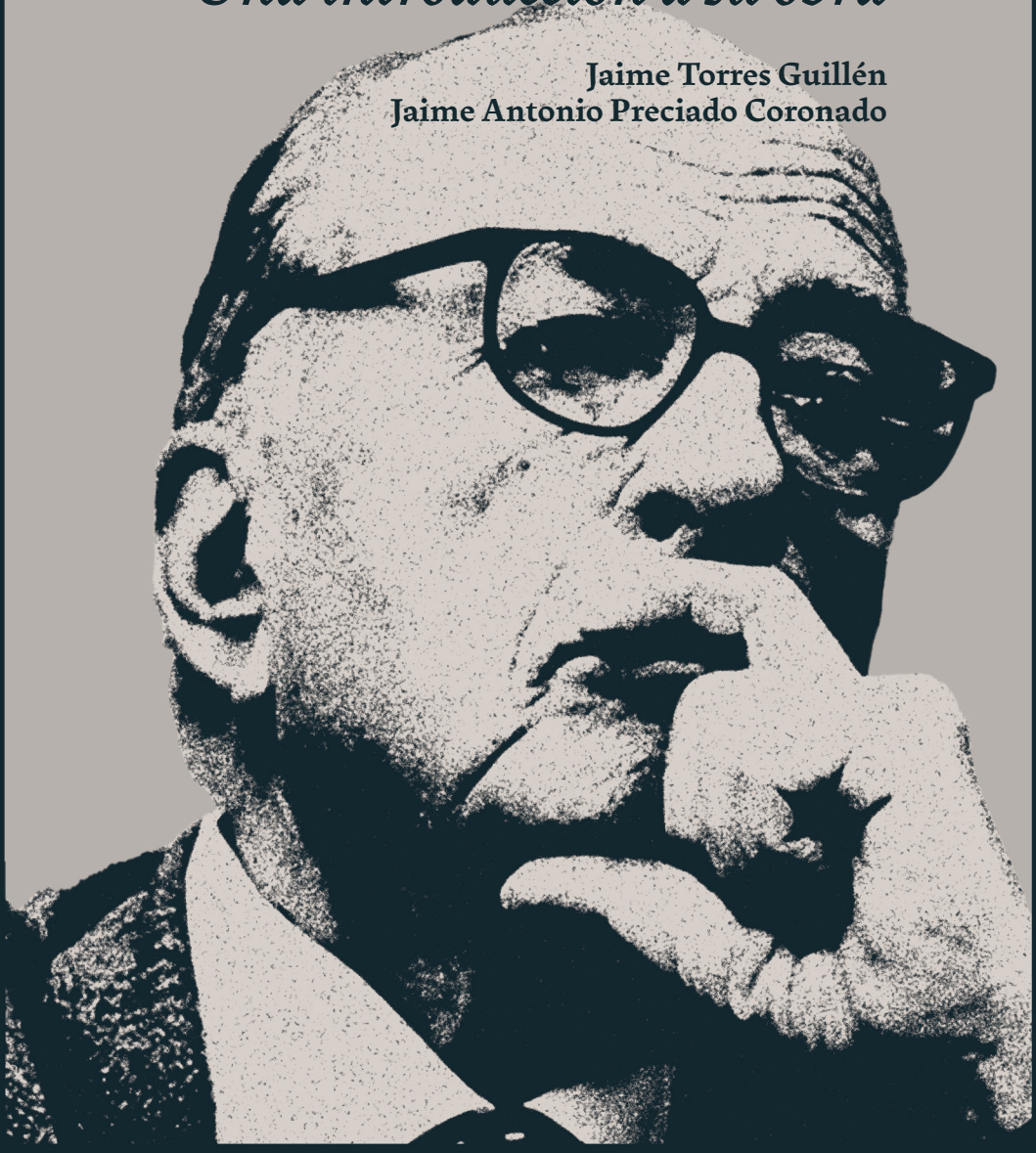
Pablo González Casanova (1922-2023)
Una introducción a su obra

Jaime Torres Guillén
Jaime Antonio Preciado Coronado



Jorge Alonso
Prólogo

José Guadalupe Gandarilla Salgado
Posfacio

Universidad de Guadalajara

Pablo González Casanova (1922-2023)
Una introducción a su obra

Jaime Torres Guillén
Jaime Antonio Preciado Coronado

Jorge Alonso
Prólogo

José Guadalupe Gandarilla Salgado
Posfacio

Universidad de Guadalajara

301.092 Torres Guillén, Jaime
TOR
Pablo González Casanova (1922-2023): Una introducción a su obra / Jaime Torres Guillén, Jaime Antonio Preciado Coronado; prólogo de Jorge Alonso; posfacio de José Guadalupe Gandarilla Salgado.

Primera edición, 2024.

Zapopan, Jalisco: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial, 2024.

1. González Casanova, Pablo - 1922-2023 – Crítica e interpretación. 2. Sociólogos – México – Biografía. 3. México – Política y gobierno. 4. México – Condiciones sociales. 5. Democracia – México – Siglo XX. 6. Colonialismo. 7. Pensamiento crítico. 8. Complejidad (Filosofía). 9. Indígenas de México – Relaciones gubernamentales – Discursos, ensayos, conferencias, etc. 10. Democracia – América Latina.

I. Preciado Coronado, Jaime Antonio, autor. II. Alonso, Jorge, prologuista. III. Gandarilla Salgado, José Guadalupe, posfacio. IV.- Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial.

Primera edición electrónica, 2024

D.R. © 2024 Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Unidad de Apoyo Editorial
Av. José Parres Arias 150, Edificio E, 2.° piso,
Zapopan, Jalisco, México.

ISBN 978-607-581-286-1

Visite nuestro catálogo
www.cucsh.udg.mx

Editado y hecho en México / *Edited and made in Mexico*

Índice

Prólogo 11
Jorge Alonso

Introducción 27

CAPÍTULO I
Pablo González Casanova, precursor de los estudios poscoloniales en México 41
El pensamiento perseguido de los filósofos cristianos mexicanos en el siglo XVIII 45
El nacimiento de una teoría social latinoamericana en la colonia 49
Liberación del pensamiento colonial en México y América Latina 51

CAPÍTULO II
Sociología de la explotación, Estado, clases sociales y colonialismo interno 63
El marxismo crítico no dogmático 65
Acercamiento a Antonio Gramsci 70
La teoría del colonialismo interno 76

CAPÍTULO III
La democracia universal: crítica a la politología anglo-eurocéntrica 91
La «democracia de pocos para pocos» 96

Crítica de la democracia procedimental, minimalista y elitista 101
Alternativas a la democracia liberal 106

CAPÍTULO IV
Acercamiento y distanciamiento crítico de la teoría de la dependencia en América Latina 115
Entre la teoría de la dependencia de F.H. Cardoso y Enzo Faletto y el marxismo crítico: el pensamiento rebelde de Pablo González Casanova 117
Más allá de la «dependencia», imperialismo, liberación y el poder al pueblo 124
De la crítica a la teoría de la dependencia, a la resistencia y la revolución 127

CAPÍTULO V
Aportes teóricos y metodológicos para el pensamiento social crítico 135
El uso de las categorías en la investigación social 137
Las falacias de la investigación en ciencias sociales 144
Reestructuración de conceptos en las ciencias sociales 145

CAPÍTULO VI
Interdisciplina, nuevas ciencias, humanidades y complejidad 153
Debate sobre la teoría de sistemas 155
El estudio sobre complejidad y los nuevos paradigmas del conocimiento 159
Las nuevas ciencias y las humanidades 163

CAPÍTULO VII
El pueblo, la izquierda y la democracia de los de abajo 179
Pueblo no es sociedad civil sin más 180
Poder y hegemonía del pueblo 185
Concepto de pueblo y pluralismo ideológico 188
Soberanía de los pueblos: la lucha ideológica en América Latina y el Caribe 191
Los de abajo y a la izquierda 194

CAPÍTULO VIII
El pensamiento del Sur de Pablo González Casanova 203
El capitalismo mundial visto desde el Sur 204
Alternativas desde el Sur 211

Consideraciones finales 223

Posfacio 233
José Guadalupe Gandarilla Salgado

Prólogo

Jorge Alonso

Con motivo del centenario de Pablo González Casanova se han organizado muchos y muy merecidos eventos académicos que se han dado a la tarea de examinar sus destacados aportes al conocimiento científico. Ha habido una intensa actividad productiva de múltiples y diversas publicaciones y difusiones. El presente libro, escrito a cuatro sabias manos, tiene el mérito de ser complexivo, pues emprende exitosamente una inmersión profunda al trabajo científico de González Casanova dando seguimiento exhaustivo a su potente imaginación dialéctica en torno de cuestiones históricas, sociológicas, antropológicas, de ciencia política, resaltando las peculiaridades de estos enfoques, pero sobre todo haciendo ver la amplitud de su concepción de las nuevas ciencias, las humanidades, la interdisciplina, la transdisciplina y la retadora complejidad. No hay temática que haya abordado González Casanova que no sea escudriñada aquí escrupulosa y rigurosamente. Se realizan puntuales análisis de su heterodoxa y original trayectoria intelectual crítica ligada a la praxis. Se van presentando sus diversos aportes como precursor en México de los estudios poscoloniales, sus discusiones acerca de la explotación, el capitalismo, el colonialismo interno, las clases sociales, el pueblo, la universidad, los paradigmas del conocimiento, el Estado, los partidos, la izquierda, la democracia elitista, la democracia de los de abajo. El libro muestra el compromiso de González Casanova con lucha del pueblo cubano contra las graves y variadas agresiones del imperialismo estadounidense. También cómo ha estudiado, asumido y propagado las innovadoras propuestas del zapatismo. Asunto este relevante pues el compromiso intelectual y vital de González

Casanova con el zapatismo le han permitido realizar sus síntesis y propuestas más originales, de amplio impacto y de largo aliento.

González Casanova al realizar un proceso de autopercepción intelectual, detectó que seguía pensando en términos de la explotación, la democracia y el pluralismo ideológico. También confesó que, cuando fue Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), desde la autonomía universitaria había conocido las entrañas del Estado. En su clásico libro sobre la democracia en México señaló que la sociedad mexicana estaba formada por el México ladino y el México indígena, y que la población «supermarginal» era la indígena que tenía casi todos los atributos de una sociedad colonial. Planteó la existencia de un abrumador colonialismo interno. Existía una explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la población ladina. Había una mezcla de feudalismo, capitalismo, y esclavismo. Los despojos de tierras de las comunidades indígenas tenían las dos funciones que habían cumplido en las colonias: privar a los indígenas de sus tierras y convertirlos en peones o asalariados. La vida indígena es la de pueblos colonizados. Posteriormente revisó y amplió su concepción del colonialismo interno. Precisó el carácter relativamente intercambiable de la noción de colonialismo y de estructura colonial. Hizo ver que el colonialismo interno correspondía a una estructura de relaciones sociales de dominio y explotación entre grupos culturales heterogéneos, distintos. Subrayó que se trataba de una categoría que estudiaba fenómenos de conflicto y explotación, y que por lo tanto era estructural. Otro de sus libros clásicos es el de *Sociología de la explotación*.

Después ahondó en la explotación global. Relacionó el colonialismo global y la democracia. Exploró el conocimiento sobre la explotación del tercer mundo. Señaló que la transnacionalización y la deuda externa eran colonialismo encubierto. Analizó la ofensiva neoliberal y la reestructuración de las mediaciones sociales del Estado. Enfatizó que la transnacionalización implicaba la desnacionalización y privatización del Estado. Llamó la atención en torno de la democracia emergente e incursionó en la alternativa democrática y popular. Consideró que la democracia de los de abajo, o democracia de los pobres, tenía un carácter político y heurístico que había que distinguir. Recalcó que la lu-

cha por la democracia de las organizaciones de los de abajo era prioritaria y que tenía que combinarse con otras luchas. Se refirió a la democracia global planetaria. Llamó a pasar del populismo al poder popular.

Escribió que la historia del indio americano (al norte o al sur del río Bravo) estaba hecha de resistencias y levantamientos. Se refirió a las causas de la rebelión en Chiapas. Criticó con dureza que ante ella grandes escritores y poetas, coreados por la televisión y los círculos oficiales, elaboraban nuevos mitos satánicos, parecidos a los que en la Edad Media desorientaban el conocimiento de los infelices e intimidaban a los incrédulos. Se refirió a que los ideólogos neoliberales habían intentado explicar esa rebelión como obra de estalinistas y extranjeros, de minorías de obcecados advenedizos que manipulaban a los «pobrecitos indios». Consideró que una primera causa se encontraba en una herencia rebelde. Una segunda tenía que ver con la crisis de la hacienda tradicional. Fueron abandonadas las fincas cafetaleras, cañeras, maiceras y ganaderas. Muchos indígenas se habían ido a la selva para hacer su propia vida, eran los que habitaban el territorio donde se encontraba el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Había surgido una identidad de etnias oprimidas frente a los finqueros, ganaderos y mestizos. La tercera causa se encontraba en una acción pastoral que había inculcado una cultura democrática que empezaba por respetarse a sí mismo para respetar a los demás y para construir con todos, las organizaciones que representaban los intereses comunes. Los catequistas se habían convertido en portavoces de la reflexión de la comunidad. Detectó una cuarta causa en los estudiantes del 68 que luchaban por una democracia en que el pueblo trabajador y explotado tomara las decisiones por sí mismo y se preparara a dar fin a un sistema represivo, autoritario y excluyente. Un núcleo de estos estudiantes se fue a Chiapas. Luchaban contra la explotación y por la democracia. Un sistema de asambleas itinerantes permitió la capacidad de discutir y decidir. Aprendieron que los ritmos de los pueblos no eran las que ellos traían, y se plegaron a los pueblos. Dejaron sus ideas marxistas fundamentalistas. Descubrieron que el reordenamiento del mundo solo podía emerger de una lucha por la democracia que partiera de las autonomías y derechos de los pue-

blos desde ellos mismos. Aprendieron a luchar por lo imposible para adelantar lo posible.

La quinta causa se podía expresar con la lapidaria frase de menos tierras para más pobres. Señaló que en 1971 por decreto presidencial se había entregado media selva a una etnia casi extinta: los lacandones. Pero lo que había detrás era arrebatar las tierras a tzeltales, tzotziles, choles, tojolabales y zoques que las habitaban desde hacía décadas, a los que se señaló como usurpadores, pero para favorecer un gran negocio de políticos y madereros que se constituyeron en la Compañía Forestal Lacandona que se apropió del derecho de extraer al año 35 mil metros cuadrados de madera equivalentes a 10 mil árboles de cedro y caoba. La selva de 614 mil 321 hectáreas se convirtió en monopolio de esa compañía que se había propuesto expulsar a quienes se encontraban en esa extensión desde hacía años. Hubo organización de quienes ya habían sido expulsados de otras tierras. Los sin tierra se dieron cuenta de que mientras se les empobrecía y marginaba, grandes propietarios tenían latifundios simulados. No solo se realizaron movilizaciones, sino que hubo ocupación de tierras para cultivarlas. Los finqueros respondieron con violencia. Hubo líderes encarcelados, asesinados y comunidades desalojadas y perseguidas por medio del ejército y guardias blancas. El gobierno de Carlos Salinas de Gortari remató todo ese proceso con un nuevo texto del artículo 27 constitucional que legalizaba los latifundios simulados y privatizaba tierras ejidales y comunales.

La sexta causa estaba en la politización de los pueblos indígenas. Nació la voluntad organizada de una democracia con dignidad, justicia y libertad. Una séptima causa tenía que ver con la violencia y la ley. Quienes detentaban el poder violaban las leyes agrarias, laborales y electorales. A los campesinos se les fabricaban delitos para castigarlos duramente. Existía una violencia negociada. Las organizaciones sociales se defendían de ser mero instrumento de los partidos. Todas esas causas originaron lo que González Casanova denominó la primera revolución del siglo XXI. Reflexionó que la contribución del EZLN era a la vez modesta y ambiciosa. Iniciaron un cambio de conciencia en Chiapas y en México para que con la democracia y la paz se lograran obje-

tivos de libertad y justicia. Si esto no se realizara sería una tragedia para la humanidad (González Casanova, 2017).[1]

El antropólogo, escritor y periodista Luis Hernández Navarro sintetizó el encuentro de González Casanova con el zapatismo. En 1994 el obispo de San Cristóbal, Samuel Ruiz, lo buscó para invitarlo a formar parte de la Comisión para la Paz. González Casanova comenzó a ir a las reuniones donde se encontraban los zapatistas, y se fue identificando con el pensamiento rebelde. Asistió a la Convención Nacional Democrática (CND) convocada por el EZLN donde pronunció un discurso que calificó del más emotivo que había dado en su vida. Ha ubicado al zapatismo a la cabeza de las resistencias y luchas en Latinoamérica y lo considera uno de los más avanzados del mundo. Los pueblos originarios en rebeldía han ido sentando las bases de magnitud histórica. Han redefinido el concepto de dignidad como un valor del humanismo universal.[2]

Al hacer uso de la palabra, en esa histórica Convención, González Casanova destacó que los puntos emanados de ella debían ser apoyados por los partidos políticos, pues no se trataba de que la CND apoyara a los partidos. Le impresionó que el subcomandante Marcos renunciara al caciquismo, al vanguardismo y al caudillismo, lo que le parecía que se trataba de un hecho excepcional en la historia de México. Alabó que hubiera hecho un fuerte llamado a la sociedad para que construyera la historia a la que solo se podía contribuir desde abajo. Consideró que la CND era una invitación a la unidad con pluralismo, a una verdadera transición a la democracia, y un llamado unitario a las fuerzas democráticas con todos los pueblos y etnias del mundo para crear un proyecto de democracia universal, con justicia social.[3]

---

1 González Casanova, Pablo, 2017, *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América, Latina,* México: Akal.

2 Hernández Navarro, Luis, 2017, «A modo de epílogo», en González Casanova, Pablo, 2017, *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América, Latina,* México: Akal, pp. 649-667.

3 <http://www.memoriapoliticademexico.org/efemerides/8/06081994-cnd-ezln.html>.

Al cambio de siglo, González Casanova expuso que los pueblos de México estaban librando una lucha pacífica que encabezaba el EZLN en la que planteaba una alternativa al mundo actual con el esbozo de una nueva civilización. Llamó la atención de en ese movimiento no solo se encontraban los herederos de una lucha de resistencia que duraba medio milenio, sino quienes venían de movimientos más recientes. Destacó que entre todos sus participantes se detectaba el pensamiento liberador y democrático. Subrayó que el EZLN había hecho los planteamientos más notables y más originales. Recordó los llamados Diálogos de la Catedral y luego los de San Andrés. Un proyecto militar se había transformado en un proyecto de luchas políticas centrado en los derechos de los pueblos indios, con respeto a su autonomía y dignidad, a sus tierras y territorios, a su cultura y costumbres. No era un intento separatista. A los valores propios habían añadido los universales. Había una transformación de lo indígena en lo nacional y lo mundial.

Sin embargo, el gobierno que había firmado los Acuerdos de San Andrés pronto les dio la espalda y no los cumplió. El presidente Ernesto Zedillo había emprendido una política de cerco, asedio y apoyo a paramilitares. Esa política había fallado en su intento por liquidar la dirigencia zapatista, y no dominó la resistencia indígena, sino que esta se reorganizó en zonas autónomas. Enfatizó que el zapatismo aparecía como un movimiento extraordinariamente original y creador. Combinaba un conjunto en un proyecto universal que incluía lo uno y lo diverso con su forma maya o mexicana de oír y decir las voces y sonidos que venían del corazón y del mundo enriqueciendo y renovando discursos y conductas.[4]

Debido a la traición en pleno del Estado mexicano a los Acuerdos de San Andrés con la imposición de una legislación indígena lesiva a sus aspiraciones e intereses, el zapatismo impulsó la creación de los que denominó *Caracoles*. González Casanova dio su punto de vista en torno a estas redes de resistencia y autonomía. Destacó que se trataba de una nueva forma de pensar y hacer. Con

4 Pablo González Casanova, «Los zapatistas del siglo XXI», en *Revista Convergencia*, No. 13, México, abril de 2001, pp. 22-25.

la experiencia de los Caracoles el mandar obedeciendo no se quedaba en el mundo de los conceptos abstractos, sino en una de las aportaciones zapatistas más importantes. Se había ido construyendo autonomía en los territorios rebeldes. Hubo una transformación de zonas de solidaridad entre localidades y comunidades en redes de gobiernos municipales autónomos, que a su vez se articulaban en redes de gobierno que abarcaban zonas y regiones más amplias. Ejecutaban el conocimiento y manejo de la política interna y externa. Era la muestra de cómo el movimiento había redefinido su proyecto rebelde en los hechos. Se articulaba y se ponía en práctica un proyecto de organización que arrancando de lo local y lo particular irradiaba lo nacional y lo planetario.

Eran los *Caracoles* un programa de acción, conocimiento, perseverancia y dignidad. Las resistencias formaban mallas articuladas, coordinadas y autogobernadas que les permitía mejorar su capacidad de contribuir a que otro mundo fuera posible. Se trataba de un proyecto de pueblos-gobiernos que se articulaban entre sí y que buscaban caminos de paz. Se construía el poder por redes de pueblos autónomos y la integración de órganos de poder como autogobiernos. Expresaban un nuevo estilo de ejercer el poder de comunidades entramadas en la resistencia y para la resistencia en que sus comandantes se sometían a las comunidades. Generalizaban los conceptos al tiempo que ampliaban redes de comunidades. Se ejercía el pensar, tomando en cuenta a los actores pensantes que se integraban reticularmente. Era una utopía que se realizaba entre contradicciones.

El nuevo proyecto zapatista se juntaba a todas las fuerzas que luchaban contra el capitalismo. Saber oír y hablar para pensar y actuar correspondía a un conjunto de acciones organizadas con autonomía sin depender de que el Estado la reconociera. El autogobierno se responsabilizaba de llevar a la práctica los principios de democracia, justicia, libertad y de hacerlos explícitos. Se combinaban la democracia participativa con una democracia electoral de gobierno del pueblo para el pueblo y con el pueblo. Las Juntas de Buen Gobierno[5] se escuchaban, hacían, decidían,

5 Redes de poder de abajo. Tres principios las hacen funcionar: rotatividad, revocación de mandato y rendición de cuentas. Quienes gobiernan mandan,

mandaban obedeciendo a las comunidades y sus organizaciones territoriales. No actuaban con arbitrariedad como lo hacía el mal gobierno. Si algunas reglas resultaban en la práctica inconvenientes, se modificaban previa consulta a las comunidades. Se construía el poder de las comunidades como proyecto que combinaba lo micro y lo macro en el proceso de construcción de las bases organizadas, con las variaciones necesarias de cada región. Pero también los zapatistas buscaban articular sus luchas con otras luchas de México y del mundo. González Casanova levantó la voz para exigir el cese de la guerra de empobrecimiento, del acoso militar y paramilitar. Llamó la atención de que había que juntar todas las luchas y de enriquecerlas con la autonomía.[6]

En el Seminario zapatista Planeta Tierra a inicios de 2013, González Casanova reflexionó que en ese tipo de encuentros se habían experimentado cambios, y uno de ellos era que se ponía más énfasis en la categoría de capitalismo corporativo. Apuntó que los zapatistas habían enriquecido el discurso de lo uno y lo diverso, de lo constante y lo cambiante en la historia y la geografía activa y cognitiva. Señaló que era la oportunidad para pensar y organizar una inmensa Red de Colectivos en Defensa del territorio y de la Tierra. Las redes de colectivos no solo eran de comunicación, sino de información, diálogo y acción. Recordó que en los nuevos movimientos destacaban los de las comunidades que enfrentaban las políticas de colonización, y que en esos momentos enfrentaban las de la privatización y recolonización. Alabó que los zapatistas, pese a los asedios, hubieran logrado que en su territorio los niños tuvieran escuela, los enfermos medicina y hospital y que todos los habitantes contaran con lo necesario para vivir. Habían logrado que en su territorio no hubiera alcoholismo, narcotráfico, ni inseguridad.

Los zapatistas confirmaban que el suyo era un nuevo proyecto de emancipación. También recordó que el EZLN primero se ha-

---

pero obedeciendo al pueblo. En ellas se articulan los consejos municipales, los cuales a su vez agrupan a las autoridades comunitarias.

6 Pablo González Casanova, «Los Caracoles zapatistas. Redes de resistencia y autonomía», *La Jornada*, recuperado de<https://www.jornada.com.mx/2003/09/26/per-texto.html>.

bía levantado en armas y tomado varias ciudades, después había aceptado dialogar y mostró su vocación de paz. Impulsó una nueva ley indígena que fue traicionada y profundizó su autonomía en los *Caracoles*. Había mantenido los principios fundamentales de dignidad, autonomía, democracia como gobierno del pueblo y con el pueblo, las luchas por la justicia y libertad. Los cambios que se daban en los movimientos en los que era pionero el EZLN no provenían de posiciones teóricas o emocionales, sino de teorías experimentadas y de experiencias pensadas. Confirmaban la posibilidad de definir la lucha como un proyecto de democracia y autonomía organizadas, de libertad que fortalecía y cuidaba la organización del pensamiento, de la dignidad y de la voluntad colectiva y combativa, y en la que todos los actores cumplían con su palabra. Vivían una democracia muy otra. [7]

En otra importante reunión organizada por los zapatistas a mediados de la segunda década del siglo XXI se examinó el pensamiento crítico frente a la Hidra capitalista. González Casanova destacó las valiosas enseñanzas del zapatismo. Dijo que ningún mensaje era más urgente y necesario que plantear la preservación de la vida en la Tierra, la emancipación del ser humano, y la organización local, regional y global de colectividades y colectivos de jóvenes, de pueblos, de trabajadores, de campesinos, de profesionales, que honraran su palabra, articularan su voluntad y materializaran su experiencia. Alabó las experiencias que de forma creadora habían sido emprendidas por el EZLN en torno a la libertad, la justicia, la democracia y la autonomía. Destacó sus aportaciones al diálogo político, al «aprender a aprender» del discurso que combinaba narrativas, reflexiones, razón e imaginación, con estrecha unión entre actos y palabras, entre «palabras-cosas-creaciones» y su capacidad de resistir asedios y embates. Profundizó en la libertad que se enriquecía con la batalla de quien no se vendía, ni se rendía. [8]

---

7 Pablo González Casanova, «Otra política muy otra», *La Jornada,* recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2013/01/26/opinion/002a1pol>.

8 Pablo González Casanova, «Crisis terminal del capitalismo o crisis terminal de la humanidad», en VV. AA. *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista II,* s.e., s.f., pp. 285-296.

González Casanova, al referirse al filósofo Luis Villoro reconoció que le guardaba un gran respeto. También dijo que en no pocas cosas tenían diferencias, pero que en los momentos más difíciles se encontraban en el mismo bando, y uno de los ejemplos que puso fue la defensa del zapatismo.[9] A principios de 2012 González Casanova y Luis Villoro, propusieron al EZLN y al Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad conformar un pacto nacional que impulsara la democracia directa más allá de los partidos políticos. Ese mismo año escribieron juntos que el movimiento de los mayas zapatistas encabezado por el EZLN se había convertido en un referente nacional y mundial por sus logros en la construcción de procesos autonómicos que se fundamentaban en los principios de una democracia participativa en la que se mandaba obedeciendo los acuerdos de las comunidades, en la que el gobierno se concebía como un servicio en el que todos y todas tenían responsabilidades que cumplir, en la que el bien de la colectividad era su objetivo y razón de ser y en el que se respetaban todas las creencias religiosas. Recalcaron que, a partir de una dignidad recobrada, que se refrendaba diariamente, las Juntas de Buen Gobierno y los gobiernos autónomos municipales habían logrado avanzar de manera notable en rubros importante como la salud, la educación, la producción y comercialización de productos comunitarios, bajo una perspectiva autosustentable y redistributiva.

Señalaron que, en un contexto de emergencia nacional causada por el mal gobierno al servicio del capital y el imperialismo mundial encabezado por Estados Unidos, las experiencias zapatistas y las de otros pueblos indígenas que en la geografía del país optaron por la autonomía, constituían el otro polo equidistante

9 Pablo González Casanova y Luis Villoro nacieron en 1922, y en 2022 han tenido celebraciones por su centenario; el primero todavía en vida. Una de las diferencias que tuvieron fue en el contexto de la Feria Internacional del Libro en Guadalajara en 2003. Mientras Luis Villoro planteaba que había que escapar del poder para establecer un poder sin dominación y lograr una sociedad liberada del ansia de poder, González Casanova insistía en construir un poder alternativo popular. Y respecto a esa diferencia González Casanova dijo que hablaría con Villoro, pero consideró que ese debate lo resolverían finalmente los zapatistas.

a los saldos de miseria, muerte, entreguismo y represión que dejaba el sexenio calderonista que terminaba y los malos augurios del que iniciaba por medio del fraude y la imposición. Hicieron hincapié en que la forma zapatista de ejercer el poder, practicar la política y asumir formas de convivencia social solidarias se había desarrollado a pesar del acoso permanente de una estrategia de Estado basada en la recolonización de los territorios para apoderarse de sus recursos, en la contrainsurgencia, el cerco de penetración militar y policial, los intentos sistemáticos de cooptación, infiltración y provocación, y si todo esto no funcionaba, la acción directa de grupos paramilitares que golpeaban a mansalva a las comunidades, que invadían sus tierras liberadas, quemaban y destruían casas, escuelas, clínicas, cosechas y enseres, que provocaban el desplazamiento de sus poblaciones y que se arrogaban, en suma y gozando de impunidad, el papel del martillo clandestino estatal sobre el yunque del Ejército, siempre omnipresente, y la gestión facciosa del Poder Judicial, presto para criminalizar a zapatistas y a integrantes de sus bases de apoyo. Se refirieron a que todo eso había sido denunciado nacional e internacionalmente por colectivos que asumían como propios los alcances civilizatorios de los procesos autonómicos y de sus propuestas para el rescate-reconstrucción de una nación donde cupieran todos y todas y de una lucha anticapitalista basada en la participación colectiva y protagónica de los explotados, discriminados y oprimidos que abajo y a la izquierda resistían el control y la dominación de los trabajadores, que se sumaban a la lucha de los pueblos contra la ocupación integral de sus territorios y recursos, que denunciaban el vaciamiento y el descrédito de una democracia tutelada por la dictadura mediática, los poderes fácticos y el crimen organizado dentro y fuera del mal gobierno. Sentenciaron que no hacer caso de las palabras de indignación y reclamo de quienes se solidarizaban con los zapatistas era un acto más de violencia suprema contra México y contra la humanidad.[10]

10 Pablo González Casanova, Luis Villoro y Gilberto López y Rivas, «Ellos son nosotros», *La Jornada*, recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2012/09/23/opinion/010a1pol>.

En 2015 el subcomandante Galeano subrayó que Pablo González Casanova y Luis Villoro se habían ganado el respeto del EZLN. Puntualizó que comandantes y comandantas zapatistas hablaban y escuchaban con ellos de igual a igual con confianza y camaradería. Precisó que algunas diferencias que ellos mantenían no eran con el zapatismo sino con algunos asuntos y valoraciones. Recordó que el zapatismo no buscaba vítores y aplausos y que apreciaban las diferencias de los pensamientos cuando eran críticos y articulados como los de ellos. No veían en los pensamientos si coincidían o no, sino si los hacía pensar y los provocaba. Recalcó que ambos habían estado siempre del lado del zapatismo. Y en lo que había algunas diferencias les había ayudado a comprender mejor.

En el Conversatorio zapatista de 2018 que llevaba por título «Miradas, escuchas, palabras: ¿prohibido pensar?», González Casanova enfatizó, como lo había hecho en otras ocasiones, que el proyecto zapatista tenía un carácter universal. Encomió que desde 1994 no habían hecho otra cosa más que luchar por un cambio pacífico. Agradeció haber vivido en su tiempo de vida ese proyecto. Horas después, de manera sorpresiva el subcomandante Moisés preguntó cómo se llegaba a la dirección política del EZLN, y respodió que con trabajo. Explicó que se le daba trabajo a una persona, se le observaba y, si trabajaba bien, se le premiaba con «más trabajo». El comandante Tacho a nombre de las bases de apoyo zapatistas celebró que don Pablo González Casanova hubiera pasado su cumpleaños 96 trabajando en un evento de recopilación de apoyos para la candidatura presidencial de Marichuy. Habían visto a un compañero que no se había cansado, que no se había rendido, que no se había vendido ni claudicado. Se dirigió a González Casanova, a quien llamaban Pablo Contreras, y se le informó que su regalo sería más trabajo, pues se integraba como Comandante Contreras al equipo del Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN.[11] Una académica muy cercana a González Casanova coordinado-

11 <https://www.grieta.org.mx/index.php/2018/04/22/y-como-hablamos-la-verdad-dia-7-conversatorio-miradas-escuchas-palabras-prohibido-pensar/>. En 2015 el EZLN destacó que Luis Villoro era zapatista y que esto

ra de Humanidades de la UNAM, Guadalupe Valencia, dijo a una periodista que el prestigiado ex rector de esa casa de estudios en sus indagaciones más recientes, abundaba en lo que llamaba «La Teoría de la Selva». Llamó la atención de que estaba innovando, y de manera importantísima cuando reconocía en el zapatismo una teoría de Naturaleza Universal, y una teoría política con un potencial de análisis y una potencia política indescriptible, pues fundaba todo otro modo de mirar el mundo y de hacer política. Había sido cautivado por el zapatismo, por lo que lo defendía y profundizaba en él teóricamente. Otro académico también cercano a él, Raúl Romero, recalcó que el nombramiento de la Comandancia fue para González Casanova una de las emociones más grandes que había vivido. Siempre decía que su posdoctorado lo había hecho en la Lacandona, y eso era muy interesante porque daba cuenta de que no solo era un maestro, sino alguien que se mantenía aprendiendo. [12]

Ante la pandemia de covid-19 González Casanova criticó que, siendo un problema geológico y social, se le abordara con perfil ideológico; pues se daba más importancia a las curaciones individuales que a la magnitud de los problemas ecológicos. Se pensaba en curar enfermedades y no qué hacer ante una situación amenazadora por falta de respeto a la naturaleza. Había que investigar las relaciones entre los problemas ecológicos y los problemas sociales. Lo más grave era que la pandemia acentuaba las desigualdades. Estaba implicando un golpe muy fuerte para la gente joven y para los pueblos pobres. Habría que encontrar soluciones en todos los ámbitos del conocimiento para poder enfrentar los problemas implicados para la vida humana debidos al confinamiento y el distanciamiento social. Urgió a unir las ciencias sociales con las de la naturaleza. Destacó que en algunos paí-

---

lo había mantenido en silencio. Sus cenizas fueron enterradas en territorio zapatista.

12 Daliri Oropeza, «Don Pablo, la congruencia del pensamiento crítico», *Pie de Página*, 6 de febrero de 2022, recuperado de <https://piedepagina.mx/don-pablo-la-congruencia-del-pensamiento-critico/>.

ses se estaba construyendo un humanismo revolucionario, y que en México eso tenía que ver con el EZLN. [13]

Al participar en 2021 en el Encuentro cubano titulado Por la unidad latinoamericana y caribeña se refirió a que no solo había que hablar de la solidaridad y la fraternidad de las luchas de los de abajo, sino también tratar lo que estaban provocando permanentemente quienes solo defendían la libertad por la libertad que el capital tenía para provocar inmensos daños en el mundo. Destacó los planteamientos y acciones al respecto por parte del EZLN en el cual él estaba incluido. La historia en la que había que comprometerse era la que cumplía con lo que los de abajo querían y estaban haciendo. Recordó que en esos momentos el EZLN había iniciado el recorrido por el mundo entero.[14] Pablo González Casanova ha participado en muchos colectivos. Uno de los últimos fue el que encabezó en apoyo al viaje de las y los zapatistas a la Europa insumisa y contra los megaproyectos en 2021. Se denominó «Llegó la hora de los Pueblos». Su comunicado decía que en los momentos de múltiples violencias contra los pueblos, debido a la continuidad del proceso de recolonización de los territorios, mediante megaproyectos, militarización y paramilitarización, se hacía pública la integración de ese colectivo de apoyo al CNI CIG-EZLN. Sus participantes buscaban acompañar las acciones de estos pueblos en defensa de la vida, con paz, justicia y dignidad.[15] Ha llamado la atención de que las colectividades son el motor de la libertad. Cobraban gran relevancia las que pensa-

13 Arturo Sánchez, «Ante la pandemia, plantea González Casanova unir las ciencias sociales con las de la naturaleza», *La Jornada,* 19 de noviembre de 2020, p. 23.

14 Pablo González Casanova, «Palabras en el encuentro por la unidad latinoamericana y caribeña, 1 de octubre de 2021», *La Jiribilla*, <http://www.lajiribilla.cu/palabras-del-dr-pablo-gonzalez-casanova-en-el-encuentro-por-la-unidad-latinoamericana-y-caribena/>.

15 Redacción de *Desinformémonos*, «Nace "Llegó la hora de los Pueblos", colectivo contra megaproyectos integrado por Juan Villoro, Fernanda Navarro y Pablo González Casanova», *Desinformémonos,* 1 de febrero de 2021 recuperado de <https://desinformemonos.org/nace-llego-la-hora-de-los-pueblos-colectivo-contra-megaproyectos-integrado-por-juan-villoro-fernanda-navarro-y-pablo-gonzalez-casanova/>.

ban y hacían, por lo que era relevante la forma en que conocían de acuerdo con su propia praxis como sucedía en el EZLN con inmensa posibilidad creadora. Se trataba de una epistemología de movimiento con sello histórico.[16]

El sociólogo Raúl Romero escribió que González Casanova había aportado significativamente al pensamiento crítico latinoamericano y a la teoría social mundial con las categorías de colonialismo interno y colonialismo global, con sus investigaciones sobre el Desarrollo, las técnicas de investigación social, la democracia, la sociología de la explotación, las nuevas ciencias y las ciencias de la complejidad, o sobre el vínculo entre el sistema de dominación y acumulación capitalista y el ecocidio. Los reconocimientos por su compromiso con las luchas de los pueblos eran varios y muy importantes. Había sido incorporado al EZLN por ser un hombre de pensamiento crítico e independiente que siempre había estado del lado de los pueblos. El sociólogo recalcó que era un gran ser humano, de corazón joven y pensamiento vigente, que con congruencia e independencia estaba siempre al lado de los y las pobres de la tierra.[17]

El científico social Marcos Roitman, quien conoce muy bien a González Casanova, recordó que no era partidario de homenajes ni reconocimientos. Había renunciado a muchos, y no era alguien que estuviera enamorado de sus ideas. Su pensamiento se había enriquecido bajo un mismo principio, la lucha por la democracia, la dignidad y el socialismo. No claudicaba. Su pensamiento se mantenía vital, libre y comprometido con las luchas de los pueblos. No había retrocedido para obtener los oropeles de cargos institucionales en una sociedad movida por el interés particular, el egoísmo y el dinero. No aceptaba sobornos, ni se corrompía para agradar los oídos de los de arri-

16 Pablo González Casanova, Espistemología del animal Político, *Perfil de la Jornada,* 5 de agosto de 2021, recuperado de <https://issuu.com/lajornadaonline/docs/casanova>.

17 Raúl Romero, «Pablo González Casanova: Con los pobres de la tierra», *La Jornada* 15 de febrero de 2021, recuperado de <https://www.jornada.com.mx/notas/2021/02/15/politica/pablo-gonzalez-casanova-con-los-pobres-de-la-tierra/>.

ba. Alzaba la voz contra las injusticias, y lo hacía desde siempre. Se constituía en un referente para todas las generaciones de sociólogos comprometidos con las luchas sociales y el cambio social democrático. No repetía, no plagiaba, planteaba alternativas, recreaba el pensamiento. No se torcía ante presiones, insultos y descalificaciones. Combatía en el campo de las ideas con argumentos y en el campo político con su compromiso militante. En eso consistía la vitalidad de su pensamiento crítico.[18]

Este acucioso y lúcido libro permitirá a sus lectores conocer a fondo el ser y quehacer de un pensador excepcional. Abrirá muchas y valiosas pistas. Propiciará también creativos debates. Tratándose de alguien inimitable, afortunadamente resulta muy inspirador.

18 Marcos Roitman, «Pablo González Casanova, ejemplo de compromiso y dignidad», *INEP*, 15 de febrero de 2020, recuperado de <http://www.inep.org/biblioteca/317-2020-febrero-15-pablo-gonzalez-casanova-ejemplo-de-compromiso-y-dignidad-marcos-roitman-rosenmann>.

Introducción

Nacido el 11 de febrero de 1922 en la ciudad de Toluca, México, Pablo González Casanova del Valle fue el segundo hijo, de los cuatro que tuvieron don Pablo González Casanova padre, oriundo de Mérida, Yucatán, y doña Concepción del Valle Romo. Su formación familiar se conjugó de manera especial con una formación intelectual heterodoxa: aprendió igualmente de Manuel Gómez Morín, fundador del Partido Acción Nacional (PAN), de sus maestros de El Colegio de México, así como del marxista cubano Julio Le Riverend Brusone y del socialista mexicano Vicente Lombardo Toledano.

De sus padres heredó el aprecio a la Universidad y la defensa del pluralismo ideológico. De Gómez Morín, la defensa a la autonomía universitaria, de sus maestros de El Colegio de México como José Gaos, José Miranda, Conchita Muedra, José Medina Echavarría, Alfonso Reyes y Silvio Zavala aprendió a escribir de lo que estuviera seguro y a trabajar para pensar e investigar lo que no sabía. Sus maestros le enseñaron a ser tolerante, a no mitificar a los autores, a buscar la síntesis teórica. De aquí y otras influencias, González Casanova dedujo un amor teórico y práctico por la democracia como poder, pluralismo y equidad, engarzados al proyecto socialista. Su encuentro con el cubano comunista Julio Le Riverend lo llevó a uno de los orígenes más importantes del pensamiento progresista latinoamericano: José Martí. El comunismo martiano le sorprenderá tanto que, una vez llegado el triunfo del Movimiento 26 de julio en Cuba, su apoyo a esta Revolución será incuestionable.

Con una beca del gobierno francés y un complemento del El Colegio de México, Pablo González Casanova se fue a estudiar a París con Fernand Braudel (Lira, 2013: 12) recomendado por Daniel Cosío Villegas (González Casanova, 2007); conoció a Manuel Cabrera quien le enseñó a entender *Sein und Zeit* de Martin Heidegger. Fueron sus maestros, además de Braudel, Jean Hyppolite, Georges Gurvitch, George Friedman, Gabriel Le Bras y Étienne Gilson. Fue en este tiempo por el que pasó de su oficio de la historia de las ideas a la sociología del conocimiento. También estudió marxismo, pero el autor que más le interesó fue Antonio Gramsci. Fue este quien lo «acercó con su indiscutible liderazgo intelectual a un nuevo planteamiento de la democracia» (González Casanova, 1995: 12).

Una vez terminado sus estudios y conjugada la herencia de su padre y maestros con Gramsci, combinado con el comunismo martiano y el marxismo-leninista al estilo oficial mexicano de Vicente Lombardo Toledano, González Casanova regresó a México para dedicarse en cuerpo y alma a la investigación, la lucha por la democracia, la liberación y el socialismo en América Latina (González Casanova, 1995).

A invitación de Lucio Mendieta y Núñez, amigo de su padre, González Casanova trabajó en el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) ya como investigador. Pero fue en 1957, cuando su hermano Henrique González Casanova y Horacio Labastida lo impulsaron para que tomara la dirección de la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales (ENCPS) de la UNAM en el periodo de 1957 a 1965. Este fue un periodo importante para la sociología en México y América Latina. Con la llegada de González Casanova a la dirección de la ENCPS, hoy facultad, las cosas en dicha escuela no solo comenzarían a cambiar, sino que se cultivaría lo que después daría a las ciencias sociales en el país, su legitimidad formal.

En la ENCPS, su nuevo director modificó los planes de estudio de una perspectiva legal e histórica, a otra que tuviera su núcleo en la ciencia política, sociología, el periodismo, la diplomacia y la administración Pública (Meyer y Camacho, 1979). La administración de González Casanova condujo a rectificaciones al mo-

dernizar el enfoque de toda la ENCPS, porque la obligó a entrar en contacto con las principales facultades de ciencias sociales en el mundo. En este contexto específico, Pablo González Casanova orientó los estudios científico sociales en México al proyectarlos hacia las grandes corrientes que en Ciencia Política y Sociología se gestaban en los principales centros universitarios del mundo.

En 1965 apareció su libro más conocido, *La democracia en México* una obra particular y muy diferente de los análisis políticos y sociales del México posrevolucionario. Para muchos intelectuales y académicos mexicanos, este trabajo es el primer gran estudio general del sistema político contemporáneo hecho por un mexicano, desde una perspectiva mexicana y académica (Meyer y Camacho, 1979). Se ha llegado a decir incluso que, con la publicación de esta obra, la sociología en México adquirió su mayoría de edad.

En 1966 dejó la dirección de ENCPS para dirigir el IIS y la *Revista Mexicana de Sociología* en el periodo de 1966 a 1970. Con ocho años al frente de la ENCPS, González Casanova, tenía una visión general sobre el estado en que se hallaban las ciencias sociales en el país (Loyo *et al.*, 1990). Sabía de la importancia de vincular el saber de la universidad con el desarrollo de la nación. Con base en la autonomía de la UNAM y a su persistencia en hacer de la ciencia un proyecto técnico y político, González Casanova reorganizó el IIS por segunda vez en 1966. Durante su gestión se formaron investigadores y «asimismo tres secciones especializadas: de información y documentación, de muestreo, programación, cálculo y análisis y de publicaciones» (Loyo *et al.*, 1990: 44). También fue director de la *Revista Mexicana de Sociología*

Con la dirección del IIS, y de la *Revista Mexicana de Sociología*, se propuso convertir a la sociología mexicana en una ciencia crítica, de y para los latinoamericanos y libre de las viejas influencias, particularmente de la positivista-funcionalista-empiricista (Sefchovich, 1989). Con la experiencia que había obtenido como director de la ENCPS, González Casanova enlazó ambas instituciones para la formación constante de investigadores. Fue a través de una coordinación permanente con el Centro de Estudios del Desarrollo y con el Centro de Estudios Latinoamericanos de esa escuela, como el nuevo director del IIS instruía para que se seleccionara e incorporara a los pasantes en calidad de becarios

a los trabajos de investigación que el instituto requería (Loyo *et al.*, 1990: 47).

En el ámbito del conocimiento sociológico, Pablo González Casanova había preparado un trabajo para publicarlo en 1969. No era un texto filosófico, sino que incorporaba de una manera heterodoxa un aspecto del aparato científico de Marx. Se titulaba *Sociología de la explotación*. El ensayo principal fue escrito exactamente en el 150 aniversario del nacimiento de Karl Marx, y según palabras del propio González Casanova no pretendía sino esbozar el estudio de la teoría de la plusvalía en la etapa de la competencia monopolista. Había preparado este trabajo como respuesta a quienes negaban por aquellos años toda validez científica a las generalizaciones y predicciones marxistas (González Casanova, 1969).

En la edición de 1969, González Casanova expresó que el libro fue escrito

> para los estudiantes de América Latina y de aquellos países que han adoptado un falso rigor empirista, tan estrechamente asociado a las ciencias sociales predominantes hoy en Estados Unidos [...] pero también para los marxistas ortodoxos y dogmáticos que han renunciado a las grandes tradiciones que el propio marxismo tiene de investigación científica de alto nivel (González Casanova, 1969: 3).

Tiempo después González Casanova confesó que el texto no era un libro ecléctico, sino que su propósito principal, teórico y metodológico consistía

> en contextualizar la famosa fórmula de Marx p/v en un conjunto integrado de varios subconjuntos significativos para comprender su comportamiento y la forma ventajosa o desventajosa en que la relación de explotación funciona para los propietarios de los medios de producción y para los trabajadores (González Casanova, 2006: 13).

Muy cercano a los análisis del Marx sobre Irlanda y la comuna rusa, González Casanova planteó que el análisis de la explotación

desde las transferencias de excedentes de las regiones coloniales o dependientes a las imperialistas y metropolitanas, suponía un «embate contra los marxistas deterministas, que ya anunciaban el despeñadero y muerte del sistema como si este no fuera a "reaccionar". También era contra los "dependentistas" que no le daban a la "ley del valor" y a la necesaria explotación que acompaña al colonialismo y la dependencia, la enorme importancia que tiene para explicar lo que ocurre en la periferia y el centro del mundo» (González Casanova, 2006: 14).

En el escenario de la política universitaria, el 6 de mayo de 1970, Pablo González Casanova tomó posesión de la rectoría de la UNAM. Bajo el mismo espíritu con el que dirigió la ENCPS y el IIS, ahora tenía bajo su responsabilidad llevar a la praxis la teoría que había pensado en esos años. Su noción de universidad heredada de su padre, las maneras de investigar de sus maestros de El Colegio de México y la cultura de no separar el conocimiento humanístico del científico, lo llevarían a acercar el trabajo manual con el intelectual, el técnico al científico y el histórico al político, mediante la creación del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) y el Sistema Universidad Abierta (SUA) (Rivas Ontiveros, 2007).

En esto, como primer paso, se propuso vincular a la universidad con los problemas de la nación, lo que implicaba transformar la universidad, modificando los modelos de enseñanza con los que operaba anteriormente. Se trataba de «desenclaustrar» la academia y ligarla a la fábrica, el hogar, la biblioteca, el hospital (Soto Rubio, 1989). En efecto González Casanova llegó a expresar: «la enseñanza en los claustros universitarios requiere de un proceso profundo, radical, de desclaustración. Al recinto escolar que subsista se tendrán que añadir cada vez más la fábrica-escuela, el hospital-escuela, la biblioteca-escuela, el hogar-escuela» (González Casanova, 1970).

Pero la vida de la universidad, teniendo de lado al poder político, no era algo fácil de llevar. Pablo González Casanova, siendo rector de la UNAM enfrentó al poder del presidencialismo, a la derecha, a parte de la izquierda, a los comunistas y a algunos sindicalistas. Todo por mantener la autonomía de la universidad, incrementar la matrícula en la educación superior, defender la educación gratuita y el pluralismo ideológico, así como eliminar

la cláusula de exclusión al interior de las organizaciones de trabajadores de la universidad. Como consecuencia de su postura, el 31 de julio de 1972, Miguel Castro Bustos y Mario Falcón con un grupo de normalistas desestabilizaron la rectoría y durante 60 días resultó imposible desalojarlos. Posteriormente, el 25 de octubre de ese año una huelga de trabajadores universitarios terminó con la rectoría y el proyecto original de universidad de González Casanova.

Después de ser destituido de la rectoría de la UNAM en 1972, González Casanova se propuso estudiar a América Latina. Problematizó las concepciones centrales sobre la condición del continente americano sobre democracia, socialismo y liberación desde la perspectiva del poder al pueblo. En 1977 se dio a la tarea de concretar un gran proyecto: hacer la historia de América Latina de la primera mitad del siglo XX. En ese mismo año ya había coordinado el libro *América Latina en los Años Treinta* (1977a). Pero el proyecto sobre *América Latina: historia de medio siglo (1925-1975)* (1977b), lo llevó a cabo como coordinador de un grupo de investigadores y como resultado aparecieron para su publicación dos volúmenes.

El sociólogo, con su capacidad de convocatoria logró agrupar para el volumen primero de este trabajo a intelectuales de la talla de Marcos Kaplan, René Zavaleta Mercado, Vania Bambirra, Theotonio Dos Santos, Antonio García, Agustín Cueva, entre otros. La convocatoria fue plural debido a las realidades de estudio específicas, esto es, aunque los países de América Latina tuvieran rasgos comunes en cuanto a su cultura, economía y sociedad, así como la forma de dirigir sus luchas contra el colonialismo ibérico primero, y el imperialismo estadounidense, después, existían especificidades en cada uno de ellos.

González Casanova consideró que estas diferencias en su Estado y sociedad merecían un análisis histórico. En todo caso, afirmaba,

> afinidades y diferencias exigen un estudio a la vez general y específico de las características de cada estado. Las variedades de América Latina no solo cuentan para comprender y actuar en la escena política de cada país. Constituyen la

> base de una historia que siendo racional conforme se desarrolle será, cada vez más, latinoamericana e internacional (González Casanova, 1977b: VII).

El planteamiento suponía que, conociendo esas diferencias, se podría tener mayores condiciones para realizar un proyecto latinoamericano convergente en la lucha por la liberación. Siendo un trabajo pionero en la historia contemporánea de América Latina, la obra contribuiría según su coordinador,

> a alentar nuevos estudios históricos contemporáneos, nuevas monografías y síntesis acerca de las luchas de liberación en América Latina. Su carácter concreto, su sentido del tiempo y de la vida social, sin duda presionará para salir de ese torpe debate en que se busca definir el «ser» de América Latina, como mero modo de producción, o el «ser» de los latinoamericanos —personas y grupos— como entes y sustancias que escapando a las relaciones históricas concretas carecen de realidad y de memoria (González Casanova, 1977b: VII).

Si seguimos la ruta intelectual de Pablo González Casanova, veremos que en todo momento fue un científico y académico en acción. En la UNAM fundó en 1986 el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades (CIIH). El nombre cambió en 1995 a Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH). El objetivo general del Centro es hasta la fecha

> integrar, coordinar y promover proyectos académicos interdisciplinarios en los campos de las ciencias y las humanidades, tanto en la investigación como en la enseñanza y el intercambio entre especialistas y de estos con organismos civiles, gubernamentales e internacionales, con la idea de recuperar el impulso humanístico universal en las tecnologías, democratizar la educación y enriquecer los alcances de la investigación científica (Caballero Aguilar, 2008: 59).

Los programas en los que participó González Casanova como director, se especificaban en cuatro temáticas: a) El mundo actual: situación y alternativas; b) Entidades federativas: sociedad, economía, política; c) Cultura-creación de alternativas y procesos de democratización; y, d) Conceptos en ciencias y humanidades.

En su etapa de director del Centro, por lo regular se enfrentaba con que las políticas con que normalmente se evaluaban los proyectos, generalmente estaban bajo criterios internacionales y no bajo los parámetros de la realidad nacional. El financiamiento a las revistas científicas también pasaba por este esquema. Los recursos siempre eran pocos y el equipo a menudo obsoleto. Había grandes retos para las ciencias sociales en México. Pero su imaginación sociológica le permitió proyectar investigaciones de gran calado. Su tarea entonces consistió en darle rigor a las investigaciones que se realizaban. Buscaba relacionar lo local, con lo global y nacional, vinculado a procesos políticos y sociales. Para eso se necesitaba formar investigadores. González Casanova ya tenía experiencia en ello a su paso por la ENCPS y el IIS de la UNAM. Con los investigadores que ya estaban consolidados y los que todavía se estaban formando, sacó adelante bastantes proyectos de este tipo.

El desarrollo de todo este proceso de gestión para el diálogo entre las ciencias y las humanidades, González Casanova lo proyectó en colecciones para libros, folletos y videos. Creó *La Videoteca de Ciencias y Humanidades* la cual, en palabras del propio González Casanova, se basaba «en una nueva perspectiva de las relaciones entre investigación, educación y difusión tanto de las ciencias como de las humanidades» (González Casanova, 2001 :150). Las colecciones se consolidaron con los nombres de: *Clásicos*, *Conceptos*, *Aprender a aprender* y *Las ciencias y las humanidades en los umbrales del siglo XXI*. En esta última colección González Casanova quería dar cuenta de las nuevas ciencias, vinculadas al creciente desarrollo del análisis de sistemas complejos y autorregulados que se habían gestado con la revolución tecnocientífica. Para él, esta revolución se desarrollaba en la ciencia y la tecnología, pero también en las humanidades. Producto de esta iniciativa, de todos los seminarios, mesas redondas, coloquios, conferencias y encuentros interdisciplinarios, comenzaron a publicarse libros desde esta perspectiva.

Con toda esta experiencia familiar, académica, universitaria, política, científica y humanística, Pablo González Casanova escribió en un periodo de diez años *Las nuevas ciencias y las humanidades* (2005). Con este libro «se adentró a un punto de intersección vedado a los humanistas y a los científicos con distintos recursos, a aquellos con el miedo-rechazo a las matemáticas, a estos con el miedo-rechazo a la política» (González Casanova, 2005:12). Con esta actitud González Casanova se acercó a las teorías de los sistemas complejos que comenzaron a cambiar la manera de concebir el conocimiento, la ciencia, la tecnología, la cultura, la política y el mundo. La cibernética de Norbert Wiener, la teoría general de sistemas de Ludwig von Bertalanffy, la teoría de las estructuras disipativas de Ilya Prigogine, la epistemología genética de Jean Piaget y el pensamiento complejo de Rolando García, se presentaban como las principales innovaciones epistemológicas. Paralelamente y posterior a ellas, hubo quienes, de una u otra manera, generaron o continuaron algunas de estas perspectivas en diversos campos, ya sea como teóricos o divulgadores del tema.

González Casanova documentó en las *Nuevas ciencias y las humanidades* todo lo anterior. Pare él, no era posible seguir pensando la naturaleza, la vida y la humanidad, sin tomar en cuenta a las ciencias de la complejidad y las tecnociencias. Quien no se acerque a ellas, expresó, «no solo no entenderá (y practicará mal) el quehacer tecnocientífico sino el artístico y el político» (González Casanova, 2005: 11). El punto de partida lo situaba en la necesidad de rehacer los vínculos entre las ciencias y las humanidades, el trabajo interdisciplinar de científicos y la necesidad de trabajar en equipos multidisciplinarios. González Casanova entendió esto mucho más allá que un fenómeno meramente académico. Sabía que las tecnociencias habían sido posibles por el apoyo a la interdisciplina en los complejos empresariales, militares y políticos, principalmente de los Estados Unidos (González Casanova, 2005: 30).

En suma, de toda esta trayectoria intelectual, el libro que el lector tiene en sus manos, ofrece una introducción. En concreto, presenta y analiza una serie de temas y problemas académicos que, durante su trayectoria intelectual, Pablo González Casano-

va aborda de manera heterodoxa y original. Aborda también la posición digna y rebelde que González Casanova tomó frente a la revolución cubana y el zapatismo en México. El libro tiene un doble propósito: primero, mostrar las vetas teóricas y conceptuales que Pablo González Casanova construyó durante su larga trayectoria para comprender las realidades complejas globales en perspectiva latinoamericana. Segundo, argumentar que Pablo González Casanova aporta elementos originales para la construcción de una teoría crítica con perspectiva latinoamericana a partir de la conexión que realiza entre el conocimiento riguroso y su opción política por los pobres de la tierra.[1]

El libro se compone de ocho capítulos. En el primero mostraremos que es González Casanova quien encuentra que el origen de la formación de la teoría social latinoamericana tiene su fuente, en parte, en el pensamiento perseguido de los filósofos cristianos mexicanos en el siglo XVIII que luego se conectará con las luchas de liberación y el pensamiento crítico del continente. En sus primeros estudios, los cuales pueden considerarse poscoloniales, González Casanova logra encontrar en la lucha contra el pensamiento colonial en México y América Latina, las claves para entender la persistencia de la dominación colonial.

El segundo capítulo da cuenta no solo la manera en que González Casanova integra a su pensamiento la filosofía crítica de Marx cuyo resultado es la sociología de la explotación, sino de la imaginación dialéctica con la que sienta las bases críticas para investigar las potencialidades del socialismo, su deslinde de la socialdemocracia, del eurocomunismo y de los planteamientos del Capitalismo Monopolista de Estado, que ya tenía precedentes en sus estudios sobre la democracia. De esto último trata el tercer capítulo. Analiza el concepto democracia de González Casanova, con la finalidad de calibrar la potencia analítica de este en perspectiva latinoamericana, frente a las versiones euroamericanas. El argumento que sostenemos es que en la noción de democra-

1 Este obra está inspirada, en gran parte, en la publicación del libro *An Introduction to Pablo González Casanova. Intellectual of the Dignified Rebelliousness,* de Jaime Torres Guillén y Jaime Antonio Preciado Coronado, publicado por Routledge en 2023.

cia de González Casanova encontramos contenidos universales que difícilmente podrían hallarse en la filosofía política europea o estadounidense.

En el capítulo cuarto nos detenemos en el acercamiento teórico de González Casanova al debate sobre desarrollo, su deslinde respecto de la influencia del desarrollismo en su pensamiento propio, y la crítica que hace sobre la dialéctica entre desarrollo y subdesarrollo. Asimismo, el capítulo recoge sus planteamientos en torno de las relaciones asimétricas entre el centro y la periferia, las jerarquías que dividen al mundo entre el Norte industrializado y el Sur colonizado. En consonancia con lo anterior, el capítulo quinto expone la manera como González Casanova desde los años cincuenta, contribuye a crear modelos de investigación social que se propongan en forma deliberada incluir el conflicto teórico y político entre distintas corrientes de pensamiento con la finalidad no solo de establecer diferencias de investigación, sino de evaluar el potencial explicativo y político de cada una de estas. Se argumenta que este planteamiento continúa en los años sesenta y setenta, época en que González Casanova puede considerarse un precursor de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales que encabezó Immanuel Wallerstein en 1993 para conocer la construcción de las ciencias sociales del siglo XVIII hasta 1945 y plantear su reestructuración.

Derivado de este planteamiento para reestructurar las ciencias sociales el capítulo sexto narra cómo Pablo González Casanova se acercó a las teorías de los sistemas complejos que comenzaron a cambiar la manera de concebir el conocimiento, la ciencia, la tecnología, la cultura, la política y el mundo. Expone de manera sucinta los antecedentes intelectuales que llevaron a González Casanova a escribir *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*, obra que le llevó más de 10 años de reflexión. En esta distingue dos paradigmas hegemónicos en la ciencia: el mecánico que se consolida en el siglo XVII y las tecnociencias y ciencias de la complejidad que emergen con fuerza en la segunda mitad del siglo XX. Aquí nos proponemos indagar no solo la manera como González Casanova plantea el estudio de las nuevas ciencias en su vínculo con las humanidades, sino también, si hay nexos intelectuales con la teoría de la complejidad como he-

rramientas con las que se organiza el conocimiento con objetivos para el conocimiento de la organización de la sociedad.

De vuelta a su posición política, el capítulo séptimo trata el concepto de pueblo con el que González Casanova analiza la lucha por el socialismo y la democracia en América Latina. De la idea de pueblo como experiencia que une lo diverso a partir de la persecución, presentaremos en el capítulo, la búsqueda de González Casanova por comprender las causas de la problemática étnica, recoger las propuestas zapatistas y tomar una posición comprometida y a la vez crítica de estos. De ahí que su obra reciente ofrezca un diálogo crítico de cara a todo el proceso de organización zapatista, sus documentos fundadores, sus declaraciones más relevantes, su experiencia autonómica en los *Caracoles*, su experiencia pedagógica en la *escuelita zapatista*, que comunica saberes ancestrales y saberes profesionales, como también sucede en la llamada Universidad de la Tierra que crea puentes entre el zapatismo y el mundo. El octavo y último capítulo discute el pensamiento del Sur de González Casanova cuyo contenido se puede indagar en sus singulares análisis sobre la explotación y colonialismo global, el capitalismo visto desde el Sur y las alternativas ya no solo para la liberación sino para la sobrevivencia de la humanidad.

El 11 de febrero de 2022 Pablo González Casanova cumplió cien años. Por la relevancia del acontecimiento, no solo por la celebración de la vida de uno de los intelectuales más lúcidos de América Latina, sino por su sustanciosa obra, se celebraron coloquios, conversatorios, homenajes y conmemoraciones en distintas partes de México. Al año siguiente, el 18 de abril de 2023, falleció. Tras su partida, dejó un acervo de imaginación dialéctica sobre la historia, la sociología, la ciencia política, la antropología, la universidad, la democracia, las nuevas ciencias, las humanidades, la crítica al capitalismo, el colonialismo y el patriarcado, como diversas reflexiones sobre la necesaria lucha por el planeta tierra. Esta breve introducción pretende motivar la lectura seria, crítica y colectiva del acervo intelectual que dejó González Casanova luego de trabajar con categorías, conceptos, ideas y nociones, con las que en todo momento quiso entender las realidades globales en perspectiva latinoamericana.

Referencias

Caballero Aguilar, H. (2008). Centro de investigaciones interdisciplinarias en ciencias y humanidades en H. Castaños-Lomnitz (coord.), *La encrucijada de los saberes: Un diagnóstico de las ciencias sociales y las humanidades en México*. Ciudad de México: UNAM, IIE, DGAPA, Miguel Ángel Porrúa.

González Casanova, P. (1965). *La democracia en México*. Ciudad de México: ERA.

González Casanova, P. (1969). *Sociología de la explotación*. Ciudad de México: Siglo XXI.

González Casanova, P. (1970, noviembre 25). La universidad y el sistema nacional de enseñanza (19 de noviembre de 1970). *Gaceta UNAM*, I (32), 1-4.

González Casanova, P. (coord.) (1977a). *América Latina en los Años Treinta*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

González Casanova, P. (coord.) (1977b). América Latina: Historia de medio siglo (1925-1975) (vol. II). Ciudad de México: Siglo XXI.

González Casanova, P. (1995). Autopercepción intelectual de un proceso histórico en P. González Casanova (ed.), *Pensar la democracia y la sociedad: Una visión crítica desde Latinoamérica* (vol. 168, pp. 5-13). Revista Anthropos.

González Casanova, P. (1999). *El Estado y los partidos políticos en México*. Ciudad de México: ERA.

González Casanova, P. (2001). *La universidad necesaria en el siglo XXI*. Ciudad de México: ERA.

González Casanova, P. (2005). *Las nuevas ciencias y las humanidades: De la academia a la política*. Barcelona: Anthropos, IIS, UNAM.

González Casanova, P. (2006). *Sociología de la explotación* (versión corregida). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

González Casanova, P. (2007). *Dr. Pablo González Casanova: Los territorios intelectuales de la democracia* (P. Talavera, prod.). Maestros detrás de las Ideas. Realización TVUNAM, DVD, UNAM.

Lira, A. (2013). Prólogo. En Pablo González Casanova. *Obras Históricas, 1948-1958* (ediciones fascimilares). Ciudad de México: El Colegio de México.

Loyo, A., Guadarrama, G., y Weissberg, K. (1990). *La sociología mexicana desde la universidad*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Meyer, L., y Camacho, M. (Eds.). (1979). *Ciencias sociales en Ciudad de México: Desarrollo y perspectiva*. Ciudad de México: Colegio de México.

Rivas Ontiveros, J. R. (2007). *La izquierda estudiantil en la UNAM: Organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972)*. Ciudad de México: UNAM, Facultad de Estudios Superiores Aragón, Miguel Ángel Porrúa.

Sefchovich, S. (1989, enero-marzo). Los caminos de la sociología en el laberinto de la revista mexicana de sociología. *Revista Mexicana de Sociología*, LI (1), 5-101.

Soto Rubio, E. (1989). *Un proyecto de universidad para enfrentar el subdesarrollo en México: La UNAM durante el rectorado de Pablo González Casanova* [Tesis de Licenciatura en Sociología, FCPYS, UNAM].

CAPÍTULO I

Pablo González Casanova, precursor de los estudios poscoloniales en México

El interés de Pablo González Casanova por el problema colonial inició en los años cuarenta del siglo XX cuando cursaba sus estudios de historia en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Ahí también desarrolló el carácter intelectual de los usos de la historia entendida esta no como una disciplina más de las ciencias sociales, sino como una herramienta de análisis con la que se disputa activamente la formación del conocimiento crítico latinoamericano.

Dicho carácter se forjó a través de una ruta que el propio González Casanova trazó muy distinta a la que abriera José Gaos en 1943 con su *Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española* en El Colegio de México y la Universidad Nacional el cual duró hasta la década de los años sesenta (Valero, 2012). Gaos pretendía contribuir a una filosofía de América por medio de la comprensión del nacimiento de la identidad en el continente y el desarrollo de su personalidad (Valero, 2012). Por la ruta de Gaos caminaron, por lo menos, Monelisa Lina Pérez-Marchand, Rafael Moreno, Olga Quiroz, Bernabé Navarro, Luis Villoro y Carmen Rovira.

Fue en 1943 cuando González Casanova llegó a El Colegio de México. El seminario de José Gaos estaba en su apogeo. Cantidad de material sobre los jesuitas del siglo XVII y XVIII se estudiaba para escudriñar la denominada ilustración en México. De este seminario surgieron *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición* de Monelisa Lina Pérez-Marchand (1945) y *La introducción de la filosofía moderna en México* de

Bernabé Navarro (1948). En ese contexto, aparecieron también las que ahora se conocen como las obras históricas de González Casanova. Primero, fruto de sus tesis de maestría, *El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII* (González Casanova, 1948). Luego, *Una Utopía de América* (González Casanova, 1953), y con José Miranda, *La sátira anónima del siglo XVIII* (Miranda y González Casanova, 1953); posteriormente, *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia* (González Casanova, 1958). Durante su estancia en París de 1947 a 1949, González Casanova escribió su tesis doctoral, aún inédita, dirigida por Fernand Braudel, la cual llevó por título *Introduction à la Sociologie de la Connaissance de la l'Amérique Espagnole à travers les donnes de l'Historiographie française*.

Sobre el seminario de José Gaos, Pablo González Casanova reconoció de su maestro las «lecciones bellísimas» de este cuya claridad «contrastaba con sus oscuros y doloridos textos» (González Casanova, 1995: 10); también reconoció que sus primeros textos surgieron del seminario sobre el siglo XVIII que impartía José Miranda en El Colegio de México y agradeció no solo el apoyo de sus maestros sino el de Lina Pérez-Marchand y Rafael Moreno quienes por esa época trabajaban con Gaos sobre el periodo colonial en México (González Casanova, 2013). Sin embargo, su ruta tenía un camino propio. Cuando trabajó el problema de la modernidad cristiana en el siglo XVII y XVIII González Casanova observó cómo

> [...] se mezclaban el pensamiento de los filósofos modernos y la defensa de la fe, de la religión, poniendo aparte la fe, poniendo aparte la religión. Desde el siglo XVIII, surgieron los que podríamos llamar los precursores de la Teología de la Liberación en México y en otras partes del mundo hispánico. Entre ellos destacaron algunos que calificaron a su propia filosofía como una filosofía ecléctica. Esa filosofía sería criticada con razón, pues a veces de manera muy superficial tomaban de aquí, tomaban de allá (González Casanova citado en Gutiérrez Garza, 2008: 167).

Este itinerario de investigación de González Casanova tiene una conexión intelectual y política, a saber: los contrastes ideo-

lógicos entre el pensamiento francés sobre la América española y el contexto y formación del movimiento independentista en México y América Latina.

Al abordar los procesos históricos de manera dialéctica, González Casanova sacará a la luz las dificultades en la que se formó lo que podríamos llamar un pensamiento postcolonial en México que gestó una forma de independencia en la que el colonialismo persiste hasta el momento. El término postcolonial nunca lo usó González Casanova en sus estudios históricos. Tampoco pertenece al debate sobre el colonialismo en que participó en los años sesenta en América Latina. Por ese tiempo, en estas latitudes rendían más frutos los conceptos de neocolonialismo y colonialismo interno derivados de la lucha anticolonial que se extendía en diferentes regiones de lo que se llamaba Tercer Mundo. Es hasta la década de los años ochenta, en los trabajos de Edward Said, Homi K. Bhabha y Gayatri Spvak, que la noción de postcolonial aparece con mayor énfasis en Europa y Estados Unidos.[1]

Sin embargo, mucho antes del orientalismo de Said o del análisis de la literatura colonial británica de Spivak, Pablo González Casanova planteó el problema de la persistencia de la condición colonial en el México del siglo XIX y XX lo cual posteriormente le permitió extender su análisis a toda América Latina a través de sus estudios históricos y sociológicos. Si por postcolonial se entiende, no una situación «superada» sino un conjunto de prácticas de resistencia a las diferentes formas de dominio colonialista que en su afán de liberación quedan afectadas de una u otra forma por dicha sujeción, entonces los estudios históricos de González Casanova son un antecedente a lo que se denomina hoy estudios postcoloniales.[2]

---

1 Véase: Said, E. (1978); Spivak, G. y E. Barker (eds.) (1984); Spivak, G. (1990); Guha, R. ·y G. Spivak (comps) (1988); Young, R. (2001).

2 En el año 2000 apareció un grupo de académicos que se hicieron llamar Grupo Modernidad-Colonialidad. Quienes los conformaron, a saber, Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Walter Mignolo, Ramón Grosfoguel, Edgardo Lander, Nelson Maldonado-Torres, Catherine Walsh y Santiago Castro-Gómez, entre los más representativos, quienes afirmaron haber contribuido a lo que denominaron Estudios Decoloniales. Ninguno de estos autores discute el trabajo previo de Pablo González Casanova.

En el siglo XVIII novohispano las élites tuvieron aversión por el pensamiento moderno fuera en la filosofía, la religión o las ciencias; desde sus primeros años hasta el final del siglo, predominó el escolasticismo como método de estudio y la teología como ciencia primera. Es gracias a la rebeldía frente al racionalismo característico de la teología, que aparecen críticas a su carácter apologético y dependiente de la metrópoli eclesiástica colonial. Además, si bien las Escrituras Sagradas eran la fuente de la razón teológica, el pensamiento de la época se cuidaba de no exagerar en el estudio y en la búsqueda de razón y verdad en las Escrituras. La amenaza consistía en dañar el espíritu bíblico o caer en el racionalismo irreligioso. Se impuso el «quietismo», esa actitud de no mover, no agitar las ideas, sino dejarlas reposar para conservar el imperio de la teología católica. Es en este contexto de estudio que González Casanova previene contra el abuso del principio de autoridad teológica y orienta su mirada hacia el pensamiento perseguido que se expresaba en la *razón imaginativa,* la cual era necesariamente anticolonial al oponerse a la dominación del pensamiento teológico. Se percata que «En el siglo XVIII la imaginación dominaba en gran manera distintos ámbitos del espíritu [incluidos la poesía y la literatura] otras en un campo más amplio, mezclado con la razón ya con un carácter propio, que no pretendía ser científico» (González Casanova, 1948: 23). Le interesa el ejercicio dialéctico antes que la Ilustración misma, pues ahí se gesta la razón imaginativa que apela a la ciencia y se hacen coherentes las palabras y las ideas.

Otro campo de interés de González Casanova fueron las polémicas entre estudiantes, profesores, órdenes religiosas, y los encargados de mantener la Fe dentro de la ortodoxia teológica. Los debates teológicos habitaban en las universidades, que eran extensiones del dominio colonial. No obstante, ahí se contraponían el orgullo de pertenecer a los dominicos, franciscanos y jesuitas, órdenes que estaban autorizadas para tratar cuestiones filosóficas. Ahí se contrapunteaban las tres escuelas teológicas principales: tomistas, escotistas y suaristas. Pero era el sentimiento religioso el que se mezclaba con las reflexiones y con la razón (González Casanova, 1948). Fueron los claustros universitarios los que recogieron los debates filosóficos y teológicos entre las voces au-

torizadas que, a su vez, se disputaban las órdenes eclesiásticas, aunque la última palabra la tenía el Santo Oficio con base en sus cánones teológicos.

Sin embargo, la razón imaginativa desbordaba a la Real Universidad y en ocasiones eludía la persecución inquisidora. De ahí la selección de González Casanova por un campo de investigación orientado a la emergencia de la modernidad ilustrada que estaba larvada en las literaturas perseguidas. Un campo que ve nacer un pensamiento americano que trasciende la esfera hispanoamericana y rompe la pasividad y la reflexividad contemplativa heredada por la colonia, con sus influencias francesas, españolas, alemanas, en suma, eurocéntricas. Ese pensamiento nuevo se esforzó en adaptar las ideas «extrañas» y produjo, nos dice González Casanova, una percepción distinta de la historia propia, sus raíces y su originalidad.

Es así que inició el interés de González Casanova por las prácticas de resistencia al colonialismo y su persecución en el México del Siglo XVIII, XIX y XX. Este, constituye un eje articulador en su obra. En el marco del *Primer congreso internacional sobre la inquisición novohispana* celebrado del 8 al 12 de septiembre de 1997 en el Palacio de la Escuela de Medicina en el centro histórico de la ciudad de México, Pablo González Casanova, en su conferencia que tituló «El pensamiento perseguido», dijo que siempre le preocupó lo perseguido porque la historia de la persecución del pensamiento forma parte de la historia de la humanidad. Esta preocupación puede rastrearse en su primera obra histórica.

El pensamiento perseguido de los filósofos cristianos mexicanos en el siglo XVIII

Fue a finales de los años cuarenta del siglo XX cuando Pablo González Casanova incursionó por primera vez en la en historia de las ideas perseguidas del siglo XVIII mexicano. En *El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII* (González Casanova, 1948) buscó interpretar los procesos sociales intelectuales que comenzaban a nacer fruto del vínculo entre cristianos y la modernidad en la Nueva España. Sus fuentes pueden hallarse en los

Ramos de Universidad, de Inquisición del Archivo General de la Nación, en el Museo Nacional y en los papeles de la Inquisición de todo el siglo XVIII basado en el índice de Lina Pérez-Marchand.

El autor advierte que su postura está deliberadamente distanciada —y quizá en pugna— tanto de la corriente de autores hispanoamericanos que menosprecian y atacan la cultura hispánica de la colonia, como de otros autores que menciona:

> Recientemente los norteamericanos, como John Tate Lanning y Arthur P. Whitaker, entre otros, y los autores hispanistas —reaccionarios unos, y otros no— han procurado, con azoro o con fruición, demostrar que el nivel cultural de las colonias era superior al que se había venido afirmando en épocas anteriores, y así han ido persiguiendo, sobre todo en los estudios de este siglo de las luces, todo vestigio de ilustración, todas las obras y los autores modernos que se recibían en nuestros ambientes académicos, todas las querellas en que se nota una influencia de la modernidad (González Casanova, 1948: 10).

Por lo tanto, es posible decir que la aparición de esta primera obra en su contexto intelectual es tanto irreverente como justa. Lo primero, debido a su notable desalineamiento a las corrientes que en su tiempo estudiaban el siglo XVIII mexicano. Lo segundo, por su medianía en la actitud con la que aborda el tema sin exagerar la influencia de las ideas de la Ilustración ni atacar a la hispanidad. Pablo González Casanova es un autor que irrumpe en la escena intelectual con esta obra histórica para colocar cada cosa en su lugar con una ductilidad característica de su pensamiento que le permite ir más allá del oficio del historiador y del sociólogo. Los capítulos primero, segundo y quinto de *El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII* tienen como propósito la generalización, mientras los capítulos tercero y cuarto aspiran a la descripción. La forma de llegar a uno u otro fin son la reflexión y la intuición respectivamente. No obstante, la diferencia de medios de un capítulo a otro, la obra se comprende como un todo a sí mismo. Desde el comienzo de su carrera intelectual González

Casanova reluce su talento al conciliar los contrarios y fusionar horizontes de entendimiento.

Con su talento intelectual encontró que los pensadores del Siglo XVIII de la Nueva España recibieron, disecaron, criticaron, amaron y difundieron las ideas de la Ilustración, la idea de progreso, de ciencia experimental y la física sin renunciar a su fe, ni a sus valores éticos y políticos. La tensión entre la escolástica mexicana y el espíritu ilustrado europeo encarnaría una disputa que «iba a hacer reaccionar a aquel contra este, después iba a reaccionar aquel contra sí mismo (en el momento de la renovación dentro de las escuelas), y, finalmente, iba a hacer reaccionar a un espíritu ilustrado americano contra aquel» (González Casanova, 1948: 60). Estos nuevos pensadores de finales de siglo se llamaron a sí mismos filósofos modernos cristianos para diferenciarse de los filósofos de la Ilustración europeos y, en su afán de revolucionar las ideas y métodos de estudio de su tiempo, primordialmente la escolástica, fueron perseguidos. No obstante, lograron eludir la censura de sus obras y la condena a sus personas gracias al desarrollo de un sistema de pensamiento propio: el eclecticismo. Esta maniobra, lejos de denotar holgazanería de pensamiento, manifiesta el ímpetu creador de un círculo intelectual que estaba condenado al provincialismo por la opresión ejercida desde Europa.

El eclecticismo como enfoque daba legitimidad a la combinación entre las fuentes históricas, más o menos remotas del cristianismo y la apertura hacia la modernidad ilustrada que propiciaban las revoluciones sociales del siglo XVIII. En América se desplegó con cierta originalidad una modernidad cristiana abierta a expresiones y manifestaciones del nuevo campo ganado por la ciencia, el ideal del progreso y, muy particularmente, hacia el campo de las ideas que atraían a «aquellas gentes desconocidas, de las clases bajas —sin una cultura teológica acentuada—, que fueron atraídas con más facilidad, sin que necesitaran hacer un esfuerzo creador que precisara en qué medida era permisible la absorción» (González Casanova, 1948: 227). Se gestaba así una modernidad cristiana que incubó un pensamiento rebelde con rasgos anticoloniales propios.

Sobre este trabajo González Casanova hace una observación: «Aparentemente he rebajado los méritos de la Modernidad mexi-

cana, haciendo ver que su progreso fue lento y penoso» (González Casanova, 1948: 11). Lo cierto es que, sin exagerar, observa el «mínimo pero vigoroso esfuerzo» (González Casanova, 1948: 11) creador de esta modernidad en el momento que, en afán de su emancipación, los filósofos mexicanos batallaban en medio de un contexto hostil desde un punto de vista material e ideológico.

En el libro expone las limitaciones de la escolástica que dominaba el siglo XVIII en el México colonial. En ese momento rige el principio de autoridad, el orgullo de escuelas (tomista, escotista o suarista) y el sentimiento religioso. Las disputas son metafísicas y la filosofía estaba acostumbrada a la repetición e imitación (González Casanova, 1948). De esta manera los ilustrados hispanoamericanos tenían una difícil tarea al querer desplazar el dogma de que «la teología era lo único importante, o lo más importante del acto del conocimiento» (González Casanova, 1948: 43).

Por eso la dependencia de la ilustración mexicana del siglo XVIII en lo político, ético y metafísico, respecto a los filósofos ilustrados europeos siempre estuvo presente en los filósofos modernos cristianos mexicanos. Para González Casanova «los filósofos de la modernidad mexicana se hallaron con un medio político y espiritual que no les permitía libertades» (González Casanova, 1948: 170), además la Inquisición que «es una burocracia más una filosofía. La represión administrativa y física que ejerce es quizás de menor significado que la represión ideológica, ética y metafísica» (González Casanova, 1958: 131). Fue el vínculo entre fe y pensamiento libre e independiente lo que desencadenó más tarde los proyectos revolucionarios de la Independencia, la Constitución y la República en México. La persecución tuvo ese efecto colonial, pero lo hecho por los filósofos mexicanos permitió la aparición del liberalismo ilustrado del siglo XIX. En efecto, esta persecución fortaleció el colonialismo, pero su cultura rebelde, en sus esfuerzos creadores por pequeños que hayan sido, no desaparecieron en su totalidad (González Casanova, 1948).

El nacimiento de una teoría social latinoamericana en la colonia

La ruta que traza González Casanova desde su obra histórica contrasta con la versión filosófica sobre América o lo mexicano de la primera mitad del siglo XX. Fruto de una conferencia el 6 de febrero de 1952 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM González Casanova escribió «El mirlo blanco. Ensayos de filosofía provinciana» (1952) publicado en *Cuadernos Americanos*. Ahí cuestionó el estudio metafísico del *mexicano* fuera de las categorías espaciales, temporales y sociales. No solo era una clara crítica al Grupo Filosófico Hiperión[3] el cual sostenía la existencia de una filosofía de lo mexicano, sino una posición teórica y política sobre los usos de la historia y la filosofía:

> Y nosotros al hablar de los mexicanos debemos hablar de su andar luchando, ideando, deseando, conociendo. Porque su andar —así entendido— es su ser; porque se es andando y nada más andando. Por que si se habla de un ser que no anda se habla de una entelequia [...] estos andadores no se detienen ni un minuto. Por eso al hacer un análisis de los mexicanos, cualquier análisis hay que ver hacia dónde andan, cuáles son los sentidos diversos de su andar, y cómo reaccionan y cómo piensan [...] (González Casanova, 1952: 84).

En el mismo texto González Casanova (1952) escribe que el filósofo debe estar atento a su historia y el historiador a su filosofía porque si, como lo dijera el maestro Antonio Caso, la literatura filosófica se olvida de la historia total y vuela por encima de la realidad, la historia está ahí para compenetrarse en el terreno de la realidad misma. La filosofía es águila, «en su cima, no lo distingue todo»; la historia es serpiente, «al limitar su horizonte, palpa

3 Formados por el filósofo José Gaos, el Grupo Hiperión (1948-1952) lo conformaban Emilio Uranga (1921-1988), Jorge Portilla (1918-1963), Luis Villoro (1922-2014), Ricardo Guerra (1927-2007), Joaquín Sánchez McGregor (1925-2008), Salvador Reyes Nevares (1922-1993), Fausto Vega y Gómez (1922-2015) y Leopoldo Zea (1912-2004).

con su cuerpo reptante la tierra» (González Casanova, 1952: 84). Es con sus obras iniciales que nuestro intelectual también registra una rebeldía teórica y metodológica, al darle un lugar al pensamiento complejo e interdisciplinario que acompañará toda su obra. La filosofía y la historia, en primer término, la sociología y la ciencia política, la crítica de la economía política, la ciencia y la tecnología y, muy particularmente, la educación y socialización del conocimiento, que fueron tan importantes legados del pensamiento moderno.

Esta fue la filosofía con la que González Casanova estudió la tímida Modernidad Cristiana en el siglo XVIII: Clavijero, Gamarra, Alzate Mociño, Bartolache, Montaña, Elhuyar, Del Río, y posteriormente el pensamiento utópico del siglo XIX mexicano. En *Una utopía de América* (González Casanova, 1953)[4] sigue la tesis del pensamiento perseguido que se rebelaba contra el principio de autoridad y abogaba por una ciencia nueva en Hispanoamérica. Según González Casanova «Es la filosofía de la Independencia de América, base espiritual de nuestro siglo XIX» (González Casanova, 1953: 8) en la que «El hombre moderno de la Ilustración, criollo y mestizo principalmente, tendrá por vez primera, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, la sensación de que la historia es su historia» (González Casanova, 1953: 8). Así se reafirma en *El utopista mexicano* (González Casanova, 1986) puesto que la independencia mexicana estuvo tentada por acudir a un

> príncipe español europeo y cuando el clero y los latifundistas se ven amenazados por Juárez solicitan el apoyo de un príncipe extranjero [...] los grupos que defienden la independencia de México y la idea de que México puede forjar su propio destino siempre han acabado por triunfar [por encima...] de esa amenaza constante en la vida de todo pueblo débil: el colonialismo (González Casanova, 1986: 27).

4 *Un utopista mexicano* (González Casanova, 1986) es el título que le da la editorial de la SEP, pero en su publicación de 1953 de El Colegio de México el título es *Una utopía de América* (González Casanova, 1953).

El significado de la utopía en el repertorio conceptual de González Casanova es de suma importancia, por lo que, volveremos más tarde sobre ello.

Liberación del pensamiento colonial en México y América Latina

Es en esta base espiritual que «Los criollos y mestizos en el siglo XVIII y XIX tienen la sensación de que pueden hacer su historia como Estado apropiándose del poder, de la tierra y su historia» (González Casanova, 1986: 10). Para González Casanova son estos los que buscan descolonizarse una vez que han encontrado al pueblo y su historia. «Es una Independencia política, administrativa y moral» (González Casanova, 1986: 11) y que «los Mexicanos verán la Creación como hecho del futuro» (González Casanova, 1953: 13). En esa nueva razón la historia indígena se reivindica, aunque con limitaciones derivadas de las corrientes ideológicas en pugna y la vida social convulsionada del siglo XIX mexicano.

Sin embargo, en medio de todo este optimismo González Casanova reconoce en ese siglo XIX distintas contradicciones. Entre creencias, conceptos y valores que provienen de la religión, la técnica, la moral y la industria se forjan los programas políticos de liberales y conservadores. Pero a esta proyección la amenaza constantemente el colonialismo y las contradicciones que surgen al interior de la sociedad: optimismo, pesimismo, orden, desorden, conviven. La cultura queda impregnada de eclecticismo: Voltaire y la Virgen de Guadalupe son símbolos del movimiento revolucionario. Además, no es solo una élite la que piensa.

> El pueblo discurre mundos mejores... no es cierto como se ha dicho que el pueblo fuera solo juguete de los dirigentes. El pueblo pensó en 1810. Hubo entre los panaderos, los boticarios, los barberos, los leñadores, filósofos estoicos, ateos, deístas, enamorados de La Marsellesa... y en 1910 hubo partidarios del anarcosocialismo, espiritistas anticatólicos, protestantes obreristas, pseudomarxistas, socialdemócratas y filosofadores indigenistas. Y no caigamos en el otro mito:

> la sabiduría del pueblo. El pueblo pensó con pobreza, a medias. Pero pensó sus problemas. Al lanzarse a las luchas tuvo una idea vaga y circunstancial del mal y del bien, del Orden y el Progreso (González Casanova, 1986: 24).

En efecto, la literatura perseguida del siglo XVIII «surgía entre los criados, los clérigos, los médicos, soldados y gente del pueblo» (González Casanova, 1958: 144). Pero este pueblo no es sabio en su sentido mítico. Lo que pensó lo hizo con dificultad porque es un pueblo culturalmente heterogéneo que «surge en medio de sus contradicciones» (González Casanova, 1986: 27).

Este es el caso de Juan Nepomuceno Adorno, inventor y mecánico, pensador social que como los socialistas europeos fue un utopista y «un hombre de empresa del romanticismo. Creyó a la vez en la industria y en la Providencia» (González Casanova, 1986: 29). Adorno, expresa González Casanova, con «el entusiasmo de un niño Prometeo, como todo su siglo» (González Casanova, 1986: 30) no fue ni gigante ni enano, su vida trascurrió en medio de elucubraciones filosóficas y la rutinaria vida cotidiana. De ahí sus inventos como las máquinas para cigarrillos, puros y picados de tabaco, las cuales quedaron arrumbadas por falta de un espíritu renovador en el país y su agitadísima vida política del siglo XIX (González Casanova, 1986).

Para González Casanova el patriotismo de Adorno como el del Grupo Filosófico Hiperión peca de abstracto. Lo denomina el «perfecto encubridor descubridor» (1986: 76), un sujeto ingenioso que no atiende la totalidad de la realidad social. Adorno intenta hallar un remedio técnico a los males de México sin entender la realidad histórica. Lo mismo proponía a las autoridades vigentes molinos de trigo para las ciudades, máquinas para limpiar y desaguar alcantarillas de la ciudad o análisis geológicos para la construcción de casas o edificios de mayor solidez y así prevenir catástrofes. Sus inventos «para la felicidad de México» (González Casanova, 1986: 48) nunca fueron puestos en práctica.

> Por lo que se ve, Adorno no solo se sentía lo suficientemente poderoso como para eliminar el Mal del Cosmos, sino como para cambiar por completo la faz de la tierra, para so-

> ñar en una ciudad construida de nuevo, entonces tan rara y tan extraña. Pero su ciudad era una utopía y solo pudo caber en la imaginación de un artífice, en el magín de un mecánico con visos de metafísico (González Casanova, 1986: 42).

El problema que González Casanova encuentra en las ideas de Adorno fue que, al reducir a la técnica la realidad política, ética, económica y social del México del siglo XIX, empobreció el horizonte histórico del momento (González Casanova, 1986). Adorno cerró los ojos a los problemas del mundo y los abrió a los de los tornillos.

En 1858 Adorno publica *Análisis de los males de México y sus remedios practicables*. Se va de este mundo a otro en busca del Espíritu Absoluto. Así reimprime en 1862 *La armonía del Universo. Ensayo filosófico en busca de la verdad, la unidad y la felicidad* obra publicada por primera vez en 1848 (Rovira, 2013: 63). González Casanova contrasta esta obra de Adorno con la *Teodicea* de Leibniz. Sus conclusiones son de sumo interés. Adorno construye una metafísica basada en un optimismo real del porvenir de México. Sueña con la igualdad y el remedio para lograr la felicidad.

> La utopía de Adorno sería inexplicable sin el surgimiento del hombre moderno en México, sin el advenimiento de un pueblo que se considera capaz de modificar, de perfeccionar a voluntad su destino. Es necesario pues la simiente vital de la utopía de Adorno en las ideas y en los sentimientos creadores del hombre moderno, en su apropiación de la historia, de la tierra y del poder [...] (González Casanova, 1986: 118).

La utopía de Adorno y las diferentes utopías de América del siglo XIX se piensan, escriben y practican en pueblos coloniales y en ese momento inicia un largo camino para dejar de ser colonias (Abramson, 1999). Aquí se percibe la influencia de la Escuela de los Annales en la que González Casanova al lado de Fernand Braudel y de donde surge su interés en la historiografía francesa. También en historiadores como Marc Bloch (1931) que le dan protagonismo a las voces que emanan de las sociedades rurales, en la relación de poder que establecen entre la Tierra y el Hom-

bre. Es ahí donde se gestan, no pocas veces sin exageración, ideas nuevas como las que se forjan los mexicanos a partir de la Independencia. La base social de los movimientos independentistas es eminentemente indígena y campesina, aunque la difusión de las ideas de la modernidad cristiana, serán vehiculadas por intelectuales pertenecientes a sectores urbanos. Sin embargo, en las nuevas Repúblicas el papel del orden y el progreso se contrapondrá frente al campesinado, pues tanto liberales como conservadores verán en campesinos e indios obstáculos para el progreso y, paradójicamente, como herencia que estabiliza y legitima el orden social republicano.

González Casanova piensa que el hombre moderno en México, nacido con la independencia, fue original. Cuando trata este tema en *El utopista mexicano* (1986), distingue que, mientras en Europa se luchó por la independencia del antiguo régimen, en América se peleó por la independencia política administrativa y moral del régimen español: aquí se defiende el color y se buscan las posibilidades creadoras de la raza en oposición al blanco y al extranjero se levanta el indígena. Pablo González Casanova cita a José María Luis Mora para reconocer que

> La revolución no ha dejado de perjudicar [...] —a los indios— porque han pretendido serlo todo de un golpe antes de tener disposiciones para nada y las pretensiones de algunos de ellos han llegado hasta proyectar la formación de un sistema puramente indio en que lo fuesen exclusivamente todo. La historia del indígena es heroica y magnífica, la tierra del indígena es rica, las virtudes políticas del indígena son ejemplares. El historiador ayuda a hacer los mitos del Pueblo Nuevo lo declara antiguo y con tradiciones de grandeza (González Casanova, 1986: 9).

La que será pasión por reconocer la complejidad del espíritu rebelde en el levantamiento zapatista de 1994 tiene sus antecedentes en las rebeliones del siglo XIX, que a pesar de que carecían de ideas generales y de que esas protestas populares no estaban reforzadas por una ideología rebelde y, aunque sus filósofos eran esclavos que seguían literalmente los planteamientos antiguos,

América no pudo hacer entonces en las indias coloniales sino utopías locales —como la de Vasco de Quiroga— utopías administrativas. No obstante:

> Un movimiento tan tímido como la Modernidad cristiana fue en América toda una revolución espiritual, una novedad, porque hizo de cada hombre autoridad y lo acercó a la creación del Estado, de la vida política y social. El Liberalismo Ilustrado sentó las bases teóricas del hombre independiente de América, original y permanentemente reformador y revolucionario (González Casanova, 1986: 34).

Como consecuencia de esas rebeliones heteróclitas, no ortodoxas desde el punto de vista de las teorías del cambio social en boga durante el siglo XX, González Casanova piensa que las estructuras sociales más importantes que formaron al hombre moderno en México fueron «la ideología liberal e ilustrada, el indigenismo pre-romántico y la apropiación del poder político, económico, jurídico, administrativo» (González Casanova, 1953: 13), por una parte de la estructura política que estaba influenciada por cierta amalgama de ideas emergidas desde los pobres y contra los ricos. En estos procesos independentistas se contraponían los conservadores, misoneístas, que con su aversión a lo nuevo enfatizan el Orden, mientras que los liberales identificaban al progreso con la libertad. Pero es lo social lo que ofrecerá la clave para encontrar el contenido concreto de la idea de cambio. Orden y Progreso suponen entonces una transformación voluntaria del mundo, y en particular «la idea de que los mexicanos son capaces de ordenar o mejorar su propio mundo» (González Casanova, 1986: 20). El liberal mexicano del siglo XIX tiene una idea de libertad que pone su fe en que el progreso de unos cuantos, con el paso del tiempo, será el progreso material de la comunidad. En el centro de todo ello, tanto liberales como conservadores, conciben la técnica como palanca transformadora; sin embargo, los grupos sociales no son relacionados con las ideas en la historiografía sobre México.

Los liberales sustentan la libertad a través de la educación, en primer lugar y de la industria enseguida; el progreso humano pri-

mero y el orden de la sociedad luego. Una ecuación que es distinta para los conservadores que sitúan primero a la industria y luego las mejoras en la educación, en la moral y en la técnica. En su metodología para crear un pensamiento social rebelde, la crítica de la economía política tiene un papel imprescindible para González Casanova: los conservadores abstraen las estructuras económicas y sociales que están por encima de la industria, los problemas nacionales e internacionales de producción, distribución, circulación y consumo. Mientras que el liberal romántico o positivista, se quería desprender de lo pasado para progresar; pensaba sobre todo en dar libertad, educando a su pueblo en las ideas modernas. Por su parte, el conservador, obsesionado por el orden, tenía como metas la esfera religiosa y moral, pero también procuraba un orden económico que enriquecería a la nación. En *El utopista mexicano* (1986) se precisa que hacia 1830 empieza un vigoroso esfuerzo para industrializar al país minero y agrícola. Un conjunto de innovaciones que despertarían las mismas pasiones que tuvo ese siglo en materia política religiosa y educativa.

El espíritu industrial del México de 1830 a 1861 proviene de la influencia de la revolución industrial, de los nuevos sistemas del trabajo, y, también, sabemos gracias a los planteamientos del utopista Juan Nepomuceno Adorno, de cierta influencia social innovadora de las ideas reformadoras de Saint Simon, Fourier, Owen y toda la narrativa industrial del futuro (González Casanova, 1986). En *El utopista mexicano* se problematizan la complejidad y las contradicciones de un hombre visionario que es atravesado por su grandeza y por su irrelevancia; el *gigante* y el *enano* que se sitúan frente al dilema entre el Orden y el Progreso, cuya correlación se ve sacudida por la Independencia y, para el caso, por el periodo de reformas liberales en el México de los años 50 del siglo XIX.

Aunque Adorno jamás hace referencia alguna a los escritos originales de los llamados «socialistas utópicos», cuyas fuentes originales sí son citadas en el análisis de González Casanova, nuestro pensador sí ve planteamientos que de algún modo confluyen con la digna rebeldía mexicana. ¿Adorno es una simple imitación o producto de contagio de las ideas europeas, para el caso, de los Socialistas Utópicos? No, Adorno también tiene raíces en la vida, en la historia mexicana, aunque sus raíces sean indi-

rectas desde el punto de vista ideológico. Su utopía sería inexplicable sin el surgimiento del hombre moderno en México, sin el advenimiento de un pueblo que se considera capaz de modificar y de perfeccionar a voluntad su destino. «Y no podía ser de otro modo. Un pueblo colonial solo es capaz de hacer utopías generales en el momento que se rebela, y en ese momento empieza a no ser colonial» (González Casanova, 1986: 140).

A diferencia de Leibniz, para Adorno el cielo ha perdido importancia. El remedio aguarda en esta vida. El mundo mejorará y el hombre debe procurar que mejore, pues su esencia es mejorar el mundo y cumplir así con el fin que le ha destinado el Ser Perfecto, una idea que González Casanova encuentra en consonancia con la modernidad cristiana que no pierde el sentido teleológico de Dios como fin último. El origen más inmediato de la utopía de Adorno se encuentra en la filosofía de Fourier. Pertenece por sus ideas y por su estilo al romanticismo social. «Fourier habla de su descubrimiento filosófico como nadie más ha osado hacerlo en la historia de la cultura. Se siente poseedor del libro de los destinos, disipador de las tinieblas políticas y morales» (González Casanova, 1986: 135).

Aunque Adorno jamás citó a Fourier en su voluminosa *Armonía del Universo*, emplea distintos términos para decir lo mismo. Toma clara posición contra las tiranías doctrinales que hacen del hombre un ser insignificante y contra los ateos. Cree que el hombre debe asociarse con Dios. Como Fourier, cree haber descubierto los mecanismos sociales y universales que conducirán a la humanidad rápidamente a un estado mejor y más feliz. No hay nada mejor que la civilización para organizar las relaciones humanas. Adorno cree necesario dejar libres las pasiones naturales, crearles un mundo en el que no encuentren oposición. Fourier odia el materialismo dominante, reniega de la economía política, exige derechos del hombre que consideren como el principal el derecho al trabajo, sin el cual todos los demás son inútiles. Adorno también reniega del materialismo, del imperialismo y de las guerras, reniega de la economía política tal y como es concebida en su tiempo y exige que el hombre no solo tenga la obligación, sino el derecho al trabajo.

En la utopía de Adorno que González Casanova sigue, están implícitos la lucha por la apropiación de la tierra y del poder que realizan los independentistas, el deseo por adueñarse de una manera particular de la modernidad occidental, con su admiración por las novedades ideológicas y técnicas. Esta utopía comparte el optimismo de una sociedad que se transforma y que asienta su fe en la liberación y en un modelo de enriquecimiento del hombre con ciertas ideas de equidad. Al igual que otras utopías, está íntimamente relacionada con los sistemas de trabajo que se cifran en el esfuerzo humano, en las mejoras técnicas y en el enriquecimiento progresivo. Adorno no sólo sufrió la influencia de la revolución industrial europea a través de las utopías románticas de Europa, sino que su pensamiento está relacionado estrechamente con un movimiento industrialista mexicano. Un movimiento que tiene dos características: una, que atribuye a la industria grandes efectos en la vida social, mientras que la segunda está relacionada, sobre todo, con los más connotados conservadores y tradicionalistas del México de entonces.

También es verdad, como lo señala González Casanova, que este progresismo industrial hace «una abstracción permanente del trabajo, de la mecánica y de la industria; encubren o ignoran las estructuras sociales y económicas que están por encima de ellos» (González Casanova, 1986: 121). Pero qué duda cabe que estas ideas y prácticas a la vez revolucionarias y ortodoxas, modernas y cristianas, perseguidas y contradictorias, fueron las primeras que dieron origen al pensamiento crítico latinoamericano.

Pablo González Casanova da cuenta que los primeros industrialistas mexicanos tuvieron que luchar por el desarrollo industrial en detrimento de los pequeños pueblos. Defendieron en última instancia el proteccionismo de la industria, contra el librecambismo y el imperialismo:

> Entre 1830 y 1860 se advierte una gran fe en la máquina y en la fábrica, en los inventos y en la ciencia en el progreso del hombre. Se tiene fe en el pueblo mexicano y un odio contra las doctrinas que pretenden encontrar un carácter innato en los hombres, o declaran incapacitado al pueblo de México para progresar en todos sentidos. Adorno con-

> trapone un industrialismo indígena al de los industrialistas, conservadores en su mayoría, que para Justo Sierra[5], aprehenden un orden perfectamente mecánico (González Casanova, 1986: 145).

La industria se convierte, en esas manos conservadoras cercanas a Adorno, en un poder mágico, en el factótum de la libertad y de la felicidad, que estaría a un paso de alcanzar la utopía, donde se trata de mejorar la suerte de las clases inferiores, a través de sociedades obreras destinadas al ahorro y a la educación.

Una obra como *El utopista mexicano* (1986), ya prefigura al intelectual de la digna rebeldía interesado en reconocer que, darle cabida a lo nuevo, es también tener la capacidad para visualizar alternativas al capitalismo que la modernidad ilustrada, liberal y su desembocadura en el régimen de acumulación capitalista neoliberal, han querido imponer como pensamiento único. Así, desde su formación inicial, González Casanova no dejará de tener una mirada constante y profunda sobre la creación de *otro mundo posible*, como lo expresa este lema del Foro Social Mundial y como lo plantea originalmente el zapatismo con su *otra política*, y con la creación de alternativas de organización social, como *Los Caracoles* y sus luchas y resistencias por formatos de gobierno local y regional de carácter autónomo.

Adorno le servirá de inspiración para distinguir al Fourier que espera el respaldo de Isabel la Católica para construir sus falansterios, de la utopía mexicana que no espera nada del Supremo Gobierno. González Casanova verá que las utopías reniegan del materialismo, del imperialismo, de la economía política, de las guerras, pero que difieren en la centralidad que le otorgan a la obligación y al derecho al trabajo. Nuestro intelectual encontrará influencias en el pensamiento mexicano por parte de Saint

---

5 Justo Sierra Méndez (Campeche, 1848-Madrid, 1912), escritor y político mexicano, uno de los forjadores del México moderno. Abogado y periodista liberal, luchó al lado de Benito Juárez; con posterioridad adoptó posiciones conservadoras y, durante el porfiriato, fue subsecretario de Instrucción Pública. Apoyó después a Madero, fundó la Universidad Nacional de México (1910) y representó a su país en España (1911-1912) (Fernández y Tamaro, 2004).

Simon, que incorporan los principios del universalismo y la mirada utópica que acerca presente y futuro.

En suma, la historia del conocimiento perseguido fue un punto de partida con el que González Casanova entendió que en esa historia no solo estaba la represión sino también las dudas, deseos, fobias, miedos e imaginaciones, con lo que se tendría que enfrentar el pensamiento y la praxis anticolonial en América Latina.

Referencias

Abramson, P. L. (1999). *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Bloch, M. (1931) *Los caracteres originales de la historia rural francesa*. Barcelona: Crítica, Grijalbo.

Fernández, T. y Tamaro, E. (2004). «Biografia de Justo Sierra». *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Disponible en<https://www.biografiasyvidas.com/biografia/s/sierra_justo.htm>.

González Casanova, P. (1948). *El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII*. El Colegio de México.

González Casanova, P. (1952) «El mirlo blanco. Ensayos de filosofía provinciana». *Cuadernos Americanos*, vol. LXII, no. 2, marzo-abril, p. 71-84.

González Casanova, P. (1953). *Una utopía de América*. Ciudad de México: El Colegio de México.

González Casanova, P. (1958). *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*. Ciudad de México: El Colegio de México.

González Casanova, P. (1986). *Un utopista mexicano*. Ciudad de México: Secretaría de Educación Pública.

González Casanova, P. (1995). Autopercepción intelectual de un proceso histórico, en Pablo González Casanova, *Pensar la democracia y la sociedad. Una visión crítica desde Latinoamérica*, Anthropos, núm. 168, Barcelona, pp. 5-13.

González Casanova, P. (2013). *Obras históricas*, 1948-1958. Ciudad de México: El Colegio de México.

Guha, R. y Spivak, G. (comps) (1988). *Selected Subaltern Studies*. Oxford University Press.

Gutiérrez Garza, E. (2008). *Trayectorias de pensadores de nuestro tiempo*. Ciudad de México: UANL, Siglo XXI.
Miranda, J. y González Casanova, P. (1953). *La sátira anónima del siglo XVIII*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
Moreno Montes de Oca, R. (2000). *La filosofía de la ilustración en México y otros escritos*. Ciudad de México: UNAM.
Navarro, B. (1948). *La introducción de la filosofía moderna en México*. Ciudad de México: El Colegio de México
Pérez-Marchand, M. L. (1945). *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*. Ciudad de México: El Colegio de México.
Rovira Gaspar, M. C. (2013). *Dos utopías mexicanas del siglo XIX. Francisco Severo Maldonado y Ocampo y Juan Nepomuceno Adorno*. Ciudad de México: Universidad de Guanajuato.
Said, E. (1978). *Orientalism*. Pantheon Books.
Spivak, G. y Barker, E. (eds.) (1984). *Europe and Us Others. Proceeding of the Essex Conference*. Colchester, University of Essex Press.
Spivak, G. (1990): *The Post-Colonial Critic: Interviews, Strategies, Dialogues*. Routledge.
Valero Pie, A. (2012). *José Gaos en México: Una biografía intelectual, 1938-1969*. Ciudad de México: El Colegio de México.
Young, R. (2001). *Postcolonialism. A Historical Introduction*. Blackwell.

CAPÍTULO II

Sociología de la explotación, Estado, clases sociales y colonialismo interno

Pablo González Casanova estaba muy lejos del marxismo cuando Wenceslao Roces, Vicente Lombardo Toledano y José Revueltas en los años treinta del siglo XX ya habían conocido la Rusia de Stalin. Comenzó a estudiar marxismo durante su estadía en París durante el periodo de 1947 a 1949. En el ambiente intelectual francés de esa época, Marx estaba en todo el espectro político y filosófico. Estaba, decía González Casanova, en los existencialistas, los conservadores y «en el poderoso y dogmático Partido Comunista Francés» (González Casanova, 1995: 12). Pero a González Casanova el marxismo que más le interesó fue el de Antonio Gramsci luego de un regalo de las obras completas del intelectual italiano recién publicadas por Giulio Einaudi (Torres Guillén, 2013). El obsequio vino de Vicente Lombardo Toledano, quien, en sus viajes a Moscú, lo visitó en París (Albertani, 2011).

De regreso a México, de 1950 a 1958, González Casanova fue becario de El Colegio de México. En ese tiempo si hubiese tenido interés por abordar algún problema desde un punto de vista marxista, en esa institución no se podría ya fuera bajo la dirección de Daniel Cosío Villegas o de Alfonso Reyes. La realidad es que, a su regreso a México, González Casanova no tuvo interés por el marxismo. De hecho, ya en el país estudió con más intensidad estadística y sociología empírica con la finalidad de debatir con marxistas y sociólogos de la modernización.

Aunque en su obra posterior a 1958 se encuentra un acercamiento personal al método marxista y su involucramiento a los debates en torno del marxismo, no será sino hasta 2017 que escribe un corto ensayo sobre la obra cumbre de Marx, *El capital, como*

un escrito clásico de la ciencia crítica (González Casanova, 2017), en un volumen editado por la Red en Defensa de la Humanidad y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, para conmemorar los 150 años de la publicación de *El capital*. Si bien en su libro *Estudio de la Técnica Social* (1958) aparecen algunas referencias a los aportes del marxismo, en el corto ensayo hace un par de precisiones: al marxismo no hay que plantearlo como *pensamiento crítico*, ya que este término incluye también el campo de las pasiones y las emociones, mientras que Marx se propone llegar a una verdad metódica, concreta y comprobada en la reflexión, en la lucha y en la acción social. Tampoco el término *teoría crítica* es adecuado, ya que las construcciones teóricas suponen hipótesis, o formulaciones hipotéticas que, a pesar de sus argumentos lógicos, no están comprobados científicamente.

Por lo tanto, González Casanova prefiere referirse al marxismo como una *ciencia crítica* que posee un conocimiento metódico sobre las causas y determinantes del sistema capitalista cuyo predominio avanza en el mundo. Además, *El capital* no es la única aportación de Marx, pues hay otras aproximaciones en torno de los fenómenos de opresión y acumulación que son propias del régimen capitalista. Existen obras científicas que anteceden a *El capital* y otras que le sucederán. Razón por la cual el marxismo tiene su historia original en la búsqueda del carácter crítico y científico del conocimiento.

Para González Casanova el camino para esta *ciencia crítica* se apoya en las ciencias de la complejidad, sin descartar la modelización, la formalización e incluso la escenificación metafórica o la construcción de una narrativa que hace ver, que comunica, a las relaciones económicas con las relaciones de dominación y despojo que caracterizan al régimen capitalista. También ayudan las ciencias de la organización de las empresas y del Estado, para comprender lo que subsiste y lo que cambia, las continuidades y las discontinuidades que le dan soporte a la reproducción del sistema capitalista. Se trata por lo tanto de una ciencia histórica que estructura un sistema de relaciones humanas que son subjetivas, instrumentales y contradictorias. Se puede definir así una *ciencia rebelde*, opuesta al encubrimiento, a la cosificación o a la alienación.

El marxismo crítico no dogmático

Pablo González Casanova rechazó tanto al marxismo ortodoxo y dogmático que a su manera de ver había renunciado a «las grandes tradiciones que el propio marxismo tiene de investigación científica de alto nivel, que siempre han complementado y acompañado a la investigación militante» (González Casanova, 1969: 3), como a las teorías de la estratificación y la movilidad social que hacen de la matemática un fetiche. Este rechazo no era gratuito, provenía de un estudio serio del marxismo y la sociología. En su formación intelectual, González Casanova integraba herramientas e instrumentos analíticos que le parecían pertinentes para el análisis de las relaciones sociales del momento. La elección de categorías para completar su caja de herramientas científicas no iniciaba con una autoidentificación ideológica: ser marxista, de izquierda, demócrata o socialista. Iniciaba con escudriñar el potencial analítico y político de categorías e instrumentos de análisis. Así se acercó a la potencia del marxismo no dogmático y creó una noción de socialismo de la que más tarde hablaremos. Es en su obra donde se puede comprender esta elección.

En su ensayo sobre *El capital* (2017) nuestro autor destaca el impulso a la rebeldía que se propone el marxismo no dogmático, pues hay una relación educadora entre los líderes intelectuales que conocen la ciencia crítica y la cultura histórica, moral y combativa de las masas. Ellas tienen una potencial capacidad de escucha, a la vez que cuentan con particulares formas de saber y de expresarse, que tienen que ser atendidas por sus líderes, quienes se convierten en una suerte de traductores o de comunicadores entre la ciencia, la teoría y los métodos particulares para hacer avanzar un conocimiento liberador y transformador que sea adecuado a las particularidades nacionales y regionales de la economía política, de la sociedad y del poder estatal.

Para lograr la configuración de la rebeldía de los explotados, González Casanova deja abierta la puerta a la contribución de otros intelectuales que no sean los líderes políticos, ante la necesidad del saber experto o especializado que proviene de las ciencias naturales, de las ciencias de la vida y de las ciencias humanas. De manera que este trabajo intelectual es de carácter interdiscipli-

nario, con la finalidad de lograr un conocimiento eficaz en problemas concretos. Es así como la crítica científica al capitalismo y a los especialistas que encubren las relaciones de explotación, rebasa la visión marxista que reduce *El capital* a una mera economía política de especialistas.

Dicho lo anterior, es hasta 1969, fecha en que publica *Sociología de la explotación*, cuando se puede ver con mayor claridad, el acervo de la filosofía crítica de Karl Marx que González Casanova había asimilado durante su formación intelectual en París, pero también por medio de su amistad con comunistas tan singulares como el cubano Julio Le Riverend Brusone y el mexicano Vicente Lombardo Toledano. Después, con su compromiso con la revolución cubana y posteriormente con el estudio sistemático del pensamiento latinoamericano.

Cuando González Casanova estudiaba marxismo en París, en América Latina se practicaban ideas comunistas y socialistas que provenían de una larga tradición. Por decir algo, entre 1919 y 1922 se fundaron los primeros partidos comunistas en México (1919), Uruguay, Chile y Brasil. En 1925 se fundó el de Cuba y entre 1929 y 1932 los de Venezuela, Colombia, Perú, Ecuador, Costa Rica, Salvador y Paraguay. Por ese tiempo también se comenzó a leer la literatura marxista-leninista en español. En 1926 José Carlos Mariátegui publicó en Perú *Amauta*; en México, en 1924 Diego Rivera y Alfaro Siqueiros fundaron una publicación periódica que cobró prestigio internacional en los debates marxistas: *El machete*. El pensamiento marxista latinoamericano de ese momento como el de Luis Emilio Recabarren, José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella, marcaban la tendencia al cuestionar al imperialismo yanqui y a las oligarquías nacionales.

Esta primera tradición comunista y socialista en América Latina tendrá una nueva época luego del triunfo de la revolución cubana en 1959 con el establecimiento del primer Estado socialista en Cuba (González Casanova, 1998). Se fortalecerá con la llamada vía pacífica al socialismo en 1970 con el triunfo electoral de Salvador Allende en Chile y posteriormente con los frentes guerrilleros en Centroamérica de finales de los años setenta. Sin embargo, aunque González Casanova conoció esta tradición y estudió marxismo en París, nunca se consideró marxista. Más bien

hizo suya la filosofía crítica de Marx de una manera muy particular. El estudio del marxismo adquirido en París, González Casanova lo conjuga de manera heterodoxa con todos los procesos políticos de los pueblos y pensamiento latinoamericano derivado de la revolución cubana. Lo primero que hace es tomar parte en el lugar de los acontecimientos. En los años sesenta ingresa a Cuba y en los ochenta a Centroamérica para vivir de cerca la historia que hacen en ese momento mujeres y hombres concretos (Torres Guillén, 2014). Después analiza y asimila estas épocas a partir del uso del lenguaje y la acción revolucionaria de sus actores. Esto es, en ellos observa que no existe una discusión teórica, filosófica o conceptual de Marx, sino más bien una orientación práctica desde Marx que se traduce en su legado: conocer el mundo para cambiarlo.

Esta es la manera como va a hacer suya la filosofía crítica de Marx para cuestionar el ocultamiento de la lucha contra el imperialismo y la lucha de clases al interior de los países imperialistas y socialistas. También para cuestionar la reducción del análisis político y sociológico en América Latina a una mera lucha por la abstracta idea de democracia como comenzaban a hacer «un cierto marxismo de «blancos», «metropolitanos», «socialdemócratas», «eurocomunistas» y demás epígonos sutilmente colonizados» (González Casanova, 1984: 15). Desde este análisis constatará que al marxismo siempre le costó trabajo captar el problema colonial y aún más a la filosofía marxista europea. Al invisibilizar, en la teoría y la práctica al trabajador colonial, la población o al pueblo colonial, el marxismo europeo no entendió el colonialismo como parte de la lucha de clases. El pensamiento marxista en Asia, África y América Latina introduce el problema de la cuestión colonial al interior de sus debates. González Casanova observa ese problema con mayor facilidad a través de las experiencias de liberación en China, Vietnam, Cuba y Mozambique. Las diversas creaciones políticas de liberación en estos pueblos, no se limitó a un partido comunista, ni tampoco a comprender la lucha solo en términos de clase. Se ampliaron y enriquecieron con análisis históricos y políticos de categorías de etnia, nación y pueblo; con discursos sobre la independencia nacional, las libertades, los derechos políticos, la justicia social y la democracia, con el obje-

tivo de profundizar el camino hacia el socialismo (González Casanova, 1984).

Para González Casanova la narrativa de la liberación en estas luchas era más fuerte que cualquier análisis teórico marxista porque en la guerra ideológica, las diferentes mediaciones del enemigo se fortalecían en varios frentes. Estas aparecían en la inocencia académica del evolucionismo, en los estudios del campo y la ciudad, en las investigaciones de estratos sociales y movilidad social; en las tasas variables de explotación; o en la optimización tecnológica y productiva. Pablo González Casanova comprendió que, así como en Asia y África, en América Latina, los conceptos de liberalismo, democracia, nacionalismo, populismo, socialdemocracia, debían ligarse dialécticamente con los conceptos del socialismo y del marxismo-leninismo, pero no subordinarse a ellos. Más bien se trataba de llevar esos conceptos a la precisión de un análisis sociológico que preparaba por esos años. La tarea de desmitificar estos conceptos, pero también los del marxismo, la concibió como una tarea política para América Latina.

Es en este itinerario intelectual donde se puede comprender el vínculo de Pablo González Casanova con la filosofía crítica de Marx y su acercamiento al marxismo crítico no dogmático. Su libro *Sociología de la explotación* (1969) es el material que permite observar con mayor precisión este vínculo. Ahí González Casanova propone una base analítica para su discusión política: el desarrollo del capitalismo en los países coloniales y dependientes. Lo que debate aquí es la necesidad de construir una generalización sólida para explicar el desarrollo de los pueblos pobres y coloniales que sirva «de punto de partida para la comprensión y acción política en cada uno de ellos» (González Casanova, 1969: 255).

A estas alturas queda claro que González Casanova no estudiaba el desarrollo en un sentido convencional o de evolucionismo vulgar. Se tratada de comprender que cualquier palabra sobre la situación colonial en América Latina, fuera esta sobre la estructura económica, la lucha de clases, la desigualdad social, etcétera, tendría que tomar en cuenta el problema del colonialismo y dependencia de los pueblos en el marco del capitalismo. En una palabra, distinguir y delimitar el desarrollo como fenómeno a estudiar en regiones específicas requería de análisis como el suyo.

Por eso los conceptos de imperialismo tributario, metalista, mercantilista, industrial, financiero o «el imperialismo de sucursales que se apoderan del mercado interno y asumen *in situ* la sustitución de importaciones y la industrialización dependiente» (González Casanova, 1969: 258), permiten conocer las distintas dinámicas de los países coloniales.

Esta manera de proceder lleva a la premisa básica de este tipo de estudio: la organización política en la lucha de clases de estas regiones y el tipo de explotación es diferente a las que se gestaron en otras latitudes. Por ejemplo, el movimiento obrero en Europa o en Estados Unidos no guarda proporción ni relación con las luchas latinoamericanas. Por ello, González Casanova rechaza cualquier idea marxista que suponga etapas del desarrollo histórico para América Latina: feudalismo, industrialización, capitalismo, surgimiento del proletariado, revolución y triunfo del socialismo. Frente a tal evolucionismo, sostiene que los sistemas de haciendas, latifundios o de plantación en el continente, no son sistemas atrasados o feudales, sino operaciones de la economía mundial llevada a cabo a partir de la explotación diversificada o combinada como por ejemplo la discriminación racial o cultural (González Casanova, 1969).

La tesis que va a sostener a lo largo de su trabajo intelectual y político es que la explotación colonial es un fenómeno del capitalismo y no un vestigio del pasado. Para estudiarlo se requiere acercarse al aparato científico de Marx. Esta decisión no solo es intelectual, es también política porque se expresa en dos partes mutuamente excluyentes: una lucha anticolonial constante y una coerción sin cuartel de parte de latifundistas, caciques y jefes militares.

La pregunta de investigación que se hace por esos años, a saber, ¿Cómo surge el capitalismo nativo? (González Casanova, 1969), es clave para entender cómo se gestan las burguesías en los países dependientes, cómo se hacen del poder político militar y la construcción de una ciudad, no de un Estado-nación, sino un Estado-ciudad-colonial para mantener cierta hegemonía (González Casanova, 1969). De ahí que estudiar el tipo de industrialización, técnica, reproducción social e instituciones de un Estado-ciudad-colonial tenía su base en la anterior interrogante.

Acercamiento a Antonio Gramsci

El interés que Pablo González Casanova tuvo por el marxismo de Antonio Gramsci para estudiar los procesos políticos en América Latina, en especial el de la Nicaragua de los años ochenta, es la clave para entender el uso de este clásico del pensamiento marxista. Para lograr esto habría que encontrar un hilo conductor entre la posición teórica y política del Pablo González Casanova de finales de los años sesenta, con los ensayos con que intentaba explorar el mundo de la democracia, la liberación y el socialismo desde Centroamérica, en la década de los ochenta (Torres Guillén, 2013). En ambas décadas consideró un principio rector para lograr los objetivos políticos de cada periodo, a saber, el que la democracia en América Latina es la antesala del socialismo. Lo pensó desde el nacionalismo cuyo principio reza: sin democracia no hay desarrollo; desde su antiimperialismo cuyo lema es: no es posible la liberación sin democracia; y desde el marxismo gramsciano para el que, sin democracia la construcción del socialismo no se logrará.

Para el caso de América Latina, González Casanova traslada su análisis de la lucha por la democracia a los pueblos de este continente inspirado en la revolución cubana. Encuentra que el sometimiento colonial de estos los insta a incluir el problema de la liberación nacional al lado de la lucha democrática, por lo que la movilización política del pueblo se presenta distinta a la liberal y comunista, pero con grandes posibilidades de combinación. Por ejemplo, los fenómenos del poder del pueblo con democracia, pluralismo ideológico, autonomía y participación popular, como objetivos previos al socialismo, González Casanova los recrea a partir del concepto gramsciano de hegemonía y a la luz de la revolución centroamericana. Esto es, al percatarse que, en la práctica política popular de América Latina, los conceptos de liberalismo, democracia, nacionalismo, populismo, se ligaban dialécticamente con los conceptos del socialismo, González Casanova intentó enriquecerlos y aplicarlos en las luchas de los pueblos por su liberación como Cuba y Nicaragua. Esa fue una manera de hacer uso de un tipo de marxismo crítico para una lucha intelectual

concreta. Sin embargo, es justo aclarar que el hecho no convierte a González Casanova en un marxista.

Lo que sí debe destacarse, es que, frente al alejamiento de Marx de no pocos intelectuales marxistas, González Casanova se acercó más a la filosofía de aquel. En efecto, en la década de los ochenta muchos intelectuales y académicos comenzaron a dejar de utilizar los conocimientos adquiridos de frente a los acontecimientos de *nuestra América*. Términos como imperialismo, explotación o socialismo que en los años sesenta y setentas fueron enriquecidos por las experiencias de los pueblos latinoamericanos, no pocos políticos y científicos sociales comenzaron a ignorarlos, inhibirlos y fomentar fobias de su uso intelectual.

Curiosamente, marxistas, miembros de los partidos comunistas, socialistas, trotskistas, marxistas-leninistas, se desplazaban hacia posiciones políticas más conservadoras y conciliadoras con el aparato de dominación. El lenguaje cambiaba hacia conceptos como socialdemocracia, eurocomunismo, republicanismo, parlamentarismo, centroizquierda, moderados, etcétera. Paradójicamente, el marxismo y Marx se distanciaban. En contraste González Casanova en los ochenta se expresaba así del marxismo:

> En este último tercio del siglo XX el pensamiento socialista es universal; el gran movimiento filosófico-revolucionario conocido como marxismo es el primero en la historia del hombre que tiene características ecuménicas. En forma paradójica, ese pensamiento y ese movimiento se encuentran en crisis de conceptos, lenguajes y prioridades. La esencia misma del fenómeno que les ha permitido comprender y cambiar el mundo, las relaciones de explotación, por una causa u otra no siempre ocupa el lugar central y sistemático del análisis y la política, ni es motivo de especificaciones en la comprensión y el cambio de otras estructuras sociales y políticas que vinculadas a las relaciones de explotación desentrañen el movimiento concreto y vario de aquellas, y la autonomía relativa de estas como mediaciones sobre las que se puede y debe influir pero que solo encuentran concreción cabal en un mundo donde las dos terceras partes de la humanidad siguen siendo explotadas por los propietarios

> privados de los medios de producción, en formas relativas y absolutas (González Casanova, 1980: 27).

En sentido contrario a este análisis, los antiguos profetas del marxismo renegaban de su pasado. Y de pronto parecía que el concepto que tanto trabajó González Casanova en los años sesenta, a saber, la democracia, se convertía en el único valor desde el que habría de partir el desarrollo de los pueblos. Así, los antiguos marxistas se convertían en «demócratas». A pesar de esto, Pablo González Casanova se acercaba cada vez más a Marx y teorizaba con mayor énfasis las categorías de explotación, socialismo y liberación conjugadas dialécticamente con las propias, a saber, la democracia y el colonialismo interno. Sus análisis le indicaban que no pocos científicos sociales y políticos en turno, ocultaban en su retórica la lucha contra el imperialismo que se experimentaba en las calles, barrios, comunidades y pueblos de América Latina. Se intentaba también por medio de discursos, ocultar la lucha de clases a partir de una idea de democracia que no correspondía a la experiencia de la liberación latinoamericana.

Una característica singular del pensamiento de Pablo González Casanova es que, en su método de estudio, busca conciliar los conceptos en la práctica social. Congruente con esto, en la década de los ochenta, producto de su encuentro personal con la lucha centroamericana, utilizaba y recreaba el concepto gramsciano de hegemonía a la luz de la revolución latinoamericana. No ignoraba que su aparente nueva posición era vista con desconfianza por quienes lo habían considerado un intelectual liberal, de izquierda, aunque moderado (García Cantú y Careaga, 1994). En estas disputas ideológicas era evidente que había un conocimiento prohibido, que sus conceptos eran convertidos en tabú; uno de estos era el de la hegemonía del pueblo que anunciaba el cambio histórico.

Es en este contexto que se utilizó el concepto de hegemonía de Gramsci, con gran acogida en América Latina debido a las condiciones de lucha por el socialismo, esto es, desde una estructura neocapitalista y colonial. Había fenómenos parecidos a los que narró Gramsci en *La cuestión meridional*, sobre todo en lo que se refería a la posibilidad de la alianza entre la clase obrera y los

campesinos del sur de Italia con el fin de romper el bloque industrial-terrateniente y conquistar el poder. González Casanova consideró que en el contexto latinoamericano los conceptos y apreciaciones gramscianas requerían «sin embargo la definición de los rasgos correspondientes a una situación periférica donde neocapitalismo y neocolonialismo presentan un desarrollo desigual de múltiples combinaciones» (González Casanova, 1985: 11).

Las combinaciones que pensaba eran la lucha por la democracia, la justicia social y contra el autoritarismo en todas sus manifestaciones. También la organización autónoma del pueblo. González Casanova resume así lo que Gramsci entiende por hegemonía: a) la articulación de grupos y fracciones de clase bajo una dirección política y moral; b) un partido o «príncipe» que fusione; c) una multiplicidad de voluntades dispares con objetivos heterogéneos que se integra mediante una voluntad nacional popular o que la clase obrera dirija; d) un proyecto revolucionario y socialista, además de valores sociales que unifiquen lo diverso (González Casanova, 1985).

Desde esta óptica los procesos históricos y políticos de América Latina no podrían limitarse a la lucha por la hegemonía de la clase obrera sino, también, debían pensar la liberación nacional. De esta manera, las combinaciones de la lucha por el socialismo, la liberación nacional y la democracia eran parte del trabajo práctico y político de la lucha latinoamericana. La dificultad de los partidos comunistas y socialistas de América Latina para formular una política hegemónica con estas combinaciones tenía que ver con la falta de entendimiento del concepto de pueblo. Otra cuestión grave fue que en el movimiento obrero latinoamericano no existía una voluntad de toma del poder (González Casanova, 1985). Si a eso le añadimos que, por esos años, en la mayoría de los países latinoamericanos, no existía una democracia abierta que permitiera la participación de todos en la esfera pública, las cosas se complicaban en la teoría y en la práctica.

González Casanova observó una salida en los años sesenta en Cuba y en los ochenta en Nicaragua. La denominó autodeterminación y hegemonía de los pueblos. En ambos casos estaba en juego no solo la economía de un pueblo, también su política o

cultura, su saber, su autonomía y dignidad. Al igual que Gramsci, González Casanova sostuvo que la formación de las masas no solo es política, también es intelectual y moral. Se trataba de construir una nueva cultura en la política, la economía y la sociedad en general. Eso no vendrá ni de la clase ni de las instituciones que ideológicamente dominan.

El estudio del proceso revolucionario en Nicaragua lo realizó a partir de la necesidad de ese pueblo de luchar por la conquista de la hegemonía. Como Gramsci, en la década de los ochenta, González Casanova afirmaba que, en términos históricos, algunas veces las clases dominantes pierden el consenso y la legitimidad entre las clases subalternas y las grandes masas, por lo que estas ganan espacios y posiciones. Las primeras buscan recomponer el camino y hacen concesiones o reformas, esperando que la incapacidad de las segundas termine por ceder de nuevo la hegemonía a aquellas, pero la conquista de posiciones por parte del pueblo termina por condicionar la solución del conflicto.

En la Nicaragua de aquellos años, el desastre económico para las grandes masas, la burguesía nacional y el terror represivo fueron las constantes de la dinastía Somoza. Sus opositores salieron de todos lados: socialcristianos, liberales, obreros, socialistas, campesinos, católicos, clases medias. Entre todos ellos destacó el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Desde 1961, año de la fundación del FSLN, hasta el 10 de enero de 1978, fecha del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, la familia Somoza convirtió al país entero en su enemigo principal.

La lucha social contra esta dictadura provenía no solo de las barriadas indígenas y populares, también de los sectores burgueses aglutinados en el Partido Social Cristiano, el Partido Liberal Independiente y el Partido Conservador. Después del asesinato de Chamorro, la correlación de fuerzas en contra del somocismo fue definitiva. La oligarquía perdió legitimidad y los sandinistas conquistaron la hegemonía de los movimientos populares que comenzaban a aparecer en escena.

En su estudio sobre Nicaragua, guiado por el marxismo crítico de Gramsci, le permite a González Casanova comprender que los procesos revolucionarios en América Latina eran muy diferentes a los que se referían en los manuales marxistas de la épo-

ca. En estos casos, las vanguardias revolucionarias no lograban la hegemonía a partir de la lucha obrera, ni bajo la dirección de partido alguno. En realidad, los grupos revolucionarios eran amplios partidos, frentes, sindicatos, masas populares, comunidades indígenas y tomaban el poder. En la experiencia centroamericana, la ideología revolucionaria (materialismo histórico o el socialismo científico) no se difundía entre las mayorías antes de la toma del poder, ni inmediatamente después. Se difundía una parte de la misma, la que tenía que ver con la lucha democrática, la soberanía nacional o la lucha contra la explotación.

En Nicaragua, la voluntad del pueblo operaba bajo símbolos morales y valores compartidos por todos: la patria, los héroes, los pobres, etcétera. Se creó, así, una mística y una fuerza impresionantes. En este sentido los valores sociales no solo tenían una connotación de clase, prevalecía la lógica del frente sobre la de clase. Elemento propiamente gramsciano de todo esto es la difusión de valores sociales que no nada más tienen una connotación de clase. En el caso nicaragüense, González Casanova observó que el imperialismo, la oligarquía y la burguesía, respondían ferozmente a este tipo de dialéctica. Intentaban la desestabilización ya sea bajo la represión o acelerando los procesos revolucionarios. A pesar de todo, los discursos de la lucha de clases se intensificaban.

La aportación de González Casanova, en este caso, fue inspirada por Gramsci. No pocos marxistas de la época ignoraban que la lucha por el socialismo en América Latina, se derivaba de la lucha por la liberación y la democracia en el continente. Como se pudo apreciar en aquellas décadas, en Cuba y Centroamérica el principal protagonista de sus luchas no fue el proletariado sino el pueblo. En este análisis, no es que la clase obrera desapareciera, sino que operaba al interior de la categoría de pueblo, una categoría más vasta y contradictoria. Lo que González Casanova muestra es que, en el caso de Nicaragua se trató de un momento ético-político que permitió a la clase obrera, o a quien se posicionara como clase dirigente, superar el corporativismo, el economicismo, el voluntarismo y transitar hacia lo nacional como el objetivo hegemónico.

El análisis gramsciano de González Casanova articula conceptos marxistas con procesos políticos concretos cuya potencia

analítica permite pensar con más precisión el estado de cosas en América Latina. Hacer un ejercicio hoy, como la lectura gramsciana que realizó González Casanova para el caso de Nicaragua, podría esclarecer los derroteros de los actuales procesos políticos en el continente. Por ejemplo, pensar qué tipo de democracia se practica en América Latina, el significado de los actuales cambios de gobiernos limitados al análisis convencional de izquierda y derecha o progresista y neoliberal o el regreso de las tiranías fuertes o suaves. También, dicho ejercicio permitiría comprender los límites y el potencial analítico y político que conservan las diferentes versiones del marxismo crítico, cuando se integran como herramientas de trabajo para un análisis como el que elaboró González Casanova sobre la América Latina de los años ochenta. Así como asimiló la filosofía crítica de Marx a su trabajo intelectual, González Casanova integró el marxismo crítico de Gramsci a sus análisis de correlación de fuerzas en las luchas de liberación del continente. Pero habrá que enfatizar, que ninguna de las dos actividades intelectuales lo convirtieron en un marxista.

La teoría del colonialismo interno

Cuando González Casanova trabajó, al lado de otros sociólogos de América Latina (Bringel y Leone, 2021)[1], la categoría de colonialismo interno lo que buscaba destacar era que, al interior de las

1 Es relevante la tesis de este artículo sobre la creación colectiva del concepto colonialismo interno: «En el presente texto argumentamos que el debate académico sobre el colonialismo interno en América Latina es tributario de los diálogos seminales que se establecieron entre los mexicanos Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen y el brasileño Roberto Cardoso de Oliveira durante finales de los años 1950 y la primera mitad de la década de 1960. Aunque cada uno de estos intelectuales partían de trayectorias, experiencias y puntos de vistas diferentes, fue crucial la participación activa de todos ellos en el Centro Latinoamericano de Pesquisas en Ciencias Sociales (en adelante, CLAPCS o «Centro»), institución creada por la UNESCO en 1957, con sede en Río de Janeiro, que sirvió como el principal espacio de acogida de los diálogos e investigaciones sobre el tema» (Bringel y Leone, 2021).

fronteras políticas, existía un fenómeno transnacional generalizable si se analizaba el «desarrollo de las naciones» en América Latina, Asia o África que habían experimentado procesos políticos y sociales de independencia (González Casanova, 1969). Con la categoría de colonialismo interno, iluminaba dichos procesos desde un punto de vista crítico: no parecían superarse las estructuras de subordinación propias del colonialismo internacional (González Casanova, 1969).

Pero en el tiempo que González Casanova escribe su artículo *Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo* (1963) que luego va a publicar íntegro en *Sociología de la explotación* (1969), el registro de ese fenómeno es esporádico por lo que plantea la necesidad de estudiarlo más a fondo, delimitarlo y buscar una definición estructural en el campo de la sociología del desarrollo. Su plan de delimitación es muy serio. González Casanova invita a poner a prueba si esa categoría tiene su contenido propio en las ciencias sociales a partir de lo que realmente explica. Por eso interroga:

> ¿Hasta qué punto esta categoría sirve para explicar los fenómenos de desarrollo desde un punto de vista sociológico, en su mutua interacción, en análisis integrales y analíticos? ¿Hasta qué punto esta categoría no va a registrar los mismos fenómenos que registran las categorías de la ciudad y el campo, de las clases sociales, de la sociedad plural, de los estratos? ¿Cómo impedir el que se use o vea esta categoría con la vaguedad, el sentido emocional e irracional, agresivo, difuso con que se emplean y miran las categorías que aluden a los conflictos sociales, y que entran automáticamente en los procesos de racionalización y justificación de las partes? (González Casanova, 1969: 227).

González Casanova no se interesa por el fenómeno colonial en su definición jurídico-política, formalista. Se interesa más en la dimensión material del poder y las formas de dominación que produce y reproduce la sociología de la explotación. Eso es lo que lo acercará la filosofía crítica de Karl Marx por medio de la categoría de explotación:

> Siempre que hay una colonia se da, en efecto, una condición de monopolio en la explotación de los recursos naturales, del trabajo, del mercado de importación y exportación, de las inversiones, de los ingresos fiscales. No se trata de una afirmación tautológica. El país dominante ejerce el monopolio de la colonia, impide que otros países exploten sus recursos, su trabajo, su mercado, sus ingresos. El monopolio se extiende al terreno de la cultura y la información (González Casanova, 1969: 232).

En estas condiciones materiales una colonia se integra a la economía de la metrópoli.

Esto da lugar a un desarrollo distorsionado de los sectores y regiones, en función de los intereses de la metrópoli, desarrollo que se refleja en las vías de comunicaciones, en el nacimiento y crecimiento de las ciudades da lugar a un desarrollo desigual, no integrado, de la región (González Casanova, 1969: 233).

Surgen los fenómenos de dependencia, monopolio generalizado, explotación, concesiones de tierras, aguas, minas, permisos de inversión, sistemas represivos, desigualdades económicas, políticas, raciales, de castas, rurales y urbanas, de clases. En los años sesenta a eso se le denominaba sociedades plurales o duales: había un polo que se desarrollaba a costa de otro polo. Las distorsiones eran variadas como la personalidad colonialista (González Casanova, 1969) y sus prácticas ligadas al desprecio y la humillación del colonizado.

Según González Casanova la categoría de colonialismo interno ilumina «relaciones sociales de dominio y explotación entre grupos culturales heterogéneos, distintos» (González Casanova, 1969: 240). Esto quiere decir que dichas relaciones no solo tienen asimetrías en su nivel cultural, sino también en cuanto al horizonte de vida o como comúnmente se dice: de civilización. Pero tales asimetrías no fueron solo impuestas de manera deliberada por un grupo social a otro, sino producto de las formas que subsisten en la estructura de determinadas relaciones sociales capitalistas.

Esto hace posible «una relación de dominio y explotación de una población (con sus distintas clases, propietarios, trabajado-

res) por otra población que también tiene distintas clases (propietarios y trabajadores)» (González Casanova, 1969: 241) sin que ello se perciba como un fenómeno colonial. Para el caso de México, González Casanova usa el concepto de colonialismo interno para observar cómo el problema indígena en los círculos intelectuales y gubernamentales es planteado culturalmente y no como una cuestión racial. Hasta la fecha la «inclusión» de los pueblos originarios al «desarrollo nacional» sigue siendo bandera y estudio científico de intelectuales y burócratas. Se estudian los problemas indígenas vinculados a la falta de escuelas, hospitales o un ingreso suficiente para participar del consumo generalizado, para luego pasar a la retórica de la falta de derechos para los indígenas del país. No nos equivocamos si afirmamos que en México, hasta el momento existen muy pocos estudios que expliquen «científicamente» el «monopolio sobre el comercio y el crédito indígenas, con relaciones de intercambio desfavorable para las comunidades indígenas»; o «la deformación y la dependencia de la economía indígena» o la «explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la población ladina» (González Casanova, 1969: 246), como lo planteaba González Casanova en los años sesenta.

Existen infinidad de estudios estadísticos sobre desigualdades o de falta de movilidad social, pero estudios de lo que González Casanova llamará sociología de la explotación, no. No se realizan estudios que den cuenta de la explotación combinada (esclavismo, capitalismo, trabajo asalariado y forzado, aparcería y peonaje, servicios gratuitos) del indígena sea como trabajador o como productor; o las distintas discriminaciones, humillaciones y desprecio en su nivel lingüístico, jurídico, político o culturales.

Una de las razones de esto es que el colonialismo interno como categoría que explica un fenómeno de relaciones de explotación tiene varias premisas. Permanece en sociedades colonizadas después de cambios sociales vinculados a la modernidad: reforma agraria, industrialización, urbanización y movilización social. Es un *continuum* (González Casanova, 1969) propio de la modernidad, idea que tomó Aníbal Quijano para desarrollar lo que llamó en sus trabajos muy citados, colonialidad del poder.

Pero mucho tiempo antes de Quijano, González Casanova desarrolló estas tesis, mostró lo que en ese momento suponía eran las formas más comunes de colonialismo interno. Esto es, se limitó al aspecto del monopolio del poder político y económico, la dependencia, la discriminación y las desigualdades culturales, como se muestra en el cuadro 1. No desarrolló otras formas vinculadas a los problemas de las mujeres, el desprecio moral o la justicia ambiental.

Es importante aclarar que estos indicadores para el estudio del fenómeno de colonialismo interno tienen algunos defectos. En primer lugar, la fuerte presencia del desarrollismo y la teoría de la modernización con los que se valoraba la necesidad de incluir a los pueblos indígenas al desarrollo nacional. En segundo lugar, las fuentes antropológicas y gubernamentales con las que se contaba en ese momento, casi todas inspiradas en el nacionalismo o el indigenismo mexicano.[2]

Esta es la razón por la que en la primera y tercera casilla de los indicadores se pueden leer algunos de estos desde la versión de la sociedad dual o la marginalidad. Por ejemplo, el suponer que el Centro Rector o Metrópoli provoca el aislamiento de las comunidades indígenas indica la necesidad de que estas participen de la producción y consumo capitalista a través de vías de comunicación, tierras de alta calidad y tecnología para lograr una agricultura y ganadería eficiente. O la necesidad de aumentar el alfabetismo y todos los servicios urbanos que finalmente los conectarán a la Metrópoli y por tanto al desarrollo.

Pero es en la segunda casilla donde se encuentra los indicadores de mayor relevancia para el estudio del fenómeno de colonialismo interno en las relaciones de producción capitalistas de un país como México. Se trata de formas de desprecio que tienen su dimensión moral y política. La primera dimensión se refiere a todas las heridas morales que estructuralmente se practica de

2 Por ejemplo, los estudios de Manuel Gamio, Alfonso Caso y Gonzalo Aguirre Beltrán sobre lo que consideraban el «problema indígena», los de Julio de la Fuente sobre la población Indígena, los de Alejandro D. Marroquín sobre problemas económicos de las comunidades Indígenas de México, los que resultaban de los Congresos Indigenistas, todos citados por González Casanova.

Cuadro 1. Las formas del colonialismo interno.

Monopolio y dependencia	*Relaciones de producción y discriminación*	*Cultura y niveles de vida*
1. El Centro Rector o Metrópoli y el aislamiento de la comunidad indígena. 2. Monopolio del Comercio por el Centro Rector. 3. Monopolio del Crédito. 4. Motocultivo, población económicamente activa dedicada a la agricultura y dependencia. 5. Deformación y dependencia de la economía indígena. 6. Descapitalización. 7. Migración, éxodo y movilidad de los indígenas. 8. Reforzamiento político del monopolio y la dependencia (medidas jurídicas, políticas de información, militares y económicas).	1. La explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la población ladina. 2. Explotación combinada (esclavista, feudal, capitalista; aparcería, peonaje, servicios gratuitos). 3. Despojos de tierras comunales y privadas: creación de asalariados. 4. Trabajo asalariado (salarios diferenciales: minas, ingenios, fincas de café). 5. Explotación del artesano (lana, ixtle, palma, mimbre, cerámica). 6. Discriminación social (humillaciones y vejaciones), lingüística, jurídica, política, sindical. Agraria, fiscal, de inversiones públicas, en créditos oficiales. 7. Reforzamiento político de los sistemas combinados de explotación.	1. Economía de subsistencia, mínimo nivel monetario y de capitalización. 2. Tierras de acentuada pobreza o de baja calidad (cuando están comunicadas) o impropias para la agricultura (sierras) o de buena calidad (aisladas). 3. Agricultura y ganadería deficientes. 4. Técnicas atrasadas de explotación (prehispánicas o coloniales). 5. Bajo nivel de productividad. 6. Niveles de vida inferiores al campesino ladino (salubridad, mortalidad, mortalidad infantil, analfabetismo, subalimentación, raquitismo). 7. Carencia de servicios (escuelas, hospitales, agua, electricidad). 8. Cultura mágico-religiosa y manipulación económica (economía de prestigio) y política (elecciones colectivas). 9. Fomento del alcoholismo y la prostitución. 10. Rutinarismo, tradicionalismo y conformismo. 11. Reforzamiento político del tradicionalismo (técnico o ideológico), el conformismo y la agresividad de unas comunidades con otras.

Fuente: González Casanova, 1969: 243.

una población a otra. Aquí entran los distintos tipos de humillaciones y desprecios sistemáticos, sea en las instituciones de una Estado nación o en regiones o continentes.[3] La dimensión política es la más estudiada. Refiere a los distintos tipos de explotación, de despojos, coerción, represión y asimetrías económicas o desigualdades de ingresos. Y es en esta donde también se expresan las distintas expresiones de rechazo al colonialismo interno sea en forma de motines, subversiones, alzamientos, paros, boicots o insurrecciones.

Ahora bien, el motivo por el que González Casanova articula la categoría de colonialismo interno con la de explotación se deriva de «las variaciones contextuales y estructurales que genera el imperialismo, y que lejos de anular el potencial analítico de la investigación marxista, obligan a reexaminar el conjunto de las estructuras en que opera» (González Casanova, 1969: 3-4). De ahí que la estructura colonial del capitalismo fue una reexaminación del marxismo que González Casanova elaboró. Dejó un tanto las categorías del capitalismo clásico sobre todo las de clases sociales porque en el imperialismo y neocapitalismo que avanzaba desde finales del siglo XIX

> [...] las clases dejan de ocupar el centro predominante de las formas *visibles* de desigualdad y explotación, con el auge de la explotación colonial de los monopolios financieros, o porque la explotación de clase se vuelve más borrosa y oculta con el «aburguesamiento» del proletariado de las metrópolis monopolistas, la cultura de masas de las llamadas «sociedades opulentas» y la *política* neocapitalista (González Casanova, 1969: 195).

En efecto, las asimetrías y desigualdades derivadas de la nueva explotación aparecen como heridas ocultas en trabajadores,

3 No es una práctica delimitada al Estado nación como se ha cuestionado a González Casanova, ya que, para los fines de su estudio, lo interno y lo externo están íntimamente articulados: «[...] baste añadir expresamente la categoría de explotación *en el interior de una nación* frente a la categoría de explotación *internacional*» (González Casanova, 1969: 205).

mujeres, indígenas o pobres de las barriadas latinoamericanas imposibles de captar desde las categorías del capitalismo clásico como la contradicción capital-trabajo. Es decir, la generalización de que las relaciones de explotación se encuentran en toda sociedad en la medida de que un grupo se apropia de los medios de producción y una parte del producto del trabajo social de otro grupo, no podría sacar a la luz los fenómenos del colonialismo interno. El camino hacia la filosofía crítica de Marx que González Casanova elige es dialéctico: superar las categorías del capitalismo clásico y conservar la categoría de explotación aplicada no solo a clases sino a regiones para captar las relaciones campo-ciudad, del colonialismo, el imperialismo y el colonialismo interno (González Casanova, 1969).

Los estudios marxistas ortodoxos y los convencionales de estratificación o movilidad social pueden afirmar que la desigualdad asciende o desciende en función de ingresos, acceso a servicios o a educación, pero siempre tomando variables homogéneas aplicadas a las clases (interclases) o a «distintos sectores». Si se hace un análisis como el que propone González Casanova, se podría observar que dichas desigualdades son menores a las que se pudiesen observar entre regiones o entre grupos analizados por los indicadores derivados de la categoría de colonialismo interno.

González Casanova toma en cuenta las predicciones de Marx en torno a la creciente polarización de la economía capitalista mundial a partir de la división internacional del trabajo para comprender que se crearían nuevas combinaciones en las relaciones de producción de las metrópolis por lo que el sistema capitalista mundial se reestructuraría alterando todos los procesos que suponían conducir a la revolución socialista (González Casanova, 1969). Por eso quien lea completa *Sociología de la explotación* (1969) entenderá que la propuesta de González Casanova es doble: por un lado, afinar las herramientas analíticas de la ciencia social especialmente en el análisis histórico con la filosofía crítica de Marx y lo mejor de las matemáticas de la sociología empírica. Por otro lado, observar con precisión los efectos de esta reestructuración capitalista en el lugar preciso de la variación, a saber: «los negros y los pacifistas en el interior de la metrópoli norteamericana, los habitantes de las villas miseria (de Latinoamérica)

y los tugurios en las ciudades coloniales. Y después, quizá, otra vez los obreros» (González Casanova, 1969: 217).

Por eso escribió que la sociología de la explotación tendrá que demostrar por dos frentes que es una teoría (apoyándose en los marxistas) y que deriva de hipótesis, cuantificaciones y razonamientos científicos (tomando a los empiristas). A estos últimos les demostrará que sus análisis de las desigualdades que hacen corte seccional de la población, que se basan en encuestas y toman el año censal de los gobiernos como información, aunque hagan esfuerzos notables por perfeccionar sus técnicas (González Casanova, 1969), su análisis tiene una base normativa o de valor: la igualdad. Esto debería ser suficiente para comprender que la medición no es un asunto meramente técnico o metodológico. Que la desigualdad está ligada a la explotación y la asimetría al poder y el dominio. Que el concepto de desarrollo económico sea liberal o empirista supone una filosofía de la historia moderna, una idea de elegir la dirección deseada hacia lo mejor, hacia el progreso acumulativo el cual se cumple en la industria y la modernización urbana.

Una conclusión sale de todo este debate. Si los estudios matemáticos de movilidad social suponen valores como la libertad, igualdad y progreso, su deficiencia sociológica no radica en sus técnicas o instrumentos de medición sino en «enunciar al estudio de sus valores y paradójicamente, consiste en afirmar que el sistema social es *natural* y que los valores que niegan al sistema no son *naturales*» (González Casanova, 1969: 22). En otras palabras: al tomar como constante al sistema social se renuncia a «asumir los valores morales como el trasfondo natural, histórico, de la ciencia social, y renunciando a registrar la realidad científica del sistema como el trasfondo de la moral y la política» (González Casanova, 1969: 23). De esta manera su renuncia moral es al mismo tiempo su renuncia científica.

Esta es la razón por la que Pablo González Casanova propone a la teoría social no un marxismo, sino una sociología de la explotación o si se quiere, una investigación científica sobre las desigualdades. Desde luego que lo que dota de rigor a su sociología es la categoría de explotación, tal y como aparece en el marxismo (González Casanova, 1969). Como Marx, insiste que contrario a

las *robinsonadas* de la economía política separadas de la sociedad o a la figura especulativa del amo y del esclavo de Hegel, el concepto de explotación permite estudiar las relaciones históricas reales con las que se puede comprender científicamente las sociedades como las latinoamericanas.

Por ello para González Casanova, «con el marxismo, surge por primera vez como *constitutiva* una relación social determinada, que tiene varias características, en cuanto a su carácter constitutivo, y en cuanto a su delimitación o determinación» (González Casanova, 1969: 26). La relación social es constitutiva, histórica, contradictoria y concreta. Es siempre una relación directa entre los propietarios de los medios de producción con los productores directos. Siguiendo la filosofía de Marx supone que ahí está la base o el secreto de toda estructura social en el capitalismo. La relación social de explotación produce y reproduce ciertas relaciones humanas. No es solo un asunto económico sino de la vida en general; siempre es histórico, en luchas concretas, conflictos y valores concretos.

Esto es lo que permite comprender por qué

> ni la igualdad, ni la libertad, ni el progreso son valores que estén más allá de la explotación, sino características o propiedades de esta. En efecto, junto con la desigualdad, el poder y el desarrollo son parte de la *unidad* que forma la relación de explotación (González Casanova, 1969: 30).

En una palabra: las categorías de poder, desigualdad, dominio, están ligadas a la relación de explotación. Es comprensible que el descubrimiento de esa relación se rechace por las élites y por no pocos pensadores o intelectuales que justifican el orden social.

Pero qué duda cabe que también el término explotación es cosificado por no pocos marxistas. Sobre el punto González Casanova advierte cómo en el marxismo vulgar, la categoría de explotación es elevada a concepto metafísico y a pensar la relación determinada como un *todo* que explica *todo:* «es un típico error metafísico, que posee la vieja tradición de la *causa prima,* presente en todo, explicando todo, siéndolo todo» (González Casanova, 1969: 33). Para evitar esta reificación González Casanova propo-

ne especificar la categoría al utilizarla en distintos contextos históricos y sociales y no eternizarla. De lo que sí está seguro es que esta categoría sirve para distinguir

> [...] a los hombres, de acuerdo con el lugar que ocupan en las relaciones de producción —como propietarios o proletarios—; para determinar otros tipos de relaciones humanas —económicas, políticas, culturales, psicológicas—; o las cosas del hombre —instrumentos, productos, abstracciones— y el papel que juegan en su historia; o las características de los hombres que se encuentran en un variado tipo de relaciones, como personas o instrumentos —de los gerentes, líderes, pensadores, caracteres [...] la relación social determinada ordena y codifica el universo social (González Casanova, 1969: 35).

Para González Casanova la relación social de explotación se explica en la estructura y la historia dialécticamente en distintos contextos, además de ser un elemento indispensable para el análisis de las contradicciones y la lucha de clases. Por medio de esta categoría se pone cuidado en la relación que existe entre el estudio y la acción política, dejando de lado la visión metafísica de las leyes de la historia. De esta manera para el sociólogo, la aportación más científica del marxismo se encuentra en el descubrimiento de las relaciones de explotación y no en la dialéctica, el materialismo o el socialismo.

A partir de aquí, González Casanova comienza a formalizar la sociología de la explotación con ejemplos hipotéticos posibles. Trata de vincular las fórmulas con situaciones que el marxismo ha registrado como la lucha de clases, la productividad, la división del trabajo, el consumo. El asunto es mostrar las distintas combinaciones matemáticas para explicar los distintos modos de explotación o de cómo el propietario de los medios de producción se adueña de la plusvalía creada por el trabajador. Ahora bien, el análisis de la explotación no se reduce a la relación determinada entre el propietario de los medios de producción y el proletario.

> El análisis reviste en principio dos problemas fundamentales, desde un punto de vista teórico y metodológico: a) el de una distinción previa de las relaciones *en* la empresa y *entre* las empresas; *en* el sector y *entre* los sectores, *en* la rama y *entre* las ramas, *en* la ciudad y *entre* las ciudades, o *entre* la ciudad y el campo; *en* la metrópoli y *entre* las metrópolis, *en* la colonia y *entre* la metrópoli y la colonia y b) de una formulación o delimitación de estos tipos de relaciones y del modo en que se afectan mutuamente (González Casanova, 1969: 85).

Lo que retoma el modelo marxista de la teoría del valor trabajo es para precisar la forma en que se opera por medio de transferencias de valor entre oligopolios y trasnacionales con sus

> sucursales de los países coloniales y dependientes, los distintos sectores y ramas de la economía —en especial los industriales y agrícolas—, o bien las unidades geográficas como la ciudad y el campo, los países imperialistas y coloniales, las metrópolis o centros rectores y sus colonias internas (González Casanova, 1969: 103).

De lo que se trata es de trabajar con unidades complejas que prevean combinaciones y comportamientos variables en diferentes contextos, para contrastarlo con la sociología empirista la cual elije como unidad de análisis el individuo y su relación con el conjunto social. Estas usan las estadísticas para cuantificar las desigualdades, marginación o subdesarrollo, pero no explican la relación social de explotación. Solo miden las actitudes y comportamiento de los individuos y grupos como partes integrantes de un todo.

Cabe señalar que González Casanova no desdeña la sociología empirista sobre la estratificación y la movilidad social. Nunca pensó que fueran meras ideologías burguesas como lo afirmaran algunos marxistas (González Casanova, 1969). El problema de esa sociología afirmó, es que sus investigaciones están lejos de demostrar el fin de la sociedad de clases, pues su

> [...] retórica empirista consiste: a) en magnificar los procesos de justicia e igualitarismo que corresponden a los fenómenos de movilización, movilidad y crecimiento de las capas medias y, b) en ignorar el traslado de la injusticia, la desigualdad y la explotación a las regiones coloniales y periféricas. (González Casanova, 1969: 178)

La diferencia en estudiar la explotación entre clases y regiones como ciudad-campo; metrópoli-colonia, y combinar ese potencial analítico con el concepto de colonialismo interno que el marxismo clásico no desarrolló, significa una manera particular de asimilar la filosofía crítica de Marx, esa con la que, el propio Marx previó la expansión mundial del capitalismo, la división internacional del trabajo, la depauperación del proletariado, la acumulación de la miseria y las contradicciones crecientes del mundo de hoy.

Pablo González Casanova combinó de manera heterodoxa dos categorías que le permitieron durante décadas exponer la situación histórica de América Latina. Ambas categorías, explotación y colonialismo interno fueron construidas en un trabajo colectivo de alto nivel, por lo que no deberían tomarse a la ligera. Antes bien, debería entenderse su construcción analítica y política para valorar su potencial en las nuevas realidades de México, América Latina y el mundo. Hacerlo implica romper con las reglas de la investigación convencional y acercarse sin temor al quehacer de las ciencias prohibidas, base y fermento de un pensamiento rebelde que pone al centro la dignidad humana.

Referencias

Albertani, C. (2011). «El camino a la democracia directa. Entrevista con Pablo González Casanova». *Crítica y Emancipación. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, año III, núm. 6.

Bringel, B. y Leone M. (2021). «La construcción intelectual del concepto de colonialismo interno en América Latina: diálogos entre Cardoso de Oliveira, González Casanova y Staven-

hagen (1959-1965)». *Mana. Estudos de antropologia social* 27(2), pp. 1-36.
García Cantú G. y Careaga G. (1994). *Los intelectuales y el poder*. Ciudad de México: Joaquín Mortiz.
González Casanova, P. (1958). *Estudio de la Técnica Social*. Ciudad de México: UNAM.
González Casanova, P. (1963). «Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo». *América Latina*, *revista del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales*, año VI, núm. 3, julio-septiembre, pp. 15-32.
González Casanova, P. (1969). *Sociología de la explotación*. Ciudad de México: Siglo XXI.
González Casanova, P. (1980). «Relaciones de explotación e ideologías socialistas». *Cuadernos Políticos*, número 23, enero-marzo, Editorial Era.
González Casanova, P. (1984). «Marxismo, neocolonialismo y liberación». *Nexos*, núm. 75, marzo.
González Casanova, P. (1985). *El poder al pueblo*. Ciudad de México: Océano.
González Casanova, P. (1995) «Autopercepción intelectual de un proceso histórico». González Casanova, P., Pensar la democracia y la sociedad. Una visión crítica desde Latinoamérica, *Anthropos*, núm. 168.
González Casanova, P. (1998). «Sobre el marxismo en América Latina». *Dialéctica*, año XII, núm. 20, diciembre.
González Casanova, P. (2017). *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina*. Ciudad de México: Akal.
Torres Guillén, J. (2013). «La recreación de un clásico en América Latina: Antonio Gramsci en el pensamiento de Pablo González Casanova». *Estudios Latinoamericanos*, núm. 32, julio-diciembre, pp. 19-39, Nueva Época.
Torres Guillén, J. (2014). *Dialéctica de la imaginación: Pablo González Casanova, una biografía intelectual*. Ciudad de México: Ediciones La Jornada.

CAPÍTULO III

La democracia universal: crítica a la politología anglo-eurocéntrica

Pablo González Casanova concluyó en 1963 y publicó en 1965 una de sus obras principales: *La democracia en México*. Impresa en Ediciones ERA, que junto con Siglo XXI y Joaquín Mortiz todas editoriales privadas, surgieron como alternativa en la década de 1960 al monopolio ejercido hasta entonces por el Fondo de Cultura Económica, editorial que había rechazado publicar el manuscrito, esta obra será una referencia ineludible para la sociología y las ciencias sociales mexicanas. Su primera edición de tres mil ejemplares se agotó en ocho meses. El libro tuvo otras seis ediciones (1967, 1969, 1971, 1972, 1974 y 1975) y fue traducido a cuatro lenguas. En 1970 se tradujo al inglés (Oxford, Nueva York) y al alemán (Munster). La versión en inglés fue acompañada de un prefacio del sociólogo estadounidense Irving L. Horowitz (Blanco y Jackson, 2017: 21).

La democracia en México (González Casanova, 1965) posicionó favorablemente la sociología mexicana en los estudios políticos sobre la nación, lo cual planteó por primera vez de forma sistémica el tema de la naturaleza del sistema político posrevolucionario. Blanco y Jackson dicen que

> La cuestión había sido tratada ciertamente por analistas estadounidenses, como Ernest Gruening y Frank Tannenbaum; y entre los mexicanos existían al menos dos antecedentes, los artículos que Jesús Silva Herzog (1943) y Daniel Cosío Villegas (1947) publicaron en Cuadernos Americanos, pero ninguno había enfrentado el asunto de forma sistemática (Meyer, 2005; Lémperière, 1992) (Blanco y Jackson, 2017: 21).

En esta obra se combinan el rigor científico, la teoría y la investigación empírica en un momento en el que la democracia liberal estaba protagonizada por el nacionalismo revolucionario del régimen político mexicano, con su partido casi único o predominante. Era la época del final del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones y del ascenso de amplios movimientos sociales encabezados por médicos, ferrocarrileros, profesores y algunos grupos de campesinos, que serían antecedente al movimiento estudiantil popular de 1968. El problema de la democratización estaba en el centro de la política en México. Así lo planteaba González Casanova:

> El hecho de que en el desarrollo europeo y norteamericano el motor para el incremento del mercado interno haya sido un sistema de partidos y sindicatos próximos al modelo clásico y que en México el desarrollo hasta ahora logrado se deba a un sistema sui generis de gobierno, nos obliga a pensar que la democratización del país dentro del propio régimen capitalista exige una imaginación política especial, una verdadera creación democrática, sin que vayamos a imitar las formas de gobierno de la democracia clásica y sin que nos quedemos tampoco en las formas para-democráticas que hasta ahora nos han sido relativamente útiles como nación: la transformación no exige necesariamente llegar a un régimen parlamentario, que por lo demás se halla en decadencia y ya no corresponde a las expectativas de la política neocapitalista (González Casanova, 1965: 123).

Blanco y Jackson (2017: 23) hacen notar que González Casanova constató la centralidad del Partido Revolucionario Institucional (PRI) como obstáculo para la democratización, aunque no la combatió frontalmente, sino que ideó un complejo sistema presidencialista que incorporaba la democracia interna del partido gobernante y, paralelamente, la creación de un nuevo orden institucional. Así lo imagina González Casanova:

> [...] la transformación exige idear formas de democracia interna dentro del partido gubernamental, instituciones

> parlamentarias en que obligatoriamente se controle el poder económico del sector público; instituciones representativas para la descolonización nacional; instituciones que incrementen la manifestación de ideas de los grupos minoritarios políticos y culturales, incluidos los grupos indígenas; instituciones que fomenten los periódicos de partido y la representación indígena; instituciones que fomenten la democracia sindical interna y las formas auténticas de conciliación y arbitraje; es decir, formas de gobierno nuevas que aprovechen la experiencia nacional y la lleven adelante en un acto de creación política, cuya responsabilidad queda en manos de la propia clase gobernante y sobre todo de los grupos políticos e ideológicos más representativos de la situación nacional (González Casanova, 1965: 124).

Dos años después de *La democracia en México*, González Casanova publicó en 1967 *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales* y luego, en 1969, *Sociología de la explotación* que en su conjunto se convertirán en el núcleo del programa de investigación de González Casanova a partir de entonces. Blanco y Jackson señalan que

> Después de un libro de poca repercusión —*Estudios de la técnica social* (1958)— donde se alineó con Gino Germani y Florestan Fernandes en la meta de establecer la sociología como ciencia empírica, su apuesta certera se dio con *La democracia en México* (1965), que le garantizó amplio reconocimiento al someter a interrogación sociológica, por primera vez, el sistema político de su país. De manera similar a la de Florestan Fernandes, por tanto, transitó de los temas fríos (historia de las ideas) a los calientes (sistema político) [...] (Blanco y Jackson, 2017: 40).

La democracia es un concepto clave en el pensamiento de Pablo González Casanova. Por la relevancia de este hecho, es preciso mostrar el contenido del concepto a través de la obra del autor. La base de su noción de democracia comienza con una constatación, a saber, que hasta el momento, todas las ideas de democra-

cia puestas en práctica han sido excluyentes. Sobre esto ha dicho que la democracia griega fue esclavista; que las Repúblicas europeas en su mayoría fueron y son elitistas. Solo aceptan al ciudadano; que los actuales complejos militares-trasnacionales de nuestro tiempo identifican democracia con libre mercado; que los conservadores de hoy se apropian del pensamiento liberal y neoliberal para construir su idea elitista de democracia: sistemas electorales, democracia limitada; y que las socialdemocracias han definido su idea de democracia como lucha por el sufragio universal, participación de los obreros organizados por el Estado, combinado con gasto público y acumulación de capital (González Casanova, 1998).

Según González Casanova esta constatación se debe a la falta de una democracia incluyente, de ahí el fracaso de cada uno y de todos los proyectos de liberación que hasta el momento han sido derrotados. Hacia finales del siglo XX González Casanova constató que en ese tiempo se había combinado la explotación con la exclusión, por lo que las alternativas como las que llevaron a cabo la socialdemocracia, el socialismo, la liberación de los pueblos o los antiguos comunistas, ya no era suficientes. Frente a un poder a escala mundial, la democracia incluyente se tornaba una herramienta necesaria para la lucha política también a escala mundial.

El segundo paso para entender la noción de democracia de González Casanova es hacer una revisión en los hechos de lo que considera la constatación. Por ejemplo, si se hace un análisis de los nacionalistas revolucionarios de los países entonces llamados dependientes, desde la Revolución China de 1905 hasta la nicaragüense de 1979, se podrá encontrar que estos combinaron democracia representativa con marxismo-leninismo o elementos de la socialdemocracia y del Estado asistencialista. El resultado fue que el caudillismo, populismo y caciquismos, fueron la base de muchos de estos intentos de construir un Estado-nación (González Casanova, 1998) por lo que la exclusión, esto es, la democracia de unos pocos o para pocos, se impuso como práctica común. Por tanto, en estos casos el

> nacionalismo revolucionario, populismo y clientelismo construyen conceptos y realidades de naciones, pueblos y

> democracias con marginación y exclusión de las mayorías de los habitantes; el nacionalismo revolucionario y el populismo tienden a identificar la democracia con el partido surgido de la guerra liberadora contra el tirano y el imperio (González Casanova, 1998: 26).

Por lo que en no pocos países latinoamericanos y especialmente en México, se dio el fenómeno del partido de Estado. En estos últimos, el Estado y el partido en el poder asumieron la representatividad popular, pero de manera clientelar y corporativa. Es por esto que una revisión sociológica de este tipo demostraría que la exclusión sigue estando presente en la mayoría de los campesinos y trabajadores más pobres de los países formados bajo la égida del nacionalismo revolucionario. Esto es así debido a que

> los propios movimientos surgidos del nacionalismo revolucionario derivan en gobiernos populistas-empresariales que inician el endeudamiento externo de los años setenta y llevan a la crisis de pagos de los años ochenta y noventa. De las filas de los gobiernos populistas surgieron los dirigentes que implantaron la política neoliberal (González Casanova, 1998: 26).

Los comunistas y marxistas-leninistas limitaron también la democracia. Nunca dejaron de considerarla un elemento de la burguesía útil solo a esta clase y afín a la dominación del capital. Cuando la expresaban con términos como «democracia popular» o «democracia socialista», ocultaban «las estructuras de poder autoritario e incluso totalitario que realmente imperaban» (González Casanova, 1998: 26). Como ya se sabe, en la antigua URSS, a la inmensa mayoría de los trabajadores los excluyeron de la toma de decisiones políticas por lo que el autoritarismo marxista-leninista se convirtió en un remedo de socialismo, en una interpretación sin sentido de la historia y en una educación dogmática que llevaron a sus dirigentes y dirigidos a no saber pensar y actuar. De este desastre soviético, Pablo González Casanova pone a salvo a Cuba. Para él, como modelo de participación democrática, por la educación y organización de las bases, y también como par-

te de una política de seguridad nacional y de justicia social acordada por la inmensa mayoría del propio pueblo, Cuba mantuvo la vinculación entre cuadros y base (González Casanova, 1998).

Por lo tanto, para González Casanova en «ninguno de los movimientos históricos señalados surgió una teoría que planteara como paradigma científico-político un movimiento universal de democracia no excluyente y plural que comprendiera la variedad y unidad de quienes habitan el planeta» (1998, p. 28). Este fue el motivo por el que comenzó a hablar de la necesidad de pensar un nuevo proyecto de democracia universal que superara a los paradigmas conservadores, liberales, socialdemócratas, nacionalistas-revolucionarios, comunistas o marxistas-leninistas que la globalización neoliberal ha derrotado. La defensa de la democracia y la construcción de un nuevo modo de vida social con política y economía justa se convirtió en su derrotero intelectual rebelde.

La «democracia de pocos para pocos»

De lo anterior se desprende el tercer paso para comprender el contenido de la noción de democracia de Pablo González Casanova, a saber: imaginar «la democracia de todos» sin exclusiones ni excluidos. Esta noción de democracia es pensada ante los nuevos escenarios mundiales debido a su carácter universal. Esto es, piensa en una democracia no excluyente con connotaciones morales y prácticas, humanísticas y científicas, utópicas y políticas, por lo que su contenido es mucho más complejo que el que hasta el momento se ha tenido.

Esto no es una retórica. Es un programa de la vida muy serio el cual incluye proyectos de investigación precisos como los recursos de las ciencias sociales y la teoría política que tienen el desafío de reformular tres grandes corrientes del pensamiento universal: «el empirismo, la dialéctica en su versión histórica y social, conocida como marxismo, y el constructivismo» (González Casanova, 1998: 28-29). El primero, dice, tendrá que revisar que, en sus análisis sobre tendencias y variaciones en los fenómenos electorales, se incluya el estudio sobre los intereses de clase y la acumulación capitalista como obstáculo esencial de la democracia. La dialéc-

tica marxista, por su parte, tendrá que incorporar a sus análisis el tema de la construcción de la democracia, tema que fue desplazado de los estudios sobre las mediaciones sociales en la lucha por el socialismo. En el caso del constructivismo, deberá dar importancia a las luchas por el excedente y las limitaciones de los «sistemas auto-regulados que están insertos en tendencias y leyes que rigen el sistema social del capitalismo global hoy dominante» (González Casanova, 1998: 29). A esto agrega:

> Las ciencias sociales tendrán que estudiar más que hasta ahora los variados caminos, prácticas y opciones de las redes estructurantes y sus organizaciones. ¿Qué papel juegan en la nueva lucha por una democracia mundial no excluyente los Estados «adelgazados», las naciones acosadas, las clases sociales contrahechas, los ciudadanos empobrecidos y las sociedades civiles emergentes? ¿Qué papel jugarán las luchas políticas por la democracia de todos y las luchas contra las distintas formas de exclusión? ¿Cómo enfrentarán las sociedades civiles las respuestas de los mercados y los Estados, y cómo construirán sus alternativas de lucha? (González Casanova, 1998: 31).

Si se construye esta propuesta, un nuevo paradigma político y científico arribará para concretar el objetivo de la democracia de todos. Las teorías anteriores sobre el tópico serán necesarias e incluso el marxismo-leninismo ocupará un lugar en el nuevo paradigma, sin ser desde luego el modelo revolucionario universal para centrar y enfrentar los problemas de exclusión, explotación y colonialismo global. Estas duras tesis fueron derivadas de trabajos reflexivos que González Casanova había trabajado desde los años noventa. Sobre el tópico, alguna vez narró lo siguiente:

> Hace poco fui a dar una Conferencia en un Instituto de Estudios de la Revolución Democrática que dirige el Ing. Cuauhtémoc Cárdenas. Un viejo ferrocarrilero se acercó y me dijo que desde su jubilación está estudiando marxismo. Cuando terminé mi conferencia, el ferrocarrilero tomó la palabra y explicó lo que es el modo de producción capita-

> lista; después de lo cual me preguntó: ¿Cómo en un sistema así se puede tan siquiera soñar en la democracia? Yo le contesté con mucho respeto: «Me parece —le dije— que cuando razonamos en el determinismo tenemos la posibilidad de pensar, primero, en un determinismo sin alternativa, y segundo, en un determinismo con alternativa. El determinismo sin alternativa nos lleva a posiciones conservadoras aunque empleemos un lenguaje revolucionario. La alternativa hoy —añadí— es una revolución democrática, preferentemente pacífica, que va a enfrentar obstáculos y violencias y que oscilará entre el conflicto y el consenso, mientras construye la alternativa (González Casanova, 1998: 32).

En el primer caso, le expresaba González Casanova al ferrocarrilero, que el marxismo de los modos de producción no sirve para pensar alternativas políticas. Sirve más el de la acumulación capitalista, y todavía más el de la explotación y sus mediaciones políticas y sociales. De hecho, para González Casanova, la mejor forma de plantear las luchas que se darán en un futuro está en construir

> [...] en la teoría y en la realidad, la alternativa que combine reformas y revoluciones, y que plantee la gran problemática de las organizaciones y las luchas vinculadas a los sistemas autorregulados, a sus posibilidades y límites en un universo social en que el orden precede al desorden y este al orden en un movimiento y una dialéctica que son más complejos e interactivos que los de cualquier paradigma anterior, político o científico (González Casanova, 1998: 32).

Lo que está en la base del pensamiento de González Casanova con lo que respecta a la globalización capitalista, no solo es el tema de la democracia para todos, esto es, universal, sino el estudio de las ciencias de la complejidad para la lucha por ella (González Casanova, 2004). También, es parte de su observación sobre las nuevas dinámicas sociales de los pueblos, sobre todo de los más pobres; durante su vida fue optimista en torno a que los movimientos por la democracia con pluralismo ideológico, religioso y

justicia social, cada vez se extiende más en distintos países, principalmente de aquella región que anteriormente solía llamarse Tercer Mundo, por lo que la posibilidad de construir un nuevo internacionalismo pero esta vez más plural: partidos, trabajadores y pueblos, es alcanzable.

Pero en la perspectiva de González Casanova, la búsqueda por esta democracia universal no se presenta como un proceso fácil. En bastantes ocasiones consideró que las manifestaciones sociales en grupos étnicos, barriales, campesinos, de clase media o trabajadores son en buena medida particularistas. Sin embargo, al interior de no pocas luchas del pueblo, existen demandas que podrían ser traducibles a un lenguaje universal. Sobre este aspecto ha expresado:

> Hoy la mayor parte de las luchas sociales de los oprimidos se da con ideologías particularistas, o que parecen serlo. No todas las luchas particularistas de etnias y naciones expresan valores universales de igualdad, libertad, fraternidad. Las luchas racistas y fascistas expresan siempre intereses particulares. Pero las luchas de etnias y naciones no son necesariamente particularistas. A menudo representan a quienes desde «la mayoría» de cada etnia, desde el «bajo pueblo» o «el pueblo pobre» de cada nación, luchan por la libertad, por la fraternidad y contra la injusticia social, contra la explotación, la marginación y la exclusión. En esos casos, las luchas particulares descubren metas comunes y una condición universal de los «condenados de la tierra» en medio de distintas civilizaciones, culturas e ideologías (González Casanova, 1994: 281).

Transitar de una idea de democracia de pocos para pocos supone un programa para la vida que discuta de manera precisa, los casos donde lo particular contiene en su seno valores universales que deben considerarse síntesis de una lucha social más amplia. Esta es una tarea correspondiente al manejo preciso de la dialéctica. A la dialéctica la entiende como ese ejercicio intelectual de encontrar lo universal en lo concreto. El capitalismo tiene su propia dialéctica y se presenta como un particularismo universal:

> El capital ocupa los espacios públicos, nacionales y sociales que se le habían arrancado en el periodo histórico anterior. El nuevo tipo de políticas y estructuras que genera invalida cualquier generalización, explicación causal o proposición orientada a metas que no den cuenta de las redes de inversión localizada, de su combinación con estratos y movilidades sociales remanentes, o con las antiguas y nuevas formas de atomización con etnias y sectas, naciones y religiones (González Casanova, 1994: 284).

De esta manera, en tiempos neoliberales los trabajadores y las clases medias son subsumidos en esta dialéctica. Sus intereses se asemejan a los que defienden los capitalistas por lo que la legitimación de neoliberalismo se completa en el asentimiento de las masas. Es precisamente en esta dialéctica del capital, expresa González Casanova, que «la gran reestructuración neoliberal logra un hecho impresionante: el incremento de la explotación sin lucha contra la explotación. En todo caso impone resistencias muy desorganizadas —en lo social, lo intelectual y lo político—» (1994: 285).

Es interesante que a pesar de todo lo sucedido después de 1989, Pablo González Casanova, siguió pensando que los protagonistas de los intereses generales son los movimientos particulares de los oprimidos. Los explotados, los reprimidos, marginados, excluidos y los pobres de la tierra son los que pueden universalizar la democracia. Para entender esto conviene recordar que son los que no tienen nada que perder, quienes, en sus demandas en un principio particulares, como alimento, vestido, casa, salud, educación, etcétera, se van convirtiendo en demandas más universales y complejas: democracia, derechos, justicia, paz con dignidad.

Esta afirmación puede convertirse en una investigación puntual. Por decir algo, estudiar el contenido que se esconde en quienes expresan representar los intereses generales en un Estado o nación, de esta manera se sabría quién está postulando sus particularidades y si estas pueden ser universales. En las luchas políticas de comunistas o socialistas mundiales, hubo quienes olvidaron y renegaron de las luchas particulares antiimperialistas, nacionalistas, agraristas, obreras o revolucionarias, que, con el

tiempo y la madurez política de sus miembros, transitarían a planteamientos más universales. Pablo González Casanova llegó a pensar que esas tendencias se extinguieron a favor de las nuevas luchas, también particulares, por la democracia electoral y los derechos humanos, que, si bien podían universalizarse, se encontraban a menudo limitadas por engaños, fraudes y manipulaciones combinadas con violencia y corrupción generalizada cuyo efecto resultaba la democracia de pocos y para pocos.

Crítica de la democracia procedimental, minimalista y elitista

Sin nombrar a los autores del *mainstream* académico euro-anglosajón, González Casanova difiere en su enfoque de la sociología y de la ciencia política estructural funcionalista que privilegia el pensamiento hegemónico inspirado en la democracia liberal. Critica la lógica formal de aquellos análisis políticos que privilegian los procedimientos electorales por encima del análisis de los conflictos sociales que des-estructuran al sistema político. Se distancia de las propuestas minimalistas de la democracia que se satisfacen con la reproducción acrítica del sistema político, mediante el establecimiento de ritos electorales periódicos que se consideran la fuente primordial para obtener legitimidad. Se aleja también del enfoque elitista de la democracia, porque en esa concepción de la política se pretende legitimar el realismo del poder despótico ilustrado, el cual concentra la capacidad de dirección moral e intelectual en la fracción de clase que está en la punta de la pirámide social. Es el intelectual que se rebela frente a los procedimientos rituales de la democracia, frente a las concesiones mínimas para reproducir la dominación de manera «pacífica», frente a la hegemonía moral e intelectual de la que se adueñan unos pocos en detrimento de las mayorías. A esa democracia de pocos para pocos la critica desde un enfoque metodológico de la complejidad y de la (auto)regulación del sistema político y social, que incluye la crítica de la economía política del régimen de acumulación capitalista y del Estado.

En la cima de los poderes de facto, González Casanova ubica a los complejos empresariales-militares-políticos y mediáticos, cuyo momento más álgido y dramático lo representan las guerras, como el escenario privilegiado de la producción capitalista y que es también la negación del ideario democrático liberal:

> Si en esta nueva guerra destacan los ataques financieros junto y por encima de los militares, se trata de una guerra integral que ha pasado a la ofensiva y que no solo dispone del notable desarrollo de los sistemas complejos autorregulados, orientados a fines, adaptables y creadores, inteligentes, de primera y segunda generación, con esta que corresponde a la conciencia de los errores cometidos por el sistema y que el sistema debe corregir para lograr sus objetivos. No solo dispone de ellos sino de una economía política de guerra —empíricamente comprobable— que en la toma de decisiones aplica, con todo el rigor y la fuerza de que disponen los «complejos empresariales-militares-políticos y mediáticos» a los que el propio Eisenhower, en su último discurso como Presidente, consideró como una amenaza para la democracia, y eso, con las limitaciones con qué él entendía la democracia (González Casanova, 2017, n.p.).

Son los sistemas complejos autorregulados e inteligentes los que permiten montar variados teatros de guerra los que, sin embargo, van a contracorriente de los procesos de democratización, pues la separación de los poderes republicanos no modula ni modera la dirección ni el entramado militar institucional de las guerras. Así como sucede con el complejo industrial militar, los complejos empresariales también desconocen a las instituciones democráticas de los Estados nacionales. A pesar de que nadie eligió a los directivos y propietarios de las empresas transnacionales, los principales actores de la globalización neoliberal reforzaron la unión estrecha de todos sus promotores y dispusieron que el «Complejo empresarial-militar-político y mediático» fuera el núcleo simbiótico para la toma de decisiones y la puesta en marcha del proyecto que «haría grande a América» y la colocaría por encima de todos con un poder Mundial unipolar.

Estas variadas empresas e instituciones financieras, bancarias, políticas, militares, mediáticas de los países que participaran activamente en los sistemas complejos y autorregulados inteligentes, han sido protagónicos de la economía digital. Ellos se concentran como los nodos de un entramado global, orientado al «mercado libre», que aprovecha la debilidad fiscal de los Estados y que organiza feroces sistemas de endeudamiento externo. Todo ello apoyado en los paraísos fiscales. Otra expresión de esos poderes fácticos que critica González Casanova se refiere a un

> entramado global con gobiernos que harían de los tratados de libre comercio su «nueva y verdadera Constitución» tendiente a legitimar y legalizar todo tipo de acumulaciones del gran capital, dejando por supuesto, que a los gobiernos neoliberales y a los negocios organizados se agregara por arriba el «poder en la sombra» de «los ricos entre los ricos», y por abajo «el acicate del crimen organizado» (González Casanova, 2017, n.p.).

El complejo global de la información y de la comunicación se apoya en una estructura empresarial que incluye, aunque rebasa, a los medios de difusión globales. Un personal altamente capacitado para la realización eficiente y eficaz de los objetivos que impone la acumulación capitalista manejan las técnicas de comunicación, de información, de mensajes y de organización, y

> otros estarían adiestrados en las luchas electrónicas, en la realidad virtual, en la publicidad de la democracia al estilo americano, aplicada como modelo global entre las variantes que se requirieran, pero que en todo caso contribuyeran a que la gente pensara que la solución a sus problemas es luchar por ese tipo de democracia y con ella y sus «representaciones» (González Casanova, 2017, n.p.).

González Casanova se rebela contra un sistema político caracterizado por la corrupción y el clientelismo que mutila el rol democratizador de los partidos políticos. Estos dejan de ser instituciones de luchas programáticas e ideológicas, para convertir-

se en una maquinaria electoral que lucha por obtener empleos de elección popular que aportan recursos y poder económico para sus dirigentes. Los partidos políticos se alejan del papel mediador entre las demandas de ciudadanía y el Estado; así, pierden sus capacidades para colaborar en el manejo de las políticas de conflicto y consenso.

Es la guerra financiera del neoliberalismo globalizador la causante de la des-estructuración intelectual, política y moral del sistema político. González Casanova constata que el enojo de la mayoría de la población no se traduce en movimientos sociales que sean impulsados por una ideología político-social orientadora de un programa de acción pública nacional e incluso internacional. Muy al contrario, crece la desconexión entre los partidos políticos y las demandas ciudadanas por democratizar al sistema político. Aunque en *La democracia en México* (1965) reconoce cierto margen de acción coherente entre algunas personalidades de la oposición de izquierda y derecha que son valientes, que no roban y que son fieles a su ideología, en el sistema político en su conjunto prevalece la des-estructuración ideológica, programática y ética.

Ante la situación caótica creada por la falta de actores con capacidad de intervención reguladora e inteligente se produce un fenómeno de «inmediación violenta» que, para González Casanova es:

> [...] una derrota de países, partidos y ciudadanos, de campesinos sin tierra ni uniones, de obreros sin qué comer ni sindicatos que los defienden, de jóvenes sin juventud ni vida, que son los que más resisten y entre los que surgen los nuevos movimientos emancipadores con varios de ellos —como los de 1968, o como los del 26 de julio en Cuba , o como los de los indios mayas zapatistas en el Sureste mexicano—, que aportan nuevos valores y metas a la emancipación revolucionaria o radical que hace suyas las banderas de la libertad, de la democracia con pueblos soberanos, de la justicia personal y social, de la autonomía de las regiones insertas en los estados nacionales, del respeto a todas las razas y religiones o creencias laicas, y a la democracia con

> el poder soberano de los pueblos y los trabajadores, metas y valores que en Occidente vienen de los profetas y cristianos de Israel, y que más recientemente con la teología de la liberación hacen suyas las metas socialistas y del comunismo no estatal sino del que se emparienta con sus clásicos marxistas con la solidaridad de comunidades y comunas que luchan en una sociedad considerablemente distinta en sus medios y relaciones de producción y de emancipación (González Casanova, 2017, n.p.).

Al intelectual rebelde le preocupó que el sistema de dominación y acumulación que se presenta actualmente provoca situaciones de desarrollo cero, de democracia cero, donde las batallas en el campo financiero y sus entramados de corrupción y represión tienen consecuencias muy graves en la moral pública hoy destrozada por la corrupción y la represión estructural que acompaña a este modelo de variada guerra. No obstante, en el corto plazo se presentan respuestas antisistémicas, entre pequeños movimientos y grupos insumisos de crecimiento exponencial, que en su digna rebeldía manifiestan una nueva moral de lucha, cooperación, compartición, libertad y democracia.

A esa digna rebeldía le urge conocer y dominar la grave crisis por la que atraviesa un sistema cuyo atractor principal es la maximización de poder, de riquezas y de utilidades. Urge entonces un análisis profundo de las soluciones necesarias y posibles que lleve a reconocer y denunciar los graves problemas que amenazan a la humanidad como es el caso del ecocidio asociado con el cambio climático y otros fenómenos de destrucción de la tierra y de la biósfera que, lejos de las teorías «conspiracionistas», son consecuencia de un fenómeno que no puede ser resuelto por un sistema cuyo atractor principal es la maximización de utilidades, riquezas y poder. La democracia y la vida misma sufren la amenaza de una guerra nuclear en la que urge que los poderes fácticos de las potencias nucleares saquen del tablero lo que González Casanova llama la «Guerra de destrucción mutua asegurada», que es actualmente varias veces más peligrosa que cuando fue definida así desde la Guerra Fría.

Para el planteamiento de la digna rebeldía de González Casanova

> [...] es ineludible plantear como problema científico central la organización de un mundo en que prevalezca, con la democracia y el respeto a las diferencias de religión, sexo, edad o raza —en que prevalezca la soberanía de los pueblos, de los trabajadores, las comunidades y los ciudadanos, objetivo que en Occidente surgió desde la revolución francesa, y para el que no solo tenemos la praxis o práctica de la creación histórica en Cuba y en la Lacandona de los indios mayas zapatistas—, si no disponemos de las técnicas más avanzadas de la organización en redes y nodos de comunidades, naciones y regiones del mundo entero (González Casanova, 2017, n.p.).

Alternativas a la democracia liberal

En la década de los noventa, González Casanova consideró que también los grupos que podrían unificar a la sociedad bajo un esquema particularista con tendencia a la universalidad se hallaban en problemas. Esto lo planteó por dos razones. La primera afirma que la denominada democracia liberal, formal y abstracta impide seguir la tendencia universalista de la democracia por su impronta individualista. La segunda sostiene que, en la era del neoliberalismo globalizado, hasta las clases dominantes, ya no se diga el proletariado, se encuentran divididas; las etnias carecen de un frente común; las organizaciones de masas abarcan solo a una parte mínima de la sociedad ilustrada y los gobiernos carecen de legitimidad debido a su falta de eficiencia en la cobertura de los servicios públicos, la corrupción, la represión y el engaño en el discurso oficial. En buena medida:

> La falta de legitimidad de los gobiernos se debe a que muchos surgieron de golpes de Estado —como los de Benin, Ghana, Sudán y Uganda en África, o los de Haití y Perú, en América Latina—; otros de intervenciones relativamen-

> te encubiertas o abiertas, como en Angola, Chad, Etiopía, Granada, Lesoto, Mozambique, Panamá, Zaire o Zimbabue. La falta o la pérdida de legitimidad no se reduce a los gobiernos: con frecuencia abarca o amenaza gravemente a las organizaciones de alternativa, populistas, sindicalistas, comunistas, socialdemócratas, de izquierda, y a antiguos grupos guerrilleros, ya sea que sigan en la lucha armada, ya que se integren a los procesos de negociación política (González Casanova, 1994: 289).

En esas condiciones se torna difícil plantear una alternativa particularista-liberal que logre vincularse con una democracia para todos. La resistencia, lucha o acción política está demasiado particularizada en la ciudad, el campo, la comunidad o el barrio. En sus estudios, González Casanova fue capaz de observar que la crisis de las luchas universalistas, de clase o Estado-nación, provocaron una regresión hacia formas tradicionales de resistencia. En esta situación salieron a relucir todas las formas paternalistas que sustituyeron la conciencia universal de los sujetos de emancipación: jefes tribales, caciques, caudillos, líderes carismáticos, o representantes populistas.

Pero aun con todo ello, González Casanova consideró que lo nuevo universal tendría que salir en buena parte de esas organizaciones particularistas que se encuentran en los barrios, centros de trabajo, pueblos, etnias y tribus. Intuyó que estos ciudadanos, proletarios y pueblos, encierran una alternativa universal. En una palabra: el movimiento universal por una democracia para todos en el siglo XXI solo puede salir de quienes planteaban el problema de «los de abajo», esto es, de los oprimidos y los explotados como poder del pueblo. Al respecto escribió:

> El movimiento por la democracia con poder del pueblo, con pluralismo ideológico, religioso y justicia social, por incipiente que sea, cada vez se extiende más en distintos países de América Latina, África, el mundo árabe, el sur de Asia y el Extremo Oriente. Como movimiento universal tiene posibilidades de vincularse a un nuevo internacionalismo de partidos, de trabajadores y de pueblos. En esa vinculación

> es difícil pensar que no se dé una unión de los asalariados que se encuentran fuera y dentro de los nichos del capitalismo global. Con muchas fuerzas políticas más, unos y otros se verán obligados a actuar ante las catástrofes y tumultos que objetivamente se preparan para los próximos años. A fin de que esa acción sea universal habrá que dar la bienvenida a los movimientos nacionalistas, étnicos y tribales que luchan en su interior contra las mafias que los dominan y también por el derecho de los pueblos, un valor universal tan importante como el derecho de los individuos y el de los trabajadores (González Casanova, 1994: 296).

Pero en la lógica de González Casanova no se podría declarar universal cualquier movimiento si antes no se cuestionaba críticamente, si su alternativa era verdaderamente democrática. Por ello las organizaciones de «los de abajo» deben comenzar su lucha desarrollando prácticas democráticas en todas y cada una de sus acciones. Solo de esta manera se exorciza el fantasma de la tiranía y el dogmatismo.

El punto de Pablo González Casanova era el elaborar una utopía más avanzada que las marxistas o socialdemócratas. En este tenor, los intelectuales y dedicados a la ciencia de lo social, tienen una tarea y responsabilidad en esta utopía. En ese proceso histórico, como siempre, la investigación en ciencias sociales tendría una responsabilidad inmensa porque:

> Ya conscientes del fracaso político y epistemológico, la corrección de conceptos sobre un sistema mucho más abierto de lo que se creía —y la investigación de fenómenos dentro de ese sistema, en gran medida abierto— es una tarea fundamental para la dialéctica científica. Esta no solo tiene que reestudiar a sus clásicos, y a partir de ellos reformular sus conceptos actuales. No solo necesita retomar a otros que despreció como Durkheim y Weber. También necesita retomar la dialéctica real y sus conceptos actuales para ver los límites de aplicabilidad de estos, y para precisar hasta qué punto muchos conceptos que manejamos ni se basan en la dialéctica real ni se basan en la científica. Entre ellos se

> encuentran los conceptos de democracia, de etnia, de pueblo, de clase, de solidaridad, de burocracia y otros tan mal llevados e investigados, tan descuidados en el uso y abandonados en la reflexión, o ninguneados como verdaderos conceptos-acción, como los de plusvalía, explotación, excedente, todos desvinculados de las nuevas categorías reales altamente significativas en el curso del neocapitalismo como los estratos, la movilidad social, la marginación, o de las más recientes del neoliberalismo como la exclusión, y las inversiones y acciones focalizadas (González Casanova, 1994: 298).

La dialéctica a la que se refiere González Casanova tiende a reflexionar sin prejuicios o dogmas; se alza contra lo políticamente correcto y sobre cualquier acto de fe dentro de la lucha social. Por eso alguna vez afirmó sin empacho:

> la dialéctica científica tiene que plantearse los problemas de la democracia de «los de abajo»; de una economía mundial sin explotación y sin grandes desigualdades; y de un universalismo en donde la lógica de las mayorías en una nación o una etnia no sea nunca racista ni excluyente. Se trata de problemas reales no solo políticos sino científicos, sobre cuyo comportamiento probable o posible, tenemos un conocimiento inseguro (González Casanova, 1994: 298).

Este es el pensamiento que comienza a estructurar González Casanova frente al nuevo siglo y el que se fue. Así reaccionó ante las nuevas dinámicas de la historia. En cierto sentido fue incorporando las lecciones de la historia a su pensamiento. Después de la caída del muro de Berlín su mirada crítica se modificó. Estas tormentas ideológicas lo sacudieron, pero a la vez reforzaron la base central de su vida intelectual y política: solo de los pobres de la tierra puede construirse una democracia para la liberación.

Este principio lo asimiló durante medio siglo, por lo que en sus análisis testifica los acontecimientos políticos y sociales producidos en América Latina y el mundo. Esto explica el hecho que, en sus reflexiones, incluya los acontecimientos históricos cuyas

repercusiones han tenido un especial significado político-ideológico y teórico en el acontecer mundial. Por ejemplo, la revolución cubana en 1959, la Unidad Popular en Chile (1970-1973), las dictaduras militares de los setenta en América Latina, la Revolución Nicaragüense en 1979, «la caída del muro de Berlín (1989), la desarticulación del bloque militar y político de la URSS, la revolución tecnológica y las ciencias de la complejidad, y el proceso de mundialización y globalidad» (Roitman, 2009: 46).

Hoy las cosas son distintas en comparación de lo que había en la década de los setenta y ochenta. Por eso el autor de *La democracia en México* no dejó de pensar que ahora el problema es observar con claridad que, ante la globalización del colonialismo en sus formas de dominación, explotación, exclusión, represión y mediación, es necesario considerar las experiencias pasadas y actuales que sirvan para imaginar y construir una utopía realizable en el proyecto de la vida que tiene de base la «democracia de todos» (González Casanova, 1998: 33).

Con toda la experiencia acumulada y discriminada críticamente, Pablo González Casanova llega a dilucidar con mayor claridad el concepto de democracia. En los noventa el concepto ya es más claro en su perfil intelectual. Años atrás, en la década de los ochenta había un entusiasmo por la democracia, pero a ello se sumaba un malestar ocasionado por saber tan poco y con inexactitud sobre la definición del término. En aquel momento se sabía muy bien que eso era un reto para las ciencias sociales de ese momento y González Casanova lo afrontó en 1986:

> Al hablar de la democracia es necesario incluir por lo menos cinco categorías: la represión, la negociación, la representación, la participación y la mediación. Ese conjunto de categorías es ineludible. Sin ellas todo análisis sobre la democracia es incompleto. Por extraño que parezca, al analizar cualquier democracia hay que preguntarse cómo anda la represión, y no solo la que se ejerce físicamente contra la persona o la gente con acosos, encarcelamientos, desapariciones, crímenes y masacres. En el análisis de cualquier democracia cabe ver el contexto de la represión física, moral y económica contra las personas como individuos y como co-

> lectividades, como personas y como pueblos o como clases, como violación de derechos de individuos o como violación de derechos de colectividades (González Casanova, 1986: 3).

En esa década echa en cara el que se hable de democracia sin mencionar el imperialismo, la explotación o la miseria de los pueblos. Los propagandistas y retóricos de la época, como hoy, querían abstraer el término hasta dejarlo en el tema solo de los procesos electorales. Pero el autor de *Sociología de la explotación* provocaba al afirmar que la represión es un indicador de cómo anda la democracia. También lo es la negociación. Cómo se negocia y quiénes negocian es un termómetro para saber el estado de la representación democrática.

Y eso no solo plantea el problema de la participación del pueblo en el poder, sino otra vez el problema de la participación del pueblo en la propiedad y en el consumo, y no solo en la propiedad que va más allá de los andrajos y el hambre, sino en la clásica de los medios de producción. De donde analizar la democracia sin el imperialismo, sin el capital monopólico y trasnacional, y sin las clases, o los trabajadores que no tienen capital, es hablar, en nuestra América, con muy poca seriedad o con muy poca coherencia de la democracia. De modo que si nos planteamos hoy el problema de saber cómo anda por América la democracia tenemos que plantearnos cómo anda la represión, la negociación, la representación y la participación (González Casanova, 1986).

Todo esto se conecta con lo dicho en *La democracia en México*. En aquel entonces el contexto era diferente, es verdad, pero la apuesta de González Casanova por definir qué es o debe ser la democracia, no. En 1965 afirmaba que la democracia es la base del desarrollo económico, político y social de los pueblos. Que, no hay democracia ni desarrollo de ningún tipo cuando existen condiciones de explotación; tampoco cuando un porcentaje considerable de la población no tiene educación, salud, alimentación, trabajo, techo, justicia, derechos, dignidad y paz. Que la democracia implica incremento de la producción y distribución equitativa de la riqueza, poder de negociación y organización de los trabajadores, democratización interna de organizaciones, fren-

tes, colectivos, sindicatos y partidos, y lo más fundamental: participación del pueblo en el poder.

Entonces, preguntarse por las mediaciones en el terreno político es indispensable también para saber cómo anda la democracia. Hoy como en aquel entonces, González Casanova planteó el problema: ¿Cómo anda hoy en nuestra América y en el mundo la lucha por una democracia universal, para todos y con poder? Si antes expresaba:

> En este terreno siento que el mensaje actual de los pueblos más lúcidos es luchar por una democracia con el poder del pueblo. El mensaje es uno; que los pueblos luchen por una democracia con poder, con poder de pueblos soberanos y con poder de pueblos trabajadores, que imponen su voluntad mayoritaria y humanista a imperios y minorías oligárquicas, a ese curioso tipo de burguesías más o menos ineptas o corrompidas asociadas a las trasnacionales (González Casanova, 1986: 5).

Hasta en sus últimos días González Casanova insistió en una lucha por una democracia con poder, pero esta vez más universal, plural y social.

A pesar de todo lo ocurrido en la historia de la humanidad del siglo XX y lo que se vislumbra en el futuro, la defensa de la democracia en el siglo XXI es un objetivo fundamental en la trayectoria de Pablo González Casanova. Como él mismo lo expresó:

> con todos los cambios, seguí y sigo pensando en términos de la explotación, la democracia y el pluralismo ideológico. En 1968 mis hijos, encabezados por Pablo, me enseñaron a deshacerme de mi estilo de pensar lombardista o populista. Con enorme dificultad aprendí con ellos, y con su generación, a dar a la democracia, en la que siempre había pensado, un nuevo contenido y un nuevo impulso (González Casanova, 1995: 13).

Ahora, después de 1989, el impulso que emprendió fue el de pensar la democracia sin exclusiones, universal y para todos.

Referencias

Blanco, A. R. y Jackson, L. C. (2017) «Jefes de escuela en la sociología latinoamericana: Gino Germani, Florestan Fernandes y Pablo González Casanova» *Sociológica*, año 32, núm. 90, enero-abril, pp. 9-46.

González Casanova P. (1965) *La democracia en México*. Ciudad de México: ERA.

González Casanova, P. (1967). *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*. Ciudad de México: UNAM.

González Casanova, P. (1969). *Sociología de la explotación*. Ciudad de México: Siglo XXI.

González Casanova P. (1986) «Cuando hablamos de democracia, ¿de qué hablamos?». *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 48, núm. 3, julio-septiembre, UNAM, pp. 3-6.

González Casanova P. (1994) «Lo particular y lo universal a fines del siglo XX». *Nueva Sociedad*, núm. 134, noviembre-diciembre, pp. 280-298.

González Casanova P. (1995) «Pensar la democracia y la sociedad: Una visión crítica desde Latinoamérica». *Revista Anthropos*, núm. 168, pp. 5-13.

González Casanova P. (1998) «La democracia de todos». Emir Sader (ed.), *Democracia sin exclusiones ni excluidos*, ALAS, CLACSO, UNESCO, Nueva Sociedad.

González Casanova P. (2004*) Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*. Ciudad de México: Anthropos, IIS, UNAM.

González Casanova P. (2017) «La guerra y la paz en el Siglo XXI». *ALAI*, disponible en <https://www.alainet.org/es/articulo/182982>.

Roitman, R. M. (comp.) (2009) «Antología y presentación». González Casanova, P., *De la sociología del poder a la sociología de la explotación: pensar América Latina en el siglo XXI*. Siglo del Hombre Editores, CLACSO.

CAPÍTULO IV

Acercamiento y distanciamiento crítico de la teoría de la dependencia en América Latina

En el conjunto de la obra de Pablo González Casanova se encuentra un distanciamiento crítico con lo que considera sociología populista: aquella que se construyó dentro de los parámetros del pensamiento de la CEPAL, influida por la teoría de la dependencia que elaboraron Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (1969). Sin embargo, en ese marco, también se encuentra un acercamiento con la corriente marxista crítica de la teoría de la dependencia. La amplia mirada de este intelectual de la digna rebeldía sobre la sociología de América Latina y el Caribe ofrece una perspectiva global, totalizadora, ecuménica, donde convergen los procesos de liberación nacional, los movimientos sociales protagonizados por trabajadoras y trabajadores y la organización consciente de una transformación socialista.

En su distanciamiento crítico con respecto a esos dos enfoques hay que situar el aporte de González Casanova. Aquí destaca su análisis de la historia como matriz de los procesos de liberación nacional, los cuales se oponen al imperialismo, a la explotación y al colonialismo interno. Ciertamente, América Latina y el Caribe comparten una historia común, sin embargo, las historias nacionales tan diversas implican reconocer un impacto diferente entre lo externo y lo interno, donde la versión histórico estructural de la dependencia se queda corta en su interpretación. Y donde la versión marxista de la dependencia no logra establecer los vínculos particulares entre la Ley del Valor, la lucha de clases y el condicionamiento que presentan los procesos de liberación nacional de cara a la revolución socialista. González Casanova interpela a la sociología latinoamericana, critica las relaciones entre teoría y

práctica, observa las consecuencias políticas de ese pensamiento, y así formula su «ciencia crítica», bajo el horizonte inseparable del intelectual de la digna rebeldía.

En su producción intelectual sobre la dialéctica desarrollo-subdesarrollo, está su trabajo *Sociología del desarrollo latinoamericano* (1970), *La nueva organización capitalista mundial vista desde el sur*, junto con Samir Amin (1995, 2 vols.), y en sus artículos para revista: «Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo» (1963), «Las hipótesis del mundo subdesarrollado. La política interna y externa de los países subdesarrollados» (1966), «Sociología y desarrollo de América Latina» (1969), «Los clásicos latinoamericanos y la sociología del desarrollo» (1970), «Las reformas de estructura en América Latina. Su lógica dentro de la economía del mercado» (1971). Entre sus obras de historia latinoamericana destacan los libros: *América Latina: historia de medio siglo (1925-1975)* (1977, en dos volúmenes), *Imperialismo y liberación en América Latina. (Una introducción a la historia contemporánea de América Latina)* (1979).

En lo que respecta a su obra vinculada con el debate democrático y el Estado, destacan tres libros que coordinó: *Las reformas de estructura en América Latina. Su lógica dentro de la economía del mercado* (1990), y dos más junto con Marcos Roitman: *América Latina, hoy. La democracia en América Latina. Actualidad y perspectivas* (1992) y *Democracia y estado multiétnico en América Latina* (1996). En este tema destacan los artículos para revista: «El nacionalismo de los países oprimidos» (1967), «Las democracias aparentes y los países semicoloniales» (1967), «Dictaduras y democracias en América Latina» (1980).

En lo que hace a violencia y militarismo está el libro: *Los militares y la política en América Latina* (1988) y el artículo: «La violencia latinoamericana en la investigación empírica norteamericana» (1970). Y, en lo que respecta a la sociología y las ciencias sociales, produjo los artículos: «El futuro de América Latina. (Un análisis de las predicciones actuales)» (1969), «América y el socialismo. (Algunas fuentes de error en la predicción política)» (1971), «Sistema y clase en los estudios de América Latina» (1978), «Autocrítica de la sociología latinoamericana (1945-1988)» (1988) y «Las Ciencias Sociales en América Latina» (2019).

El área centroamericana ha sido de especial interés para González Casanova. Los libros: *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana* (1984), *El poder al pueblo* (1985), y los artículos: «Por la soberanía de los pueblos de Centroamérica y el Caribe (Notas para un manifiesto)» (1981).

En su deslinde con respecto al marxismo y la revolución, están algunos artículos: «El eurocomunismo y la experiencia de América Latina» (1980), «América Latina: marxismo y liberación de los planteamientos pioneros» (1980) y «La revolución dialéctica» (1982).

Entre la teoría de la dependencia de F.H. Cardoso y Enzo Faletto y el marxismo crítico: el pensamiento rebelde de Pablo González Casanova

Pablo González Casanova se relaciona con la sociología latinoamericana en tres planos. En uno, reconoce la sociología empirista de los años 50, en otro la sociología que denomina populista y, la parte fuerte que resalta es con relación a los clásicos de la sociología. En este último caso, hay varios autores como Andrés Bello, José Enrique Rodó, Domingo Faustino Sarmiento, José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui, José Martí, Eugenio María de Hostos; a través de ellos, González Casanova problematiza la manera cómo se concilian sus pasiones por la libertad, la independencia, la cultura y la civilización para alcanzar una sociedad estable (Torres, 2017).

En cuanto a la sociología empirista la caracterizaba por su afán de objetividad científica que, sin embargo, deja de lado el reconocimiento de la originalidad en el estilo de los pensadores latinoamericanos y el cultivo de la filosofía, la historia y la política; todo con el fin de concentrarse en la precisión estadística que, si bien es indispensable, es al mismo tiempo cómplice de un mundo que hace experimentos numéricos para fortalecer el *statu quo*. En consecuencia, la sociología crítica que va imaginando González Casanova, reacciona contra esta tendencia que privilegiaba lo cuantitativo por encima de lo cualitativo. Observa que surgen

con fuerza la teoría de la dependencia, de la marginalización, de los estudios sobre el colonialismo interno y de las clases sociales, en las que se mezclan diversas influencias sociológicas. Pero, distingue dos tendencias en las que se bifurca la teoría de la dependencia:

- Por una parte, lo que él llama sociología populista porque fue construida por economistas e ideólogos del populismo quienes intentaban conectar ideas y problemas de la cultura nacional de los pueblos latinoamericanos con la acción pública del Estado. Esta sociología vio sus límites con la aparición en la segunda mitad del siglo XX de los movimientos revolucionarios y la diversificación de los conflictos en la región, que situaban a esta primera época de la teoría de la dependencia en una crisis epistemológica. Ello se debía principalmente a la renuncia de la sociología por la investigación histórica que explica las estructuras de la sociedad, los factores de poder de un sistema político, o los tipos de relaciones sociales desiguales entre naciones y clases.
- Por otro lado, la crisis epistemológica de la teoría de la dependencia, de acuerdo con las propuestas liminares de Cardoso y Faletto, aunadas al estructuralismo de Raúl Prebisch y de la CEPAL, lleva a una tendencia en la que esa teoría de la dependencia es analizada por el marxismo crítico, según el cual la historia de la lucha de clases marca indeleblemente la formación social latinoamericana y caribeña. Don Pablo González Casanova jugó un papel importante en lo que respecta al impulso de la teoría crítica de la dependencia, pues como fundador del Centro de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM en 1960, abrió espacios de investigación que ocuparon destacados críticos de la dependencia que habían sido exilados de sus países por razones políticas; entre ellos: Clodomiro Almeyda, Sergio Bagú, Agustín Cueva, Ricardo Fenner, Ruy Mauro Marini, Rafael Menjívar Larín, Carlos Morales, Eduardo Ruiz Contardo, Mario Salazar, Gregorio Selser y René Zavaleta.

Además, nuestro intelectual fue presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología de 1969 a 1972, y su presidente Honorario de 1983 a 1985. Todo un periodo en el que dialogó con los intelectuales críticos de la teoría de la dependencia. Aunque ese diálogo no se construyó desde la polémica con autores definidos, sino que se hizo a partir de la reafirmación del enfoque particular de González Casanova, que instaba a recuperar la experiencia válida de los pensadores clásicos latinoamericanos, pero, a la vez, llamaba a estudiar las transformaciones políticas, estratégicas y técnicas del momento.

En sus diversos trabajos sobre América Latina y el Caribe, González Casanova[1] ve con mirada crítica la tradición intelectual que se encargaba de determinar la conciencia nacional, en la medida en la que esa tradición traducía la persistente fe en la utilidad del conocimiento para plantear soluciones a los «Grandes Problemas Nacionales». Así, entre la sociología empirista y la sociología populista se produjeron investigaciones que se hicieron bajo criterios estrictos y eficaces que también estarían respaldados por la formación académica universitaria. Mientras que la sociología empirista se debate entre la ciencia básica y la ciencia aplicada, la sociología populista utiliza las ciencias sociales que integran di-

1 Fue miembro del Comité directivo de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, con sede en Santiago de Chile, en el cual dirigió su Consejo de 1959 a 1965; del Centro Latinoamericano de Investigaciones Sociales, con sede en Río de Janeiro; de la Association Internationale de Sociologues de Langue Française (1964); del Comité pour la Documentation des Sciences Sociales, del que fue director. Fue director de investigación visitante de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas de París (1975), profesor de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (1976), en 1982 fue coordinador del proyecto «Las perspectivas de América Latina», auspiciado por la UNAM y la Universidad de las Naciones Unidas. En 1991 fue Director y coordinador, con M. Roitman, del curso «La democracia en América Latina: actualidad y perspectivas», en la Universidad Complutense de Madrid. Posteriormente, en 1992 en esa misma universidad dirige, con M. Roitman, el curso «La democracia y el Estado multiétnico en América Latina». Y en 1993 dirige, también con M. Roitman, el curso «Democracia y autoritarismo en la cultura iberoamericana». Ha colaborado en *Cuadernos Americanos, Historia Mexicana, Universidad de México, Casa de las Américas,* entre otras publicaciones orientadas hacia América Latina y el Caribe.

versas disciplinas en su relación con las políticas y la acción públicas del Estado.

Cuando publica *Imperialismo y liberación en América Latina: una introducción a la historia contemporánea* (1978); y *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana* (1984) están claras ya sus diferencias con la teoría de la dependencia y también con sus críticos. Aunque la metodología que sigue no entra en polémica con autores y teorías que no comparte, sus propuestas dejan ver sus particulares aportaciones a la sociología y las ciencias sociales de América Latina y el Caribe. Nuestro intelectual se rebela contra el marxismo dogmático: en 1969 su obra *Sociología de la explotación*, esbozaba un estudio original en torno de la teoría de la plusvalía en la etapa de la competencia monopolista del capitalismo. Libro que resalta el tránsito de una sociología que describe asimetrías y desigualdades sociales, sin llegar a identificar las fuentes de poder, hacia una sociología omnicomprensiva que sitúa las relaciones sociales dentro de la base material del capitalismo y su condicionada reproducción por la estructura de poderes de facto y su cristalización en el Estado.

En suma, una sociología que interpreta la realidad, pero que también identifica las formas de dominación ejercidas contra los trabajadores, tanto como sus resistencias y su imaginación de alternativas frente a la explotación. Así, González Casanova se acerca a diversas categorías del marxismo —concebido como «ciencia crítica», objetiva, que va más allá del pensamiento o de una teoría específica—, como la división internacional del trabajo que organiza y jerarquiza las relaciones entre centro y periferia mediante transferencias de excedentes de las regiones coloniales hacia las regiones imperialistas. Lo cual puede coincidir con los críticos de la teoría de la dependencia, aunque González Casanova enfatiza los vínculos del imperialismo con la cuestión del colonialismo interno que sustenta desde dentro la dominación para la explotación, y también subraya las resistencias contra la dominación, expresadas por diversos proyectos políticos alternativos creados en torno de la idea de revolución y, para el caso latinoamericano, particularmente en Cuba y Centroamérica, los procesos de liberación nacional. En su obra desarrollada después de los años 70 se constata un

> [...] embate contra los marxistas deterministas, que ya anunciaban el despeñadero y muerte del sistema como si este no fuera a «reaccionar». También era contra los «dependentistas» [estructural-funcionalistas] que no le daban a la «ley del valor» y a la necesaria explotación que acompaña al colonialismo y la dependencia, la enorme importancia que tiene para explicar lo que ocurre en la periferia y el centro del mundo (González Casanova, 2006: 14).

Sin embargo, las diferencias aquí planteadas no se dan únicamente con respecto a los teóricos de la dependencia de orientación estructural funcionalista, sino también con respecto a los críticos marxistas de la dependencia. La Ley del Valor centrada en la explotación del trabajo, sumada al concepto de colonialismo interno, el imperialismo y la relación entre centro y periferia, se relacionan directamente en la obra de González Casanova con el sistema de actores que sustentan idearios revolucionarios y de liberación nacional, así como con el tema de la violencia, las Fuerzas Armadas y el carácter de las guerras impulsadas en diversos países latinoamericanos, las cuales provienen de movimientos populares armados que combatieron en las guerras de Independencia del siglo XIX.

> A mediados de los sesenta pareció una ilusión grotesca lograr la independencia y el desarrollo bajo el liderazgo de la «burguesía nacional» dentro del capitalismo [...] La lucha contra la dependencia dejó de verse como un cierto progreso de una etapa colonial o neocolonial a otra independiente. Ya no se consideró como una lucha complementaria de los pueblos colonizados bajo el liderazgo de una burguesía nacionalista y democrática que los haría avanzar en luchas intermedias anteriores a la del socialismo. Ya ni siquiera se le consideró como una lucha. La dependencia era un hecho espacial, una estructura esencial del sistema social prevaleciente (González Casanova, 2019: 12).

A diferencia de la teoría de la dependencia, representada particularmente en Cardoso y Faletto (1967, 1977), González Casanova

también introduce ciertos matices en sus análisis de los críticos marxistas de la dependencia que si bien abordan la lucha de clases en el plano económico, no incluyen con fuerza suficiente al poder militar: las guerras internas —no necesariamente guerras civiles—, la política de la violencia y las enormes contradicciones para lograr el desarrollo del capitalismo que representan los conflictos y la violencia estatal.

> El fenómeno [de la violencia] es registrado por estudiosos y políticos y conduce necesariamente a nuevas y opuestas posiciones, pero el espectro del vacío político del desarrollo va desde autores liberales: Prebisch, Stein Rokkan, hasta marxistas: Guevara, Debray. Empieza a surgir un nuevo tipo de hecho: la política de la violencia. Eckstein, entre otros muchos, estudia el problema de la «guerra interna» y en el período de 1946 a 1960 enumera el número de guerras civiles, actos de terrorismo, motines, pronunciamientos militares en cada uno de los países latinoamericanos: Cuba 100, Argentina 57, Bolivia 53, Colombia 52, Brasil 49, es decir, un total de 692 actos en América Latina, lo que indica el promedio de guerras internas por país (González Casanova 1969c: 270).[2]

Imperialismo y liberación en América Latina (1978a), de Pablo González Casanova analiza la historia del sistema de dominación, en donde el sujeto principal es el imperialismo en sus relaciones con las clases dominantes de los países latinoamericanos; y por otro, la historia de las luchas liberadoras que han ocurrido en la región, en donde el actor principal es la clase trabajadora.

Esta compleja investigación se enmarca dentro de la sociología latinoamericana que nace en los años 60 y 70 al calor de las teorías estructuralistas de la CEPAL y de las experiencias que se plantearon vincular las ciencias sociales con las políticas de gobierno en Latinoamérica y el Caribe, particularmente a través del Insti-

2 Véase: Rokkan, Stein (ed.). 1968. *Comparative Research across Cultures and Nations*. Paris: Mouton. See too: Eckstein, Harry. 1964. *Internal War*. New York: The Free Press of Glencoe.

tuto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES). Eran años de cierto optimismo que estaba fundado sobre la esperanza de que la acción estatal pudiese contribuir al combate de la desigualdad y las asimetrías sociales, las cuales se registraban mediante investigaciones dedicadas a problematizar las contradicciones y desafíos enfrentados por el desarrollo capitalista.

Hay otros autores críticos de la teoría de la dependencia inspirada en el estructuralismo funcionalista: André Gunder Frank con su liminal trabajo: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, abre grandes interrogantes sobre la trama del poder que jerarquiza las relaciones entre centro y periferia, así como Octavio Ianni con su libro: *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*. Vania Bambirra, ofrece su trabajo: *El capitalismo dependiente latinoamericano*; Ruy Mauro Marini investiga sobre *Subdesarrollo y revolución* y *dialéctica de la Dependencia*; mientras que Agustín Cueva analiza *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Estos son, entre otros, los más importantes intentos que se han hecho por explicar en forma global el doble proceso de dominación-liberación en América Latina, frente al imperialismo y la dependencia.

En casi todos los casos, queda en el aire el problema del rigor de las obras que pretenden hacer generalizaciones que sinteticen la explicación de los problemas que aquejan a todos los países del Continente. Unas más y otras menos, la mayoría de estas investigaciones se enfrentan a la necesidad de profundizar sobre análisis históricos concretos, que no dejen de lado las especificidades de cada formación social o de cada región del subcontinente.

Sin embargo, el trabajo de González Casanova establece, más que por cuestiones teóricas o académicas, el hecho político de que la explotación imperialista es un fenómeno común a toda América Latina y que la lucha por la liberación es también una cuestión común de todas las naciones contra el imperialismo principalmente norteamericano. En torno de este debate, plantea:

> Al terminar los sesenta, el viejo concepto de la dependencia estaba completamente desacreditado en casi toda América Latina, mientras el nuevo concepto se vinculaba a las perspectivas teóricas que analizaban la explotación y la

dominación regional como un fenómeno interno e internacional. Se rompió la frontera ideológica de la nación. Se empezó a ver el colonialismo internacional como parte de un fenómeno más amplio que incluía el colonialismo interno, y se consideró el nacionalismo en un país como parte de un fenómeno mundial: el nacionalismo en varios países (González Casanova, 2019: 14).

Más allá de la «dependencia», imperialismo, liberación y el poder al pueblo

El autor divide su estudio sobre imperialismo y liberación en dos grandes partes; en la primera donde analiza el proceso de dominación del imperialismo norteamericano en América Latina, se observan tres periodos que presentan cada uno de ellos variantes sustanciales. El primero, de 1880 a 1933, se caracteriza por la política de expansión marítima y de ocupación militar —una veta del pensamiento geopolítico que mantendrá la obra de González Casanova —,[3] donde la penetración del capitalismo estadounidense permite desplazar a Inglaterra como país hegemónico en la región, gracias al control de recursos estratégicos como el petróleo. Durante este lapso, el estado norteamericano se dedica a proteger la expansión de sus empresas monopólicas y a cultivar los nexos con las oligarquías latinoamericanas.

Durante el segundo periodo (1934-1959) el gobierno de Estados Unidos busca consolidar su poderío por medios pacíficos, apoyándose en el desarrollo del nuevo capitalismo de Estado. Así, las políticas de «Buena vecindad» con Franklin Delano Roosevelt y de «Defensa hemisférica» contra el fascismo durante la Segun-

3 «En 1880 la producción industrial de Estados Unidos igualó a la de Inglaterra. En 1880 fue asesinado el presidente James Garfield, que se oponía a la anexión de nuevos territorios. Poco después el gobierno norteamericano adoptó la ideología expansionista del experto naval Alfred Mahan sobre "invasiones estratégicas". Dio impulso a la armada, llamada [en inglés] "the Navy", y a sus nuevas tropas de invasión: los marines» (González Casanova, 1978a: 15).

da Guerra Mundial, contribuyen a consolidar la dominación latinoamericana en el marco de la Guerra Fría y su desembocadura en la doctrina anticomunista. Mientras esto ocurría, América Latina iniciaba «su» proceso de sustitución de importaciones, en algunos casos bajo una ideología nacionalista que cuando pretendió ir más lejos de lo tolerado por los intereses norteamericanos, se vio enfrentada con intervenciones imperialistas directas o encubiertas. Aunque hubo algunas reacciones nacionalistas que alcanzaron cierta autonomía frente al imperialismo estadounidense: «Un nacionalismo a la vez real y retórico fue la versión ideológica del desarrollo del capitalismo de Estado en las zonas periféricas» (González Casanova, 1978a: 25).

Luego de este periodo:

> Las empresas multinacionales —nueva y ampliada versión del capital monopólico— iniciaron la integración del poder económico, técnico y político entre sus propios cuadros. Las artes combinatorias conocidas como «teoría de los juegos», «análisis de sistemas», «modelos de simulación», «inteligencia artificial» determinaron «marcos teóricos», «variables significativas», «indicadores válidos», formulaciones y representaciones matemáticas, que permitieron jugar con el mundo en las computadoras y simular mundos posibles, en busca de lo «óptimo» para el capital monopólico multinacional y el estado imperialista (González Casanova, 1978a: 26).

Con el triunfo de la revolución cubana en 1959 se inicia el tercer periodo que abarca hasta finales de los años 70. El periodo, dice González Casanova (1978a: 37), «se caracteriza por un replanteamiento de la acción contrarrevolucionaria de las clases dominantes en todos los campos: ideológico, político, cultural, militar y económico». Es aquí donde se engarzan el colonialismo interno y el imperialismo, con lo cual se muestran las diferencias de González Casanova respecto de la teoría de la dependencia.

> Durante muchos años subsistieron las dos debilidades principales de la nueva perspectiva de la dependencia. No

> fue fácil combinar el análisis regional y el de clase, y resultó aún más difícil vincular el análisis objetivo estructural y la acción subjetiva, política y revolucionaria. [...] Muchos sociólogos fueron apresados, exiliados, torturados o asesinados. Estaban acercándose a planteamientos que ellos solos no podían resolver: lo nacional y lo clasista, lo estructural y lo espontáneo solo se integran entre sí con la emergencia de poderosas organizaciones de masas. Solo estas acaban con las limitaciones del nacionalismo y el obrerismo, o con las del estructuralismo y el espontaneísmo (González Casanova, 2019: 16).

Entre 1960 y 1973 Estados Unidos padeció dos fracasos en América Latina: uno, en la aplicación de una política de reformas contrarrevolucionarias dirigidas a aminorar las presiones populares y crear una base social de sustentación social a costa de las burguesías rurales; y dos, el éxito creciente de la revolución cubana, al situar una perspectiva de transformación socialista en el horizonte de lo posible. Paralelamente, Estados Unidos obtuvo dos victorias: una, en los beneficios financieros logrados por la integración latinoamericana con hegemonía del capital monopólico, y otra victoria relativa fue su política de contrainsurgencia, la cual reconoce que el enemigo interno (la efervescencia revolucionaria) era más peligroso que el «avance del comunismo" desde el exterior.

A partir de 1960 «proliferan las intervenciones y las invasiones, y las dictaduras militares sustituyen a varios gobiernos civiles». La política de desestabilización se utilizó para derrocar o doblegar regímenes nacionalistas con cierta base popular: el gobierno de la Unidad Popular en Chile, el gobierno de Juan José Torres en Bolivia, el de Isabel Perón en Argentina, el de Velasco Alvarado en Perú, «e incluso el de México durante las elecciones de López Portillo». Derrocamientos o imposiciones de gobiernos afines al imperialismo que surgieron gracias a la forma en la que se concatenan el colonialismo externo —privilegiado por la teoría de la dependencia— y el colonialismo interno —concepto que González Casanova o Rodolfo Stavenhagen veían íntimamente articulado con el imperialismo—.

> Las políticas «desestabilizadoras» —utilizadas con anterioridad de manera más o menos aleatoria— se convirtieron desde los años cincuenta y sobre todo a partir de los sesenta, en el arte de la respuesta imperialista a la crisis. El imperialismo utilizó las contradicciones internas de los países dependientes de África Asia y América Latina para amedrentar, debilitar y derrocar a los gobiernos que presentaban distintos tipos de resistencia a su dominación, o que buscaban caminos legales y pacíficos de liberación dentro de proyectos nacionalistas o socialistas (González Casanova, 1978a: 43).

De la crítica a la teoría de la dependencia, a la resistencia y la revolución

En la segunda parte del libro: *Imperialismo y liberación*, se destacan esas luchas de resistencia, porque para González Casanova la historia de las masas es mucho más rica y compleja que la de las clases gobernantes. Un enfoque que releva la historia social como historia del pueblo: «en los países coloniales y dependientes la historia de las masas encierra una lucha de naciones y otra de clases, con varios y variantes actores que se juntan, unen y dividen en los movimientos de liberación nacional» (González Casanova, 1978a: 50). Para distinguir esos movimientos de resistencia frente al auge imperialista, y su articulación con la cuestión nacional, el autor distingue cinco etapas significativas y una posible sexta etapa que sería iniciada por el golpe de Estado contra Salvador Allende en 1973 (Batta, 2019).

En la primera etapa (1880-1905), las características más sobresalientes del periodo analizado se pueden resumir en la inexistencia de una clase obrera poderosa (la clase obrera moderna estaba en proceso de gestación), y en que los movimientos de liberación estuvieron en su mayoría dirigidos por lideres con ideología liberal. Aquí se describen las «insurrecciones socialistas» ocurridas en algunas regiones de México, o el proyecto del presidente chileno José Manuel Balmaceda, llevado a cabo de 1880 a 1891, que se enfrentó al imperialismo inglés a fin de asegurar para Chile las

posibilidades de un desarrollo capitalista independiente. También se menciona el levantamiento indígena boliviano dirigido por el «temible Willka» a fines del siglo XIX, y la lucha de liberación nacional cubana en la que participa José Martí, fundador del Partido Revolucionario Cubano, como el «precursor e ideólogo más sistemático y profundo de la lucha contra la oligarquía latinoamericana y contra sus estilos tenaces de dominación» (González Casanova, 1978a: 85).

En el análisis de la segunda etapa de las luchas de liberación (1905-1920) González Casanova menciona y describe varios movimientos que enfrentan luchas en todos los campos y utilizan variados métodos: huelgas de fábricas, luchas electorales, levantamientos campesinos e incluso la insurrección obrera. Una etapa influida por cambios revolucionarios que fueron protagonizados por importantes movimientos de masas. No obstante, estos movimientos no lograron crecer porque no existió en las masas campesinas una agitación semejante a la llevada a cabo por los obreros. Las luchas campesinas y obreras no fueron simultáneas y unidas, a pesar de ello, los trabajadores organizados lograron conquistar importantes mejoras como la reducción de la jornada de trabajo, mejores condiciones laborales para mujeres y niños. En 1918 destaca un movimiento antiimperialista, significativo de las reformas impulsadas por las clases medias: la reforma universitaria de Córdoba, Argentina, que propuso la autonomía académica de las instituciones de cultura superior y la participación de los estudiantes en el gobierno de las universidades, que las vinculaba con la lucha social, antiimperialista y por el socialismo. Un acontecimiento cuyo análisis influye profundamente en la vocación universitaria transformadora de González Casanova.

En esta segunda etapa, la revolución mexicana es un hecho central que permite comprender mejor la manera en que se articula el imperialismo y el colonialismo interno; al respecto, escribe:

> El movimiento de masas más espectacular y grandioso que ocurrió en esta época en América Latina fue la Revolución Mexicana [...] que empezó con un planteamiento internacionalista, anarquista y proletario, continuó con otro

> más liberal y burgués, y terminó en un movimiento de masas del mundo colonial y semicolonial, dirigido por caudillos de todo tipo y origen social, que dominaron en ciudades, campos y fábricas, regulando o representando las demandas de las masas dentro de un largo y complejo proceso de desarrollo del capitalismo (González Casanova 1978a: 98-102)

La tercera etapa de las luchas de liberación de las naciones latinoamericanas (1920-1935) se diferencia de las anteriores, por el hecho de que la clase trabajadora cuenta ya con organizaciones sindicales y políticas propias. Con esto, los términos de la lucha nacional y de la lucha de clases a escala internacional se alteran considerablemente, aun cuando la división de la izquierda latinoamericana, y la adopción de líneas políticas (Internacional Comunista) importadas frenaron las transformaciones sociales profundas (Batta, 2019). Sin embargo, la transformación de las bases materiales del capitalismo generada por la Segunda Guerra Mundial propició el aumento de la clase obrera y así los trabajadores asalariados iniciaron luchas por la solución política de los problemas laborales. Bajo el influjo de la Revolución rusa y de la III Internacional Comunista, hay una difusión creciente de los principios marxistas-leninistas, que hizo surgir varios partidos comunistas en Latinoamérica y el Caribe. González Casanova destaca las aportaciones que hicieron Luis Emilio Recabarren, de Chile, José Carlos Mariátegui, de Perú y Julio Antonio Mella, de Cuba, en la adaptación de los partidos comunistas respectivos a las luchas por la liberación nacional cuyos fundamentos teóricos y prácticos influyeron durante toda esta tercera etapa. Lejos de la teoría de la dependencia, estos casos muestran la interrelación entre la cuestión nacional y la internacional, desde postulados anticoloniales.

En la cuarta etapa, las organizaciones de masas se propusieron —dice González Casanova— proyectos confinados a los límites del capitalismo. Este lapso (1935-1959) coincide con el anticomunismo del imperialismo norteamericano que, a partir de la Conferencia de Río (1957) y la creación de la OEA (1948), trató a toda costa de detener todo movimiento antiimperialista (Batta, 2019). El anarquismo había perdido influencia, la vía insurreccional y

su convocatoria a la creación de frentes populares registró grandes fracasos y los partidos comunistas se debatían entre la lógica internacional de las luchas de clases y la lógica de masas en la lucha interna. Disyuntivas que no se planteaban en el marco de la teoría de la dependencia; entre 1935 y 1959:

> Las variaciones de la política de enfrentamientos y alianzas siguieron también los cauces concretos de la lucha de clases, según las especificidades de cada estado y de cada gobierno, según la política predominante del imperialismo y la gran burguesía en cada país, según la existencia o ausencia de dictadores personales y, sobre todo, según la fuerza y el carácter de los movimientos populares (González Casanova, 1978a: 190)

La quinta etapa, que se inicia en 1959, está profundamente influida por el triunfo de la revolución cubana. Del análisis de este periodo se desprenden varios rasgos originales del pensamiento de González Casanova en relación con el vínculo original que se establece entre revolución, procesos de liberación nacional, comunismo y proyecto socialista. Como intelectual de la digna rebeldía, don Pablo se comprometerá con la defensa argumentada de Cuba socialista, de Nicaragua y Venezuela, como procesos de liberación nacional originales. Después de la transformación socialista de la nación cubana todas las luchas de liberación y todas las luchas de las clases trabajadoras tienen en mente la combinación de estos procesos. «El problema de los revolucionarios latinoamericanos fue el de saber qué elementos de la revolución cubana se aplicaban a otros países y cuáles eran exclusivos de Cuba» (González Casanova, 1978a: 256).

Al final del libro *Imperialismo y liberación*, González Casanova deja abierta la interrogante sobre el significado de parteaguas que representó el golpe de Estado contra Salvador Allende en Chile: «A partir de 1973 tal vez se inició un nuevo periodo en la historia de las masas, que tiende a vincular cada vez más estrechamente la lucha contra el fascismo, contra el imperialismo, contra las burguesías asociadas y por el socialismo». En ese sentido, registra dos diferentes momentos para el logro de la inde-

pendencia; el primero se hizo con ideologías liberales, mientras que la segunda independencia se hará con ideologías socialistas. El estudio de América Latina que hace ofrece una perspectiva global, totalizadora, ecuménica, donde convergen los procesos de liberación nacional, los movimientos sociales protagonizados por las y los trabajadores y la organización consciente de una transformación socialista.

Así como la revolución cubana impactó a la sociología latinoamericana y caribeña, las experiencias positivas y negativas del gobierno de Salvador Allende hicieron lo suyo:

> Cuando el gobierno de Allende cayó bajo el sanguinario golpe de Estado de Pinochet, los sociólogos chilenos hicieron otra importante aportación a las ciencias sociales; en la medida en que contribuyeron a esclarecer la lógica de los procesos revolucionarios. Establecieron una clara distinción entre política y poder, entre «sistemas políticos» y Estado. Aunque esa diferencia había sido advertida con anterioridad, nunca fue suficientemente aclarada. La teoría marxista, de un lado, hacía énfasis en las relaciones de clase del Estado; con frecuencia descuidaba las del Estado y los sistemas políticos. [...] En Chile, la distinción entre la política y el poder, entre la ley y la fuerza, aclaró los límites de la acción parlamentaria y legal de los partidos políticos (González Casanova, 2019: 20).

Cuando en 2019 González Casanova relaciona la sociología y las ciencias sociales, ya no está pensando en la Teoría de la Dependencia, quizá sí en la crítica marxista; concluye que:

> Hoy no vemos los problemas de la sociedad y el Estado en América Latina con una mirada simple. El análisis que no toma en cuenta a las clases sociales o el que las toma en cuenta de manera muy burda han sido eliminados en los mejores trabajos. Es más, escritores y analistas políticos han desarrollado un lenguaje muy distinto al de los neopositivistas o al de los marxistas convencionales (González Casanova 2019: 21).

Referencias

Batta Fonseca, V. (2019). «Imperialismo y liberación en América Latina». *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 26 (101). ISSN 2448-492X. <www.revistas. unam.mx/index.php/rmcpys/article/view/72425>.

Cardoso, F. H., y Faletto, E. (1967). *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica.* Santiago: Instituto Latinoamericano de Planificación Económica Social (Serie Documentos Teóricos, núm. 1).

Cardoso, F. H., y Faletto, E. (1977). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI.

González Casanova, P. (1963). «Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo». América Latina, Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, VI (3), 15-32.

González Casanova, P. (1966). Las hipótesis del mundo subdesarrollado: La política interna y externa de los países subdesarrollados. In Approaches to comparative and international politics (pp. 131-149). Northwestern University Press.

González Casanova, P. (1967a). «El nacionalismo de los países oprimidos» (pp. 74-88). *Cuadernos Americanos*.

González Casanova, P. (1967b). «Las democracias aparentes y los países semicoloniales». *Revista de la Universidad de México*, XXI, 10.

González Casanova, P. (1969a). «El futuro de América Latina (Un análisis de las predicciones actuales)». *L'Homme et la Société*, 12, 17-28.

González Casanova, P. (1969b). *Sociología de la explotación*. Ciudad de México: Siglo XXI. Gonzalez Casanova, P. (1969c). Amérique Latine: l'«impossibilité» du développement. Revue Tiers Monde, 38, 251-271. <https://www.persee.fr/doc/tiers_0040-7356_1969_ num_10_38_2493>.

González Casanova, P. (1969d). «Sociología y desarrollo de América Latina». En Desarrollo (pp. 48-55). Colegio de Economistas de México.

González Casanova, P. (1970a). «La violencia latinoamericana en la investigación empírica norteamericana». *L'Homme et la Société*, 15 , 159-181.

González Casanova, P. (1970b). Los clásicos latinoamericanos y la sociología del desarrollo. En *Sociología del desarrollo latinoamericano (Una guía para su estudio)* (pp. 3-37). Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
González Casanova, P. (1970c). *Sociología del desarrollo latinoamericano (Una guía para su estudio)*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
González Casanova, P. (1971a). «América y el socialismo (Algunas fuentes de error en la predicción política)». *Sociología del Desarrollo*, I (1), 12-30.
González Casanova, P. (1971b). «Las reformas de estructura en América Latina: Su lógica dentro de la economía del mercado». *El Trimestre Económico*, XXXVIII, 150 (2), 351-387.
González Casanova, P. (1977). *América Latina: Historia de medio siglo (1925-1975)* (vol. 2). Ciudad de México: Siglo XXI.
González Casanova, P. (1978a). *Imperialismo y liberación en América Latina: Una introducción a la historia contemporánea*. Ciudad de México: Siglo XXI.
González Casanova, P. (1978b). «Sistema y clase en los estudios de América Latina». *Revista Mexicana de Sociología*, XL (3), 867-879.
González Casanova, P. (1978c). «Autocrítica de la sociología latinoamericana (1945-1988)». *Nexos*, (5), 14-17.
González Casanova, P. (1980a). «América Latina: Marxismo y liberación de los planteamientos pioneros». *Revista del Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende*, 1.
González Casanova, P. (1980b). «Dictaduras y democracias en América Latina». *Le Monde Diplomatique*, II (20), 25-28.
González Casanova, P. (1980c). «El eurocomunismo y la experiencia de América Latina». «Sábado», suplemento de *Uno más Uno*, 115, 2-3.
González Casanova, P. (1981, March). Por la soberanía de los pueblos de Centroamérica y el Caribe (Notas para un manifiesto). Uno más Uno, 10.
González Casanova, P. (1982). La revolución dialéctica. En P. González Casanova, *La Nueva Metafísica y el Socialismo* (pp. 29-69). Ciudad de México: Siglo XXI.

González Casanova, P. (1984). *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana*. Editorial Universitaria Centroamericana.
González Casanova, P. (1985). *El poder al pueblo*. Ciudad de México: Océano.
González Casanova, P. (1988b). *Los militares y la política en América Latina*. Ciudad de México: Océano. González Casanova, P. (1990). *El Estado en América Latina: Teoría y práctica*. Ciudad de México: Siglo XXI.
González Casanova, P. (2006). Prólogo a la edición de 2006. En *Sociología de la explotación* (Nueva edición corregida). Pablo González Casanova. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina. http://bibliotecavirtual. clacso.org.ar/ar/libros/secret/gonzalez/prolog.pdf
González Casanova, P. (2019). «Las ciencias sociales en América Latina». *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 30 (117-118). ISSN 2448-492X. www.jour nals.unam.mx/index. php/rmcpys/article/view/72142
González Casanova, P., y Amin, S. (1995). *La nueva organización capitalista mundial vista desde el sur* (vol. 2). Ciudad de México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias Sociales y Humanidades (CEIICH), UNAM, Anthropos.
González Casanova, P., y Roitman, M. (1990). *América Latina, hoy*. Ciudad de México: Siglo XXI. González Casanova, P., y Roitman, M. (1992). *La democracia en América Latina: Actualidad y perspectivas*. Complutense.
González Casanova, P., y Roitman, M. (1996). *Democracia y estado multiétnico en América Latina*. Ciudad de México: Jornada Ediciones; UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias Sociales y Humanidades (CEIICH).
Torres Guillén, J. (2017). «La imaginación sociológica de Pablo González Casanova». *Revista Mexicana de Sociología*, 79 (1), 175-200.

CAPÍTULO V

Aportes teóricos y metodológicos para el pensamiento social crítico

La obra de Pablo González Casanova está lejos de ser comprendida a cabalidad. Su trayectoria intelectual es amplia y diversa. Se requiere explorarla mediante lecturas críticas que evalúen los límites y el potencial heurístico que contiene toda la reserva epistemológica de su trabajo. Una manera de comenzar con esta tarea es estudiando el uso de los conceptos y categorías que González Casanova incluyó en su caja de herramientas para sus distintos análisis de las realidades en México, América Latina y el mundo. La obra base de este tema es la publicada en 1967 *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales* en pleno periodo de la posguerra. En ese tiempo González Casanova observa cómo crecen los fenómenos de cooperación internacional en ciencias sociales y a la vez los conflictos ideológicos. Al estar vinculados ambos fenómenos una de las cuestiones que se planteó en ciencia sociales fue separarlos. La manera en que se hizo fue hacer ciencias sociales por objetivos. Una vez alcanzados estos, los conflictos en pugna de corte político e ideológico quedaban de lado.

Esta solución aparentemente limitó los conflictos ideológicos en la cooperación internacional porque los estudios científicos se restringieron a sus formas descriptivas y morfológicas, como los que hace Naciones Unidas. También porque dichos estudios estaban en función de los requerimientos prácticos de los gobiernos que participaban en la cooperación internacional. Para tal efecto, González Casanova observó que se organizaron equipos homogéneos de investigadores cuya formación científico social fuera parecida. Si participaban equipos heterogéneos que provenían de países del llamado tercer mundo o socialistas, se les limi-

taba a la recolección de datos o se les obligaba a ceñirse a la teoría y metodología de tipo «behavorista». Se evitaba construir modelos de investigación que se propusieran en forma deliberada incluir el conflicto como parte esencial de la cooperación (González Casanova, 1967).

Entonces se hacían selección o muestra de datos con esquemas teóricos, sistemas privilegiados de conceptos, pero cada quien, en su universo de discurso, con metodologías cualitativas o cuantitativas, desde la sociología empírica y las ciencias del comportamiento o desde el marxismo, con técnicas etnográficas y participación militante, o de entrevistas y observación experimental, pero siempre dejando de lado el conflicto y la contaminación teórica e ideológica. La conclusión de González Casanova fue que «el conflicto se ignora cuando se postula que la ciencia propia es la verdadera ciencia y se cree que todos los conceptos, técnicas y resultados de las escuelas opuestas carecen de validez científica» (González Casanova, 1967: 10).

Un análisis serio del conflicto teórico y metodológico en las investigaciones en ciencias sociales no solo llegaría a la conclusión que la dimensión analítica y política son base fundamental de estas, sino además que la cooperación internacional, como lo era en ese entonces, para el desarrollo económico, tenían un carácter verdaderamente irracional. González Casanova tomó en serio este reto y planteó que si no era

> [...] posible eliminar la lucha, sobre todo en un momento crítico de la coexistencia pacífica, en que las ciencias sociales se están usando más y más para fines militares, [era] necesario pensar en modelos que incluyan la lucha al nivel de la investigación científica que busca ser «objetiva», que analicen los supuestos teóricos y políticos de la investigación, las categorías fundamentales que determinan las opciones de todo proyecto (González Casanova, 1967: 12).

Para esto preparó una obra cuya relevancia se preserva hasta la actualidad: *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*. En este trabajo Pablo González Casanova tenía un objetivo: pensar un modelo teórico que incluyera la lu-

cha ideológica en el nivel de la investigación científica para analizar los supuestos conceptuales y políticos de las investigaciones que determinan los proyectos de estas (González Casanova, 1977).

El uso de las categorías en la investigación social

En *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales* González Casanova no discute su objetivo como una simple reflexión a seguir, sino como una propuesta metodológica que tiene implicaciones políticas. Por ese tiempo el autor observó que la formulación del diseño de investigación presentaba varias alternativas según se empiece por establecer un sistema categorial, un sistema de hipótesis, una serie de dimensiones, variables o indicadores (González Casanova, 1977). Era común y aún lo es, ver en los informes censales, estadísticos y demográficos de gobiernos y organismos internacionales el uso exclusivo de indicadores. Las variables se utilizan más en las investigaciones llamadas exploratorias. En estas no pocas veces se determinan las variables de manera arbitraria para después elegir indicadores. Sobre el punto agregaba el autor:

> En la investigación empírica habitual el proceso se inicia con el planteamiento de una serie de hipótesis o de un sistema de hipótesis, y en la más antigua tradición de la filosofía social, el planteamiento parte de las categorías y suele quedarse en ellas o pasar hasta el análisis de la multitud infinita de detalles de la realidad exterior (González Casanova, 1977: 15).

Este simple recuento, el cual puede actualizarse, nos indica que por lo regular las investigaciones en ciencias sociales comienzan por lo concreto, esto es, por descripciones, exploraciones, experimentos y al final los análisis. En términos metodológicos podría decirse que se comienza con los indicadores, las variables, las hipótesis y hasta al final las categorías. El cuadro 1 tomado directamente de la obra de González Casanova, nos muestra de manera

más concreta las consecuencias de estas maneras de diseñar la investigación en ciencias sociales.

Cuadro 1. Nivel de generalización de los conceptos explícitos e implícitos en los diseños de investigación.

	Conceptos				
Planteamiento	*Categorías*	*Hipótesis*	*Dimensiones*	*Características o variables*	*Indicadores*
I	1.°	2.°	3.°	4.°	5.°
II	Implícito	1.°	2.°	3.°	4.°
III	Implícitos		1.°	2.°	3.°
IV	Implícitos			1.°	2.°
V	Implícitos				1.°

Fuente: González Casanova, 1977.

Si observamos el cuadro, la conclusión es evidente: «El planteamiento más completo de un modelo de investigación es aquel que parte de las categorías» (González Casanova, 1977: 16). Todos los demás dejan implícitas las categorías. Si la mayoría de las investigaciones se realizaran a partir del esquema del cuadro 1, se podría poner a prueba la tesis de González Casanova, a saber: «Cuando los investigadores constituyen un grupo particularmente homogéneo, en lo que se refiere a sus cuadros teóricos, a sus posiciones ideológicas y políticas, y no buscan ponerlos en duda o someterlos a prueba, pueden emplear el planteamiento V (González Casanova, 1977: 17). Si se sostiene tal tesis, estaríamos ante un hecho el cual ya es un secreto a voces, a saber, que la investigación científica tiene un componente central en su quehacer: el ideológico y político. En otras palabras, quedaría la evidencia que quienes usan el planteamiento V imponen una manera de ver la realidad, esto es una ideología, con narrativas de neutralidad valorativa y objetividad técnica.

Ahora bien, ese componente es uno más entre otros. Está por ejemplo el componente teórico y conceptual. Es difícil dar con estos componentes en investigaciones donde solo hacen análisis a

partir de los indicadores. Solo se podría con aquellas que avanzan un poco más.

> Cuando el objeto es determinar dimensiones, tipos o factores y se tiene duda sobre cuáles sean, y la relación que guardan con ellos determinadas variables o indicadores, el investigador se ve en la necesidad de trazar el planteamiento III (González Casanova, 1977: 17).

Si se continúa hacia la elaboración de un sistema de hipótesis, la investigación se ve en la necesidad de establecer el lugar que ocupan estas en los cuadros teóricos y posiciones políticas correspondientes. Porque llegado a esto, son los cuadros teóricos y las posiciones políticas las que determinan la elección de las hipótesis, las dimensiones, las variables, los indicadores. Sin embargo, es común que este ejercicio sea reprimido y justificado con la retórica de la neutralidad valorativa e impolítica de las ciencias sociales. En una palabra: se prohíbe. Es comprensible porque si se adoptase la propuesta metodológica de González Casanova quedaría al descubierto que «la teoría con que se trabaja representa la posición política con que se trabaja» (González Casanova, 1977: 18), por tanto, si en las investigaciones se oscurecen las categorías de trabajo, se invisibilizan las posiciones políticas e ideológicas de las y los investigadores.

¿Qué consecuencias se develan aquí? En primer lugar, al evitar el planteamiento I las debilidades teóricas quedan al descubierto, pero se cubren con la aparente seguridad que otorga «la precisión matemática». Aun con todo ello, quienes se adhieren a esta pretensión olvidan que medir implica distinguir entre los «tipos de cosas» que hay en el mundo y «el tamaño de las cosas», y esta operación depende de la formación de categorías (González Casanova, 1977: 21). Los datos o números no hablan por sí mismos. Antes bien inferimos, analizamos, deducimos, valoramos.

Ahora bien, conviene precisar que, aunque el planteamiento I es el más completo, de ahí no se sigue que sea el más preciso. Se puede uno quedar en las categorías en un nivel especulativo sin derivarlas a componentes empíricos o a las prácticas sociales con las que se puede poner a prueba dichas categorías. Tal es el caso

de la filosofía social o algunos marxismos. El que se exija conocer los cuadros teóricos y políticos de una investigación permite entender la finalidad de esta, pero de ahí no se sigue que esto la haga más precisa o científica.

Tal es el caso de investigaciones que privilegian la cuantificación para conocer y controlar variables dentro de una sociedad capitalista o de planificación socialista. Como bien lo observó González Casanova, en ambos casos la finalidad no es el cambio del sistema sino su óptima función. Ambos privilegian la cuantificación porque sus categorías de progreso o civilización están relacionadas con la configuración y mantenimiento de una sociedad industrial (González Casanova, 1977). Todo esto se conoce a partir de explicitar las categorías. Pero al no tomar en cuenta variaciones que provocan el cambio de un sistema a otro, ni los problemas morales y las luchas políticas implicadas en dichas variaciones, estas investigaciones dejan de lado elementos fundamentales para comprender con mayor precisión realidades sociales. Esto supone un principio metodológico propuesto por González Casanova:

> [...] conforme el investigador se acerca a las dimensiones, a las hipótesis, a las categorías, se acerca más a la comprensión de la situación política del problema y a su control como conocimiento político; pero el proceso contrario también es cierto, conforme el investigador se acerca más a los conceptos operacionales y los símbolos cuantitativos se acerca más al control técnico experimental, símil que el hombre ejerce sobre la naturaleza (González Casanova, 1977: 30).

Derivado de lo anterior, González Casanova infiere un segundo principio:

> [...] la pérdida de un sentido moral de las ciencias sociales en relación al sistema dado, las acerca simultánea e inevitablemente a las ciencias naturales y a una posición política conservadora del sistema [...] (pero) las ciencias del hombre no dejan de ser ciencias políticas ni cuando más se parecen a las ciencias de la naturaleza y más se acercan a la mani-

pulación cuantitativa de los fenómenos sociales (González Casanova, 1977: 30).

Contra lo que no pocos lectores de González Casanova creen, las referencias de estos principios no provienen del marxismo, sino de la sociología analítica y empírica en boga por los años sesenta. Los nombres de Lancelot Hogben (1960), Paul Lazarsfeld (1965) o James Coleman (1964) aparecen constantemente en el trabajo de González Casanova. Una tesis de Marx es articulada con otra de Robert Merton como la que dice:

> [...] es necesario enfatizar la necesidad de informes cada vez más detallados sobre los análisis cualitativos de la sociología, que den cuenta, no solo del *producto final*, sino de las etapas sucesivas que llevan a la obtención de ese producto (González Casanova, 1977: 31).

La conclusión a la que apunta González Casanova es aquella que expresa que la tarea de toda ciencia social es hacer explícitas las categorías que sirven para el análisis y las relaciones funcionales que guardan con las distintas posiciones políticas en juego. Si las categorías son conceptos generales que sirven para dividir, separar, clasificar, y relacionar aquello que se estudia, la necesidad de hacerlas explícitas es de gran relevancia para conocer la construcción completa de un proyecto de investigación. Las categorías pueden referirse a relaciones o procesos del trabajo, la salud o la educación, pero también a valores como la desigualdad, participación política, integración, progreso, estancamiento o a contradicciones como la explotación o el colonialismo interno. Al respecto de la primera dice González Casanova:

> Las categorías genuinas del pensamiento social son increíblemente elementales. Corresponden a conceptos primitivos u originales sobre la sociedad humana y el desarrollo. Cuando se despejan las categorías de análisis, técnicamente elaboradas, se encuentran tres categorías primitivas u originales que están en la base del análisis de la sociedad: a) la riqueza, b) el poder y e) la conciencia o los valores. A estas

> categorías, que aparecen en las grandes culturas de la Antigüedad y en el pensamiento clásico, solo se ha añadido una más en la Edad Moderna, de la misma magnitud e igualmente elemental: es la categoría de la explotación de unos hombres por otros y de unas naciones por otras (González Casanova, 1977: 51).

Este reconocimiento al marxismo por aportar una categoría a la investigación social y la práctica de la liberación política es fundamental para comprender la obra de González Casanova. Por ello se puede leer en su trabajo:

> La explotación se encuentra directamente relacionada con la apropiación de los medios de producción y del producto —que caben bajo la categoría primitiva de la *riqueza*— pero es una *relación humana*. Su función explicativa tiene un carácter elemental o primitivo del mismo nivel de abstracción y del mismo poder de generalización que la riqueza el poder o la conciencia, en la medida en que es —como estas— una categoría identificada como causa o factor del desarrollo, y que trata también de proporcionar una explicación general del desarrollo económico y social, en sus características esenciales (González Casanova, 1977: 52).

Si dejamos de lado el tema del desarrollo económico que en los años sesenta era tendencia y González Casanova también lo trató en *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, las conclusiones de su trabajo siguen vigentes. Actualmente las categorías primitivas de las que habló en ese estudio siguen usándose. No hay estudio en las ciencias sociales que en su contenido no discurra sobre la categoría de riqueza vinculada al crecimiento económico, el índice de desempleo, los ingresos, la participación del consumo o el desarrollo industrial. Sobre la categoría de poder se enfatiza la relación entre gobernantes y gobernados, el grado de participación electoral, la división de poderes, la protesta o la represión política. Incluso, las categorías de valores y conciencia, es muy socorrida cuando se estudia la enajenación de masas, la falta de cohesión social, los derechos humanos,

el cuidado del medio ambiente, la modificación de comportamientos privados y públicos, la rendición de cuentas o el fenómeno de la corrupción.

Luego, dichas categorías conectadas con unidades de datos demuestran su vigencia en la gran mayoría de los estudios científicos sociales de la actualidad. Por ejemplo, a la categoría de riqueza en la unidad de nación corresponde el llamado crecimiento económico, inversiones, desarrollo tecnológico e industrial; en la unidad de individuo la movilidad social, sus derechos humanos. O a la categoría de poder en la unidad de instituciones corresponde, la evolución de las instituciones políticas, su modernización o cambio en las reglas de juego democrático.

Lo que no es actual ni es aceptado en la investigación convencional de las ciencias sociales de hoy es la categoría de explotación. Pero tampoco lo era en los tiempos en que González Casanova escribió *Sociología de la explotación*. La explicación de González Casanova a esta situación es la siguiente:

> Empezar por la categoría de la riqueza y pobreza de las naciones, sin considerar de inmediato las relaciones que guardan sus variables con las del «poder», la «explotación», los «valores» y la «conciencia», parece corresponder a las tendencias ideológicas de las ciencias sociales que tienen sus raíces en el liberalismo. Es un orden que equivale a un análisis de los *resultados*, previo al de los factores o causas. Puede tener como finalidad un estudio «morfológico» del subdesarrollo o un diagnóstico de sus síntomas, que sirva como prolegómeno a la *explicación* del fenómeno (González Casanova, 1977: 93).

Para romper esas raíces y hacer de la explotación una categoría científica González Casanova propuso enriquecer la conciencia de los investigadores que confían en los métodos empíricos, con la categoría que nos habla de una relación de violencia y desigualdad radical entre las personas. Conminó a mezclar deliberadamente técnicas y categorías en la investigación científica para con ello explicitar las posiciones de los investigadores y su *lealtad* teórica o metodológica con determinados patrones de hacer cien-

cia. La invitación era adentrarse a los senderos de las ciencias prohibidas. Al final no tuvo muchos seguidores. Sin importar si iba en sentido contrario, Pablo González Casanova exploró este camino en sus trabajos a partir de las categorías de explotación y colonialismo interno, dos instrumentos de las ciencias prohibidas.

Las falacias de la investigación en ciencias sociales

En el tiempo que González Casanova escribió *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, observaba que, en los países subdesarrollados, coloniales y semicoloniales creían que hacían ciencia citando a Talcott Parsons. Pero también se daba cuenta que no pocos marxistas descalificaban la llamada sociología empírica por considerarla un ejemplar de la vida burguesa. Este tipo de «luchas» de las formas de investigación social expresaban las fobias entre investigadores por no «parecerse» o no «contaminarse» de aquello que se descalificaba. En realidad, expresaban falacias.

Al tomar una posición en esas luchas, pero sin reconocer la base política de esta, la investigación en ciencias sociales se convierte en una técnica. El problema mayor no es lo técnico de la investigación sino su fin particular. Esto es, hay técnicas aplicadas a enfrentar los problemas generales de los humanos, sin distinción, incluso de los no humanos. Pero hay técnicas que solo sirven a grupos particulares. González Casanova las llama técnica de la justificación. Es una «técnica particular de dominio de un grupo por otro que consiste en la manipulación de los símbolos generales para el dominio social» (González Casanova, 1987: 165). Las ciencias sociales evitarían falacias si mantuvieran un espíritu crítico y no metafísico frente la realidad humana y sus fines comunes, comprender las luchas particulares y la técnica que las media sin justificar su pretensión de generalidad. Esta tarea no es solo analítica, también es política (González Casanova, 1987). Es un trabajo de una técnica social que se interesa por conocer y atender los problemas generales de los humanos y sus fines. Contra la técnica de la justificación una teoría de la técnica social in-

cluye el conocimiento político que permite establecer relaciones que reproduzcan y realicen la vida social sin dominación (González Casanova, 1987).

Reestructuración de conceptos en las ciencias sociales

Por lo anterior para González Casanova es indispensable preguntarse qué son las ciencias sociales al final del siglo XX. Si en los años sesenta cuestionaba las falacias de la investigación científica al final de ese siglo observa como autores serios se vuelven poco rigurosos. Mario Bunge comienza a hablar de dialéctica, Jeffrey C. Alexander de explotación (González Casanova, 1993) y no pocos intelectuales de utopía o alternativa social sin reparar en las categorías que usan.

Su exigencia epistemológica y política es clara: necesitamos repensar nuestras técnicas elementales de pensar y conocer. Para ello hay que hacer explícitas las reglas que usamos y que no usamos. Con ello lanza un desafío que consiste

> [...] en plantearnos en la intimidad si hemos actualizado los conceptos que tenemos de nuestra ciencia y de las ciencias. No basta con superar nuestro lamentable estilo, nuestra desgraciada cultura matemática, nuestra borrosa idea del análisis histórico-político o del análisis de estructuras y sistemas. Es necesario ir más allá de nuestra idea newtoniana-einsteiniana de la ciencia con un universo, o una creación hacia esa otra, fascinante y actual, de nuevas creaciones y universos sociales que apenas nacen y se asoman en la revolución científico-tecnología, en los movimientos populares del globo, y en la historia que nace (González Casanova, 1993: 13).

El desafío es amplio. Se requiere desentrañar la nueva división del trabajo intelectual e imaginar distintas formas de educación, cultura e investigación. En el escenario que observa al final del siglo González Casanova vuelve a preguntar ¿Qué es conocer? Fren-

te a la nueva complejidad de las sociedades todas las disciplinas sufren cambios. El conocimiento social y cultural lo comienza a hegemonizar el paradigma neoliberal con nuevos modelos matemáticos, de comunicación y organización. El viejo humanismo queda perplejo por lo que para enfrentar el paradigma neoliberal se requiere combinar las nuevas técnicas matemáticas con los análisis históricos, la cibernética con los conocimientos filosóficos de los clásicos (González Casanova, 1993).

La propuesta es reintegrar las ciencias y las humanidades como lo hicieron en su tiempo Diderot y D'Alambert a partir de reestructurar los conceptos de estas. Esto «no solo permitirá una mejor comprensión del mundo en que vivimos, sino una mejor construcción de alternativas y una lucha más eficaz para alcanzar objetivos» (González Casanova, 2002: 3). El desafío es articular pensamiento crítico, análisis técnico, ciencia y lucha por la democracia global. Frente al paradigma de la complejidad hay que replantear la justicia social y todos los problemas urgentes a estudiar: soberanía de los pueblos, reformas probables y revoluciones posibles o imposibles, partidos y coaliciones como acción popular, la pluralidad ideológica, pedagogías para pensar y hacer. «Nuevos y antiguos conceptos merecen nuestra atención y deben ser cernidos, des-cubiertos en sus interfaces, articulados al conocimiento por objetivos» (González Casanova, 2002: 4). Es verdad que no todos los conocimientos del pasado están desfasados, antes bien contienen un potencial por descubrir. Sin embargo, para González Casanova los nuevos paradigmas de la complejidad deben ser atendidos.

> Si por paradigmas entendemos «una forma de plantear y resolver problemas», la crisis de hoy abarca tanto los principales paradigmas de la investigación científica como los principales paradigmas de la acción política. A la crisis del estructural-funcionalismo y a la de la filosofía empirista, de las filosofías de la *praxis* y de los métodos dialécticos se añaden las crisis del liberalismo, de la socialdemocracia, del comunismo, del nacionalismo-revolucionario y del neoliberalismo (González Casanova, 2002: 5).

Ante este desafío González Casanova se interesa por una nueva investigación sobre conceptos que oriente la construcción de un paradigma científico-político útil al interés general y a una democracia universal no excluyente, en especial la que indague la herencia, formación y reestructuración de los conceptos y categorías que desde América Latina se han formulado y reformado. El pensamiento latinoamericano ha reconstruido conceptos a partir de lo mejor de la tradición europea y creado los propios desde el continente. En el siglo XIX (independencia, libertad, orden, progreso y desarrollo), XX (revolución, marginación, centro-periferia, dependencia, colonialismo interno, explotación, pedagogía del oprimido, teología de la liberación, democracia) y XXI (autonomías, mandar obedeciendo, digna rabia) se han utilizado estos conceptos en los grandes movimientos de liberación, desde las revoluciones de independencia, la revolución cubana, el socialismo de la Unidad Popular en Chile, hasta el zapatismo del siglo XXI y el Foro Social Mundial.

La idea es que los conceptos en ciencias sociales deberán reestructurase en el marco de un paradigma que una el conocimiento científico, humanístico, político y moral de los pueblos en lucha. Se trata de converger los muchos «intereses generales» que existen al interior de los países de América Latina y de otras regiones porque lo que está en riesgo no solo es la libertad sino la vida misma. Para González Casanova la derrota que asestó el capitalismo al liberalismo decimonónico, a la socialdemocracia y al comunismo debe ser repensada en esta reestructuración. La idea de democracia liberal que se unió al legado ilustrado de la fraternidad, igualdad y libertad sigue vigente, pero ha de articularse con el pluralismo cultural, ideológico y religioso, con el derecho a la autonomía, de la mujer y preferencias sexuales y con los proyectos emergentes de liberación de los pueblos (González Casanova, 2004). Los viejos proyectos por el socialismo, la liberación y la democracia están en crisis, de ahí la necesidad de reformular y rehacer conceptos como el de Estado-pueblo y mandar obedeciendo.

A la defensa de la libertad se le suma ahora la necesaria lucha por la vida. La guerra capitalista cada vez es más violenta. «Ataca a los más pobres e incluso aquellos que quieren reconstruir el tejido social con bases liberales, demócratas y republicanas

(González Casanova, 2004). Pero esa ofensiva no es solo contra los pobres, es contra todo lo vivo: animales no humanos, selvas, bosques, ríos, montañas, en suma, contra la biodiversidad. Por esto González Casanova insta a que en la reestructuración de conceptos se debe tomar en cuenta los conocimientos de las llamadas ciencias naturales y al conocimiento de la complejidad. El pensamiento crítico ha de acercarse a la cibernética, la computación, las ciencias de la comunicación y la modelación matemática sin abandonar su análisis histórico y concreto de las contradicciones sociales (González Casanova, 2004) si es que quiere comprender la nueva guerra capitalista porque los problemas no son solo epistemológicos, sino de sobrevivencia.

En efecto, el neocapitalismo desafía a las ciencias sociales. Le plantea retos para los cuales no están preparadas. No son problemas lógicos, metodológicos, ni técnicos los que hay que enfrentar. Son problemas que atañen a la posibilidad de seguir existiendo en la tierra. Según González Casanova, los tecnocientíficos y asesores de los grandes complejos empresarial-militares-y gubernamentales, saben que el sistema capitalista actual está en una fase terminal. Esto quiere decir que el colapso planetario (gases de efecto invernadero, acidificación de los océanos, pérdida de biodiversidad, pandemias) que avanza velozmente no lo van a frenar, sino acentuar. Esto es, la «solución» consiste en usar conocimientos sobre sistemas complejos, geoingeniería o tecnociencias en general para establecer una «retroalimentación positiva» a los problemas. Con «soluciones basadas en la naturaleza» las grandes firmas empresariales, sus gobiernos y ejércitos

> [...] acentúan cada vez más su idea de controlar la alimentación con productos trasgénicos que hacen innecesaria y desechable a una población de tres mil millones de campesinos, a la que parecerían deliberadamente eliminar sin que nadie se dé cuenta, con eso que llaman los «efectos laterales». El miedo al crecimiento de la población parece ser muy grande, aunque hay sabios expertos a los que les parece que se está resolviendo naturalmente, por ejemplo, con «las leyes del mercado» que según ellos vuelven todo a su equilibrio [...] A ese respecto y con discretas razones, se ha-

> ce ver que ya hay quienes hablan de un África sin africanos, lo que les complace a algunos de sus patrones pues así dispondrán sin la menor violencia de los magníficos recursos naturales, renovables y no renovables, del Continente Negro. A ese milagro de África despoblada, los sabios expertos agregan muchos otros, con efectos originalmente «no esperados», como cuando los especialistas en las guerras recomiendan destruir principalmente la infraestructura de la producción, la comunicación, el almacenamiento para que más que del fuego de las bombas y las metrallas, la población se muera del hambre, la sed y la peste que no alcance a detener «la ayuda humanitaria» de la Comunidad Internacional dominada por los mismos que echaron las bombas en esos lugares y que en público dijeron que no las echaran allí (González Casanova, 2006).

Los complejos empresarial-militares-y gubernamentales se esfuerzan en controlar la alimentación, el clima, la naturaleza, poblaciones, los Estados y los cuerpos de los individuos. Para esto crean «guerras convencionales y no convencionales», de «alta y baja intensidad» con discursos que hablan de libertad, democracia y humanitarismo cuyo contenido aparece como «neutral» en no pocas investigaciones de las ciencias sociales. Pero estas políticas de «retroalimentación positiva», argumenta González Casanova, están sentando las bases para una nueva guerra donde lo «no negociable» desencadenará «efectos secundarios incontrolables» o MAD (*Mutual Assured Destruction*) (González Casanova, 2006).

Las ciencias sociales deben aceptar el desafío de estudiar todos los escenarios de un post-capitalismo inhumano y su éxito y duración, a partir de que el nuevo capitalismo organizado «ha desarrollado técnicas de comunicación, información, interacción, y "conquista espiritual" que perfecciona con los sistemas auto-regulados, adaptativos y creadores, y con sus mejores modelos y escenarios para actuar en favor de los valores e intereses de los ricos y los poderosos» (González Casanova, 2006). Es aquí donde se torna indispensable la reestructuración de los conceptos en ciencias sociales porque por todos lados existen mediati-

zaciones del capital. De todas las mediatizaciones para impedir la organización y la comprensión colectiva del mundo existe una que le interesa a González Casanova, a saber la del «embrutecimiento» científicamente correcto que aplica no solo en los medios masivos de comunicación, sino «en los planes de estudio y las instituciones de investigación, docencia y difusión de la cultura con una política de glorificación del conocimiento políticamente correcto» (González Casanova, 2006) en detrimento de los conocimientos prohibidos.

La reestructuración de conceptos es necesaria para mantener la autonomía en el pensamiento y la práctica. Se trata de

> [...] profundizar en un proyecto en el que aumente cada vez más el control del pueblo pobre y de los trabajadores proletarios en el conjunto del poder alternativo, emergente, objetivo que solo se puede lograr si las organizaciones de avanzada combinan la pedagogía universal de cómo tomar decisiones con la extensión de las organizaciones de defensa a toda la población, y esta internaliza lo valores que tiene la autodisciplina, la información, receptividad, el diálogo, y una fuerte moral de lucha sin miedo y de lucha sin tacha, consciente de que carecer de una y otra debilita a cualquier movimiento que lucha por el interés general y el bien común tomados realmente en serio, y como los auténticos objetivos movilizadores que se practican (González Casanova, 2006).

La reestructuración de conceptos genera redes de información-acción-diálogo como La Red en Defensa de la Humanidad. Forman una cultura del conocer-hacer colectiva que desafía la cultura individualista, gremialista, clientelista y autoritaria del capitalismo neoliberal. A esta reestructuración, se debe incluir las luchas por la democracia, la liberación y el socialismo, pero no como lugares del futuro sino como procesos los cuales incluyen sus contradicciones. También debe incluir los Foros como el de Porto Alegre, las Juntas de Buen Gobierno Zapatistas y seguir pensando con «un programa de acción global para la acumulación de fuerzas, para la emancipación y la sobrevivencia humana».

Referencias

Coleman, J. S. (1964). *Introduction to mathematical sociology*. The Free Press of Glencoe.

González Casanova, P. (1967). *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*. Ciudad de México: UNAM.

González Casanova, P. (1969). *Sociología de la explotación*. Ciudad de México: Siglo XXI.

González Casanova, P. (1977). *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*. Ciudad de México: UNAM.

González Casanova, P. (1987). *Estudio de la técnica social*. Ciudad de México: Océano.

González Casanova, P. (1993). Los desafíos de las ciencias sociales hoy. En H. R. Pozas (coord.), *Las ciencias sociales en los noventas*. Ciudad de México: UNAM, IIS, Instituto Francés de América Latina.

González Casanova, P. (2002). *Reestructuración de las ciencias sociales: Hacia un nuevo paradigma. In Ciencias sociales: Algunos conceptos básicos*. Ciudad de México: Siglo XXI, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.

González Casanova, P. (2004). «Diálogo de las ciencias sociales y las naturales: Minuta para un ensayo». *Revista Mexicana de Sociología*, 65, 1-14, año LXVI.

González Casanova, P. (2006, agosto 25). El capitalismo: Retos a las ciencias sociales. Conferencia. CLACSO.

Hogben, L. (1960). *Mathematics for the million*. G. Allen y Unwin.

Lazarsfeld, P. (1965). Qualitative measurement in the social sciences: Classification, typologies, and indices. En D. Lerner y D. L. Harold (eds.), *The policy sciences*. Standford University Press.

CAPÍTULO VI

Interdisciplina, nuevas ciencias, humanidades y complejidad

Para Pablo González Casanova, la construcción del conocimiento cuya meta es la lucha contra la explotación y todas las formas de opresión, requiere del diálogo entre las ciencias y las humanidades. Los problemas que se derivan de este diálogo los han abordado de manera magistral Immanuel Wallerstein, Ilya Prigogine, Ervin Laszlo o John Brockman. Sin embargo, el modo particular en que González Casanova trata esta premisa puede calibrarse luego que interroga: ¿Cómo crear espacios de diálogo creativo entre las teorías hegemónicas y las crítico-alternativas? (González Casanova, 2004). La pregunta lleva a condicionar el proceder de dicho diálogo, esto es: si han de crearse estos espacios deben tener agendas muy específicas para que su resultado sea provechoso. Por ejemplo, debatir si es preciso continuar, como hacen no pocos investigadores, analizando los fenómenos a partir de causas y factores, cuando las nuevas ciencias (cibernética, computación, la modelación matemática) se interesan en hacer predicciones para lograr objetivos. Lo mismo pasaría en el campo de la ciencia política: preguntarse si el concepto de democracia liberal es suficiente para enfrentar los desafíos que nos presenta el pluralismo en sus distintas dimensiones, la lucha por autonomía de las mujeres y los pueblos.

Según González Casanova, después del 11 de septiembre de 2001 las cosas cambiaron de manera drástica. En ese acontecimiento no solo asomó su rostro la debilidad del sistema capitalista y su respuesta fue más violenta, sino que también los viejos proyectos por el socialismo, la liberación y la democracia se tornaron problemáticos. La razón estriba en que en este año lo que

se manifestó con mayor énfasis no fue solo una crisis económica o política, sino la posibilidad del fin de la vida humana en la tierra. González Casanova hace un ejercicio de análisis histórico para comprender mejor esta idea. Afirma que el lugar en que nos encontramos, esto es, la crisis del ecosistema comienza en la primera mitad del siglo XX con la bomba atómica. Pero va creciendo luego que las emisiones de gases de efecto invernadero calentaran el planeta. Entonces se comienza a tener conciencia de un daño real a la biosfera, del fin del petróleo, la escasez de energéticos y del aumento apocalíptico de la población. Si a ello le sumamos el fracaso de los proyectos revolucionarios surgidos en el siglo XX, el panorama parece desolador.

Si se confirma el diagnóstico de González Casanova, esto es, si el capitalismo no es tan poderoso como se creía, pero su reacción es peligrosa al grado de poner en riesgo la vida de la humanidad en todo el planeta, entonces habrá que estar preparados para enfrentar esta nueva condición. He ahí el diálogo que propone González Casanova: unas nuevas ciencias sociales capaces de explicar las diferentes relaciones de explotación, de dominación y acumulación capitalista, pero vinculadas a los problemas de sobrevivencia planetaria. Esta vez el diálogo entre las ciencias y las humanidades implica a la geología y la política, a la ética y la biología, a la antropología y el derecho, a la física y a la filosofía, a todas las nuevas ramas de la ingeniería y el pensamiento crítico cuya meta sería no solo la justicia mundial sino la apertura para la creación de muchos mundos que posibiliten la existencia humana en la tierra.

La interdisciplina a la que llama González Casanova, combina de manera creativa el conocimiento de las tecnociencias y las teorías críticas. Su argumento es que las primeras al proponerse el cumplimiento de metas y objetivos superan el paradigma de la ciencia que solo busca causas, pero carece de instrumentos analíticos para conocer los procesos históricos de los fenómenos que estudia. Las segundas son capaces de hacerlo, pero sus herramientas conceptuales son pobres en cibernética, matemáticas y teoría de sistemas. Este diagnóstico lanza a González Casanova a escudriñar las posibilidades de unas nuevas ciencias sociales y la práctica de la interdisciplina.

Debate sobre la teoría de sistemas

El análisis general de sistemas devino en una revolución teórica que alteró los paradigmas de la investigación científica. Las obras de Ludwing von Bertalanffy, Kenneth Ewart Boulding, Jean Piaget, Norbert Wiener, John von Neumann, Alan Turing, Ilya Prigogine o Warren Weaver, pasaron a ser lecturas obligadas en la permanente formación de González Casanova. Como el concepto de sistema comenzó a tener nueva vigencia en un abordaje diferente al de la filosofía tradicional, se percató que ahora los sistemas ya no se limitaban al método de la lógica, sino también al de los experimentos. Esto es, «los nuevos sistemas cumplirían ambos requisitos. Darían una nueva vida a los métodos experimentales y a la construcción de teorías de conjuntos y subconjuntos articulados» (González Casanova, 2005: 50).

Un nuevo lenguaje se hizo patente. Modelos, relaciones, organización, comportamiento, interacción comenzaron a ser los términos interdisciplinares. Contrario a los métodos tradicionales de separación y discriminación científica, las partes se vincularon con el todo, una vez que se trabajaban las interacciones entre cosas, ambiente, animales, artefactos, ideas o procesos. Las disciplinas separadas dejaron de ser significativas. Las ciencias de la vida, las humanidades, la ciencia política, las ciencias naturales trataban elementos de una misma totalidad. En sus lecturas González Casanova descubre que existen isomorfismos en la materia, en la vida, en la sociedad, por lo que los conceptos de las nuevas ciencias podrían ser transdiciplinares. Así, los problemas de la organización, del control o la diferenciación, aparecen en todos los mundos vivos, de humanos y no humanos.

> En toda organización, destacan nociones como: 1. Totalidad (la organización constituye una totalidad y pertenece a otra); 2. Crecimiento; 3. Diferenciación; 4. Orden jerárquico; 5. Dominio; 6. Control; 7. Competencia. Esos conceptos revelan ser útiles para las nuevas ciencias de la materia, de la vida y del hombre. Con ellos la tremenda separación entre ciencias naturales y ciencias sociales, que tanto destacaran los filósofos a fines del siglo XIX y principios del XX,

> no resulta infranqueable ni es tan profunda como muchos habían supuesto. Si existen diferencias en las ciencias humanas, hay también muchos puntos comunes con las ciencias naturales, y no solo con la biología, sino con la química y con la física. Esos puntos comunes son tantos que uno se pregunta si es válido el término interdisciplina (González Casanova, 2005: 51).

El nuevo análisis de sistemas desarmó la concepción mecánica del mundo. De pronto esta pareció determinista y reduccionista al ser ciega a la complejidad. González Casanova saca conclusiones: estudiar la organización de los sistemas vivos y sociales es lo que permitió a quienes controlan hoy el mundo modelar estos en las megaempresas o complejos militares. Esto fue posible porque el análisis de sistemas plantea problemas cuya meta es generar información para tomar decisiones en medio de incertidumbre. Esto permite combinar conocimientos lógicos, metodológicos, estratégicos, de decisiones y prácticos para el control de situaciones. González Casanova sigue a Kenneth Ewart Boulding (1956) quien

> [...] puso a los sistemas cibernéticos o de autocontrol (sistemas con termostato) en que el equilibrio del sistema no solo se logra por «las ecuaciones del sistema» sino por la información de los valores observados y los valores deseables; en que el sistema busca siempre el punto cero para no enfriarse o calentarse demasiado (como sostienen también los economistas en desafortunada metáfora) (González Casanova, 2005: 53).

El análisis de sistema trata a los organismos vivos en su complejidad y de manera abierta, trátese de células, plantas, animales u organizaciones, su meta principal es alcanzar fines. Entre más complejos y eficaces los sistemas, son más precisos en su percepción de la totalidad. Los sistemas abiertos ofrecen miradas más amplias que la que otorga el análisis de los objetos de estudio aislados. Reducir la realidad a sistemas simples impide observar la dinámica y riqueza de la totalidad de las relaciones que estable-

cen los sistemas complejos. González Casanova reconoce que Ilya Prigogine reabrió el diálogo entre las ciencias y las humanidades y con ello dejó claro que en el análisis de sistemas no hay clausuras en los fenómenos, sean estos físicos, biológicos o sociales. Antes bien, siempre hay posibilidades de múltiples desenlaces desconocidos o muy nuevos.

El interés de González Casanova por los sistemas autorregulados, adaptativos y creadores, lo llevó a replantear el trabajo intelectual de las disciplinas científicas y humanísticas. Pero también a ver de otra manera los problemas de la cultura general. Una de las tareas más importantes en este replanteamiento es el de la construcción de conceptos, la reelaboración del conocimiento y de la acción. Esto quiere decir que el análisis de sistemas no lo aborda por simple academicismo, sino para imaginar y construir alternativas frente al sistema dominante de los mercados y de los Estados en lo referente a la salud, transportes, educación, alimentos, comunicaciones, libertad, democracia y autonomía.

En otras palabras, no es un apologista de las tecnociencias, la interdisciplina o de los nuevos sistemas abiertos y autorregulados. Su interés radica en estudiarlos como formas de lucha política, esto es, la manera en cómo transforman el sistema dominante y a la vez combinarlos con el pensamiento crítico capaz de crear nuevos mundos y con nuevos actores que trabajan para terminar con la dominación y la explotación en el planeta. De ahí el siguiente pasaje

> La junta de disciplinas, y la *búsqueda del todo* desde situaciones concretas, exige articular estrechamente la docencia-investigación-acción y la construcción-creación de nuevos sujetos histórico-sociales que planteen a su vez la búsqueda, la construcción y la creación de un mundo alternativo menos injusto y menos opresivo, las posibilidades técnico-políticas de alcanzarlo y los obstáculos que en el sistema capitalista se dan para lograrlo y que se dan para cambiar el sistema capitalista. La alfabetización crítica se vincula a la reestructuración de sistemas de acuerdo con objetivos. Esta meta exige ir más allá de la construcción tecnocientífica del sujeto histórico, en busca de la tensión en-

> tre el sujeto pensante y actuante y de las condiciones a la vez subjetivas y objetivas para el conocimiento y la acción. Todo el planteamiento lleva al reencuentro de las teorías y métodos de Marx y Engels, y al encuentro de los autores que abordan los nuevos problemas derivados de la tecnociencia (González Casanova, 2005: 63).

Se trata de aprender a aprender y combinar los nuevos conocimientos que buscan objetivos precisos con la lucha por la liberación. La manera en que piensa González Casanova este desafío, no se limita a los especialistas, se refiere a la nueva alfabetización de cualquier humano dispuesto a cambiar el mundo. De ahí que estos conocimientos sean superiores a cualquiera que se haya hecho jamás. Son superiores porque superan los conocimientos tecnocientíficos del sistema dominante limitados a «crear estructuras y subsistemas funcionales a su dominación, y a la acumulación de riquezas y excedente mediante distintos sistemas de esclavización y colonialismo, de depredación y sujeción, de represión y corrupción, de violencia y mediación» (González Casanova, 2005: 64). Por ello, para González Casanova, las nuevas teorías críticas que incluyan el análisis de sistemas en sus estudios tienen la ventaja de añadir a la crítica a la explotación los análisis sistémicos que plantean el problema de las clases y complejos militares industriales hegemónicos. Su planteamiento no solo conmina al acercamiento entre ciencias y humanidades; también entre tecnociencias, ciencias de la complejidad y marxismo.

González Casanova no es demasiado optimista respecto a esta última idea. Sabe de las enormes resistencias para lograr siquiera hacer comunicables estas dos culturas. Las creencias científicas y los paradigmas a modo son el obstáculo. También se debe a la falta de construcción de conceptos y a aceptar que el conocimiento siempre es político. Sin embargo, saber combinar las teorías críticas con las tecnociencias es un camino que permitirá comprender fenómenos que antes estaban separados (biología, física, instituciones, naturaleza, animales, política) en espacios y tiempos locales, nacionales y globales, el cual es una riqueza que los pobres de la tierra podrían hacer suyo para plantear con mayor profundidad el reto existencial del programa de la vida.

El estudio sobre complejidad y los nuevos paradigmas del conocimiento

Pablo González Casanova se interesa por los estudios de la complejidad en la medida que estos aportan elementos para pensar alternativas al capitalismo. Por eso afirma que la investigación tecnocientífica centrada en los sistemas organizados, establece entre sus metas escenarios alternativos. El tratamiento del orden y el caos como unidad es de sumo interés para González Casanova porque ahí se modelan la construcción de futuros (González Casanova, 2008). Las luchas contra el capitalismo se beneficiarían bastante si estudiaran con detenimiento las maneras de proceder de las nuevas ciencias. Tomarían muy en serio la organización-caos de los «complejos militares-industriales» y «las corporaciones» y por supuesto, sus prácticas.

Sin embargo, ha sido enfático en los límites de la perspectiva de las tecnociencias. A estas les falta el análisis histórico de las organizaciones (empresas, estados, movimientos) para conocer la manera como cambiaron, reestructuraron, sobrevivieron o fracasaron. Pero sobre todo les falta, el análisis de los problemas ético-prácticos de la construcción de un mundo sin rasgos depredadores y autodestructivos. Este programa de investigación es el que tendrían que seguir los actuales movimientos alternativos. Por tanto, no debe leerse el interés de González Casanova por el pensamiento tecnocientífico como una simple práctica académica sino como una práctica política para seguir luchando por la liberación y contra la explotación global. De ahí su crítica al rechazo cognitivo de los expertos a las categorías de explotación y acumulación de capital. Ahora, como en 1969 cuando publicó *Sociología de la explotación*, se percata que sigue el tabú de estas categorías en las tecnociencias.

Entonces, su interés por los estudios sobre los sistemas complejos radica en que estos plantean «nuevas posibilidades de estructuración, reflexión y acción a las organizaciones alternativas» (González Casanova, 2008: 167). Por ejemplo, analizar la unidad que representa la Guerra y la llamada economía de mercado obliga a estudiar la articulación de las grandes corporaciones. Por su nivel de coordinación, estrategias, diversidad, movilidad y frag-

mentación en diversas partes del mundo es claro que estos «complejos» requieren niveles de organización del conocimiento y de la información en niveles altamente precisos. Esto quiere decir que no solo se organizan para producir mercancías, sino también escenarios de todo tipo. Esto genera una nueva política de los negocios, pero también de la Guerra. Todos los cuadros de los complejos son formados en el pensamiento complejo y de sistemas: militares, gerentes, políticos, burócratas, publicistas. Aquí el conocimiento tiene fines de acumulación y dominación del sistema.

> El conocimiento y la información de «los complejos» se relaciona también con sus mensajes y acciones de terror, con sus «depredadores virales», con sus servicios de contrainteligencia y desinformación, de paramilitares y de acciones cívicas. Muchos de sus actos «humanitarios» son paternalistas y caritativos; junto con los de intimidación se proponen dominar la dignidad y la conciencia de los enemigos y convertirlos en sus «servidores» todo lo que se pueda (González Casanova, 2008: 168).

Este conocimiento complejo articula pensar, decir y hacer y tiene metas precisas. Pablo González Casanova ofrece algunos nombres y obras donde se podría encontrar el activo «capital intelectual» de esta manera de desplegar el conocimiento.

> Entre sus promotores mercantiles se encuentran Irujiro Nonalia, Hirotaka Takeuchi y Takeuchi Nokaen autores de un libro que en inglés se tradujo como *The Knowledge-Creating Company* («La compañía creadora de conocimiento»). Otros son James Brian Quinn con su *Intelligent Enterprise* («La empresa inteligente») o Tom Stewart con *Intellectual Capital* («Capital intelectual») o Tom Davenport con *Working Knowledge* («El conocimiento empleado») o Karl Sveiby con *Managing Know How* («El saber del gerente»). Con todas las reservas, limitaciones o críticas que suscite el conocimiento del capital y del imperialismo, no se puede ignorar ni su existencia ni su funcionamiento (González Casanova, 2008: 168).

Esta epistemología de las organizaciones practica lo complejo con la finalidad de producir escenarios para la dominación de los mercados y del mundo. La planeación de escenarios es crucial porque no se limita a planes fijos sino a los múltiples futuros posibles. A esto le llama González Casanova capitalismo organizado. Es una nueva fase histórica en la que las «tecnociencias y las ciencias de la complejidad contribuyen a la construcción de sistemas auto-regulados y adaptativos que se reestructuran en formas interactivas, esto es que se redefinen y que redefinen a sus asociados y subordinados, e incluso a sus enemigos» (González Casanova, 2008: 169).

Para González Casanova esto es de suma importancia debido a las implicaciones que tiene respecto a las actuales luchas anti sistémicas de los movimientos emancipadores. Están obligadas estas a reestructurar sus conceptos y sus prácticas políticas. Están obligadas a pensar el tipo de organización que se requiere construir en medio del capitalismo organizado. Por ello, las ideas sobre la liberación, la democracia y el socialismo, a la luz de los planteamientos de González Casanova, se ven obligados a replantearse. Por todo esto señala:

> Los complejos liberadores serán más efectivos si se integran —como los opresores— con unidades o «nodos» *autónomos* y plurales, y si a más de los vínculos-entre las unidades-autónomas establecen jerarquías con las ramas «centrales» y disciplinadas de «seguridad alternativa» en lucha contra la dominación, la mediación, la represión y la apropiación excluyente. Las distintas combinaciones serán determinantes para el desenlace de los procesos y podrán plantear escenarios en que primero se acaben los complejos industriales dominantes que el mundo, o en que eventualmente se negocie un cambio histórico para que el mundo no se acabe. Estos escenarios no se pueden descartar (González Casanova, 2008: 170).

Dicho lo anterior, el camino que propone González Casanova en la lucha por la liberación es no limitarse a pensar en sistemas simples, sino ampliar la mirada por medio del análisis sobre fe-

nómenos emergentes. Esto obliga a la reestructuración de conceptos y la creación de prácticas políticas novedosas. Se trata de aprender a pensar, hablar y actuar en sistemas complejos. Por ejemplo, pensar solo en los sistemas de partidos nacionales para la lucha por la democracia, es limitarse a los sistemas simples. En cambio, pensar en sistemas de redes, nodos, organizaciones planetarias, comunidades científicas y humanísticas, es pensar en sistemas complejos (González Casanova, 2002a).

Cambiar la forma de plantear y resolver problemas o un cambio de paradigma en el conocimiento, es una tarea imprescindible en tiempos del capitalismo organizado. De ahí la insistencia de González Casanova en torno a que las nuevas investigaciones críticas deben incluir en sus proyectos las tecnociencias y el pensamiento de la complejidad porque su orientación no se limita a resultados empíricos, sino a la construcción de escenarios de libertad y lucha permanente para lograr objetivos. En un proyecto de investigación de este tipo, plantea algunas interrogantes:

> ¿Cuáles son los conceptos aportados por las ciencias sociales que hoy siguen teniendo validez? ¿Qué contribución importante para nosotros hicieron esos conceptos a la teoría? ¿cómo se los debe redefinir y acotar en función de los más recientes descubrimientos sobre sistemas? ¿cómo se los debe redefinir y acotar en relación con las reestructuraciones que el sistema dominante ha impuesto, y que de hecho plantean la situación de un sistema mundial lejano al equilibrio? (González Casanova, 2002a: 7).

Esta apuesta llevó a Pablo González Casanova a proponer la combinación de los sistemas complejos con los sistemas dialécticos, indagar la creatividad cognitiva que resulta de unir las ciencias y las humanidades, de articular el pensamiento teórico con el político y el ético y avanzar hacia el conocimiento como creación de alternativas o de utopías en las múltiples organizaciones de la resistencia y lucha anticapitalistas. Todo ese acervo que cultivó durante décadas, le permitió escribir uno de los libros más significativos de toda su formación intelectual: *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política* (2005).

Las nuevas ciencias y las humanidades

Fue el resultado de diez años de estudio e investigación. Pero sería justo reconocer que fue toda la experiencia familiar, académica, universitaria, política, científica y humanística, lo que le permitió a Pablo González Casanova escribir *Las nuevas ciencias y las humanidades* (2005). Su cultivo al pluralismo ideológico le ayudó a no despreciar ningún pensamiento que pudiera abonar a la liberación de los pueblos. Cuando escribió *Sociología de la explotación* en 1967 dijo que el libro lo había escrito

> [...] para los estudiantes de América Latina y de aquellos países que han adoptado un falso rigor empirista, tan estrechamente asociado a las ciencias sociales predominantes hoy en Estados Unidos. También está escrito para quienes se quedan en los *slogans* y las palabras pomposas del marxismo ortodoxo y dogmático, renunciado a las grandes tradiciones que el propio marxismo tiene de investigación científica de alto nivel, que siempre ha complementado y acompañado a la investigación militante (González Casanova, 1969: 3).

Ahora, a más de 50 años de haber escrito aquello, con *Las nuevas ciencias y las humanidades*, «se adentró a un punto de intersección vedado a los humanistas y a los científicos con distintos recursos, a aquellos con el miedo-rechazo a las matemáticas, a estos con el miedo-rechazo a la política» (González Casanova, 2005: 12). Con esta actitud González Casanova se acercó a las teorías de los sistemas complejos que comenzaron a cambiar la manera de concebir el conocimiento, la ciencia, la tecnología, la cultura, la política y el mundo. La cibernética de Norbert Wiener, la teoría general de sistemas de Ludwig von Bertalanffy, la teoría de las estructuras disipativas de Ilya Prigogine, y la epistemología genética de Jean Piaget, se presentaban como las principales innovaciones epistemológicas. Paralelamente y posterior a ellas, hubo quienes[1]de una u otra manera, generaron o continuaron algunas

1 René Thom, Gregory Bateson, Siegfried Nadel, Humberto Maturana, Francisco Varela, Claude Shannon, Edgar Morin, Fritjof Capra o Niklas Luhmann.

de estas perspectivas en diversos campos, ya sea como teóricos o divulgadores del tema.

González Casanova documentó en las *Nuevas ciencias y las Humanidades* todo lo anterior. Pare él, no era posible seguir pensando la naturaleza, la vida y la humanidad, sin tomar en cuenta a las ciencias de la complejidad y las tecnociencias. Quien no se acerque a ellas, expresó, «no solo no entenderá (y practicará mal) el quehacer tecnocientífico sino el artístico y el político» (González Casanova, 2005: 11). El punto de partida lo situaba en la necesidad de rehacer los vínculos entre las ciencias y las humanidades, el trabajo interdisciplinar de científicos y la necesidad de trabajar en equipos multidisciplinarios. González Casanova entendía esto mucho más allá que un fenómeno meramente académico. Sabía que las tecnociencias habían sido posibles por el apoyo a la interdisciplina en los complejos empresariales, militares y políticos, principalmente de los Estados Unidos.

En este sentido la cultura intelectual se había modificado. Los científicos no les pedían ahora nada a los «hombres de letras» porque las humanidades ya no pertenecen al patrimonio de la vieja guardia, ni la ciencia es una actividad objetiva libre de valores. En esto González Casanova coincidió con la idea de John Brockman a propósito de *La tercera cultura* (Brockman, 2000). La tercera cultura según Brockman, reúne «a aquellos científicos y pensadores empíricos, que a través de su obra y producción literaria, están ocupando el lugar del intelectual clásico a la hora de poner de manifiesto el sentido más profundo de nuestra vida, replanteándose quiénes y qué somos» (Brockman, 2000: 13).

Lo cierto es que fue el antropólogo C. P. Snow quien en 1959 ya había reparado sobre el tópico. Snow advirtió que en el campo del conocimiento había dos culturas: la de los hombres de letras y la de los científicos. Según el antropólogo, los primeros se habían apoderado del calificativo de intelectual dejando fuera a científicos de la talla de Norbert Wiemer, Albert Einstein o Werner Heisenberg, quienes lo merecían. Fue un asunto de publicidad, más no de trascendencia en el saber. Para Snow, con el tiempo habría la necesidad de unir ambas culturas, de ahí el término «la tercera cultura». Desde esta óptica, los pensadores de la tercera cultura se convertirían en los nuevos intelectuales públicos.

Con independencia de la postura que tomó John Brockman[2] y varios científicos que están de acuerdo con sus ideas,[3] las temáticas de las nuevas ciencias como la inteligencia artificial, la biología molecular, redes neuronales, los fractales o los sistemas complejos adaptativos se convirtieron en un punto fundamental para pensar la interdisciplina y la necesidad de que la vida intelectual se ampliara en los vínculos ciencia y humanidades.

A pesar de ello, observó que las resistencias estuvieron a la orden del día entre intelectuales, académicos, instituciones, el pensamiento crítico y de la propia izquierda. Estos últimos se concretaron a criticar los límites de la racionalidad tecnológica y olvidaron el estudio de las teorías y métodos con los cuales se es capaz hoy en día, de comprender las realidades del mercado, el Estado, la cultura, la sociedad y el capitalismo como sistema complejo.

> En general, su crítica no los lleva a plantear problemas que nos permitan *ver por qué* la nueva articulación de ciencias y humanidades contribuye a cambiar al sistema capitalista, y *en qué forma* contribuye a cambiar la lucha de clases, la lucha de liberación, la lucha por la democracia y el socialismo (González Casanova, 2005: 40).

---

2 Al estar muy seguro de sí mismo cuando escribió: «hoy día Norteamérica es semillero intelectual de Europa y Asia, tendencia que se inició con la emigración posbélica de Albert Einstein y otros científicos europeos y fue alimentada después por el alza en la educación científica universitaria «post-Sputnik». La emergencia de la tercera cultura introduce nuevas formas de discurso intelectual y reafirma la preeminencia de Norteamérica en el terreno de las ideas importantes» (Brockman, 2000: 15).

3 Paul Davies, Murray Gell-Mann, Alan Guth, Stephen Jay Gould, Brian Goodwin, Francisco Varela, Steven Pinker, Marvin Minsky, Richard Dawkins, entre otros tantos. Dawkins dijo: «Me produce una cierta paranoia lo que para mí constituye una usurpación de los medios intelectuales por parte de la gente de letras. No se trata solo de la palabra *intelectual*. El otro día vi un artículo de un crítico literario titulado "Teoría: ¿Qué es eso?". Por increíble que parezca, *teoría* hacía referencia a "teoría en la crítica literaria". Y esto aparecía no en una revista literaria, sino en un dominical. La misma palabra "teoría" estaba siendo usurpada para algún propósito literario extremadamente restringido, como si la de Einstein o Darwin no fuesen teorías» (Brockman, 2000: 19). Quizás este fragmento representa la postura de Brockman y estos científicos.

A González Casanova le parecía que el pensamiento crítico perdía de vista la nueva epistemología que se generó con la interdisciplina. No fueron capaces de ver que la

> exploración del mundo se amplió considerablemente al colocar como problema central el control de la incertidumbre, de la ignorancia, de la desinformación, del azar y la forma de mejorar los conocimientos que se tienen, y de adquirir, incluso al instante, otros nuevos (González Casanova, 2005: 49).

En el caso de las ciencias sociales González Casanova también identificó esta falla. Como alguna vez lo dijera Edwar O. Wilson, a las ciencias sociales se les podría valorar en comparación con las ciencias médicas. Ambas intentan resolver problemas grandes y urgentes. A los primeros se les ha confiado la explicación de los conflictos sociales y culturales para resolverlos. A los científicos médicos, se les pide cura para el SIDA, correcciones de problemas genéticos y el mejoramiento de la salud humana en general. Sin duda han sido las ciencias médicas las que han conseguido descubrimientos espectaculares en cuanto al cuidado de la salud y continúan en esa búsqueda. En el caso de las ciencias sociales los descubrimientos son más lentos, en parte por la complejidad que representa el estudio de la sociedad, pero también por las marcadas diatribas ideológicas que impiden unir el conocimiento desde la interdisciplina. Pablo González Casanova le dio la razón a Edward O. Wilson sobre que la diferencia crucial entre ambos ámbitos es la consiliencia (Wilson, 1999).

La consiliencia permite unir las ciencias y las humanidades, pensar analógicamente y usar métodos transdisciplinares. Las analogías y los isomorfismos han sido fundamentales para descubrir una significativa unidad del conocimiento científico. Con la cibernética de Norbert Wiener, la teoría general de sistemas de Ludwig von Bertalanffy, la teoría de las estructuras disipativas de Ilya Prigogine, y la epistemología genética de Jean Piaget, los problemas y preguntas no nacieron de las causas, sino de los efectos, de los conjuntos y sistemas. En los procedimientos estos científicos encontraron analogías en los conceptos e isomorfis-

mos en las diversas realidades de la naturaleza y la sociedad. Fue una gran innovación metodológica y epistemológica que quienes hacían ciencias sociales, tardaron en comprender.

Las nuevas ciencias subsumieron este tipo de epistemologías y fueron más allá de ellas como lo hizo Murray Gell-Mann. Gell-Mann se interesó por el estudio de la simplicidad y la complejidad. Se atrevió a pensar la simplicidad de los quarks o los electrones entretejidos con complejidades como la selva, la ciudad o el humano y los sistemas complejos adaptativos. Estos últimos tienen la capacidad de adaptarse, aprender o evolucionar a la manera de los seres vivos. Desde lo que denominó «Pléctica», esto es, el estudio de lo simple y lo complejo, Gell-Mann intentó desentrañar las «semejanzas y diferencias entre los sistemas complejos adaptativos implicados en procesos tan diversos como el origen de la vida, la evolución biológica, la dinámica de los ecosistemas, el sistema inmunitario de los mamíferos, el aprendizaje y los procesos mentales de los animales humanos y no humanos, la evolución de las sociedades humanas» (Gell-Mann, 2003: 35) los sistemas financieros o los equipos informáticos.

Estos sistemas están por todos lados. Gell-Mann los observa en las mejoras de recetas culinarias o en las aventuras comerciales; en las inversiones en la bolsa o en el adiestramiento de animales. En todos los casos se aprenden nuevos lenguajes con los que se adapta a nuevas situaciones y se generan posibilidades inimaginables con las acciones realizadas. Todo esto es complejidad en el sentido de que los sistemas emplean esquemas para «describir y predecir las propiedades de una sucesión de datos de entrada» (Gell-Mann, 2003: 72). Como cuando un niño aprende gramática, va identificando a partir de su experiencia del aprendizaje de la lengua, un esquema que incluye reglas, sonidos y enunciaciones. Su aprendizaje se muestra como el de un sistema complejo adaptativo.

Sin embargo, en *Las nuevas ciencias y las humanidades*, la lectura de la complejidad de Pablo González Casanova amplía el marco epistemológico en el que se detienen no pocos científicos pertenecientes a las clases dominantes. Para él la reformulación del concepto de complejidad pasa por incluir las categorías de explotación, dominación, depredación, colonización, parasitis-

mo, propias de las ciencias biológicas pero aplicables a las ciencias sociales. Sobre el punto expresó: «al incluir esas categorías en un sistema complejo, cuyas relaciones opuestas se redefinen, podremos corregir muchos errores de un marxismo determinista y reduccionista que se expresó antes de los sistemas complejos y de las totalidades organizadas del neocapitalismo y la globalidad» (González Casanova, 2005: 80).

Lo realmente nuevo de González Casanova en esta apuesta académica y política, fue su atrevimiento a establecer los vínculos entre los sistemas complejos y los sistemas dialécticos. El conocimiento de las tecnociencias y las ciencias de la complejidad lo llevaron a pensar la construcción de alternativas democráticas y liberadoras de los pueblos explotados y oprimidos, incluyendo conocimientos prohibidos o políticamente incorrectos para la mayoría de los científicos neoliberales.

Pablo González Casanova observó que la complejidad organizada planteaba a las ciencias humanas cinco problemas principales que constituían una novedad en el conocimiento y la acción: 1) la importancia creciente en la historia de la humanidad, de las relaciones complejas organizadas y de los sistemas y actores organizados; 2) el peso cada vez mayor de los sistemas autorregulados, orientados a alcanzar determinados fines; 3) el desarrollo de una tecnosintaxis que perfecciona las articulaciones y conjugaciones de símbolos, conocimientos y acciones por parte de cada actor o conjunto de actores; 4) el desarrollo de grandes complejos de actores encabezados por el capital corporativo y por los estados más industrializados conocidos como el Grupo de los Siete; 5) el uso de las ciencias y las tecnologías, para la utilización, reestructuración y contextualización de leyes y tendencias del capitalismo clásico y del neocapitalismo (González Casanova, 2005).

La falta de comprensión de estos problemas, pensaba, derivó en un atraso por parte del pensamiento crítico lo que trajo como consecuencia la incapacidad de este por explicar el triunfo del capitalismo sobre la socialdemocracia, el populismo, el nacionalismo revolucionario y el socialismo soviético.

Sin embargo, de manera oportuna, en los últimos años gracias a la crisis del neoliberalismo y posteriormente al cinismo bélico que mostró Estados Unidos tras los ataques a las Torres Gemelas

de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, numerosos contingentes de jóvenes, estudiantes, militantes marxistas, indígenas, pobres del mundo, personas de clase media, mujeres, ecologistas, se dieron cuenta, quizás sin definirlo ni denominarlo, del dominio global que representa el imperialismo. Se comenzaron a autodefinir como anti-mundialización, anti-sistémicos o altermundistas. Estados Unidos, Europa, Asia y América Latina se gestaron movimientos anti-mundialización contra el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) el cual tendía a asegurar, derechos excepcionales a las inversiones de Corporaciones Trasnacionales, en detrimento de los Estado-nación y los pueblos en general. La más famosa de todas fue la denominada «batalla de Seattle».

En noviembre de 1999 la Organización Mundial del Comercio (OMC) convocó a la *Millenium Round* cuyo propósito era realizar negociaciones tendientes a la liberalización mundial del comercio. El lugar sería la ciudad de Seattle. Los movimientos anti-sistémicos también se dieron cita ahí.

> Miles de estudiantes marcharon al centro de la ciudad. Miles de ecologistas, feministas, campesinos y agricultores, activistas de derechos humanos se sumaron a la protesta contra las políticas de la OMC. Las intersecciones de las calles fueron bloqueadas por «las tortugas de Seattle»; los estudiantes realizaron sentadas frente a los hoteles de las delegaciones oficiales y sobre todo alrededor del Centro de Convenciones en donde estaba prevista la ceremonia de apertura de la Ronda del Milenio (Seoane y Taddei, 2001: 112).

La policía reprimió a los manifestantes. Durante tres días la batalla se dio en las calles. Del día 30 de noviembre hasta el 3 de diciembre manifestantes y policías se enfrentaron. Hubo miles de activistas detenidos pero la reunión fracasó.

La «batalla de Seattle» se convirtió en un símbolo de la protesta social a nivel mundial, fue «el momento de consolidación de este vasto, diverso y novedoso movimiento planetario contra la injusticia» (Seoane y Taddei, 2001:106). Era una señal de que el pluralismo ideológico podía converger y convertirse en un frente

mundial contra la hegemonía del gran capital. Después de esta experiencia las protestas se sumaron en Davos, Suiza, a propósito de la reunión del Foro Económico Mundial; en Bangkok, Tailandia, en ocasión de la décima Cumbre de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNC-TAD); en Japón, Australia y otras partes del mundo.

Fue así que entre ideales y voluntades se reunieron 15000 personas de diferentes países del mundo durante cinco días en el primer Foro Social Mundial (FSM) realizado en la ciudad de Porto Alegre, Brasil, del 25 al 30 de enero de 2001. Se discutieron sobre la necesidad

> de garantizar el carácter público de los bienes de la humanidad sustrayéndolos a la lógica del mercado; la construcción de ciudades y hábitats sustentables; la urgencia de una distribución justa de la riqueza y las formas para alcanzarla; los contornos de la hegemonía política, económica y militar de los Estados Unidos y la estructura del poder mundial; la actualidad del concepto de imperialismo y de la idea de socialismo; de la equidad de género, la democracia, el derecho a la información, entre otros temas (Seoane y Taddei, 2001: 106-107).

Era una realidad el que diversas voces dieran cuenta de que otro mundo era posible. Este tipo de pensamiento antisistémico es el que, a la manera de ver de González Casanova parecía superar aquella disyuntiva de «reforma o revolución» porque permitía la construcción de bloques de la sociedad civil desde el pluralismo ideológico y político, por lo que serían los idóneos para enfrentar a los complejos industriales, empresariales y militares. Sin embargo, en su lectura, prevenía la necesidad de clarificar la complejidad organizada desde el pensamiento crítico (González Casanova, 2005: 98). Para esto era necesario que se estudiara las teorías y métodos de las tecnociencias, combinada con todo el legado de la dialéctica marxista y el pensamiento latinoamericano para proveer a los agraviados, herramientas conceptuales para comprender la realidad que enfrentan.

Por su parte los nuevos movimientos antisistémicos tendrían que construir un nuevo pensar-hacer, un nuevo sentido común de cómo podría ser el mundo, las relaciones humanas, la economía, la política y la vida civil en general. Ello se derivaría de aprender lo complejo y lo concreto desde una conciencia persistente de que la complejidad organizada requiere epistemologías críticas y abiertas a los nuevos conocimientos; de que los sistemas complejos no solo se generan naturalmente, existen los producidos por las tecnociencias y los que históricamente se derivan de ambos por lo que en la construcción

> de sistemas alternativos es necesario incluir conceptos de contradicción, conflicto y lucha y *los de reestructuración de las luchas*, de los conflictos y de las contradicciones por el sistema dominante, por las clases y élites dominantes, por el capitalismo organizado, complejo, por las grandes potencias y corporaciones que lo encabezan y sus aliados y subordinados del mundo (González Casanova, 2005: 99).

En este nuevo conocer-hacer en la complejidad, González Casanova enfatizaba los análisis de la totalidad. Las redefiniciones de variables en elementos, nodos, actores, colectivos, medio ambiente, contexto, debía ser en función del todo. Esto es, «pueblos, proletariados, ciudadanos, etnias no pueden estudiarse solo como sujetos, actores o protagonistas sino en *su relación* con los estados, los empresarios, los gobiernos, las etnias-clases dominantes» (González Casanova, 2005: 101). Proponía una especie de investigación acción donde fuera necesario aclarar los conceptos que se usan en el estudio y tomar posición cognitiva frente a las realidades que se buscan conocer. Para González Casanova «la verdad sin posición no existe; y no es posible la búsqueda de «la verdad» sin el reconocimiento de su carácter siempre relativo a la posición que ocupa el sujeto cognitivo-activo» (González Casanova, 2005: 105).

Vistas las cosas así, las organizaciones o redes alternativas, se comportan como sistemas auto-regulados al poner en marcha su conocer-hacer porque mejoran sus métodos para alcanzar objetivos, son capaces de adaptarse a los cambios que se generan en una

estructura de cualquier tipo y pueden responder a las mediaciones que aparecen durante un conflicto. Entonces, pensar la complejidad, estudiarla, modelarla virtualmente, obliga a cambiar las perspectivas epistemológicas que se tiene sobre lo real. Pero no solo eso, permite definir y realizar lo no dado, lo emergente, las posibilidades en el mundo. Lo nuevo de las tecnociencias es que combinan datos, saberes, métodos y acciones para conocer las funciones de los individuos, las organizaciones, los complejos y la manera en que se insertan en los sistemas naturales, artificiales e históricos. La observación que hace González Casanova de ello es que el pensar-hacer alternativo, está ausente de los planteamientos del sistema dominante debido a que este se limita a logros con fines de control, dominio y apropiación. Combina la razón instrumental con la razón creadora, pero solo para crear relaciones sociales de dominación y control. Su resultado es un pensamiento único, un mercado único, una política única, en fin, un mundo único neoliberal y globalizador.

Por esa razón se hace urgente la búsqueda de ciencias alternativas que combinen también sus métodos científicos, sus posiciones políticas con las de las nuevas ciencias, pero sin descuidar el objetivo de liberación enmarcado en una moral colectiva robusta y de poder. No es casualidad, expresaba González Casanova, que

> los más ricos y poderosos entienden que la moral colectiva constituye una moral-fuerza determinante, real y virtual, y recurren a las viejas y nuevas prácticas de guerra y negociación para desmoralizar y corromper a las fuerzas que se les oponen, o porque resisten, o porque proponen y construyen otro trato, otra negociación, otros sistemas de mediación, otros sistemas de dominación y acumulación, en incluso otras formas de lucha política y militar» (González Casanova, 2005: 163).

En palabras de González Casanova, conocer los saberes y métodos del sistema dominante, así como sus fortalezas y debilidades, es una necesidad imprescindible para el pensamiento crítico y alternativo. Esto le permitirá saber el alcance y las posibilidades de triunfo en la lucha por la humanidad. Conocer las contradic-

ciones, las cooptaciones, las mediaciones y la violencia física que se desprenden de la acción del sistema dominante hacia los sujetos que luchan por un mundo alterno, es fundamental no solo para el pensamiento crítico, sino para todo pensamiento que luche por la vida en la Tierra.

La clave de la recomendación de González Casanova a los movimientos alternativos es que, con el estudio de la complejidad, los sistemas emergentes adquieren un grado de importancia considerable. Al abandonar cualquier forma de determinismo epistemológico, las posibilidades se abren para los objetivos de los pueblos, la nación, los sujetos individuales, como comer, educación, techo, paz o dignidad. Un estudio sobre la inteligencia artificial, por ejemplo, llevaría a los movimientos sociales del presente a dar cuenta del control de las colectividades que, con fines militares, llevan a cabo ejércitos, gobiernos o empresas, pertenecientes a la clase dominante. Con mayor razón quienes se asumen anticapitalistas, deberán incluir en sus investigaciones no solo el legado de Marx, sino los trabajos científicos y humanistas que expresen con la más alta precisión, el carácter histórico del sistema capitalista y su posible evolución.

Aunque González Casanova criticó el rechazo de cierta parte de la izquierda por estudiar las ciencias de la complejidad, insistía que solo en el pensamiento crítico existía la posibilidad de cambiar el mundo. En él se continuaba fortaleciendo la relación entre militancia y especialidad, la academia con la política. Es decir, a diferencia del pensamiento conservador que divide el trabajo intelectual con lo que legitima el discurso tecnocientífico de sus especialistas, el pensamiento crítico diluye la oposición ciencia y política con lo que enriquece el pensar-hacer alternativo.

Si los tecnocientíficos se quedan a la mitad del camino por evitar comprender fenómenos que aparecen a partir de sus propios descubrimientos, el pensamiento crítico puede hacer su trabajo complementándolo desde un conocimiento distinto y contrario al del capitalismo excluyente. Por ejemplo, la construcción de alternativas en el caso de las investigaciones militares sobre inteligencia artificial que tienen como principal objetivo el control de las colectividades. Existe una dialéctica de dominio y libertad en los robots creados en los estudios de inteligencia artificial.

> Desde el punto de vista militar el problema radica en diseñar un ejército de robots lo suficientemente inteligentes y autónomos para que sean capaces de tomar las mejores decisiones en cada circunstancia y situación, sin que los comandos centrales tengan que darles una información detallada que solo el conocimiento concreto permite alcanzar (González Casanova, 2005: 200).

Pero el estudio de los escenarios modelados virtualmente para un proyecto de dominación militar es insuficiente para el pensamiento crítico, si no se propone como problema la voluntad y la razón, como creación de un mundo alternativo. Obviamente que las organizaciones que quieren un mundo diferente al actual deben conocer los sistemas de dominación antiguos y nuevos, pero es indudable que las tecnociencias proveen a las fuerzas dominantes conocimientos que les sirven al pensamiento crítico para sus posibilidades de triunfo.

La diferencia entre el pensamiento conservador de la mayoría de tecnocientíficos respecto al pensamiento crítico, llegó a apuntar González Casanova, estriba en que los primeros no dan valor a los cambios y transformaciones que los sistemas dinámicos o adaptativos generan en realidades naturales, artificiales o históricas. Esto es, sus objetivos están basados en el control o dominio para mantener un determinado *status quo* por lo que es común que recurran a metafísicas o idealismos. Pero las posibilidades generadas a partir de las investigaciones de las nuevas ciencias ofrecen a los movimientos anticapitalistas opciones para crear mundos económicos, culturales, políticos o sociales alternos.

Desde esta perspectiva, si el pensamiento crítico insiste en luchar contra el nuevo capitalismo, solo con los elementos del marxismo, la socialdemocracia o el nacionalismo revolucionario, su esfuerzo será inútil. Para la mirada de González Casanova, en estos enfoques abundan planteamientos retóricos, idealistas, deterministas y metafísicos en sus postulados, que no permitirán comprender los nuevos sistemas de dominio global. El autor de *Las nuevas ciencias y las humanidades* no niega que el legado teórico, político y moral de Marx sea importante para estudiar las contradicciones que desencadena el neocapitalismo, pero insiste

en que debe actualizarse en diálogo con las ciencias de la complejidad y las tecnociencias que le permitan superar algunas herencias metafísicas.

El diagnóstico muestra que en el siglo XXI en lo que respecta a la lucha político-científica, todo se ha redefinido. La ciencia lo ha hecho, la clase obrera, la burguesía, la explotación, la democracia, la política; por tanto, el pensamiento crítico debe tomar en cuenta ello mediante una dialéctica compleja. González Casanova definió la dialéctica compleja como «la comprehensión del sistema como un conjunto de relaciones que los actores mismos redefinen y en las que se redefinen unos a otros» (González Casanova, 2005: 251) por lo que para entender la realidad se requiere pensar en relaciones más que en substancias u objetos, en efectos más que en las causas; en explicar y actuar conjuntamente más que en solo comprender los hechos.

Siguiendo el razonamiento de González Casanova, si en los análisis sobre el capitalismo no se reduce a este a un modo de producción, sino que se le analiza también como un modo de dominación que combina la represión física con la política, la negociación con la cooptación, la inclusión con la discriminación, el análisis cobra un grado mayor de complejidad en su dialéctica. Es obvio que la tarea no es fácil. Las mediaciones y cooptaciones por parte de las fuerzas dominantes son siempre peligrosas en su ofensiva. Combinan la represión con la concesión, el enfrentamiento con el diálogo, la negociación con la traición, por lo que las víctimas de la historia y quienes están con ellas, por lo regular terminan diezmadas en su lucha.

Pero González Casanova insistió en que las fuerzas alternativas se debilitan cuando desconocen la capacidad de intercomunicación del sistema dominante; cuando no saben las diversas maneras que tiene este, de adaptarse y crear estructuras funcionales que le permitan explotar y esclavizar a los sujetos; cuando ignoran la creación de una retórica de la mentira con la que desarticula la palabra y los actos de las fuerzas alternativas; y, cuando el sistema dominante es capaz de desinformar para pasar desapercibidos «sus daños colaterales» que representan bajas para las organizaciones antisistémicas (González Casanova, 2005: 244). Con este tipo de alteraciones estructurales, las luchas de los pue-

blos, colectivos, organizaciones anticapitalistas, se hace más difícil, y su anhelo de socialismo, democracia y liberación, también.

Pero hay quizás un principio sumamente importante que González Casanova quiso que se entendiera para evitar desánimos y desbandadas al interior de las fuerzas anticapitalistas, a saber: el que se reconozca que en la construcción de alternativas aparecen siempre contradicciones. Esto es, romper con el dogma disciplinante de que en la alternativa todo es perfecto es una condición imprescindible para cualquier fuerza anticapitalista. La tarea de una pedagogía liberadora empieza por hacer comprender a los militantes demasiado idealistas, que no existen alternativas sin contradicciones. Este es una de las razones por las cuales González Casanova afirmó que Cuba es el único caso de lucha que ha tenido éxito en la construcción de la democracia, la liberación y el socialismo.

No es ingenuo al considerar que el pueblo cubano es consciente de las contradicciones internas que se viven a diario en la Isla debido al asedio y el bloqueo económico estadounidense y por la misma construcción de un socialismo latinoamericano.

> El manejo de las contradicciones internas forma parte de una dialéctica que es más rica y menos oficial en la medida en que los cuadros dirigentes, en proporciones altísimas, vigilan su propia conducta ética y luchan por disminuir al máximo posible sus contradicciones, que por lo demás crecen con la ineludible apertura de la isla al comercio y los servicios dolarizados (González Casanova, 2005: 336).

La ética de los pueblos como la de Cuba, es la que permite evitar que el enemigo aproveche las contradicciones internas de los procesos de liberación para desestabilizarlos y derrocarlos. La ética a la que se refiere González Casanova no es una meramente comunicativa o procedimental como lo sugiere Jürgen Habermas. La *Ética del Discurso* de Jürgen Habermas pretende ser universal solo en el nivel formal y procedimental. En ella la validez de un discurso depende de la validez argumentativa. La vida buena que parte de una metafísica del bien, está relegada a lo local o particular y por ese grado de contextualidad no pueden ser uni-

versalizables sus discursos. La *Ética del Discurso* «busca integrar la benevolencia en la justicia, que atiende por igual la integridad de cada uno, y mediar entre derecho y moral, pero sin que eso implique atender a la prosperidad, ni siquiera al bien común, de una sociedad concreta» (Estrada, 2004: 96).

Por el contrario, Pablo González Casanova concibe al *pueblo* como el sujeto teórico-práctico pensante y parlante, realmente existente. «Los pobres de la tierra» tienen rostro y hablan cuando luchan con «la moral como epistemología y como fuerza, como esperanza y voluntad, como consecuencia de la lógica y el lenguaje, de la razón y la fe» (González Casanova, 1985: 37). De hecho, en la «batalla de Seattle» y en el Foro Social Mundial de Porto Alegre se partió de un principio ético que fortaleció al movimiento mundial anticapitalista: «respeto a la decisión de los pueblos y sus organizaciones y a la diversidad de culturas, de creencias, de teorías en lucha por la libertad, la justicia social y la paz» (González Casanova, 2002b: 175).

Ese principio se enlaza con el concepto de autonomía que González Casanova defendió desde que fue rector de la UNAM en 1970. Y es que la autonomía genera un proyecto de

> nuevas relaciones sociales, cuyo carácter democrático comprende una nueva construcción del poder y la política, capaz de extenderse a la cultura, la sociedad y la economía y de ponerse en práctica en las instituciones del programa y el presupuesto participativo (González Casanova, 2002b: 178).

En suma, con estas prácticas combinadas con el conocimiento de las ciencias de la complejidad y las tecnociencias, los pueblos en conjunto con todos aquellos que se oponen al sistema dominante establecerán las bases de una meta principal: «negociar con el capitalismo para que se desestructure sin destruir a la humanidad a sabiendas de que su única alternativa a esa propuesta es que el capitalismo se destruya destruyendo a la humanidad» (González Casanova, 2005: 351). Al principio de González Casanova en torno a que no existen alternativas sin contradicciones, se le suma este otro: no habrá victoria de los seres humanos contra el capitalismo global sin negociación compuesta de moral y poder.

Referencias

Boulding, K. E. (1956). «General system theory: The skeleton of science». *Management Science*, 2 (3), abril, 197-208.

Brockman, J. (2000). *La tercera cultura: Más allá de la revolución científica*. Barcelona: Tusquets.

Estrada, J. A. (2004). *Por una ética sin teología: Habermas como filósofo de la religión*. Madrid: Trotta.

Gell-Mann, M. (2003). *El quark y el jaguar: Aventuras en lo simple y lo complejo*. Barcelona: Tusquets.

González Casanova, P. (1969). *Sociología de la explotación*. Ciudad de México: Siglo XXI.

González Casanova, P. (1985, agosto 19). «El pensamiento revolucionario». Revista *Proceso*, 459, 34-47.

González Casanova, P. (2002a). Reestructuración de las ciencias sociales: Hacia un nuevo paradigma. En P. González Casanova (coord.), *Ciencias sociales: Algunos conceptos básicos*. Ciudad de México: Siglo XXI, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.

González Casanova, P. (2002b, septiembre). «Democracia, liberación y socialismo: Tres alternativas en una». En *Observatorio social de América Latina* (vol. 8). CLACSO.

González Casanova, P. (2004, octubre). «Diálogo de las ciencias sociales y las naturales: Minuta para un ensayo». *Revista Mexicana de Sociología*, LXVI (65), 1-14.

González Casanova, P. (2005). *Las nuevas ciencias y las humanidades: De la academia a la política*. Madrid: IIS, UNAM, Anthropos.

González Casanova, P. (2008, septiembre-diciembre). «El capitalismo organizado: Entre el orden y el caos». *Desacatos*, 28, 165-172.

Seoane, J., y Taddei, E. (2001). De Seattle a Porto Alegre: Pasado, presente y futuro del movimiento antimundialización neoliberal. En J. Seoane y E. Taddei (comps.), *Resistencia mundiales (de Seattle a Porto Alegre)*. Buenos Aires: CLACSO.

Wilson, E. O. (1999). *Consilience: La unidad del conocimiento*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.

CAPÍTULO VII

El pueblo, la izquierda y la democracia de los de abajo

Para Pablo González Casanova, pueblo es una realidad que une lo diverso a partir de experiencias de persecución. Se puede tejer un hilo conductor de esta tesis en las luchas de independencia latinoamericana, en las resistencias campesinas de principio del siglo XX, en los jóvenes de 1968, en los sectores populares y cristianos pobres de los años setenta y en las revolución cubana y nicaragüense. Es una experiencia que rompe con los modelos impuestos y propugna construir la realidad descubriéndola. Esta es la razón por la que González Casanova va a utilizar el concepto de pueblo distinto a la versión filosófica europea y en consonancia con el espíritu del pensamiento perseguido y prohibido latinoamericano materializado en las políticas de la liberación, la democracia y el socialismo.

Las características del concepto de pueblo de González Casanova están relacionadas con las del pluralismo ideológico. Dicho pluralismo no solo es tal por la diversidad de sectores que se agrupan, sino por el carácter de organización y dirección colectiva, la nación como base de unidad, la práctica de «la democracia de abajo», las políticas de alianza, el ecumenismo, la toma de conciencia escalonada y el trabajo de comunidad con intereses solidarios. De esta manera los diferentes sujetos que componen el pueblo combinan sus luchas para hacer un frente común. Las combinaciones plantean la lucha por la democracia, la justicia social y contra el autoritarismo en todas sus manifestaciones. Es una combinación de luchas en el plano formal constitucional, de liberación nacional y contra el gran capital. En ellas hay vínculos entre democracia, socialismo y liberación nacional, demócratas, autonomistas, socialistas y nacionalistas.

Al interior de la categoría de pueblo González Casanova adopta la idea de lo nacional popular, la soberanía popular y dentro de ello privilegia el concepto de pueblos indígenas o pueblos originarios. Distingue la necesidad de regímenes con poder de los pueblos y con democracia plural de los ciudadanos, dos paradigmas alternativos que le acercarán con el EZLN, cuyo levantamiento armado de Chiapas en 1994, lo llevará a colaborar activamente con el obispo Samuel Ruiz García, en torno de la Teología de la Liberación y con la emergencia del zapatismo en sus distintos momentos. Le inspira un indigenismo descolonizador, donde priman los rasgos de la condición de expoliación que sufren las comunidades indígenas: discriminación racial y lingüística; explotación colonial; dependencia social; intercambios económicos desfavorables, despojos de tierras y otros recursos naturales, marginación educativa, analfabetismo, manipulación política.

De la idea de pueblo como experiencia que une lo diverso a partir de la persecución, presentaremos en el capítulo, la búsqueda de González Casanova por comprender las causas de la problemática étnica, recoger las propuestas zapatistas y tomar una posición comprometida y a la vez crítica de estos. De ahí que su obra reciente ofrezca un diálogo crítico de cara a todo el proceso de organización zapatista, sus documentos fundadores, sus declaraciones más relevantes, su experiencia autonómica en los Caracoles, su experiencia pedagógica en la *escuelita zapatista*, que comunica saberes ancestrales y saberes profesionales, como también sucede en la llamada Universidad de la Tierra que crea puentes entre el zapatismo y el mundo.

Pueblo no es sociedad civil sin más

Con su concepción de pueblo, democracia y pluralismo ideológico, Pablo González Casanova ha puesto en evidencia un déficit teórico en nuestros círculos académicos respecto de las luchas políticas reales del tiempo presente. Cuestiona que se sobredimensionen los textos clásicos europeos sobre democracia, ciudadanía o sociedad civil y perdamos de vista la rica y compleja vida política en América Latina, en la que resaltan pensamientos origina-

les. Por ello la mayoría de nuestros análisis políticos son pobres, caen en enfoques periodísticos y dogmáticos. Pocas veces integran el componente histórico de las relaciones sociales al ser en su mayoría coyunturales o limitados a procesos específicos como las elecciones en turno.

El hilo conductor del análisis político de González Casanova en buena medida se entiende en su nivel histórico. Tomando por caso a México, en los años sesenta, detectó la lucha cívica por el respeto al voto, la organización de las clases medias contra el autoritarismo y a favor de las libertades constitucionales. En los setenta estuvo cerca de la conversión de las organizaciones socialistas en México a la lucha electoral y en los ochenta identificó la ideología neoliberal impresa en el Estado mexicano que había sido nacionalista, populista y corporativa, que lo enfrentó a la insurgencia civil derivada del terremoto de 1985 y al fraude en las elecciones de 1988. A partir de entonces hasta la actualidad, González Casanova identifica las combinaciones de lo nuevo y lo viejo de ese Estado mexicano.

En su manera de ver las cosas, planteó que existen nuevas mediaciones políticas ante la siempre cambiante ciudadanía y la exigencia del respeto al voto. Además, para nuestro autor, el surgimiento de los neozapatistas le otorgó a la lucha por la democracia en México y el mundo, una nueva manera de hacer política a partir de la exigencia moral por la autonomía de los pueblos y los proyectos de la vida en la tierra. Con esto, para González Casanova surge entonces la necesidad de repensar todo el entramado sociológico y de las ciencias sociales: la democracia, la revolución, los derechos y la emancipación humana.

La combinación analítica y política de Pablo González Casanova en sus estudios sobre pueblo, democracia y otros fenómenos político-sociales, son el arma secreta de su veta intelectual rebelde. De ella habría que aprender para entender con mayor precisión lo nuevo de las luchas de los pobres de la tierra y una manera de hacerlo es comenzando con el uso y aclaración de los conceptos. Uno de estos es el concepto de pueblo que, en el pensamiento de González Casanova no debería entenderse solo como sociedad civil.

Con el término sociedad civil se hace referencia a una larga tradición europea que inicia con la obra de Adam Ferguson, *An Essay on History of Civil Society* (1767). Hasta aquí el adjetivo civil supone civilización como antítesis de lo bárbaro. Kant usa el término alemán *bürgerliche Gesellschaft* basado en Ferguson, pero aunado a la idea cosmopolita de un derecho internacional (Kant, 2018: 13). Adam Smith también lo retoma del primero cuando habló de *civilized society*. Posteriormente, cuando el concepto es usado por Hegel, la expresión *bürgerliche Gesellschaft* significa la antítesis de sociedad política, esto es, no-estatal. Así surge esta ambigüedad entre el significado de no-bárbaro y de no-estatal (Bobbio, 1977: 30). El problema radica en que para Hegel *bürgerliche Gesellschaft* significa sociedad burguesa, esto es corporaciones y asociaciones no estatales basadas en relaciones de intercambio mercantil que deben ser reguladas por el Estado (Fritz, 2013: 22). Ese concepto fue el que retomó después Karl Marx: sociedad burguesa, cuya sociedad civil está políticamente organizada.

En las versiones angloamericanas el termino sociedad civil no pocas veces se igualó a algo así como sociedad comercial o sociedad industrial, pero sin explicitarlo nunca. Tal vez la intención era desplazar el verdadero contenido de esas sociedades, a saber, que pertenecían a la clase burguesa que disputaban la esfera de la sociedad civil. Luego del declive de los filósofos de la sociedad civil, en el siglo XX quien mejor construyó un contenido analítico de este concepto fue Antonio Gramsci. De hecho, como bien apunta Norberto Bobbio, Gramsci es el primer escritor marxista que se sirve del concepto de sociedad civil para su análisis de la sociedad (1977: 27).

En efecto, al complejizarse el fenómeno estatal a finales del siglo XIX en occidente, se intensifican los procesos de socialización de la participación política. Gramsci observa aquellos que se tornan autónomos frente al Estado: «la *sociedad civil*, formada precisamente por el conjunto de las organizaciones responsables de la elaboración y/o la difusión de las ideologías, incluyendo el sistema escolar, las Iglesias, los partidos políticos, los sindicatos, las organizaciones profesionales, la organización material de la cultura (revistas, periódicos, editoriales, medios de comunicación de masa), etcétera» (Coutinho, 2000: 24).

Pablo González Casanova conoce este abordaje gramsciano de la sociedad civil y lo incluye en su noción de pueblo. En su análisis político sobre la democracia considera la lucha cívica como un eslabón para la liberación en países coloniales y dependientes. Aunque el concepto de sociedad civil está integrado en su pensamiento, conviene aclarar que este no tiene su fuente en el credo liberal, sino que se llena de contenido en la experiencia de los pueblos de América Latina por autodeterminarse. El argumento es el siguiente: los distintos procesos políticos para la liberación en América Latina tienen la característica de que, cuando la gente lucha por la democracia, la defensa de la soberanía y los derechos civiles al interior de cada país, la cuestión de la sociedad civil no es lo relevante, sino apenas un eslabón para conquistar la autonomía frente a las clases y a las naciones-Estados dominantes.

Para entender esta tesis es necesario conocer el trabajo de investigación que realizó durante su formación como historiador en El Colegio de México de 1948 a 1958. Posteriormente su encuentro con el marxismo de Antonio Gramsci y con las luchas revolucionarias de Cuba, Nicaragua y más tarde con la rebelión zapatista en México. En efecto, para González Casanova la lucha por la autodeterminación en lo que hoy es América Latina tiene su raíz en la experiencia colectiva que captan los filósofos mexicanos del siglo XVIII. En *El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII y La literatura perseguida en la crisis de la colonia* González Casanova muestra la imaginación creadora que se desprende de quienes tuvieron que ocultar su pensamiento propio para evitar ser presa de la inquisición (González Casanova, 2013: 170).

En una época de «intervención violenta de las instituciones en el pensamiento y la imposición de escuelas» (González Casanova, 2013: 58) los filósofos mexicanos enfrentaron la franca decadencia intelectual, la acostumbrada repetición e imitación escolástica. Lograron romper las cadenas de la política y la religión del siglo no por las influencias recibidas de la ilustración y la modernidad europea, sino por los «pequeños —por el alcance— esfuerzos creadores, que en ningún país, por dependiente que sea su cultura de las de los otros países o continentes, llegan a desaparecer del todo» (González Casanova, 2013: 226). Así, perseguidos por su eclecticismo y apertura a lo nuevo e imaginativo los

filósofos mexicanos, como los criados, médicos, soldados, sastres, tejedoras, boticarios y demás gente de la base popular que escribían literatura en forma de narrativa, teatro o poesía contraria al mundo antiguo (González Casanova, 2013: 144) generaron una inteligencia colectiva que podría denominarse pueblo.

Pueblo, en el pensamiento de González Casanova, es una experiencia que une lo diverso a partir de experiencias de persecución y su contraste con diversas formas de resistencia y de expresiones de rebeldía. Se puede tejer un hilo conductor de esta tesis en las luchas de independencia latinoamericana, en las resistencias campesinas de principio del siglo XX, en los jóvenes de 1968, en los sectores populares y cristianos pobres de los años setenta y en las revolución cubana y nicaragüense. Es una experiencia que rompe con los modelos impuestos y propugna construir la realidad descubriéndola. Esta es la razón por la que González casanova va a utilizar el concepto pueblo de manera distinta a la versión filosófica europea y en consonancia con el espíritu del pensamiento perseguido y prohibido latinoamericano materializado en las políticas de la liberación, la democracia y el socialismo.

De lo anterior se derivan dos tesis: una, que para entender el concepto de pueblo que González Casanova utiliza en su obra es necesario estudiar la manera como recupera, en sus trabajos históricos de la modernidad mexicana del siglo XVIII las formas concretas de pensar y hablar de la gente común. Otra: que el término pueblo no es una categoría lógica o formal, sino un concepto que se llena de contenido a partir de experiencias históricas. Esta es la razón por la que el pensamiento perseguido del pueblo en el siglo XVIII lo vincula a las luchas latinoamericanas sean estas constitucionales o de liberación. Más tarde el propio González Casanova relaciona esta noción de pueblo a un sujeto colectivo que en su vida material y moral como etnias, pobladores urbanos, estudiantes, campesinos, trabajadores de la ciudad, jóvenes, mujeres, sindicalistas, se han identificado en sus diferentes batallas no solo por conflictos socioeconómicos o culturales, sino también por el grado de indignación que les causan las acciones del sistema económico, político y militar dominante en el continente que ha institucionalizado el desprecio. A esa identificación González Casanova le llama, *lucha del pueblo*.

Poder y hegemonía del pueblo

En *La cuestión meridional* Gramsci se plantea la posibilidad de la alianza entre la clase obrera y los campesinos del sur de Italia con el fin de romper el bloque industrial-terrateniente y conquistar el poder. Para ello, habría que construir una dirección política capaz de dominar el campo en disputa. A eso Gramsci le llamó hegemonía (Gruppi, 1981: 44). Es sobre todo un escenario de lucha ideológica de la cultura vernácula contra la clase dominante que mantiene sus ideas en las escuelas, las iglesias, las instituciones y los medios de comunicación.

En palabras de González Casanova, en la lucha por la hegemonía está el pueblo que disputa a su vez la esfera de la sociedad civil, por ejemplo, aceptando reformas electorales o concediendo espacios a la clase dominante. En términos gramscianos se trata de decisiones políticas de sujetos colectivos para luchar cotidianamente por la conquista de espacios y posiciones, con miras a desplazar al capitalismo (Coutinho, 1986: 137). Se trata de un momento ético-político que permita a quien se posicione como clase dirigente, superar el corporativismo, el economicismo, el voluntarismo o el sindicalismo clientelar y transitar hacia lo nacional como objetivo hegemónico.

> No es casual que el concepto de Gramsci sobre la hegemonía tenga acogida en América Latina: [pues] prefigura la lucha por el socialismo en una estructura neocapitalista. El concepto requiere sin embargo la definición de los rasgos correspondientes a una situación periférica donde neocapitalismo y neocolonialismo presentan un desarrollo desigual de múltiples combinaciones (González Casanova, 1985: 11).

Las combinaciones a las que se refiere González Casanova plantean la lucha por la democracia, la justicia social y contra el autoritarismo en todas sus manifestaciones. También la organización autónoma del pueblo. El caso de José Martí en Cuba es un ejemplo de lucha por la hegemonía frente al imperialismo como capital monopólico y como Estado.

Ahora bien, frente a esto es natural que aparezcan errores de apreciación. Como bien dice González Casanova, frente a los movimientos populistas o nacionalistas, el imperialismo puede presentarse como único objetivo de lucha. Mientras que los izquierdistas podrían ser banalizados como un elemento que no habría que considerar en la lucha interna de clases. Pero en realidad, en América Latina la lucha

> es contra la hegemonía de la burguesía y el Estado dependientes y contra el propio Estado y burguesía metropolitanos. Ambos entreveran las visiones del mundo con que se imponen. [ambos…] Combinan las formas más tradicionales de la cultura colonial con las del neocolonialismo y el neocapitalismo cultural (González Casanova, 1985: 13).

González Casanova critica ese colonialismo hispánico o lusitano, que con su idea de modernidad impone una visión de mundo bajo las abstracciones del progreso o del desarrollo. En este contexto, él plantea que los partidos u organizaciones progresistas, también deben pensar en la liberación nacional; el asunto de la nación es un tema sin el cual no se le puede hacer frente a esta imposición. Sugiere que se debe unir la lucha por el socialismo, con la lucha nacional, la lucha por la democracia: unir las demandas por democratizar la vida social, con demandas de mejores condiciones de trabajo, con demandas antirracistas o agraristas. Aunque los textos que estamos citando datan de la década de los años ochenta, sigue sosteniendo estos principios como lo veremos a continuación alrededor del concepto de socialismo.

González Casanova siempre ha trabajado el concepto dialéctico de socialismo en su dimensión intelectual y política, nunca como un programa de gobierno o sistema económico. Esto quiere decir que su contenido supone contradicciones, por lo que no es un «ideal» a seguir. En su dimensión intelectual el socialismo es un instrumento político con el que se captan las relaciones subordinadas entre personas, pueblos, trabajadores u organizaciones. A partir de esta captación se desencadenan, no sin contradicciones, diferentes luchas contra esas relaciones. Estas dimensiones no impiden que se integren en ellas herramientas analíticas para

comprender con mayor precisión dichas relaciones y luchas. Para ello, construyó un tipo de herramienta que denominó sociología de la explotación. Entonces el socialismo es una de tantas posibilidades para investigar, actuar y combatir la explotación.

Esto es lo que explica sus afirmaciones en torno de que la lucha por la hegemonía del pueblo inicia por la cuestión nacional y la democracia. Cuestiones que unifican la heterogeneidad incrustada en la población mediante luchas que considera intermedias por el salario, el reparto agrario, mejoras laborales, derechos jurídicos y sociales. Intermedias en el sentido de estar a la mitad del proyecto revolucionario por el socialismo y la liberación nacional. Pero, para que estas luchas tengan un carácter de intermediación deben conjugarse como lucha nacional y democrática, con la lucha por el socialismo y contra el neocolonialismo.

Es de suma importancia no confundir la noción de pueblo de González Casanova con el término populista usado hasta antes de 1959. Este último hace alusión a dinámicas donde los sindicatos cooptan a través del Estado a las organizaciones populares o donde se incluye a la burguesía o la clase media para atacar a la clase obrera y su movimiento. Ese concepto de pueblo refiere al que lo dirige: un caudillo o líder que a menudo es empleado de la oligarquía o del gobierno en turno. Es un tipo de término con el que se reconoce la hegemonía de la clase dominante. En suma, con ese concepto de pueblo se designa a la gente desorganizada e incapaz de enfrentarse a las oligarquías y al gran capital.

Dicha idea reificada de pueblo hace referencia a una cultura providencialista o paternalista que define las negociaciones y las concesiones de arriba hacia abajo, o que son limitadas por las cúpulas de la «representación»; por lo que el consenso se reduce a jefes, caudillos, caciques, funcionarios, empresarios (González Casanova, 1985: 21). Por todo ello, González Casanova piensa que un requisito fundamental para las organizaciones rebeldes debe ser la lucha por la autonomía moral e intelectual del pueblo, contra la hegemonía señorial, conquistadora y ladina. Entonces, su idea de pueblo lo hace pensar en una nueva forma de hacer política, de dar órdenes, una cultura crítica, política y práctica de poder, de discurso consecuente, de aprender a hablar la verdad (González Casanova, 1985: 25).

Concepto de pueblo y pluralismo ideológico

Hasta aquí hemos dicho que las características del concepto de pueblo de González Casanova están relacionadas con las del pluralismo ideológico. Dicho pluralismo no solo es tal por la diversidad de sectores que se agrupan, sino por el carácter de organización y dirección colectiva, la nación como base de unidad, la práctica de «la democracia de abajo», las políticas de alianza, el ecumenismo, la toma de conciencia escalonada y el trabajo de comunidad con intereses solidarios. De esta manera los diferentes sujetos que componen el pueblo combinan sus luchas para hacer un frente común. Las combinaciones plantean la lucha por la democracia, la justicia social y contra el autoritarismo en todas sus manifestaciones. Es una combinación de luchas en el plano formal constitucional, de liberación nacional y contra el gran capital. En ellas hay vínculos entre democracia, socialismo y liberación nacional, demócratas, autonomistas, socialistas y nacionalistas.

Ahora bien, en su análisis político, González Casanova llega a la conclusión de que toda lucha del pueblo inicia por la cuestión nacional y la democracia. Sin embargo, con el tiempo, si existe una convergencia favorable y una toma de conciencia crítica, se conjugan como luchas nacionales y democráticas, con acciones contra el neocolonialismo y el capitalismo global como es el caso del movimiento zapatista iniciado en 1994.

Bajo la idea del pluralismo ideológico y la noción de pueblo (lo nacional, étnico, liberal, socialista, autonomista, zapatista) no permite pensar en una lucha unidimensional, sino en la combinación de fuerzas y proyectos que, aun con contradicciones, logren desafiar el orden imperante. Las injusticias a la población y la reacción desarticulada de esta, permite que las masas no logren darse cuenta de la esencia del capitalismo. En el caso de los obreros, al llevar el conflicto estructural solo a demandas corporativas o económicas, estos son incapaces de incluir en su lucha la cuestión del neocapitalismo.

En suma, el punto nuclear del análisis de González Casanova es que, como en los países latinoamericanos no existe una democracia cívica abierta que permita que todos participen en la esfera

pública, se requiere abrir o extender la democracia más allá del límite electoral, combinando batallas por la autonomía y contra el capital. Como el consenso y el espacio público para la racionalidad comunicativa en Latinoamérica es limitado y la esfera de la sociedad civil es hegemonizada por las élites, se requiere pensar en una categoría más incluyente que el de ciudadanía y sociedad civil. De ahí que Pablo González Casanova analice el poder y la hegemonía del pueblo.

Ahora bien, esta idea de pueblo, a diferencia del nacionalista-populista, no oculta las contradicciones de clase, no alienta su conciliación ni colaboración de clases. Antes bien, a través de su contenido puede observarse converger la lucha de socialistas o autonomistas por el fin de la explotación; la de demócratas y liberales por la democracia constitucional; a indígenas y campesinos abriendo horizontes para la liberación nacional; a mujeres desafiando al orden patriarcal. Todo ello puede combinarse en sus diferentes formas de organización para hegemonizar la lucha por el poder y acumular fuerzas, no para cambiar los gobiernos, sino para cambiar el sistema social con el poder del pueblo.

En México es común que las izquierdas no lean la realidad política desde la perspectiva de González Casanova. Es común que estas se dividan por dogmatizar sus posiciones. Es el caso cuando solo se asume el proyecto nacional y democrático y no se lucha por conquistar un régimen democrático-popular. O cuando las luchas solo se acotan al régimen político para exigir reformas dentro del capitalismo, pero no se plantean las autonomías de los pueblos y la acumulación de fuerzas de carácter popular.

Conviene recordar que fue Pablo González Casanova quien logró visualizar desde la década de los años sesenta, que en América Latina la democracia limitada o controlada por oligarquías nativas apoyadas por políticas o ejércitos coloniales es un obstáculo para la autonomía y liberación de los pueblos. Las formas concretas de esos obstáculos son las reformas, la represión-conciliación o el aniquilamiento militar. Este es el argumento del que nace el supuesto de González Casanova: donde no hay poder del pueblo no hay democracia universal. Por esta razón a todo proyecto del pueblo, por mínimo que sea, se le persigue implacablemente (González Casanova, 1985: 101).

Cuando González Casanova aboga en pro de las libertades democráticas desde el constitucionalismo moderno, en *La democracia en México* (1965), lo hace pensando en integrarlas a la lucha por la liberación de los pueblos. En esto González Casanova da un paso más firme en la lucha por la democracia que los planteamientos abstractos de la filosofía política sobre ciudadanía y sociedad civil. La razón estriba en que, para el sociólogo mexicano, el sujeto de la liberación no es el individuo formal o jurídico de la filosofía, sino una pluralidad de actores que convergen, no sin contradicción y dificultades, desde sus diferentes contextos, situaciones e ideas.

Además, la liberación la piensa desde un pluralismo ideológico en un sentido radical que supera las visiones limitadas del individuo categorizado por los estudios de la ciudadanía que exige sus derechos privados en una versión secular, estatal y capitalista de la historia. En este pluralismo ideológico convergente con la liberación del pueblo, la democracia se entiende como un hacer política de todos y todas. El uso histórico y conceptual de la idea de democracia, conjugada con las coyunturas de la lucha por la liberación del pueblo en América Latina desde por lo menos el siglo XVIII a la actualidad, permiten a González Casanova identificar el hecho de que todas las democracias hasta ahora han sido excluyentes (González Casanova, 1998: 24).

Como lo mencionamos ya en el capítulo III, la democracia griega fue esclavista, las repúblicas europeas en su mayoría fueron y son elitistas. Las socialdemocracias han definido su concepto de democracia entendido como lucha por el sufragio universal y el beneficio popular a través del gasto público pero combinado con la acumulación de capital. Por su parte, los nacionalistas revolucionarios de los países dependientes desde la Revolución china de 1905 hasta la nicaragüense de 1979 combinaron democracia representativa con marxismo-leninismo o elementos de la socialdemocracia y del Estado asistencialista. De ellos surgieron caudillismos, populismos y caciquismos dentro del Estado-nación (González Casanova, 1998: 24-25). Las democracias actuales, que en realidad son complejos militares-empresariales-trasnacionales, identifican democracia con libre mercado y los nuevos conservadores se apropian del pensamiento liberal y neoliberal

para construir una idea limitada de democracia soportada en el sistema de partidos y los procesos electorales.

Por todo esto, González Casanova ha identificado la necesidad de pensar y luchar por un nuevo proyecto de democracia universal que supere los paradigmas conservadores, liberales, socialdemócratas, nacionalistas-revolucionarios, comunistas o marxistas-leninistas. Su propuesta es una democracia no excluyente, universal, con connotaciones morales y prácticas, humanísticas y científicas, utópicas y políticas. La versión del pluralismo ideológico que retoma la lucha civil constitucional con la liberación de los pueblos sería la alternativa.

Soberanía de los pueblos: la lucha ideológica en América Latina y el Caribe

En un texto de los años setenta, Pablo González Casanova concibe al aparato de dominación y explotación de América Latina y el Caribe como un sistema que opera dentro de

> una sociedad de clases que es colonial, semicolonial, o dependiente, y que se desarrolla en formas desiguales, concentrando la industria y la riqueza en algunos puntos de la geografía y de los sectores, ramas o estratos sociales, a lo largo de un proceso en que la conquista y los conquistadores se renuevan permanentemente (González Casanova, 1972: 381).

Ahí mismo, dice que el desarrollo se concentra en ciudades y regiones a las que llama polos-ciudadelas dinamizadas por instituciones políticas a las que denomina república-dictadura. Tal desarrollo solo beneficia a la oligarquía local (latifundistas, patronos, funcionarios, empresarios, militares de alto rango, obispos) y empresas extranjeras quienes dominan y explotan al resto de la sociedad. Este aparato de dominación y explotación, no se enfrenta a todas las clases trabajadoras como un solo bloque, pues ha aprendido a distinguir lo social y lo político de cada clase y sector social. La oligarquía establece una división real de «trabaja-

dores participantes (empleados, técnicos, obreros calificados) y trabajadores marginados (sobre todo campesinos e indígenas y habitantes urbanos de las grandes zonas de tugurios)» (González Casanova, 1972: 381). Ambos tipos de trabajadores no forman una unidad política permanente y orgánica, antes bien actúan por separado y a veces en forma contraria. Hay quienes están alineados al poder y quienes luchan permanentemente contra la oligarquía. Todas estas son «características de las luchas de los siervos y de las poblaciones coloniales» (González Casanova, 1972: 382).

Luego las capas medias juegan un papel oscilante en la participación política; sus presiones «por lo general, derivan en un reacomodo dentro del aparato de sus miembros más activos o, a lo sumo, provocan un reajuste de las mismas estructuras» (González Casanova, 1972: 382). La oligarquía por su parte controla políticamente a los grupos y las clases ya sea como polo o dictadura según el tiempo económico y político lo amerite.

> El aparato del polo-ciudadela y de la república-dictadura depende de una Gran Metrópoli, y de un mercado mundial de bienes y capitales. Esto es, el aparato es un conjunto de estructuras que funciona dentro de un gran sistema: el sistema imperialista, en el sentido lato y estricto de la palabra (González Casanova, 1972: 383).

A pesar de ser un documento de la década de los setenta suena actual. Y lo es porque los análisis de González Casanova son históricos, esto es, dimensiona sus estudios desde periodos de larga duración. Por ello para el sociólogo este sistema existe desde el siglo XIX con antecedentes que vienen desde la Conquista. Sus variaciones dependen en gran medida de los reacomodos del gran sistema. Los polos-ciudadelas cambian, también las repúblicas-dictaduras, dirigentes, regímenes o constituciones. Se modifican las clases, estratos, gobiernos, oligarquías, clases marginales, pero el aparato de dominación y explotación continúa. De ahí que para González Casanova sea imprescindible comprender el aparato y su capacidad de reacción cuando se le desafía.

El problema de la soberanía de los pueblos en América Latina y el Caribe es una lucha ideológica por la hegemonía que tie-

ne frente a sí al aparato de dominación y explotación. Por ello, nuestro científico social sugiere que la lucha deberá ser combinada: reformas, organización política, exigencias por el salario, luchas culturales, por el reconocimiento indígena y la lucha de las mujeres. «Sobre todo, reconocer la situación colonial de la población que se expresa en persecución y genocidio, opresión y dependencia, discriminación y super-explotación, depauperización y marginación» (González Casanova, 1979: 5). En lo setentas, en la región se gestaron luchas por la nación y lucha de clases. El debate ideológico y político de este punto se dividió en dos posiciones: quienes privilegiaban la lucha de la nación frente a la lucha de la clase trabajadora y quienes lo hacían desde la fusión del indio a la clase obrera. Se dividieron las fuerzas democráticas y revolucionarias.

Pero el fenómeno del neocolonialismo es una realidad. Sobre el problema indígena González Casanova muestra datos correspondientes a finales de los ochenta que son los mismos de hoy: la eliminación de pueblos indígenas en el Caribe, el racismo permanente en México, el aislamiento de los indios en Venezuela y Colombia, su invisibilización en Chile (González Casanova, 1979: 6-7). Y por esa época ya cuestionaba la manera de entender el fenómeno: ideologías que oscurecen los fenómenos de explotación y dominación como las teorías sobre el «sector moderno» y «tradicional» de la sociedad o las de la sociedad dual y plural (González Casanova, 1979: 9) que ocultan el neocolonialismo capitalista.

Es justo reconocer que la lucha por la soberanía de los pueblos en la región es de larga data y tiene su base en disputas ideológicas. En efecto, las luchas de resistencia y liberación de las naciones y comunidades indias son incontables. Con una estrategia defensiva y ofensiva subsisten hasta nuestros días. Presentan las más variadas características político-militares.

> Los mayas no fueron derrotados sino hasta 1697 en que cayó el último Estado, el Tax-Itsá (Tayacal). Las organizaciones políticas prehispánicas resistieron ahí 173 años. Las guerras de los españoles contra los araucanos duraron más de 300 años [...] en 1767 un indio llamado Pedro Soria Villarroel trató de restablecer el imperio tarasco [...] a la rebelión

> del primer Tupac Amaru, que en 1571 quiso restablecer el imperio Inca, sucedió en 1780 el segundo Tupac Amaru con parecido proyecto. Éste levantó a 600000 indios (González Casanova, 1979: 13).

Desde los primeros años de la colonia aparecen las luchas de liberación y las luchas proletarias, teniendo como base el territorio, la etnia o la cultura. Desde la Conquista estas luchas ideológicas de los pobres han tenido que sortear la ofensiva colonial y de clase de las élites. Por ello, para González Casanova la soberanía de los pueblos no pasa solo por la lucha de clases, sino también por la lucha colonial. No hay tal disyunción entre liberación nacional y revolución socialista, antes bien el poder del pueblo y el poder de la clase trabajadora deben unificarse. En eso consiste la lucha ideológica de la digna rebeldía en América Latina y el Caribe.

Los de abajo y a la izquierda

Desde el punto de vista de González Casanova, la soberanía de los pueblos y su lucha ideológica se construye desde abajo. La noción de «los de abajo» se sitúa en una tradición revolucionaria del México rural de principios del siglo XX. Mariano Azuela la inmortalizó en su novela *Los de abajo*. Pablo González Casanova comienza a usarla en la década de los años noventa sobre todo a partir de la idea de democracia de los de abajo que tiene vínculos con su noción de «poder al pueblo». Parece que la pensó en sus experiencias con Cuba y Centroamérica, y se fortaleció en su encuentro con el neozapatismo.

Es verdad que hoy es común encontrarse expresiones parecidas como la democracia desde abajo y la democracia de los de abajo. La primera se acerca a una idea en la que el pueblo da un giro a los acontecimientos políticos desde las instituciones propuestas por la élite nacional. Por ejemplo, el que el pueblo participe activamente en los procesos electorales y que logre impedir que gane las elecciones un determinado candidato. En México, cuando el presidencialismo estaba en todo su apogeo, no existía la democracia desde abajo. La primera vez que el PRI perdió la presidencia

de la república, desde abajo se coordinó el *voto útil* para terminar con más de setenta años de hegemonía priista. En realidad, ambas de alguna manera aluden a un proyecto de democracia con el pueblo. Pero en el segundo caso, afirma González Casanova, «el acento se pone en construir la democracia en las propias organizaciones del pueblo y, a partir de ellas, simultánea o sucesivamente, se busca construir la democracia en el gobierno y en el Estado.

El segundo concepto (democracia de los de abajo) es más completo: puede servir para luchar antes que nada por la democracia en las organizaciones de la sociedad civil y del pueblo pobre. Esa lucha puede proponerse como anterior o más importante que la lucha electoral o que la lucha por el poder del Estado, aduciendo que no es deseable repetir las experiencias de gobiernos o estados populistas que por no haber impuesto la democracia en sus propias organizaciones acabaron en el autoritarismo y la corrupción. Es factible proponer que la democracia se organice en el pueblo y luego por el pueblo en el gobierno y en el Estado» (González Casanova, 1997: 9). Para González Casanova esta democracia es mucho más radical. Por esa razón desencadena problemas en el ámbito del poder financiero, político, religioso e ideológico. El término democracia de los de abajo no suena bien a quienes detentan las instituciones, empresas, iglesias o medios de comunicación.

A finales de la década de los ochenta y principios de los noventa en México, la cuestión de la democracia electoral para González Casanova había sido desplazada de sus intereses. A partir de entonces está interesado en una democracia emergente que se observaba y se practicaba en los pueblos, las colonias, los barrios, las comunidades o la plaza. Sin embargo, su postura ulterior no niega que la lucha electoral sea parte importante del poder del pueblo. Solo habría que ver qué tipo de combinación podría darse. En sus trabajos posteriores a la década de los 90 insisten en que era

> necesario combinar el análisis de la lucha de clases, o la lucha contra la explotación, con las luchas de los movimientos, sobre todo si se quieren explicar más a fondo los fenómenos de marginación, exclusión, pobreza y pobreza extrema, y su vinculación a la lucha por los derechos civi-

> les, sociales y culturales, unos más directamente característicos de las clases y otros de los movimientos (González Casanova, 1995a: 38).

Sobre este punto, había una cuestión que salía a relucir en los debates académicos y de militantes. Era un asunto que González Casanova había estudiado después del golpe de Estado en Chile en 1973, a saber, la polémica abierta o implícita entre los movimientos que luchan nada más por el poder político y los que luchan también por el poder del Estado. Nuestro autor toma en cuenta la situación de aquella experiencia chilena que se engendró en las acciones de la Unidad Popular. En Chile se ganó el gobierno sin el poder del Estado y eso representó el principio del terror de 1973. Por esta razón la democracia de los de abajo debía proponerse no solo para democratizar sus bases sociales, sino también el régimen político que redunde en la democratización del poder del Estado.

En otras palabras, para Pablo González Casanova, luchar por la democracia de los de abajo, de organizar la democracia como política, sociedad y cultura en la sociedad civil y desde ella, planteaba no solo el problema de la dominación del régimen político democrático, sino del uso del poder democrático. Es en este sentido que el autor de *Sociología de la explotación* supuso que la democracia de los de abajo implicaba

> el estudio de problemas muy novedosos dentro de una historia que está en proceso de hacerse y rehacerse y que requiere investigaciones que ayuden a entender los problemas más concretos de la creación política y social en las comunidades y los pueblos, en las provincias y en las naciones y a un nivel global (González Casanova, 1997: 13).

Esta fue la razón por la que en la década de los noventa impulsó estudios sobre democracia de los de abajo en México (Alonso y Ramírez, 1997). Propuso que se estudiaran las prácticas de la democracia del pueblo en dos niveles, tanto en su participación en la vida democrática nacional como sus aportes a la democracia desde su experiencia interna. Dichos estudios sobre la democra-

cia de los de abajo se concentraron en movimientos ciudadanos de alcance nacional como Alianza Cívica, El Barzón, o en organizaciones gremiales e indígenas, grupos de jóvenes y organizaciones vecinales. Con estas motivaciones González Casanova buscaba a los sujetos que actuaban en la historia, por eso alentaba a sus colegas a escudriñar el poder popular a nivel local que estaba emergiendo en las entidades federativas de México. De esta manera, en la década de los ochenta, la democracia en la trayectoria intelectual de nuestro autor comenzaba con el estudio de los partidos políticos y el Estado y terminaba con la democracia de los de abajo.

Cuando estaba la década en su atardecer, y aun a pesar de las transiciones de su trayectoria intelectual y política, González Casanova no dejó de enlazar la democracia, el socialismo y la liberación como las categorías base que habían guiado su pensamiento desde que estudió historia en El Colegio de México. En 1989 el socialismo real se derrumbaba y González Casanova seguía pensando con la categoría marxista de explotación. El mundo entero aplaudía la caída del Muro de Berlín y González Casanova seguía haciendo dialogar el *Manifiesto del partido comunista* con las luchas por una democracia universal. Seguía usando el término burguesía, lucha de clases, imperialismo, proletario, que algunos habían convertido en categorías tabú.

Su capacidad de usar la dialéctica le permitió hacer los cambios necesarios para replantear su pensamiento sin seguir el patrón de los intelectuales aliados al neoliberalismo y la nueva tecnocracia. Resistió a la ideología del «fin de las ideologías» y frente a pensamientos posmodernistas reconoció que tuvo bastante que aprender, a pesar de que su formación estaba casi hecha cuando lo sorprendieron los acontecimientos de 1989. Tuvo que reformular sus hipótesis sobre México y sobre el mundo. Pero se mantuvo en congruencia: con todos los cambios siguió pensando en términos de la explotación, la democracia y el pluralismo ideológico (González Casanova, 1995a: 13).

Con respecto a su país, no tenía empacho en afirmar que solo el socialismo democrático era capaz de resolver los problemas de México, porque el pluralismo ideológico de los de abajo permitiría unir fuerzas aceptando

> la reforma política y la lucha democrática para cambiar la correlación de fuerzas; pugnar por la autonomía ideológica y política de la clase obrera; rechazar hasta llegado su momento, la lucha ilegal y violenta; utilizar un acervo socialista y científico desde Marx hasta Fidel Castro, desde Lenin hasta Gramsci. Cuidarse de la izquierda que menosprecia la lucha electoral y partidaria o que se propone la lucha electoral, pero sin pensar en una política del poder (González Casanova, 1986: 366-67).

Pero Pablo González Casanova estaba por transitar a otra etapa de su pensamiento. Con toda la experiencia que había acumulado en casi medio siglo estando cerca de los sujetos en el movimiento de 1968, en la Revolución de Cuba y Nicaragua y en la emergencia democrática de los de abajo en México, otros actores sociales llegarían para influirlo en mantener ciertos principios fundamentales para seguir luchando por la democracia, el socialismo y la liberación. Por fin, los sujetos que había pensado desde *La democracia en México* y con los que había estado cerca en Centroamérica y México en los ochenta, se hacían visibles en las montañas del sureste mexicano. Su insistencia en estudiar a la democracia de los de abajo tenía esa inspiración y se concretaría cuando irrumpe en el escenario nacional e internacional el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Con los zapatistas del siglo XXI González Casanova volvió a plantearse el problema de la izquierda, pero ahora desde abajo. Observa que desde abajo y a la izquierda surge un movimiento universal que no solo lucha por defender los derechos de los pueblos indios, sino por la emancipación de los humanos (González Casanova, 2012). Es el pueblo que desde abajo se prepara para enfrentar la guerra de espectro amplio, esto incluye a espacios pacíficos, en la formación para pensar y hacer, en la soberanía alimentaria, la salud y el cuidado solidario, en la lucha ideológica contra corporaciones, mafias y cárteles, en la defensa de los territorios comunales y del maíz como cultura, en su combate a empresas mineras y petroleras que destruyen bosques y mantos acuíferos; es la izquierda de abajo.

Esta izquierda lucha por «una democracia en que el pueblo gobierne y en que los gobernantes le sirvan al pueblo, gobiernen con el pueblo y se reintegren al pueblo cuando termine su mandato» (González Casanova, 2011). Es una democracia con justicia social que construyen los pueblos. En el siglo XXI, González Casanova es consciente del desprestigio de la democracia electoral y parlamentaria como la de los partidos de «izquierda» que incluye a socialdemócratas, socialistas, comunistas, nacionalistas, progresistas. En un mundo al revés donde los antiguos comunistas se «modernizan» y los conservadores se vuelven demócratas, González Casanova discute de nuevo el significado de la izquierda.

Llama a atender las contradicciones que enfrenta la «organización y concientización creciente del pueblo en un proyecto que no repita la historia pasada de las revoluciones nacionales y sociales que se volvieron populistas y acabaron reintegrándose al sistema neocolonial, hoy neoliberal». Llama a pensar y organizar una inmensa Red de Colectivos en Defensa del Territorio y de la Tierra; a una creación histórica no pensando el presente como si fuera el pasado; a algo así como una Organización Mundial en Defensa del Territorio y de las tierras y la Tierra (González Casanova, 2013a) para hacerle frente al capital corporativo impulsado por complejos militares-empresariales-políticos y mediáticos.

La izquierda de abajo es otra diferente a las izquierdas tradicionales. Es una izquierda de redes de los pobres de la tierra y nació en la selva Lacandona con los zapatistas. En ellos mira González Casanova una respuesta a los grandes desafíos que presenta el neocapitalismo. Esa respuesta es pregunta, significa caminar preguntando para ser libres y autónomos. Es política que organiza la resistencia capaz de enfrentar sus propias contradicciones y las que activa el enemigo. Y González Casanova vuelve a insistir: las luchas deben converger. «La moral de la lucha por la independencia organizada con la lucha de clases y con la lucha por el socialismo y la libertad». Es una lucha abierta a la diversidad del mundo como enseñó el movimiento zapatista. Se trata de plantear el problema de las resistencias frente a las corporaciones y complejos militares-empresariales. Se trata de mantener la dignidad con capacidad de diálogo y poder del pueblo por la democracia, la justicia, la libertad y el planeta tierra.

Referencias

Alonso, J., y Ramírez Sáiz, J. M. (coords.). (1997). *La democracia de los de abajo en México*. Ciudad de México: La Jornada Ediciones, CEEJ, CEIICH, UNAM.

Bobbio, N. (1977). *Gramsci y la concepción de sociedad civil*. Barcelona: Avance.

Coutinho, C. N. (1986). *Introducción a Gramsci*. Ciudad de México: ERA.

Coutinho, C. N. (2000). El concepto de sociedad civil en Gramsci y la lucha ideológica en el Brasil de hoy. En D. Kanoussi (Comp. ed.), *Gramsci en América: II conferencia internacional de estudios gramscianos* (pp. 17-46). BUAP, Fondazione Istituto Gramsci, International Gramsci Society, Plaza y Valdés.

Ferguson, A. (1995). *An essay on the history of civil society*. Cambridge University Press.

Fritz Haug, W. (2013, enero-diciembre). «¿Sociedad civil o sociedad burguesa? Ambivalencia o dialéctica de un concepto clave». *Dialéctica*, nueva época, 37 (45-46), 19-33.

González Casanova, P. (1965). *La democracia en México*. Ciudad de México: ERA.

González Casanova, P. (1972, julio-diciembre). «El aparato de dominación en América Latina (su funcionamiento y las formas posibles de su fin)». *Revista Mexicana de Sociología*, XXXIV (3-4).

González Casanova, P. (1979). *Indios y negros en América Latina*. En *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana* (vol. 97). UNAM.

González Casanova, P. (1985). *El poder al pueblo*. Ciudad de México: Océano.

González Casanova, P. (1986, julio-septiembre). «Cuando hablamos de democracia ¿de qué hablamos?». *Revista Mexicana de Sociología*, 48 (3), 3-6.

González Casanova, P. (1995a, marzo-abril). «La democracia de los de abajo y los movimientos sociales». *Nueva Sociedad*, 136, 37-40.

González Casanova, P. (1995b). Autopercepción intelectual de un proceso histórico: Pablo González Casanova, pensar la demo-

cracia y la sociedad. Una visión crítica desde Latinoamérica. Revista *Anthropos*, 168, 5-13.
González Casanova, P. (1997). ¿Por qué la democracia de los de abajo? En J. Alonso y J. M. Ramírez Sáiz (coords.), *La democracia de los de abajo en México*. Ciudad de México: La Jornada Ediciones, CEEJ, CEIICH, UNAM.
González Casanova, P. (1998). La democracia de todos. En E. Sader (ed.), *Democracia sin exclusiones ni excluidos*. Buenos Aires: ALAS, CLACSO, UNESCO, Nueva Sociedad.
González Casanova, P. (2011, marzo 23). «Notas para un manifiesto de la izquierda en el siglo XXI». *La Jornada*.
González Casanova, P. (2012, enero 4). «El movimiento de los indignados empezó en la Lacandona». *La Jornada*, p. 9.
González Casanova, P. (2013a). *Obras históricas, 1948-1958*. Ciudad de México: El Colegio de México.
González Casanova, P. (2013b, enero 26). Otra política, muy otra: Los zapatistas del siglo XXI. Palabras pronunciadas en el seminario Planeta Tierra: Movimientos Antisistémicos el 1 de enero de 2013 en el Centro Indígena de Capacitación Integral (CIDECI), San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Publicado en el periódico *La Jornada*.
Gruppi, L. (1981). El concepto de hegemonía en Antonio Gramsci. En E. Hobsbawm y P. Joan (Eds.), *Revolución y democracia en Gramsci* (pp. 41-58). Ciudad de México: Fontamara.
Kant, I. (2018). *Hacia la paz perpetua: Un bosquejo filosófico* (G. Leyva, trad.). Edición bilingüe alemán-español. Ciudad de México: FCE, UAM, UNAM.

CAPÍTULO VIII

El pensamiento del Sur de Pablo González Casanova

El pensamiento de Pablo González Casanova tiene sus primeras referencias intelectuales en lo que hace a la geopolítica norte y sur en la idea de Tercer Mundo, concepto que proviene de la Guerra Fría entre oriente y occidente, entre capitalismo y la versión del socialismo burocrático de Estado. Sin embargo, hay que rastrear el concepto de Sur en los planteamientos teóricos que aparecen en distintas partes de su obra. En *Imperialismo y liberación* (1978), se asocia la historia social con la división internacional del trabajo, la formación de las jerarquías entre centro y periferia, en lo cual coincide con la teoría del Sistema Mundo Moderno, de Immanuel Wallerstein (1991), aunque González Casanova redefine el sentido del concepto de semi-periferia, al considerar que cada Estado nacional incluye una relación asimétrica entre centro y periferia, así como el colonialismo tiene una dimensión global, pero también una dimensión nacional que se expresa en el colonialismo interno.

Más allá del concepto leninista del imperialismo como la fase superior del capitalismo, su obra se orienta hacia la comprensión de sistemas complejos autorregulados en los que hay un juego de escalas entre lo local, lo nacional y lo global. Su mirada sobre América Latina y el Caribe reconoce las rivalidades por el poder global hegemónico y el papel preponderante que tiene Estados Unidos en el sistema mundial. Este último capítulo discute el pensamiento del Sur de González Casanova cuyo contenido se puede indagar en sus singulares análisis sobre la explotación y colonialismo global, el capitalismo visto desde el Sur y su pensamiento sobre las alternativas ya no solo para la liberación sino para la sobrevivencia de la humanidad.

En los escritos de González Casanova no aparece el concepto de Sur Global, tal como lo propone implícitamente Giovanni Arrighi (2001) —quien forma parte del World System Network, impulsado por I. Wallerstein— en sus estudios sobre capitalismo global y el Sistema Mundo. Tampoco aparece el concepto de epistemologías del Sur que elabora Boaventura de Sousa Santos (2014), aunque encontramos coincidencias en la revalorización del pensamiento que emerge desde el sur en la obra de González Casanova, quien propone conceptos que recogen, simultáneamente, una división geográfica del mundo y una metáfora de carácter meta geográfica que expresa condiciones de explotación, exclusión y discriminación frente al Norte Global. Lo que plantea González Casanova en el marco del régimen de acumulación capitalista es que:

> La historia de la producción de relaciones sociales (económicas-de poder-culturales-políticas) se acentúa con el neocapitalismo y con el neocolonialismo: nacen y se desarrollan el capital monopólico, las transnacionales; el imperialismo, los centros-periferias internacionales e internos; las mediaciones y negociaciones políticas, ideológicas, económicas, que combinadas con la violencia son socialmente estratificadas y localizadas, en formas desiguales, relativamente funcionales para las clases dominantes (González Casanova, 1979: 17).

El capitalismo mundial visto desde el Sur

La rebeldía intelectual de González Casanova no se somete a conceptos que responden a modas en el pensamiento, si no es a través de la crítica de los fundamentos teóricos y prácticos de los nuevos conceptos. En el caso del Sur Global, se registra cierta ambigüedad que no corresponde con las ciencias de la complejidad sobre las que se basa su pensamiento. Se puede entender mejor esta discusión si se toma en cuenta la posición de González Casanova en su planteamiento sobre los «Cinco problemas de las ciencias de la complejidad y la globalización neoliberal» (2015)

que se refieren a la génesis de los sistemas autorregulados, adaptables y creadores. El primer problema

> corresponde a la limitación ideológica predominante que consiste en analizar UN sistema y su contexto, que Von Foerster pareció superar con su teoría de los sistemas de segundo orden, pero que en realidad no superó porque el sistema de segundo orden solo vigilaba y en caso necesario corregía el comportamiento del primer sistema con lo que en realidad era parte del mismo (González Casanova, 2015: s.p.).

Las ciencias y artes militares sirven para reconocer varias estrategias, formaciones, organizaciones y actores reales y virtuales que actúan simultáneamente. Todo ello ocurre dentro de una compleja amalgama entre guerras militares convencionales y no convencionales, incluso en «guerras híbridas», que modelan la realidad compleja bajo la matriz del poder mediante guerras financieras, monetarias, e incluso guerras políticas, psicológicas, culturales o sociales. Más que hablar sobre una guerra entre el Norte Global y el Sur Global, González Casanova prefiere recurrir a un complejo entramado que sitúa el ejercicio de la hegemonía imperialista, la combinación del colonialismo interno y externo, la estructuración de las relaciones entre centro y periferia tanto en la escala global como en la reproducción de esta jerarquía en la escala de cada Estado nacional bajo la ley del valor. Como se puede notar en su obra *Las nuevas ciencias y las humanidades* (2004), adapta sus fuentes epistemológicas que provienen de las ciencias físicas y químicas a la elaboración de *sistemas disipativos* (Prigogine, 1977)[1] que regulan el devenir, adaptación y cambio de los sistemas sociales.

1 «A dissipative system is a thermodynamically open system which is operating out of, and often far from, thermodynamic equilibrium in an environment with which it exchanges energy and matter. A dissipative structure is a dissipative system that has a dynamical regime that is in some sense in a reproducible steady state. This reproducible steady state may be reached by natural evolution of the system, by artifice, or by a combination of these two.»

En el segundo problema entre ciencias y globalización, González Casanova advierte que,

> de las varias amenazas a la vida en la Tierra, tiende a destacarse solamente el calentamiento global con múltiples encuentros mundiales de científicos y personeros gubernamentales, y con políticas que solo se comprometen a resolver solo parte del problema en futuros remotos... y sin que muchos de los acuerdos tengan un carácter «vinculante», etcétera (González Casanova, 2017: s.p.).

En su artículo «Sobre el calentamiento global, la paz y la democracia. La verdad a medias» (2017), publicado en una revista dedicada al pensamiento del Sur, se refiere a una nueva edad de lo que podría llamarse la «Post-verdad», que no se ocupa de las evidencias científicas, que cae en el *negacionismo;* una corriente ideológica que, sin embargo, coexiste con la autollamada «ciencia normal» y con posiciones críticas que tampoco respetan la verdad completa de las ciencias de la materia, de la vida y la humanidad. Ambos pensamientos, dejan fuera de su programa, de sus conceptos y explicaciones, la crítica de otras amenazas a la vida

> como el creciente peligro de la guerra nuclear, y el de varias nuevas fuerzas de dominación y acumulación, capaces de destruir a la Humanidad, y a la Vida en el Planeta e incluso a las corporaciones y complejos empresariales-militares-políticos y mediáticos que están haciendo de sí mismos las víctimas, en su obstinada obsesión por aumentar su poder, utilidades y riquezas (González Casanova, 2017: s.p.).

Llama la atención que González Casanova se distancia de críticas que son insuficientes para su punto de vista:

> Al mismo tiempo que eso ocurre entre los que mandan y ganan, y entre sus apologistas, muchos investigadores que son críticos a medias, como los herederos del «nacionalismo revolucionario» o de «la teoría de la dependencia», insertan el colonialismo como una variante estructuralista, y

> al formular problemas y soluciones, no incluyen al «capitalismo» como causante de la tragedia (González Casanova, 2015: s.p.).

Debido a ello, propone un concepto que una «colonialismo» y «dependencia» con el capitalismo como sistema complejo autorregulado en su dimensión histórica y social. Indudablemente que nuestro intelectual tiene, no obstante, esas críticas, una mirada desde el Sur en la que no adopta la división entre Norte y Sur globales. También constata que ni los medios, gobiernos o corporaciones prestan atención al carácter global y sistémico de los impactos del capitalismo colonial y dependiente:

> Es cierto que las denuncias no faltan, tampoco los videos sobre ciudades enteras desechas por los bombardeos. Menos frecuentes son los informes sobre la crueldad de los juegos de guerra y sus víctimas con las siembras de una cultura del odio, y explicaciones de la situación que no nos llevan a comprender que son algo más que luchas entre islamistas y judíos, o islamistas y africanos o contra terroristas y estados hechizos bien aprovisionados, armados y entrenados, y en buena parte guerras entre potencias nucleares y corporaciones voraces para acrecentar sus zonas de influencia y dominio, hechos todos confirmados por sus propios informes desclasificados o publicados en las redes sociales del mundo entero por sus antiguos colaboradores (González Casanova, 2015: s.p.).

Al abordar el tercer problema, González Casanova afirma que el sistema dominante mundial se configura bajo la fuerza de «atractores» que incrementan poder y utilidades, dominio de recursos naturales y cadenas de abastecimiento, así como de una fuerza de trabajo cada vez más desvalorizada. Todo ello se logra con medidas de desposesión o despojo que se sostienen en dos macroprocesos que están combinados: la corrupción y la represión. El enfoque de sistemas inteligentes, adaptables y creadores del sistema global dominante permite comprender el lenguaje o las narrativas del mercado alrededor de la eficacia o la eficiencia

que, si bien logra la adaptación de las corporaciones y de los complejos organizativos de la producción capitalista, no evitan la tendencia a la autodestrucción.

Las verdaderas soluciones para el conjunto de los problemas planteados por González Casanova (2017), se encuentra en el riguroso seguimiento del uso de las ciencias de la complejidad que hace el régimen de acumulación capitalista; ello incluye en primer lugar, la utilización de sistemas complejos en transición al caos, para enfrentar la incertidumbre generada por las crisis globales y sistémicas recurrentes; en segundo lugar, la crítica al pragmatismo de los sistemas orientados a lograr fines que esconden la dominación. Y, en tercer lugar, nuestro autor presta especial atención a las ciencias de la comunicación, de la información, de la semiótica y de la sociología de la organización, que están orientadas hacia el diseño y formalización de modelos que tienden a generar leyes para el sistema de dominación y acumulación de poder, riquezas y utilidades,

> que en el capitalismo actual solo se entienden si son objeto de un conocimiento científico crítico y actualizado de la realidad económica actual y de la ley del valor. Estas superan su comprensión, aunque deberían tomarse hoy, como punto de partida de las ciencias de la complejidad (González Casanova, 2017: s.p.).

En su pensamiento sobre las ciencias de la complejidad, se incluye la praxis liberadora, aquella que producen «especialistas orgánicos», revolucionarios y rebeldes, cuyas fuentes más dinámicas se encuentran en el Sur del mundo: Cuba, Venezuela —en otro momento Nicaragua— y el zapatismo rebelde. Sus luchas cobran otra dimensión en las ciencias de la complejidad, pues ellas implican la elaboración de un conocimiento que es estratégico para estructurar fuerzas y relaciones emancipadoras y hacer los cálculos para desestructurar las fuerzas opuestas a la liberación de los pueblos. Aquellas en que se reconocen:

> las combinaciones varias de lo real y lo formal, de lo abierto y lo encubierto, de lo legal y lo ilegal, de lo humanitario

> y lo criminal, y otras que no solo combinan, sino articulan, los centros y nodos de luchas empresariales, militares, políticas, culturales, sociales, y mediáticas, en espacios y tiempos varios de acumulación primitiva o por despojo, y de acumulación ampliada del poder y riquezas por la vía del contrato y del salario, todas variantes en los países metropolitanos y dependientes o coloniales y en las poblaciones «participantes» o «marginadas», según el peso de los trabajadores y pueblos organizados, y en medio de una movilidad ascendente o descendente que los hace mejorar o perder, según suban o bajen la productividad tecnológica y la «renta colonial», lo cual determinó y determina una creciente diferenciación estructural —no esperada— de la clase obrera y el pueblo trabajador (González Casanova, 2017: s.p.).

El cuarto problema de las ciencias de la complejidad y la globalización neoliberal se plantea en torno de los sistemas inteligentes cuyos insumos provienen de los amplios campos de conocimiento tratados antes: los sistemas de comunicación, de información, de organización, de flujos y de mensajes que organizan las diversas esferas de la vida social y de su relación con la naturaleza. Las narrativas o mensajes dominantes buscan hacer efectivos a los «atractores» del sistema capitalista. Han sido los economistas neoliberales, del círculo de Von Hayek, Friedman, los «Chicago Boys», quienes han emitido un «ingenioso y riguroso» mensaje, que produjo esperados e inesperados efectos de dominación que fortalecieron al régimen de acumulación capitalista. Procesos que están eslabonados para difundir y legitimar los valores e intereses de un sistema autorregulado. Sin embargo, lo que el mensaje neoliberal nombra como «daños laterales» a la libertad individual-libertad humana, no logra esconder lo que en realidad son daños estructurales sistémicos cuya profunda crisis pone en riesgo la supuesta racionalidad capitalista.

En contraparte, la implosión de los países socialistas y las limitaciones presentadas por los movimientos de liberación nacional del sur del mundo, hicieron dudar sobre el campo de alternativas sociales transformadoras, pues la restauración del capitalismo generó un discurso triunfalista del pensamiento único, que hizo ver

que los avances sociales y democráticos, sobre todo en los países del sur del mundo, no ofrecían perspectivas viables por su déficit tecnológico en el marco de la robótica, la nano-tecnología, la Inteligencia Artificial, la economía digital que sustituye a las y los trabajadores organizados. Los mensajes sistemáticos del pensamiento único ocultaron, sin embargo, las consecuencias capitalistas sobre la explotación, el colonialismo externo e interno, así como opacaron la dependencia y la depredación de la naturaleza —de la vida— causadas por la división internacional del trabajo basado en la acumulación por desposesión y despojo de los países del sur del mundo.

Alrededor del quinto problema, González Casanova plantea que

> los sistemas complejos e inteligentes, aplicados a la organización de la vida y el trabajo en la Tierra, corresponde a lo que en inglés se llama *uncomfortable knowledge* o *forbidden knowledge*, expresiones que uso en inglés para ser más preciso y no pensar en términos de la Inquisición española de los siglos pasados, ni en términos de la Gestapo, o de la KGB, sino en los hilos invisibles de una democracia de élites sin proyectos humanistas ni moral, eso sí «cada vez más eficientes y eficaces» y cada vez más autodestructivos (González Casanova, 2015: s.p.).

Aquí destaca el especial interés de nuestro autor sobre el pensamiento prohibido y perseguido desde la época colonial, la crítica a la democracia elitista de pocos y para pocos, la ausencia de una moral humanista frente a lo cual las ciencias de la complejidad aportan hacia la organización de sistemas autorregulados que sean capaces de organizar en el mundo «la libertad, la justicia, la democracia y, con ellos, el trabajo y la vida.»

El régimen capitalista se encuentra en una crisis terminal a causa de la depredación de los recursos naturales que le es inherente por la sobreexplotación que hace de ellos para obtener mayores beneficios económicos. González Casanova apuesta por la vida como proyecto civilizatorio de la humanidad:

Hoy, complejos y corporaciones, formales e informales, legales e ilegales se desentienden y «niegan» los efectos producidos por las nuevas fuerzas de producción y por las nuevas relaciones de producción, incluso las que dañan y amenazan a la humanidad. Es más, los líderes y beneficiarios de corporaciones y complejos, persistentemente sacan de su conciencia, si es que esta llega a incluirlos, los efectos adversos a la Humanidad de que el sistema es causante. Es más, accionistas, ejecutivos e intelectuales de la corriente principal colocan los daños que el sistema causa en un primer lugar de los «conocimientos prohibidos ¡en "la sociedad del conocimiento"!» (González Casanova, 2015: s.p.).

Alternativas desde el Sur

En un artículo destinado a pensar las alternativas transformadoras de la sociedad contemporánea, González Casanova indaga cómo impulsar unas ciencias sociales pertinentes que aporten a la transformación social. Dice que se deben de precisar los conceptos, de manera que se puedan discutir con claridad y coherencia las teorías generales, los actores sociales y sus luchas. Su foco de atención son la teoría y la acción orientadas hacia una

alternativa hecha de muchas alternativas», que redescubran la democracia como poder y pluralismo de manera que apuntalen un auténtico proyecto socialista. Su punto de partida es una doble crítica: al socialismo realmente existente que no condujo hacia el socialismo y también critica a la democracia «realmente existente», que no es democracia. Retoma distintos debates tratados en su obra general alrededor de las «viejas alternativas de reforma o revolución, de nacionalismo revolucionario o populista, de dictadura militar o democracia, de capitalismo o socialismo [ante lo cual…] vamos a añadir una alternativa emergente que tiene antecedentes en Rosa Luxemburgo y en el último Trotski, y en el Che y en Marcuse, y en Gramsci, y para no irnos

más lejos en Martí y en el propio Rousseau (González Casanova, 2002: 24).

Ese artículo sobre las alternativas está dedicado a Samir Amin, uno de los autores más influyentes en la obra de don Pablo en lo que se refiere a la crítica de la globalización capitalista. Junto con él, escribe el libro: *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur* (1995). Otros autores a los que recurre para pensar las alternativas son Patrick Bond y Nzeanela Mayekiso (1996) de África del Sur, quienes cuestionaron y criticaron rigurosamente «las estrategias políticas de la sociedad de los pobres». González Casanova, condiciona el pensamiento de alternativas al arte de la coherencia que incluye la cohesión con las víctimas y los oprimidos, con los «condenados de la tierra», a los que se refiere Frantz Fanon. Y, ve que los movimientos sociales alternativos están oponiendo con cada vez mayor fuerza la «lucha contra el neoliberalismo y por la humanidad» —consigna elaborada por el zapatismo como intelectual colectivo— versus la guerra de las fuerzas dominantes «por el neoliberalismo y contra la humanidad». Dentro de las fuerzas alternativas, distingue a moderados y radicales, a institucionalistas y antisistémicos. Quienes tienen que pasar por el tamiz juicioso de las experiencias basadas «en la confrontación del socialismo como proyecto histórico con el socialismo como proceso histórico, o de la democracia que se proyectó con la que se alcanzó» (González Casanova, 2002: 14). Ello toca también la necesidad de cultivar la «virtud de reflexionar en la deliberación», en diálogo entre los que son «predominantemente reflexivos y los que son predominantemente activistas».

En aras de hacer un análisis dialéctico entre el proyecto y el proceso histórico del socialismo y de la democracia, nuestro autor sitúa la discusión que en estas materias hacen Eric Hobsbawn (1996) con su historia mundial entre 1914 y 1991, así como de Noam Chomsky (2001), que registra cierto declive de la democracia entre los siglos XVII y XVIII, por dedicarse a asegurar que Estados Unidos fuera gobernado por sus propietarios. Además de recurrir a diversos intelectuales del Sur, como José Seoane, o Emilio Taddei (2001), quienes documentan la emergencia de resistencias mundiales que se cristalizan en la formación del

Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2001, González Casanova piensa que la nueva alternativa es mundial, con una cultura universal tolerante de

> respeto al pluralismo religioso, ideológico, cultural, así como a las distintas razas, a los géneros, a las preferencias sexuales, a los espacios laicos, a los pensamientos críticos, a la equidad y la justicia social y a las variadas formas de la autonomía y la soberanía de las naciones y los pueblos [Hay una gama variada de luchas por la democracia compleja, alternativa] que incluye las luchas por la justicia social, por la independencia y la soberanía de las naciones, por la tolerancia y la representación y participación política (González Casanova, 2002: 16).

En el capítulo «El socialismo como alternativa global: una perspectiva del sur», en un libro que compila Marcos Roitman (2009) y que lleva el mismo nombre, González Casanova se refiere a la restauración del capitalismo dependiente y neoliberal en los entonces llamados «países socialistas», estos últimos llevados a la reconversión socioeconómica y política de carácter capitalista. De acuerdo con López, y Rivas, (2010) este capítulo de don Pablo muestra que la ofensiva neoliberal aprovecha e impulsa las distintas contradicciones en que están envueltos los países sometidos al socialismo burocrático:

> Entre esas contradicciones se encuentran: la ausencia de una organización democrática de las bases que controle el autoritarismo y la corrupción de las burocracias; la falta, en los procesos de democratización, de la disciplina necesaria para la lucha contra las antiguas clases expropiadas y contra el imperialismo; las enormes fallas del aparato productivo, victima también del autoritarismo y de la corrupción, que acaban con cualquier «plan» y con el desarrollo económico social para las mayorías (González Casanova, 2002: 26).

Pensar las alternativas, entraña dos conceptos fundamentales, que se expresan como proyecto y como proceso: el capitalismo y

el imperialismo. Tanto como sucedió con los conceptos opuestos: socialismo y liberación. No obstante que todos esos conceptos cayeron en desuso en los últimos años del siglo XX y que están ausentes en el discurso alternativo, González Casanova (2002) identifica aquellos fenómenos que contribuyeron al deterioro de esa terminología: por una parte, los proyectos alternativos que surgen en el siglo XXI motivaron a la redefinición de prioridades y de actores; por otra parte, las experiencias vividas por las colectividades que luchan y resisten contra el capitalismo, tuvieron la necesidad de enriquecer sus lenguajes, ideas e imaginarios. Sin embargo, lo nuevo no se desprende de lo viejo, de tal forma que pueblo, ciudadanía, o la condición de clase de los trabajadores, no dejan de enfrentar el poder de oligarquías, burguesías, corporaciones y su organización estatal en «verdaderos complejos locales y globales» las vanguardias y líderes de los nuevos movimientos aprendieron a no usar palabras desprestigiadas que los embarcaban en discusiones inútiles; aprendieron a pensar actuar y crear con los que callan, con los sin rostro y también con los que reclaman derechos sociales e individuales y servicios públicos que les han sido arrebatados por las políticas neoliberales.

Los movimientos sociales de fines del siglo XX viven una «crisis del sistema histórico» sin una teoría general y sin que la inmensa mayoría se planteara «la desaparición del sistema a corto plazo». Para González Casanova las alternativas exigían una comprensión de la crisis sistémica prolongada del mundo (Wallerstein, 1991) así como una nueva teoría de la larga transición del capitalismo al socialismo (Amin, 2009). El horizonte del socialismo como alternativa global y antisistémica aparece cuando las luchas particularistas pasan a ser luchas universalistas: «construían una esperanza colectiva también nueva, que ya no era demócrata liberal, o socialdemócrata, o comunista, o de liberación nacional, sino que tenía algo de todo eso como perdido en la memoria y como recompuesto en la imaginación» (González Casanova, 2002: 10). Desde los años 80 los movimientos sociales reinterpretaron esos antecedentes de luchas universalistas, y a partir de aquí recompusieron las relaciones entre teoría y práctica en un nuevo pensar, narrar, hacer y crear. En su proceso de conformación, los movimientos sociales alternativos

> aprendieron los secretos de un «sistema de sistemas», con su variado poder de una nueva especie de «Estado de Estados». Supieron de oídas o por experiencia del dominio mediante la represión y la negociación, con subsistemas de mediación económica, social, cultural, política que no solo corresponden a un orden ni son solo ramas de un régimen, sino forman parte de un organismo complejo, de una organización hecha de jerarquías y autonomías públicas y privadas, gubernamentales y empresariales (González Casanova 2002: 11).

En el caso de los movimientos sociales de las áreas semiperiféricas (concepto elaborado por Wallerstein), estos enfrentaron la eliminación de los derechos sociales conquistados en los siglos XIX y XX, que fueron sustituidos por políticas neoliberales de asistencia caritativa, de programas sociales focalizados, disfrazados de «acción humanitaria». En ese marco neoliberal, la legitimación de la dominación patronal y gubernamental acudió al uso de la «guerra interna» o de «baja intensidad», de manera combinada con el clientelismo y la mercantilización de los procesos electorales. Ante esas «nuevas formas de opresión e injusticia del colonialismo, el imperialismo y del capitalismo», creció la oposición frente a las políticas neoliberales del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, así como creció el cuestionamiento de la «democracia de las minorías, con las minorías y para las minorías». Si bien los movimientos sociales toman un carácter antisistémico que es capaz de vincular las tendencias globales del neoliberalismo con las condiciones locales o nacionales que enfrentan en sus luchas, González Casanova se pregunta sobre los desafíos del pensamiento crítico, marxista o no marxista, para una mejor comprensión de las teorías y las acciones que pueden contribuir a las alternativas al capitalismo.

Los conceptos fundamentales para ese propósito provienen de un aprendizaje mutuo entre movimientos sociales e intelectuales. El pensamiento de la digna rebeldía se fundamenta en los siguientes conceptos (González Casanova, 2002: 15-25):

1. Trascender el concepto de «modo de producción» hacia una unidad compleja de pensamiento en la que se incluyan los «modos de dominación y de producción». Esto es, corregir las simplificaciones del «economicismo», una trampa en la que no cae el pensamiento único, el cual combina «la mano invisible» del mercado, con el «puño invisible» (concepto ya presente en Milton Friedman) de la dominación política y militar.
2. Superar el concepto de «sistema capitalista» o de «orden mundial capitalista», ya que se trata de un sistema hecho de muchos sistemas y subsistemas, en donde el orden es protagonizado por las organizaciones que, sin precedente en la historia, dominan las ciencias de la complejidad y las ponen a su servicio. De aquí resulta una organización mundial adaptativa y compleja que responde a los fines hegemónicos de dominación y de maximización de riquezas.
3. No quedarse con el concepto tradicional de «lucha de clases» y su sentido fabril y economicista. Incluso, González Casanova (2002: 17) propone trascender el concepto de explotación que él mismo ha elaborado: «Ambos conceptos el de clases y el de explotación, requieren ser complementados o superados por el de dominación y apropiación del excedente y de la riqueza a costa de los trabajadores y de los pueblos, en procesos de apropiación del plusvalor y del capital acumulado, y en procesos de distribución y apropiación inequitativa del excedente y de la riqueza».
4. Tomar una distancia crítica del concepto de imperialismo, a partir de la actualización del debate sobre la globalización y su impacto en la reconfiguración de las demarcaciones de «fronteras», entre lo externo y lo interno. Ello refuerza su concepto sobre «colonialismo interno», ya que, en el interior de las naciones, que son paradójicamente reutilizadas por la globalización, está lo exterior. Se propone repensar el Estado-nación, sus vínculos y redes con otros Estados nacionales, con el capital multinacional y transnacional, y con el incipiente «Estado global» y sus asociados locales. Los nuevos movimientos sociales vinculan lo local con lo nacional y con lo internacional.

5. Para Pablo González Casanova (2002: 12): «No podemos quedarnos en el concepto de "desarrollo desigual" sin dar a este las características sociales, culturales, políticas y económicas que tiene, y sin señalar que a las categorías de "centro" y "periferia" del mundo hay que añadir las de "centro" y "periferia" en cada país y región del mundo». No hay colonialismo global sin colonialismo interno y es desde la autonomía de los pueblos, al interior de cada Estado-nación, que se alcanza un campo de actuación estratégico para avanzar en las alternativas al capitalismo.
6. También se necesitan replantear varios conceptos que originalmente se usaron para los países periféricos como «marginación» del desarrollo o «sociedad dual». O el concepto de «exclusión», de bienes y servicios básicos para la vida, el cual se vincula con los conceptos de «sociedad formal» e «informal». Todos estos conceptos, actualmente se aplican al centro del mundo y a los países metropolitanos centrales. Ello abre nuevas alianzas para los movimientos sociales en la medida que se redefine la lucha de clases a escala mundial, en países que fueron colonias, en la periferia de cada país y en la «Periferia Mundial».
7. El análisis actualizado del capitalismo y el imperialismo, en esta época de globalización, requiere que se acerquen «categorías y conceptos que los movimientos alternativos y los intelectuales orgánicos de los mismos han tomado con razón de las ciencias sociales que no vienen del pensamiento crítico marxista» (González Casanova, 2002: 19). Entre ellos, el propio concepto de movimiento social, el de sociedad civil, la democracia «con poder del pueblo y pluralismo», o los conceptos de moral, el de género, el de derechos a las diferencias culturales, constituyen un «legado de experiencias vividas y una aportación creadora» para potenciar las alternativas.

Tal reelaboración conceptual fecunda una teoría alternativa de la «acción orientada a fines», en la que se registra un discurso político novedoso. La vieja idea de lucha de clases encuentra otras mediatizaciones conceptuales y su metamorfosis se abre hacia

las diversas formas de resistencia social y hacia el tejido de alianzas que tienden a construir un «nosotros», aunque en ese camino se presentan dificultades para considerar ese nosotros en un todo orgánico. Si bien la clase de los opresores y explotadores cuenta con cierta unidad, en el ámbito de la «sociedad civil de las comunidades oprimidas», no aparecen los conceptos clásicos de partido y clase para sí, con una filosofía, con una vanguardia intelectual, con un líder. Los movimientos alternativos se proponen, en contraste con la ortodoxia marxista, un «nosotros» que es incluyente y que procesa nuevos referentes éticos, políticos y culturales.

Pensar las alternativas requiere conocer y sistematizar las variadas experiencias particulares y sus formas de plantear lo universal. La rebeldía contra los dogmas que esterilizan al pensamiento crítico enfatiza las maneras más íntimas y útiles que hacen posible la unidad en la diversidad. Es cuando la esperanza se fortalece con la dignidad, que González Casanova aprecia las luchas de los de abajo y particularmente de los pueblos indios: es el descubrimiento de una comunidad humana de pertenencia lo que fortalece, crea y recrea el sentido incluyente de las luchas y de los movimientos alternativos. De aquí se origina el compromiso del intelectual de la Digna Rebeldía con el EZLN y con el Congreso Nacional Indígena, que mantuvo a don Pablo activo durante sus casi últimos treinta años. En su acompañamiento al movimiento zapatista, valoró las alianzas entre amigos, hermanos, compañeros, pero también descubrió las contradicciones que existen dentro de los propios movimientos sociales.[2]

Hay un largo camino a recorrer por parte de pueblos indios y no indios en vías de constituir el proyecto socialista. La conclusión de González Casanova (2002: 25) sobre la viabilidad de las alternativas, es que hay que replantear el problema «de cómo se-

2 En otra parte de este libro nos referimos al apodo con el que los zapatistas bautizaron a González Casanova como «Pablo (su nombre de pila) Contreras (que es un apellido que significa llevar la contra, contradecir lo que ve como incongruente o inauténtico)», Pablo Contreras es el sobrenombre con el que González Casanova fue invitado como Comandante; única persona blanca, no indígena, que formó parte del Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI) del EZLN.

guir dando prioridad a la democracia en condiciones crecientes de barbarie, asedio y miseria y con plena conciencia de que sin democracia no habrá socialismo, y sin socialismo no habrá democracia.» Más allá de las reivindicaciones del sur del mundo, de acuerdo con López, y Rivas (2010: 8) González Casanova se plantea la necesidad de una triple lucha a escala global:

1. Defensa y solidaridad con los países de la periferia del mundo que mantienen proyectos socialistas globales o sociales —desde Cuba hasta Vietnam— y que luchan por ellos frente al imperialismo y frente a la restauración.
2. Apoyo a los movimientos u organizaciones de base que en Rusia y en Europa del Este, y en los países de «Orientación Socialista» luchan por la propiedad pública y social, por la inversión y el gasto social, por un socialismo democrático.
3. La lucha esencial y universal contra la explotación de los trabajadores y por la democracia, contra la explotación y dominación de las naciones, contra la explotación de las etnias, contra la recolonización y dualización económico social, la exclusión e incluso el exterminio de poblaciones «irrelevantes» o disfuncionales al sistema.

Con la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994 los esfuerzos de González Casanova se han concentrado, desde entonces, en una intensa labor de (re)significación de un movimiento político que no sitúa como fin último al socialismo, pero que reúne los fundamentos básicos de una alternativa de transformación anticapitalista: la rebeldía, ante la sumisión y la explotación, y la dignidad que defiende a los pueblos originarios como una vanguardia aleccionadora que es portadora de una promisoria civilización universal de la vida, sin perder de vista las particularidades que reivindican las luchas sociales específicas. Este gran intelectual de la digna rebeldía piensa, de acuerdo con lo que resalta Luis Hernández Navarro (2009: 456)[3], que:

3 El texto de Luis Hernández Navarro: «A don Pablo», se publicó en 2007 en la sección *Sentido Contrario,* en el diario *La Jornada* y luego incluido en González Casanova (2009).

«Con todo y los riesgos que existen para hacer valer sus formas y modos de vida, "los pueblos originarios en rebeldía van sentando las bases de un proyecto de magnitud histórica" que irradia al resto del continente [...] Los zapatistas [afirma González Casanova] han redefinido también el concepto de dignidad como un valor del humanismo universal. [El cual aparece] en un nivel importante la defensa de la dignidad, un valor como muchos otros que surgió en varias partes del mundo, pero que es redefinido por el movimiento zapatista y adquiere una dimensión muy fuerte al vincular la dignidad de hombres y mujeres que han sido discriminados, empobrecidos y explotados».

Referencias

Amin, Samir. (2009). *El socialismo en el siglo XXI: reconstruir la perspectiva socialista*; IEPALA, Madrid.

Arrighi Giovanni. (2001). «Global Capitalism and the Persistence of the North-South Divide», *Science and Society*, LXIV, 4.

Bond Patrick y Nzeanela Mayekiso. (1996). Developing Resistance, Resisting Development: Reflections from the South African Struggle», in Socialist Register, 1996, 33-61.

Chomsky, Noam. (2001). «Controlar nuestras vidas», en *Observatorio Social de América Latina,* enero, vol. 3, núm. 16.

De Santos Sousa, Boaventura. (2014). *Epistemologies of the South. Justice against Epistemicide*, Paradigm Publishers.

González Casanova, Pablo. (2017). «Sobre el calentamiento global, la paz y la democracia. La verdad a medias», en revista *Sur y Sur*, 18 de julio, disponible en <https://www.surysur.net/sobre-el-calentamiento-global-la-paz-y-la-democracia-la-verdad-a-medias/>.

González Casanova, Pablo. (2015). «Cinco problemas de las ciencias de la complejidad y la globalización neoliberal» revista Sur y Sur, 20 de noviembre, disponible en <https://www.surysur.net/cinco-problemas-de-las-ciencias-de-la-complejidad-y-la-globalizacion-neoliberal/>.

González Casanova, Pablo. (2009). *De la sociología del poder a la sociología de la explotación: pensar América Latina en el siglo XXI*;

compilador Marcos Roitman Rosenmann. Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Clacso.
González Casanova, Pablo. (2004). *Las nuevas ciencias y las humanidades: de la academia a la política*. Barcelona: IIS, UNAM, Anthropos.
González Casanova, Pablo. (2002). «La dialéctica de las alternativas», revista *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. VIII, núm. 24, mayo-agosto.
González Casanova, Pablo. (2002). «Negotiated Contradictions», in *Socialist Register*. A
World of Contradictions, 265-273
González Casanova, Pablo. (2001). «El socialismo como Alternativa Global», *Casa de las Américas*, La Habana, abril-junio, pp. 95-100.
González Casanova, P. (1978). *Imperialismo y liberación en América Latina: Una introducción a la historia contemporánea*. Ciudad de México: Siglo XXI.
González Casanova, Pablo y Samir Amin. (1995). *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur,* 2 vols. Barcelona: Anthropos, CEIICH, UNAM,
Hernández Navarro, Luis. (2009). «A don Pablo», en González Casanova, Pablo (2009) *De la sociología del poder a la sociología de la explotación: pensar América Latina en el siglo XXI*; compilador Marcos Roitman Rosenmann. Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Clacso. Pp. 441-460.
Hobsbawm, Eric. (1996). *The Age of Extremes. A History of the World 1914-1991*, Nueva York: Vintage.
López y Rivas, Gilberto y Guillermo Rivas Pacheco. (2010). «Pablo González Casanova, de la sociología del poder a la sociología de la explotación», *Rebelión*, disponible en <https://rebelion.org/pablo-gonzalez-casanova-de-la-sociologia-del-poder-a-la-sociologia-de-la-explotacion/>.
Prigogine, Ilya. (1977). Time, structure and fluctuations. *Nobel Lecture*, Stockholm, 8 December. Google Scholar
Seoane, José y Emilio Taddei (eds.) (2001). *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre*, Buenos Aires, CLACSO, 201-207.
Wallerstein, Immanuel. (1991). Unthinking Social Science. Cambridge, Polity Press.

Consideraciones finales

Sería triunfalista decir que este libro cumplió cabalmente con el doble propósito con el que fue concebido: primero, mostrar las vetas teóricas y conceptuales que Pablo González Casanova construyó durante su larga trayectoria para comprender las realidades complejas globales en perspectiva latinoamericana. Al no plantearse este libro como exégesis de la obra completa del científico social mexicano más importante del siglo XX, se pueden registrar numerosas lagunas en el tratamiento de su obra, de manera que hay vacíos conceptuales e insuficiencias en la documentación de los debates teóricos y metodológicos que este libro no alcanza a llenar. El segundo propósito que aquí buscamos fue argumentar que González Casanova aporta elementos originales para la construcción de una teoría crítica con perspectiva latinoamericana a partir de la conexión que realiza entre el conocimiento riguroso y su opción política por los pobres de la tierra. Es difícil escribir sobre un autor que nada de lo humano le es ajeno, que hace dialogar a las ciencias sociales con el conjunto de las ciencias y que es testimonio de coherencia entre el hacer y el decir en una apuesta apasionada por la vida en libertad y en equidad de alcances universales. Al enfocarnos en algunos momentos, en alguna parte de su obra, y al resaltar parcialmente su trayectoria intelectual, hicimos algunos recortes conceptuales que, sin embargo, dejan abierta la veta para incursionar en su pensamiento original y para descubrir la riqueza de sus aportes en el futuro inmediato.

Aun con estas limitaciones, quedamos satisfechos por haber resaltado algunas de las fuerzas motrices que animaron su quehacer: las razones, pasiones, prácticas auténticas y consecuentes

de un *intelectual de la digna rebeldía*. Encontramos que González Casanova rebasa cualquier intento por clasificar una tipología de saberes especializados en disciplinas del conocimiento: fue historiador, sociólogo, economista, politólogo y antropólogo de lo local y del mundo, pasando por América Latina y el Caribe. A lo largo de su obra, no hay una inspiración nacida de la polémica con sus pares intelectuales contemporáneos. Su espíritu crítico lo llevó a dialogar con las ciencias sociales que se producen por fuera del paradigma crítico. Adoptó categorías no ortodoxas dentro de su repertorio intelectual, como es el caso de la teoría de la marginación o del enfoque dualista. Fue también un metodólogo que logró conciliar los análisis cuantitativos y cualitativos, un científico riguroso que ofreció una perspectiva propia que es muy original, y un humanista que transmitió la rabia frente a la desigualdad social y las injusticias, que comunica una pedagogía accesible en la crítica de las violencias sistémicas y estructurales, que tiene un espíritu pacifista radical en contra de la guerra en cualquiera de sus formas —de baja intensidad, híbrida— y contra la destrucción capitalista de la Tierra.

González Casanova fue un intelectual fundador de instituciones educativas cuyo quehacer nunca lo separó de su trabajo como científico social. Su noción de universidad heredada de su padre y maestros de El Colegio de México y la insistencia en unir el conocimiento humanístico con el científico, lo llevarían a acercar el trabajo manual con el intelectual, el técnico al científico y el histórico al político, mediante la creación del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) y el Sistema de Universidad Abierta (SUA) cuando fue rector de la UNAM. Nunca dejó de impulsar centros de investigación dentro de la UNAM y fuera de ella grupos de investigación científica de muy alto nivel.

Su rebeldía se manifestó en distintos momentos de su trayectoria intelectual. Su contacto con la historia, durante su temprana formación académica, le hizo sensible al descubrir que no se puede pensar la sociedad sin la base material que la conforma, y tampoco sin tomar en cuenta al sistema de actores que sostiene esa síntesis entre modo de producción y modo de dominación, una síntesis que ofrece una potente conclusión que se puede elaborar y dar seguimiento a través de sus obras seminales, como la

sociología de la explotación y sus estudios sobre el colonialismo, desde un acercamiento que es simultáneamente, global, nacional y local; interno y externo. Su matriz de análisis destaca la trama formada por Estados nacionales y por la red de relaciones de poder que articula el imperialismo (un sistema de sistemas; un Estado de Estados; una red de redes de acción colectiva).

Pablo González Casanova fue un ávido lector que estuvo al día en la información sobre los debates claves para entender el mundo actual. Se rebeló contra las corrientes sociológicas empiristas y (neo)positivistas. Ofreció un sentido analítico e interpretativo a las descripciones, a las monografías, a los informes especializados y, también, a las elaboraciones teóricas y metodológicas que se reclaman científicas sin serlo. Su contacto con Fernand Braudel durante sus años de formación en París fue una fuente de rebeldía contra la historiografía reinante entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX: la historia de los vencedores, sus guerras y sus diplomáticos. Entonces descubrió que hay otra historia, la de los vencidos, la de las luchas contra el capitalismo, las resistencias de los oprimidos. De ahí su búsqueda por la sistematización necesaria para conocer las bases materiales contra las que estos se rebelan y el papel fundador y a la vez destructor de las revoluciones. Si la Escuela de los Annales ofrecía una visión novedosa de la historia social, González Casanova se esmeró en hacer una sociología histórica omnicomprensiva que ofreciera frutos nuevos producto de la rebeldía, organizada o espontánea, pero sobre todo de raigambre popular.

Además, el intelectual rebelde que nace en González Casanova busca en la historia y en la filosofía lo que no está dicho, lo que está oculto o soterrado. Por eso su interés en el pensamiento perseguido de los siglos XVII y XVIII en México. Por eso su mirada rigurosa sobre esa literatura o esas obras teológicas y filosóficas perseguidas por la Inquisición, institución que se niega a aceptar lo nuevo (el misoneísmo como aversión de lo nuevo) e incluso a reformar los principios doctrinales frente a los que se rebelan algunos filósofos católicos sensibles frente al mundo nuevo que ofrece la modernidad. Don Pablo puso la atención en el nacimiento de la Ilustración en México y sus derivaciones en un abigarrado liberalismo que nacía de la mano de las independencias

latinoamericanas y caribeñas. Y, a lo largo de su obra estará atento al pensamiento rebelde que se gesta en las revoluciones burguesas y en las revoluciones de pretendidos alcances socialistas.

Su permanente y renovado interés por el pensamiento y la acción rebelde, lo acercaron al marxismo, frente al cual siempre marcó una distancia crítica respecto del dogmatismo que traiciona el carácter de la digna rabia que a González Casanova le interesa destacar. Con todo el rigor que caracterizan sus escritos, encontramos que en su acercamiento crítico al marxismo hay mucho cuidado en diferenciar la teoría, como una abstracción del pensamiento, de las prácticas sociales que incluyen subjetividades, pasiones humanas y creaciones estéticas o producciones artísticas. Debido a ello, para él la ciencia crítica es objeto de una reivindicación de la herencia marxista, complementada con un novedoso acercamiento hacia la complejidad que se inscribe en la teoría de sistemas autorregulados que adoptan formas de comprensión diversas, inter y transdisciplinarias, que vinculan la acción con el pensamiento, la moral y la ética. Valores sobre los cuales desnuda el papel utilitarista de las tecnociencias que están al servicio del poder dominante.

No es casual que González Casanova muestre su interés por el pensamiento marxista perseguido por las burocracias marxistas leninistas, como sucedió en los casos de Antonio Gramsci y León Trotsky, además de marxistas incomprendidos como Frantz Fanon, Samir Amin o José Carlos Mariátegui, quienes se distancian de las estructuras partidistas de la III Internacional y posteriormente son incorporados en el pensamiento crítico relacionado con los procesos de Liberación Nacional en distintas partes del mundo. Aunque no encontramos por su parte un tratamiento sistemático de la Revolución China, González Casanova observa que en ese caso no se siguió un patrón clásico de las revoluciones socialistas, dado el papel del campesinado e incluso de clases medias que se vincularon de manera heterodoxa con el movimiento obrero. En el caso de las miradas en torno de experiencias revolucionarias en el sur del mundo, su atención estuvo puesta en revoluciones heterodoxas como son los casos de la revolución en Cuba, Venezuela y Nicaragua, que nuestro intelectual consideró que son referencias indelebles para el avance del socialismo en

el mundo. Aunque el caso cubano es el que sostuvo su fe inquebrantable en la pertinencia y potencialidad del socialismo futuro.

Pablo González Casanova nunca vio una simiente rebelde en el eurocomunismo, ni en la socialdemocracia, ya que las raíces teóricas de ambos agrupamientos políticos internacionales renegaron de la ley del valor y la correspondiente lucha de clases que permanecen y condicionan desde dentro al régimen de acumulación capitalista. Argumentos que también son válidos en la crítica que hace de la teoría de la dependencia de orientación estructural funcionalista. Aunque también reclama a los críticos marxistas de esa teoría el no contemplar al colonialismo interno como condición para implantar y reproducir el régimen de acumulación capitalista en cada país del área latinoamericana y caribeña. Otro de sus focos de atención fue el nacionalismo revolucionario. Fue su libro *La democracia en Méxi*co, el que le permitió diferenciar los movimientos rebeldes insertos en la lucha por la Independencia o por la Revolución mexicana, lucha que dio pie a las instituciones gubernamentales creadas al calor de esos procesos, y que duraron más de 70 años como núcleo de la dominación política durante el siglo XX, pero que en su transcurso fueron fatalmente alejadas de las aspiraciones populares. México es un caso excepcional sobre la ilusión democrática imaginada en torno de la nación y de la revolución.

El profundo conocimiento de la historia social mexicana alrededor de los movimientos rebeldes que están en la base de la transformación del régimen político, del modo de producción y de dominación capitalista, es la llave de entrada al conocimiento de las historias —en plural— del conjunto latinoamericano y caribeño, así como de la sociología histórica de cada uno de los países que conforman esta región supranacional. En Latinoamérica y el Caribe su fuente de inspiración más destacada es el cubano José Martí; podríamos decir que le atrae su rebeldía frente a la modernidad avasalladora y contraria a sus principios liberadores, así como le llaman la atención los líderes y caudillos de las independencias nacionales del siglo XIX. En Martí y otros intelectuales «orgánicos», González Casanova constata que esos líderes y algunos caudillos, producen una teoría para la acción colectiva que se retroalimenta de la acción múltiple y diversa de los actores

convocados, movilizados, organizados, que expresarán su rebeldía bajo patrones de acción complejos y hasta contradictorios. Son las figuras de Hidalgo y Morelos en México, o de Simón Bolívar, de José Artigas y del General (José de) San Martín en Sudamérica, las que le ofrecen una mirada novedosa sobre la heterogeneidad de los movimientos rebeldes, que no responden a modelos rígidos de acción y menos de interpretación sociológica.

Y es la cuestión indígena la que hace aún más complejas a las revoluciones. En su libro *Sociología de la explotación*, González Casanova, se propone argumentar su concepto de colonialismo interno con el fin de comprender cómo la formación del Estado nacional, sus fundamentos en la Soberanía y en la Independencia Nacional, se han topado con la dificultad para integrar la cuestión indígena; un tema que escapa fuera de la matriz de la lucha de clases, y que pone en duda el protagonismo del movimiento obrero en las luchas revolucionarias. Será el racismo un componente fundamental para la reproducción de la dominación capitalista, ya que el racismo y la segregación racial son esenciales a la explotación colonial de unos pueblos por otros, cada pueblo con su estructura de clases, aunque la cuestión étnica nacional impide el respeto a los derechos culturales de los pueblos indígenas.

Diversas formas de racismo, segregación y de estigmatización, no pudieron ser superadas ni por las independencias ni por la Revolución Mexicana. A pesar de cierto humanismo liberal presente en luchas y reivindicaciones por la nación, este nunca fue capaz de reconocer que el colonialismo externo e interno expulsan o marginan a los pueblos indígenas del llamado desarrollo nacional. Por lo contrario, los parias de la tierra son condenados al subdesarrollo. Sin embargo, la Iglesia católica, como principal agente de la colonización también muestra fisuras, pues, así como la religiosidad popular convergió en las luchas independentistas, la secularización de las relaciones entre el Estado y la Iglesia no se resolvieron con la Revolución Mexicana. Cuestión que evidencia la rebelión zapatista, la cual no es ajena a la Teología de la Liberación, cuyos representantes más visibles para esa época son personalidades cercanas a las aspiraciones libertarias que conoce muy bien González Casanova por su vínculo con los teólogos de la li-

beración más destacados en los años 90: los Arzobispos Samuel Ruiz, Sergio Méndez Arceo, Arturo Lona, entre otros.

La simpatía por la insurgencia zapatista de 1994 tiene sus antecedentes en los pilares conceptuales que González Casanova creó a lo largo de su trayectoria intelectual: el colonialismo interno y externo, que se asocia con el capitalismo dependiente y el subdesarrollo; la crítica de la «democracia de pocos para muy pocos» que es una condición necesaria para la dominación; la inseparable vinculación entre el imperialismo y las luchas rebeldes que se oponen a su pretenciosa vocación global; la categoría de comunidad —macro y micro— que permite comprender las mediaciones entre clases y pueblos, entre dominación y explotación, entre represión y resistencia, entre regiones y nación, entre Norte y Sur. Un potente concepto que está sustentado en la autonomía, no como mera «comunidad imaginada», sino como «comunidad política de pertenencia», con lazos socializados, ideas compartidas, luchas comunes. Su afanosa y persistente búsqueda en torno de actores y sistemas que luchan por la dignidad se hace patente en su obra y en sus prácticas sociales como intelectual comprometido con una verdad histórica que es a la vez universal y particularista. ¡Vaya paradoja a resolver! Ante la cual, sin embargo, el movimiento zapatista, a través del EZLN y del Congreso Nacional Indígena, ofrecen respuestas prometedoras de alternativas anticapitalistas.

Otro de los aportes que se resaltan en este libro es el interés de González Casanova por las utopías y su acercamiento crítico a las alternativas. Su trabajo sobre *Un utopista mexicano* le ofrece una ventana para mirar la crítica romántica a la modernidad capitalista del México agitado por la formación de la República, pero también, las ideas prácticas para alcanzar el proyecto universal de la modernidad. Una tarea colosal que implica pensar en un mundo nuevo, pero que enfrenta gigantescos fracasos. Juan Nepomuceno Adorno —el utopista mexicano— recrea la Ilustración del siglo XVIII y los inicios del liberalismo a mediados del siglo XIX desde planteamientos eclécticos inspirados, sin reconocerlo, en los Socialistas Científicos de la época y, de manera inconsciente, en las mentes de este continente que potencian la conciencia de poder y de su capacidad creadora para dar cuerpo a la capacidad

de imaginar otras formas de ser y organizarse en el mundo; de pensar en la utopía. González Casanova documentó en las *Nuevas ciencias y las Humanidades* que no era posible seguir pensando la naturaleza, la vida y la humanidad, sin tomar en cuenta a las ciencias de la complejidad y las tecnociencias. Un esfuerzo intelectual que requiere fundamentar científicamente la utopía.

Es lo que recoge González Casanova en *La dialéctica de las alternativas*, un trabajo que desafía al pensamiento creativo utópico, pensado como sentido de esperanza. En este horizonte, la lucha por prácticas democráticas que incluyen las luchas por la libertad, la justicia y la autonomía comunitaria desembocan en una suerte de ecosocialismo que es capaz de generar una base material sobre la que se sustenta una paz con justicia y dignidad. En su apuesta por un mundo alternativo, cabe el principio zapatista de «un mundo donde quepan muchos mundos», que es la misma idea dialéctica de «una alternativa hecha de muchas alternativas». Para don Pablo, el futuro deseable es posible porque es necesario. La idea de otro mejor mundo es posible la hace viable la combinación de foros y redes de diálogo, como el Foro Social Mundial que inició en Porto Alegre en 2001 y que sigue vigente hasta la actualidad, o como el Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo que iniciaron los zapatistas en 1996, una iniciativa que toma una fuerza inusitada en el marco de la llamada Sexta Declaración de la Selva Lacandona en junio de 2005. Dentro de la cual surge «otra política», que apostará por la construcción de un poder comunitario autónomo que es conocido como «Los Caracoles Zapatistas».

La proyección mundial del movimiento zapatista avanza en la creación de un polo de poder global que podría caracterizarse como la «Internacional Rebelde», bajo el impulso de un arete organizativo que forman el EZLN y el Consejo Nacional Indígena. Su acercamiento con otros movimientos centrados en la autonomía comunitaria, como la Revolución de las y los kurdos en el Norte de Siria, o con el movimiento mapuche en el territorio del Wallmapu, situado entre Argentina y Chile, o diversos movimientos en el Cauca colombiano, en Bolivia o en Ecuador, abre nuevas potencialidades para fortalecer una estrategia mundial anticapitalista, pero que tiene un anclaje territorial específico en

la construcción de poderes locales autónomos que están por la democracia, la justicia, la dignidad, como es el caso de los Caracoles Zapatistas.

Desde 1994 los esfuerzos intelectuales de Pablo González Casanova se centraron en analizar, interpretar y acompañar la experiencia zapatista. Una reserva necesaria para entender los alcances y las limitaciones de este libro que tiene en sus manos el lector es que las reflexiones de nuestro intelectual de la digna rebeldía sobre el zapatismo son tan amplias que es imposible abarcarlas en una obra como esta que busca detonar la curiosidad por conocer y adentrarse en la originalidad del intelectual mexicano más creativo de su historia reciente. Nuestro intelectual sufrió el desencanto de la y lo político, cuando esto se encarna en un sistema de partidos y un régimen político repulsivos frente a las transformaciones que demandan movimientos e intelectuales rebeldes, de cara a la desigualdad y a la injusticia sociales, la violencia y la destrucción de la vida. Nuestro intelectual también renunció al culto de talante idólatra del Estado y se volvió escéptico del potencial electoral nacional presidencial, parlamentario y de los gobiernos locales. Pero no renunció al potencial que ofrecen los procesos electorales y las instancias de gobierno representativas.

En contraste con ese desencanto, su compromiso con las luchas anticapitalistas, anticoloniales, antipatriarcales y por un mundo y civilización de vida que impulsa el zapatismo atrajeron toda su energía. Cuando cumplió 100 años de edad, siguió su total entrega, esa que supo mantener su espíritu crítico. Más que militante propagandista, González Casanova fue un intelectual crítico que ejerció su oficio con la ternura que da la sabiduría para dotar de dignidad a la rebeldía. Su reconocimiento como el Comandante Pablo Contreras (Pablo, el que expresa sus críticas contra lo que no está de acuerdo) por parte del EZLN y del CNI, es humilde pero enérgico, es contrario a la incondicionalidad ya que su compromiso es testimonio de su entrega por la vida coherente y auténtica. Algunas de sus observaciones críticas se refieren a la necesidad de contar con un proyecto de poder, que si bien no se construye bajo la lógica del «poder del Estado», tampoco se empecina en configurar una sociedad ácrata, planteada por posicio-

nes anarquistas y libertarias, sino una posición que renueva los conceptos de autogobierno, con una «sociedad civil empoderada» y con una democracia participativa que controla la relación entre representantes y representados: el «mandar obedeciendo» del zapatismo.

Así expresó González Casanova, intelectual de la digna rebeldía, sus consideraciones sobre el potencial transformador radical de los Caracoles Zapatistas:[1]

> La concreción del proyecto [de los Caracoles] se da al convertir las luchas por las autonomías y la creación de autonomías en redes de pueblos autónomos. Se trata de un programa de acción, de conocimiento, de perseverancia y dignidad para construir un mundo alternativo, organizado con respeto a las autonomías y a las redes de autonomía. Su objetivo es crear con las comunidades, por las comunidades y para las comunidades, organizaciones de resistencia que desde ahora formen mallas a la vez articuladas, coordinadas y autogobernadas que les permitan mejorar su capacidad de contribuir a que otro mundo sea posible.

El mensaje está claro, queda la responsabilidad de tomar muy en serio el legado intelectual y político de Pablo González Casanova luego de su fallecimiento aquel 18 de abril de 2023. González Casanova heredó de su familia, maestros y maestras, de los pueblos y de las luchas indígenas, las orientaciones necesarias para trazar un pensamiento original, lleno de imaginación dialéctica. Quienes con honestidad y rigor se interesen en su obra, es muy probable que hereden un pensamiento prohibido que, con su debido cuidado, florecerá, en la primavera de la historia.

Guadalajara, Jalisco, a 8 de septiembre de 2023.

---

1 Veáse: González Casanova, Pablo (2009). *De la sociología del poder a la sociología de la explotación: pensar América Latina en el siglo XXI*. Marcos Roitman Rosenmann (comp.). Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Clacso.

Posfacio

José Guadalupe Gandarilla Salgado

Los muy estimados colegas Jaime Torres Guillén y Jaime Antonio Preciado Coronado han escrito un libro extraordinario que con humildad presentan como una «introducción» a la obra de nuestro principal exponente de un pensamiento propio y original de la segunda mitad del siglo XX y de las primeras dos décadas del siglo XXI, y me otorgaron el enorme privilegio de escribir mis impresiones para acompañar esta edición en lengua castellana. Pero con su invitación también me han cargado con una gran responsabilidad, pues resulta casi imposible bocetar en un texto breve las enormes aportaciones del personaje central de su trabajo, sin descuidar los elementos argumentales y las líneas expositivas de que ellos se valen para reconstruir el itinerario intelectual en que se forjan sus mayores aportaciones, las sendas recorridas a lo largo de sus diversas facetas, las cimas alcanzadas en algunas de sus travesías por el mundo del conocimiento, y por las coyunturas de disputa política, en las que nuestros pueblos fraguaron, en sus reclamos y luchas, los conceptos y sus reconstrucciones, desde los que pensaron y a través de los que actuaron en esa larga historia (de avances y retrocesos, de victorias y derrotas, de descalabros mayores y creaciones heroicas) que nos entrega el mundo que hoy conocemos, y también padecemos.

Los méritos del libro *Pablo González Casanova (1922-2023). Una introducción a su obra* se originan en la sinergia creativa que sus autores despliegan al dar cauce a su experiencia formativa con las ciencias sociales puesta en relación con la reconstrucción, en alto grado de detalle, de la trayectoria del mayor representante del pensamiento sociológico en este país: el uno, siendo su bió-

grafo más reconocido (Jaime Torres Guillén), el otro, un consagrado representante de la sociología latinoamericana (Jaime Preciado, habiendo llegado a ser incluso presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología, entre 2007-2009, encargo que también González Casanova desempeñó en su momento, y hoy ocupando un cargo directivo en otra importante entidad de investigación de la región, el Centro de Estudios Latinoamericanos Avanzados, CALAS). Desde esos campos de conocimiento ya cultivados, ambos autores entremezclan sus sapiencias y, en cada uno de los capítulos, adhieren argumentos, sea desde la filosofía, las teorías críticas, los enfoques sistémicos, las ciencias de lo complejo y las epistemologías interdisciplinarias; pero además logran construir genealogías de corrientes y tradiciones, e imágenes de los diversos hontanares teóricos (de autores y autoras, de comunidades intelectivas, afines o rivales) con ayuda de los cuales, o en su distanciamiento, Pablo González Casanova fue elaborando sus proposiciones conceptuales. Ya en este proyecto colaborativo, en los últimos años, los he visto coincidir, en el Coloquio Internacional «Pablo González Casanova, a 100 años de su nacimiento», organizado por el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (CUCSH) de la Universidad de Guadalajara, en que mes con mes, desde marzo a diciembre de 2022, connotados especialistas ofrecieron lecturas comentadas de tan abundante obra; y en semanas recientes, el material revisado de aquellos encuentros ya está dispuesto para su lectura, desde el portal de las publicaciones del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, con el título Torres Guillén, Jaime (coord.). *Lecturas sobre la obra de Pablo González Casanova. Homenaje a 100 años de su nacimiento* (Buenos Aires: CLACSO, 2024, 313 pp.).

La obra conjunta que ahora nos han ofrecido expresa además de lo dicho líneas atrás la maduración de lo discutido en esas mesas de trabajo y la riqueza de un diálogo que le da impulso a sus preocupaciones intelectuales. Ya se anuncian nuevos encuentros, y esperamos que ahí no concluyan sus valiosas iniciativas. La revisión que emprenden a lo largo de su trabajo es una reconstrucción histórico-crítica en que la obra (en un sentido más general, pues en el caso de González Casanova la producción teórica no se separó nunca de la creación institucional y de la conducción

de grupos plurales e interdisciplinarios, o del acompañamiento y acuerpamiento de iniciativas políticas militantes), se explica y trata de incidir en sus contextos (local, nacional y global), sumando su aporte (científico y humanístico) siempre orientado al objetivo de construcción de «otro mundo posible», y que en las horas actuales, se coloca incluso al amparo del reclamo por la garantía de la supervivencia humana; a su modo, Torres y Preciado, le dan un realce a lo que ya, en su momento, había señalado Marcos Roitman, en el sentido de que en don Pablo, «coherencia, principios éticos, valores democráticos y consecuencia política son …patrimonio universal y latinoamericano».

Muchos son los elementos que podría destacar del libro de Torres Guillén-Preciado Coronado, pero no es lugar este, ni el propósito, de intentar presentar un resumen; quizá resulte más conveniente desprender algunas notas que, al tiempo de apuntar lo valioso de su esfuerzo, coloquen algunas indicaciones para lecturas posteriores y algunas proposiciones que den fundamento a la necesidad y hasta urgencia de seguir los pasos de González Casanova en líneas de investigación cuyo trabajo no solo se presenta como pertinente sino incluso como aportes de un autor que, en algunos de sus temas, estuvo adelantado a su tiempo.

Una virtud encomiable del trabajo se expresa en la aglutinación temática de contenidos (expresada en los títulos que encabezan cada uno de los capítulos del libro), pues logran armar un relato reconstructivo y problematizador que muestra cómo esas preocupaciones temáticas, alrededor de un concepto o de una red conceptual, atraviesan transversalmente por una serie de sus facetas creativas de pensamiento (un recorrido que se extendió, recordemos, por las tres cuartas partes de su siglo de vida), logrando actualizar o proyectar hacia otros derroteros buena parte de sus preocupaciones intelectuales iniciales o germinales. A ello se debe, quizás, el que González Casanova, a pedido de sus editores, se mostrara conforme en reescribir algunos de sus textos, de revisarlos o ampliarlos, manifestando, con ese proceder, su certeza o esperanza de que sus artículos o ensayos, todavía tenían mucho por decir, y podrían ser considerados favorablemente por nuevas generaciones de lectores en el propósito de alcanzar un mejor diagnóstico de la situación específica a su presente histó-

rico. Se dice que esa es la característica de lo escrito por los pensadores clásicos, que le siguen hablando a la época de quienes les siguen y siendo sus extemporáneos, de sus preguntas y cuestionamientos, podrán dar nuevo impulso al conocimiento y a esquemas renovadores del cambio transformador o de las revoluciones sociales y epistémicas.

Pablo González Casanova, perdió en edad temprana, con apenas 14 años, a su progenitor (quien ya estaba labrando una trayectoria reconocida en la recuperación de las lenguas de México, y en otras áreas disciplinares asociadas a la riqueza cultural de los pueblos indios, como la etnología, arqueología, antropología y hasta la narrativa), pudo, de ese modo, conservar amistad y ser acogido en aquellos círculos académicos e intelectuales frecuentados por su padre, de tal modo que, con 21 años, en 1943, estaba ya ingresando en la segunda generación de la Maestría en Ciencias Históricas, un programa académico interinstitucional del COLMEX, la ENAH y la UNAM, y desde esa época tan temprana estableció una «afinidad electiva» con nuestros pueblos originarios, y por ello en su primer trabajo académico publicado todavía siendo estudiante (en 1944), se ocupa de destacar en una figura de mediados del siglo XVII, el obispo de Puebla-Tlaxcala, Juan Palafox y Mendoza, a un defensor de indios, aunque ello le hubiese costado enemistad con funcionarios del virreinato y otros alcaldes mayores. Ese vínculo y el compromiso político a ello asociado, Pablo González Casanova nunca lo abandonó; y en el período creativo inaugurado 50 años más tarde, teniendo como faro iluminador o brújula de orientación las teorías y las prácticas surgidas con el alzamiento zapatista de la selva Lacandona, en 1994, podrá colocar esos elementos propios de una nueva política (la de la «primera revolución del siglo XXI» como no dudaba en calificar a ese acontecimiento), dentro del nuevo paradigma de pensamiento (de los sistemas complejos abiertos, autorregulados y adaptativos), que ya estaba ensayando en sus trabajos de investigación de los primeros años noventa, y que ahí se veían ratificados.

De su vínculo con el COLMEX que duró aproximadamente hasta 1958, obtuvo su maestría, la publicación de sus primeros libros (entre 1948 y 1958), como historiador ya formado, con intereses puestos en el período del México colonial e independiente duran-

te el siglo XIX; obtuvo también parte del apoyo para irse a estudiar su doctorado a Francia, en La Sorbonne, país del que retornará, en 1950, como el primer doctor en ciencias sociales, con una tesis que contó con la dirección y orientación del gran historiador de Annales, Fernand Braudel; etapa de estudio en la que se familiarizó con los proyectos de investigación de «la historia global» (que arrastraban, bien se sabe, una fuerte exigencia interdisciplinaria). Es cierto que esa tesis no se tradujo al castellano, y no se ha publicado en esta lengua, pero una parte importante de la investigación de archivo, González Casanova la presentó en la serie de tres artículos titulada «El auge del comercio francés en las Indias Españolas», que publicó, en 1952, en la *Revista de Comercio Exterior*; pero lo que deseo apuntar con esto es que ya en esas páginas se muestra como un autor preocupado por las cuestiones de las posesiones ultramarinas «hispanoamericanas», como solía decirse por aquella época, y el dominio, competencia y conflicto entre las metrópolis y sus respectivos imperios; de tal manera que ya se encuentra ahí, como bien lo documentan y demuestran Torres y Preciado, en el primer capítulo de su libro, un trabajo precursor de los «estudios poscoloniales», pero no solo eso, agregaría yo, tenemos ahí un enfoque analítico muy parecido a lo que, un cuarto de siglo después, tematizará el pensador palestino Edward W. Said, en su obra *Orientalismo* (1978), justamente definiendo con dicho calificativo («orientalista») a un eslabonamiento imperial de dominio; pues si por el lado de este se detecta la relación ideológica y prejuiciosa con que opera Occidente respecto a Oriente, esto es, documentando el modo en que desde el Imperio Inglés se ejerce una relación de poder (ventajosa y de colonialismo cultural) respecto a sus colonias de Asia, África del Norte y Oriente Medio; la tesis doctoral de Pablo González Casanova, por su parte, se ocupa de investigar cómo fue «pensada» y «asumida» (ideologizadamente) la «América hispánica» por el pensamiento dieciochesco francés, en parte de los fundadores de su filosofía política, y que se irradia toda ella dentro de la tradición del racionalismo francés, a una de las tradiciones fuertes que alimentan el pensamiento occidental en su conjunto. Ya ese solo elemento obligaría a añadir dentro del archivo de obras de-coloniales el estudio de esos trabajos historiográficos y de sociología

de las mentalidades, escritos por González Casanova a mediados del siglo XX. Hay otro elemento que no quisiera dejar de señalar: en esos artículos se detecta el interés pleno por ciertos procesos asociados al colonialismo, aunque en este caso sea en la forma del colonialismo comercial, y siendo detectable con el uso del herramental estadístico de documentos de la época.

Pero como bien lo señaló González Casanova, y lo advierten Torres y Preciado, no puede ser arbitrario un ejercicio que extrapole conceptos, tiene que darse una buena justificación de dicho proceder, y que este se revele útil en la detección de procesos que de otra manera quedarían encubiertos, así fuera en la elección de las palabras para enunciarlo, cuando estas se suavizan (por vía del uso de determinadas retóricas) o de plano se ocultan o se niegan, como en el caso de las «categorías tabú», que los analistas e investigadores eluden en su utilización, aún cuando sean científicamente más acreditables para encontrar los procesos ocultos o revelar el misterio de determinados procesos sociales que no se quieren decir por su nombre, por ejemplo, imperialismo, poder, obediencia, dominio económico (ahí cobra una gran importancia su primera obra publicada por la UNAM, en su paso por el Instituto de Investigaciones Económicas, *La ideología norteamericana sobre inversiones extranjeras*, de 1955). Tal es el caso, entonces, con el segundo elemento que quiero destacar, el paso de esa preocupación temprana respecto al colonialismo como proceso comercial o de dimensión internacional, a su estudio y uso como dictaminador de un proceso histórico más abarcativo; económico, político, social, cultural, y que ocurre al interior de los Estados nación, comarcas del mundo que habiendo padecido relaciones de dominio colonial, en su etapa de «independencia política» siguen siendo atravesadas por situaciones de «colonialismo interno». La enorme capacidad heurística de esta categoría, que con el tiempo y los cambios de fase del capitalismo fue reestructurándose, llevarán a nuestro autor a captarla en su articulación con procesos más recientes, globales o transnacionales, toda esta es una historia que ha sido muy bien ilustrada en varios de los capítulos de este libro.

Ahí tenemos otro elemento a desarrollar más adelante, propiciar una recuperación que con mayor justeza le dé su sitio al uso categorial de la noción de «colonialismo interno» en deba-

tes que en ocasiones aparecen demasiado concentrados por otro tipo de propuestas (como puede ser el caso con relación al uso de la noción de «colonialidad del poder»), y que hasta sin quererlo expresan un cierto olvido de esas dimensiones que enlazan dialécticamente las variadas formas de un fenómeno persistente, el colonialismo que ha acompañado a la modernidad, al capitalismo, a la racialización y esclavitud en que basaron aquellos sus «saltos civilizacionales», y que operan hasta con más rudeza bajo el modelo neoliberal.

Ya desde su faceta de estudios doctorales en París, Pablo González Casanova fue inclinando sus preferencias hacia una cierta sociología del conocimiento y del poder, dando cauce a su acercamiento inicial con el marxismo, por vía de una provechosa lectura del intelectual comunista sardo Antonio Gramsci quien, recordemos, en *L'Ordine Nuovo*, defendía aquella consigna de que «decir la verdad es revolucionario». Pero será del Gramsci de la etapa de su apresamiento y de lo que ahí escribió en sus «Cuadernos de la cárcel», de donde mucho del análisis político posterior de González Casanova se nutrirá, y también en sus enfoques que ya van interrelacionando los dominios de la investigación científica y de la creación humanística. En este plano, se encuentra cierta huella del modo gramsciano de operar con respecto al tema de las instituciones y de las mediaciones, sea en este caso con respecto a una investigación de gran calado respecto a la historia de las sociedades, y dentro de esta de los instrumentos de cultura, de la ciencia y de las técnicas, preocupaciones detectables ya en su obra de 1958, *Estudio de la técnica social*, y que se conservan también en el título mismo, muy gramsciano, de la obra de 2004, *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*. En aquel trabajo, hay una apuesta temática que se desprende como un hilo de investigación que va a ser hilvanado en multitud de tramas, y que teje y entreteje muchas de sus preocupaciones de índole tanto intelectual como política, la cuestión de la democracia que, desde aquella obra, será atendida en todas sus implicaciones «revolucionarias» para los diversos planos desde los que ha de ser problematizada por González Casanova. Será así como, el *Estudio de la técnica social*, cierra justamente sus contenidos con el capítulo XV titulado «La democracia como camino de la ciencia social y

del conocimiento político», y del que quiero extraer una proposición que conserva, hoy en día, toda su fuerza:

> [...] la democracia es en política el equivalente de lo que es la epistemología en filosofía [...] hoy más que nunca la democracia sigue siendo una imperiosa necesidad, no solo para impedir que la ciencia solo sea funcional y en la cosa general dogmática e intolerante [...] sino para crear una cultura político-científica general que hoy no existe con la magnitud que puede alcanzar (González Casanova, 1958: 133).

Este planteamiento encontrará resonancias en facetas largas de su quehacer siguiente, tanto en sus investigaciones sobre el tema del «desarrollo», sin la estrechez de miras de encasillarlo en las coordenadas del análisis económico sino abriéndolo a una consideración en cuanto proceso político y social; por otro lado, ya en el ejercicio pleno de sus tareas de diagnóstico, y de coordinación o dirección y creadoras de instituciones y programas de educación superior, o ya en su papel de Rector y en su proyecto e idea de universidad, no era otro su proceder, la universidad para ser una entidad u organismo que aporte a la democratización de la sociedad debe ser tanto inclusiva, como científica y humanística, ahí hay parte de su vocación crítica, de ese modo daría también su aporte para romper con un determinismo fuerte, el del carácter de la estructura social, que provoca, en la pérdida de oportunidades o en el vaciamiento de su sentido, que la población y los grupos sociales históricamente desfavorecidos sigan siendo los que están más debajo de la pirámide social (por provenir de familias pobres seguramente se seguirá siendo pobre, por el contrario, al modo de Bourdieu, en cuanto mayor capital social te rodee mayor posibilidad de ubicarte en lo alto de la escala social), de ahí que viera con esperanza la posibilidad de acceso a la educación, y que en sus ideales utópicos, figurasen los planteamientos de una ciudad-universidad y de un Estado-pueblo. En varios de los capítulos de este importante libro de Torres-Preciado encontramos elementos para seguir argumentando en favor de tan nobles planteamientos.

Por otra parte, la noción de «democracia» (con contenido, esto es, con poder), calibra las cuestiones de valoración del desarrollo de algún país, o los logros mismos de la civilización humana (en tanto impulso a las luchas por una mayor democratización en las relaciones sociales), de ahí que esta se revele como una cuestión problemática; para el caso de su debate con los marxistas, pues la encasillan en cuanto una demanda *cuasi* pequeño-burguesa, y con los liberales, pues la dan por una cuestión resuelta en su versión formal, procedimental, o limitada, desde la Comisión Trilateral. De ahí que para González Casanova no bastaba con detectar las condiciones históricas del colonialismo interno, para señalar que eso desacreditaría a una estructura social como democrática,[1] era necesario ofrecer un planteamiento científicamente indisputable para ambos tipos de enfoques, los cualitativos (desde el lado del marxismo) como los cuantitativos (desde el lado del empirismo); de ahí que se entregue (en sus obras de 1967, *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, y de 1969, *Sociología de la explotación*) a ese esfuerzo intelectual de combinaciones y concatenaciones, entre bandos que aparecen como rivales. En mi investigación, no he encontrado, sino hasta muy recientemente, un esfuerzo semejante, y fue el que emprendió Richard J. Bernstein, en 1971, en su libro *Praxis and Action. Contemporary Philosophies of Human Activities* (traducido al español, en 1979, como *Praxis y acción. Enfoques contemporáneos de la actividad humana*); en que intentó encontrar esos espacios de comunicación y semejanza entre marxistas hegelianos, fenomenólogos existencialistas, pragmatistas y analíticos.

Es cierto que, en aquellos trabajos González Casanova recaería en el uso de términos como dualismo o sociedad plural, pero estos o los superó o los dejó de lado, pero lo que no abandonó fue su

1 Y, en el caso de México, como un programa político o de gobierno que a inicios de los años sesenta se habría separado definitivamente de los ideales o principios de la Revolución Mexicana, de ahí también que desde 1959, el faro de la revolución social lo buscase y atendiese en otros procesos en que se eleva ese reclamo, Cuba, desde esa época y hasta el último de sus días, Chile, entre 1970-1973, Centroamérica, a fines de los setenta, Chiapas, desde el primer día de 1994.

apuesta por el pluralismo ideológico y por la búsqueda del plano explicativo en la categoría emergente (a mediados del siglo XIX) de la explotación, siempre y cuando se lea esta en su proceso permanente de cambio y reestructuración[2] (en este libro, en varios de sus capítulos encontramos abundantes desarrollos a este respecto, y se dan razones de por qué ahí reside un baluarte crítico de nuestra tradición sociológica latinoamericana). Ahí estamos ante otro elemento interesantísimo del trabajo de Pablo González Casanova, y en que no solo discutiría con las teorías latinoamericanas del desarrollo, subdesarrollo, o dependencia (críticas o tradicionales), sino con grupos de discusión del marxismo crítico europeo o estadounidense, y de los sistemas mundiales, de ahí que su integración del problema de la explotación no lo busca acreditar solamente en un plano de análisis abstracto o teórico (o justificable y legitimable a través del uso de citas del clásico), sino que se intenta ofrecer en una investigación paulatina con un despliegue muy peculiar (detectable en procesos, y demostrable con el uso de datos, estadísticas, o en su formalización matemática) que integre los nuevos elementos que históricamente van desarrollándose como características adaptativas[3] del sistema complejo abierto y autorregulado conocido todavía como capitalismo, y digo todavía, porque en discusiones muy recientes, y por algunos autores serios, se plantea ya el paso hacia otro sistema social, el tecnofeudalismo (en Yanis Varoufakis, por ejemplo). En este punto, el libro de Torres Guillén y Preciado Coronado encuen-

2 Quizá no sea casual que el propio Richard J. Bernstein abordase y titulase a su siguiente libro, *The restructuring of social and political theory* (1976), traducido al español como *La restructuracion de la teoria social y política* (FCE, 1983).

3 Hasta en esto, en las discusiones teóricas y políticas, bajo el desarrollo histórico del marxismo, encontraríamos en González Casanova una posición polarmente contrapuesta a la visión reaccionaria o conservadora de las capacidades adaptativas del capitalismo, como fue el caso de las posiciones de Eduard Bernstein y el revisionismo histórico; para el sociólogo mexicano las cualidades adaptativas, más aún, las que estallan en su fase de «capitalismo complejo», deben ser atendidas pero sin sacrificar nuestros principios, sin renunciar a una posición política de defensa de la supervivencia de la vida humana y no humana en la tierra y del planeta mismo, que está en riesgo también con el uso de las tecnologías bélicas termonucleares.

tra uno de sus desarrollos más importantes, pues ofrece razones y argumentos por los cuales el programa de investigación del «pensador de la digna rebeldía» tiene toda la medida y robustez para ser considerado como una variante efectiva dentro de una visión más plural de las teorías críticas, y esto resulta notable si tomamos en cuenta, por ejemplo, las muy celebradas últimas intervenciones en tales debates por parte de Nancy Fraser en su llamado a «ampliar nuestra visión del capitalismo» (Fraser, 2023, 20), y que ella encuentra mejor denominarle ya como *cannibal capitalism*,[4] cuya lógica residiría justamente en esas capacidades devorativas ampliadas, altamente eficientes para canibalizar desde «la economía capitalista … los ámbitos no económicos del sistema: familias y comunidades, hábitats y ecosistemas, capacidades estatales y poderes públicos cuya sustancia dicha economía consume y devora hasta saciarse» (Fraser, 2023, 18). Pues bien, los planteamientos de González Casanova, desde mediados de los años noventa del siglo pasado, a propósito de «los peligros del mundo», de la vocación parasitaria del capitalismo, de cómo la corrupción acompaña inherentemente la *hibris* de este sistema en sus reacomodos en tanto complejidad organizada; cada una de estas aportaciones teóricas y conceptuales no desmerecen en nada a los desarrollos más actuales de pensadores y pensadoras de aquellos centros metropolitanos, el de González Casanova es con toda dignidad un aporte de similar importancia. Más aún, para Nancy Fraser, «una vez que ampliemos nuestra concepción del capitalismo también tendremos que ampliar nuestra visión de su reemplazante» (Fraser, 2023, 21), y ahí, de nueva cuenta, los planteamientos de González Casanova son enormemente ricos, pues, en una expresión de su pluralismo «político», pero no ecléctico, él sintetizaba, por eso, las tres alternativas (de socialismo, democracia y liberación) en una (de una democracia universal y no excluyente), y en su posterior producción, ya con el neo zapatismo de por medio, pueblo, izquierda y revolución, no podían sino

4 Véase Fraser, Nancy. *Capitalismo caníbal. Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia* (Ciudad de México: Siglo XXI, 2023).

mezclarse en su proyecto de una «otra política»: de democracia con poder, un poder con autonomías y una política con dignidad.

Por último, no puede uno sino acordar en la recuperación que, en el capítulo final del libro de Torres y Preciado, se hace de la faceta última de producción intelectual de González Casanova al defenderla como un tipo de pensamiento desde el Sur, expuesto y defendido, aún antes incluso que se hablase de teorías sociales, filosofías, pistemologías, religiosidades y espiritualidades, todas ellas del Sur, y fueron planteamientos que se fueron construyendo en una labor colaborativa y colectiva de discusión con pensadores como Samir Amin, Martha Harnecker, Immanuel Wallerstein, Elmar Altvater y Birgit Mahnkopf, Wolfgang y Friga Fritz Haug, Luis Villoro o Carlos Lenkersdorf, por mencionar algunas y algunos. Y en ese plano, la aportación de González Casanova que desde sus trabajos de los años ochenta del siglo pasado, criticaba la miseria intelectual de la propensión imitativa que se desataba con el eurocentrismo, se activó en sus desarrollos por completar el programa de Marx, y librarlo de su encasillamiento como programa simplificado de crítica a una forma del capitalismo (la que caracterizaba a ese sistema en el siglo XIX) y reconoció la necesidad (por él defendida) de que se convirtiese en un programa capaz de examinar y criticar el capitalismo complejo del siglo XXI. Nuestro pensador no hacía con ello sino su propio aporte a una descolonización del pensamiento, a una crítica del eurocentrismo. Pero además, acordaba en que esas redefiniciones del capitalismo no podían sino ser analizadas con esos nuevos planteamientos adquiridos en su amplia lectura de las teorías de sistemas, no solo en los términos y características de estos fuera como sistemas cerrados o abiertos, sino que al paso de una dinámica dialéctica, en grados aumentados de su complejidad, cuando estos funcionan como sistemas complejos autorregulados, y autoadaptativos. Y aquí es que encuentro, y con ello concluyo, una expresión muy poderosa de su análisis, por ejemplo, sobre la democracia y la universidad (ambos, de sus temas predilectos), en que se manifiesta como un ávido lector de los más importantes aportes de las ciencias de la información, la cibernética, la semiótica, o la lingüística, pues entiende en ambas instituciones, territorios expresivos de intercambios simbólicos, pero que no pueden defenderse co-

mo expresiones de sistemas cerrados (de serlo así no generan conocimiento sino mera información), sino en el marco del que forman parte (dentro de su completa cadena de significación), esto es, de su papel (de cómo se usa y por quién el conocimiento, su verdad, lo pertinente de lo ahí producido), dentro del sistema abierto capitalista en que se encuentran insertos. Últimamente, solo he hallado en dos tipos de planteamientos, poco conocidos o trabajados en lengua castellana, esfuerzos intelectuales de similar importancia a lo defendido por González Casanova en su último libro *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política* (2004), tan bien desarrollado en el trabajo de Torres-Preciado, y me refiero, en primer lugar, a la obra última de Lukács (quien falleció en 1971), en su *Ontología del ser social*, que no por algo promueve un paso del análisis de la totalidad a un entendimiento de esta como «complejo de complejos»[5] (un término que también González Casanova utiliza, y al que habrá llegado por su cuenta, pues no cita ese trabajo del filósofo húngaro), y, en segundo lugar, a los planteamientos de uno de los fundadores, junto a Edgar Morin (pero sin haber obtenido el alcance o difusión que recibió la obra del pensador francés), de los estudios sobre complejidad. Me refiero al trabajo de Anthony Wilden (1935-2019) del que, desafortunadamente solo se cuenta con la traducción al español (1979) de la primera edición de su obra *System and Structure-Essays in Communication and Exchange* (1972), y no de la versión aún más completa de ese trabajo, ocho años después, en su segunda edición (1980). Sin embargo, de la edición castellana, extraigo un par de proposiciones, en el primer caso, la proposición de una ética *cuasi* fanoniana, pues, «mientras el Otro siga siendo el centro real y original de todas las formas de violencia explotadora en el sistema de comunicación e intercambio que llamamos sociedad «civilizada», la existencia de toda forma racional de sociedad seguirá siendo imposible» (Wilden, 1979, 31) y, por ello,

5 Véase, por ejemplo, Vielmi Fortes, Ronaldo. 2023. «Totalidad como complejo de complejos: la crítica tardía de Lukács al pensamiento de Historia y conciencia de clase» en Vedda, Miguel y Antonino Infranca (comps.). *Historia y conciencia de clase de György Lukács. 100 años de lecturas y debates*, Buenos Aires: Colihue, págs. 97-119.

defendía que «las víctimas tienen que tomar la ofensiva. Lo que se precisa… es una *retórica guerrillera*. Y para ello, se tiene que saber lo que conoce el enemigo, cómo y por qué lo conoce y de qué manera se le puede atacar en todos los terrenos» (Wilden, 1979: 29), no era otro el planteamiento que defendía González Casanova, y por ello su llamado, en ocasiones incomprendido, a que los movimientos alternativos debían apropiarse y subsumir, en sus luchas, los avances de la interdisciplina y las tecnociencias; y no ignorarlas o dejarlas como un atributo y para el exclusivo aprovechamiento de los capitales corporativos.

Para las lecturas que precisamos, a veinte años de lo escrito por Pablo González Casanova, en esa su obra magna (2004), y para ponerlo a discutir con ese tipo de autores que fueron, como él, unos adelantados a su tiempo, y que son los que se requieren para nuestros diagnósticos y pronósticos de esta época accidentada e incierta que nos toca vivir, disponemos ya, con este trabajo de Jaime Torres Guillén y Jaime Preciado Coronado, de una guía compendiada que nos podrá orientar por ese inmenso continente intelectual que nos fue legado por el «pensador de la digna rebeldía».

Ciudad de México, 17 de mayo de 2024.

Pablo González Casanova (1922-2023)
Una introducción a su obra
se terminó de editar en septiembre de 2024
en Editorial Página Seis, S.A. de C.V.,
Lorenzo Barcelata 5105, Paraíso Los Pinos,
C.P. 45239, Zapopan, Jalisco.
Tels. 33 3657 3786 y 33 3657 5045,
<www.pagina6.com.mx>, <p6@pagina6.com.mx>.

La edición consta de 1 ejemplar digital.

Diagramación y corrección: Felipe Ponce y Elizabeth Alvarado.

Jaime Torres Guillén

Doctor en antropología social. Profesor de tiempo completo de la Universidad de Guadalajara. Es director de la revista *Vínculos. Sociología, análisis y opinión* del CUCSH de la Universidad de Guadalajara. Es miembro del SNII, nivel II. Entre sus obras publicadas destacan *Dialéctica de la imaginación: Pablo González Casanova, una biografía intelectual* (Ciudad de México: Ediciones La Jornada, 2014); *Gramáticas del reconocimiento en México. Contribución a una teoría de la justicia como análisis social* (Ciudad de México: Ediciones Navarra, 2020) y, junto con Jaime Preciado Coronado, *An Introduction to Pablo González Casanova. Intellectual of the Dignified Rebelliousness* (Londres: Routledge, 2023). Recientemente coordinó los libros *Conquistar el Mar del Sur. El control estatal del espacio en la península de Baja California* (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2023) y *Lecturas sobre la obra de Pablo González Casanova. Homenaje a 100 años de su nacimiento* (Buenos Aires: CLACSO, 2024).

Jaime Antonio
Preciado Coronado

Doctor en Estudios Latinoamericanos por el Instituto de Altos Estudios de América Latina, de la Universidad de París III. Profesor-investigador titular C del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Integrante del SNII, nivel III. Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) de 2007 a 2009. Codirector de la revista *Espiral. Estudios de Estado y Sociedad*. Entre sus publicaciones recientes destacan: Alberto L. Bialakowsky, Nora Garita, Paulo Henrique Martins y Jaime A. Preciado Coronado (coords.) *Manifiestos. Contrapuntos éticos, políticos, feministas y ecosociales* (Buenos Aires: CLACSO, Río de Janeiro: Ateliê de Humanidades Editorial, Lima: ALAS, 2024). Coautor, con Jaime Torres Guillén, de *An Introduction to Pablo González Casanova. Intellectual of the Dignified Rebelliousness* (Londres: Routledge, 2023). Actualmente, codirector del Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS).

Pablo González Casanova rebasa cualquier intento por clasificar una tipología de saberes especializados en disciplinas del conocimiento: fue historiador, sociólogo, economista, politólogo y antropólogo de lo local y del mundo, pasando por América Latina y el Caribe. Su espíritu científico lo llevó a dialogar con las ciencias sociales que se producen por dentro y por fuera del paradigma crítico. Fue también un metodólogo que logró conciliar los análisis cuantitativos y cualitativos, un científico riguroso que ofreció una perspectiva propia que es muy original, y un humanista que transmitió la rabia frente a la desigualdad social y las injusticias, que comunica una pedagogía accesible en la crítica de las violencias sistémicas y estructurales, que tiene un espíritu pacifista radical en contra de la guerra en cualquiera de sus formas —de baja intensidad, híbrida— y contra la destrucción capitalista de la Tierra.

Su contacto con la historia, durante su temprana formación académica, le hizo sensible al descubrir que no se puede pensar la sociedad sin la base material que la conforma, y tampoco sin tomar en cuenta al sistema de actores que sostiene esa síntesis entre modo de producción y modo de dominación, una síntesis que ofrece potentes conclusiones a través de sus obras seminales. Como ávido lector estuvo al día en la información sobre los debates claves para entender el mundo contemporáneo.

Su simpatía por la insurgencia zapatista de 1994 tiene sus antecedentes en los pilares conceptuales que construyó a lo largo de su trayectoria intelectual: el colonialismo interno y externo, que se asocia con el capitalismo dependiente y el subdesarrollo; la crítica de la «democracia de pocos para muy pocos» que es una condición necesaria para la dominación; la inseparable vinculación entre el imperialismo y las luchas rebeldes que se oponen a su pretenciosa vocación global; la categoría de comunidad —macro y micro— que permite comprender las mediaciones entre clases y pueblos, entre dominación y explotación, entre represión y resistencia, entre regiones y nación, entre Norte y Sur.

En esta obra introductoria se ofrece una mirada a su afanosa y persistente búsqueda en torno a sujetos que luchan por la dignidad y la liberación a través de su trabajo intelectual comprometido con una verdad histórica que es a la vez universal y particularista. El libro pretende motivar a las nuevas generaciones a tomar muy en serio el legado intelectual y político de Pablo González Casanova, luego de su fallecimiento aquel 18 de abril de 2023. En su obra, están las orientaciones necesarias para trazar un pensamiento original, lleno de imaginación dialéctica. Quienes con honestidad y rigor se interesen en ella, heredarán un pensamiento prohibido que, con su debido cuidado, florecerá, en la primavera de la historia.

CUCSH
CENTRO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

CALAS
Center for Advanced Latin American Studies

SPONSORED BY THE
Federal Ministry of Education and Research

View publication stats